



SÁLVAME
de mí

RBL

ROSE B. LOREN

Sálvame de mí

Rose B. Loren

Todos los derechos reservados

Twitter: @rosebloren

Correo electrónico: rosebloren@gmail.com

www.facebook.com/profile.php?id=100004509678721

Imagen: 123RF

Maquetación: Valerie Miller

Corrección: Violeta M. Triviño

Copyright © 2018 Safe Creative: 1802205837929

*La verdad tiene dos sabores: uno dulce,
para el que la dice, y otro amargo,
para el que la oye.*

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

El incesante sonido del móvil me saca de mi placentero sueño, miro la hora de mi iWatch y son las dos de la mañana. Malhumorada, extiendo la mano para alcanzar el móvil de la mesita. Sé de quién se trata: mi ex. Lleva una semana llamándome. Ha cortado con su pareja, la mujer por la que me abandonó, y el muy cretino piensa que voy a darle otra oportunidad.

—¿Qué quieres, Taylor? —contesto malhumorada.

Al otro lado suena, apagada, su voz rota y pastosa a causa del alcohol.

—Aria, te necesito...

—Hace tiempo que dejaste de hacerlo —respondo con desinterés—. Cuatro años para ser más exactos.

—No he dejado de quererte...

—Lo siento, perdiste tu oportunidad cuando me abandonaste. Ahora haz el favor de irte a casa, darte una ducha y acostarte. Estoy segura de que mañana tendrás mucho trabajo. Yo al menos sí que lo tengo y es muy tarde. Adiós, Taylor. Te ruego que no vuelvas a llamarme.

Cuelgo el teléfono sin darle otra opción a explicarse. Ni siquiera sé por qué le he contestado. Bueno, sí lo sé. He sentido la necesidad de oír su voz para martirizarme un poco más a mí misma, pero la voz de mi conciencia ha sabido reaccionar a tiempo para recordarme que no debo sucumbir a sus deseos, volvería a hacerme daño de nuevo. Los hombres como él no cambian, ya me había engañado con otras mujeres con anterioridad.

Me tumbo en la cama y el teléfono vuelve a sonar, lo pongo en modo avión para evitar que siga haciéndolo e intento conciliar el sueño, pero es muy difícil; todos los recuerdos de nuestra vida juntos se agolpan, y en medio de la noche, en ese espacio de oscuridad en el que todo nos parece posible, me pregunto una sola vez si podría funcionar.

«Aria, ni se te ocurra ir por ese camino», me recrimina mi conciencia.

Y tiene razón, no debo pensar en ello, no es lo correcto. No va a funcionar, en el fondo lo sé. No lo hizo en el pasado y si lo volviéramos a intentar no lo haría ahora. Taylor es un mujeriego, estoy segura que Hillary le ha dejado porque le ha sido infiel. Es de esas mujeres despampanantes que causan sensación cuando entran en una sala, todos los hombres se fijan en ella. Yo no puedo quejarme, soy una mujer guapa, pero no como ella: una

modelo con un cuerpo torneado a la perfección, rubia y de ojos azules. No se puede competir con una mujer como ella. En cuanto a Taylor, la vio y quedó prendado. Yo sabía que no tenía nada que hacer, por lo que me resigné. No luché por él, eso es cierto, quizás tenía que haberlo hecho, pero sabía quién iba a ser la derrotada de todas formas, por lo que no quise malgastar mis fuerzas.

Ahora, es él quien ha perdido y en parte estoy satisfecha, porque sabe lo que es sufrir por amor, aunque dudo mucho que haya sido ella la culpable. Estoy casi segura de que Taylor ha vuelto a hacer una de sus estupideces, le ha sido infiel y ella le ha abandonado.

No obstante, una parte de mí piensa que el destino ha obrado en consecuencia. Me siento satisfecha. No me alegro de su sufrimiento, pero sí de que pruebe las consecuencias de sus actos. Ahora solo me falta que la vida siga poniéndose a mi favor para vengar a mi padre, eso ya sería el colofón perfecto.

A las cinco de la mañana, cansada de dar vueltas en la cama, decido levantarme, prepararme un café bien cargado, ducharme y acicalarme para ir a trabajar.

A las seis y media ya estoy en el edificio de nuestra sede. El portero me saluda. No es la primera vez que me presento tan pronto. No suelo dormir mucho y soy de las primeras en llegar, aunque no suele ser habitual que lo haga tan temprano.

—Buenos días, señorita Young. ¡Qué madrugadora!

—Buenos días, Watson. Una noche complicada. ¡Que tenga un buen día!

—Lo mismo le deseo.

Me dirijo a la zona de ascensores, llamo al timbre y de inmediato la puerta se abre, al no haber nadie en el edificio se encuentran en el hall. Aprieto el número 43 que es donde se encuentra mi oficina y las puertas se cierran. Durante el trayecto que tarda exactamente dos minutos y trece segundos, me permito pensar qué pasaría si me quedara aquí encerrada durante horas. Soy patética, lo sé, pero es que mi vida es así. Doy gracias a que la puerta se abre y no tengo que comprobarlo.

Al entrar observo que hay luz en los cubículos designados para el personal. Me acerco y veo al nuevo empleado, tan solo lleva una semana. Es un hombre de mi edad, solo que al no tener experiencia se le ha contratado como becario. Sí, nuestra empresa es de esas que aprovecha las ocasiones para hacer contratos basura beneficiándose de la crisis mundial para explotar

a los trabajadores. La verdad es que cuando le entrevisté parecía muy preparado y aunque ha trabajado en alguna empresa similar, no tiene experiencia en el puesto que se le ha designado. Pero debo admitir que me llamó la atención lo atractivo que era y por eso también le contraté.

—Buenos días, señor Scott, ¿qué hace aquí? —pregunto con curiosidad al ver la hora que era.

—Buenos días, señorita Young. Ayer no terminé el trabajo que me pidió —expone azorado.

—Sabe que en esta empresa no se pagan horas extra, ¿verdad?

—Lo sé, pero tengo presente que llevo solo una semana, que es la primera vez que trabajo en un puesto de esta envergadura y por eso tengo que ponerme al día con todo.

—¡Perfecto! Esa es una buena actitud. A las ocho necesito el proyecto que le encargué sobre mi mesa.

—Lo tendrá —responde con decisión.

Salgo del cubículo y me voy a mi despacho no sin antes dirigirme al comedor para prepararme un café. Me lo llevo al despacho y comienzo a revisar el correo.

Tengo varios de mi jefe, los compruebo y me centro en ellos. A las diez pasaré a por el proyecto que le he encargado a Eric, ese es su nombre. La verdad es que me gusta, le pega mucho.

Al rato, le veo salir de su puesto de trabajo a través del cristal de mi despacho. Se ha quitado la americana y lleva la camisa remangada, se ha aflojado el nudo de la corbata y tiene el pelo algo alborotado. Parece un poco exasperado. Se acerca hacia mi despacho. Le observo andar, es elegante, seguro. La verdad es que me estoy deleitando, es un hombre realmente guapo, con un cuerpo torneado y esa barba de un par de días que le hace aún más atractivo. Viene con esa cara de niño bueno, mordiéndose el labio, haciendo que ahora mismo le esté imaginando encima de mi mesa, lamiendo todo mi cuerpo, y mi temperatura corporal haya subido un par de grados.

«Eso es falta de sexo, cariño», me dice la graciosa voz de mi conciencia.

Llama a la puerta suavemente, como si no estuviera seguro de lo que está haciendo, aún no son las ocho, la gente no ha llegado a la oficina.

—Adelante —digo intentando dejar a un lado mis lascivos pensamientos.

—Señorita Young, verá..., tengo un problema. No sé si voy a conseguir terminar el proyecto a tiempo, estoy un poco estancado —dice nervioso.

—¿Cuál es el problema? —pregunto un poco enfadada. Si él se retrasa

tendré menos tiempo para repasarlo.

—No querría entretenerla, sé que tiene mucho trabajo. Solo me gustaría, si es posible, disponer de un poco más de tiempo. Una hora quizás...

—Señor Scott...

—Eric, si no es mucha molestia —me interrumpe.

—Está bien, Eric —digo, porque debo reconocer que me encanta su nombre—. Tengo que entregar el proyecto a las diez, si le doy ese tiempo más solo dispongo de una hora para revisarlo. Debo asegurarme de que esté bien, es algo de vital importancia.

—Le aseguro que estará bien... —dice intentando convencerme.

—De acuerdo —cedo—, tiene una hora más. No me falle.

—Gracias. No lo haré.

Sale del despacho y se marcha rápidamente a su cubículo. Observo su culo, es perfecto. ¡Madre mía! No sé si podré concentrarme en toda la mañana después de verle tan prieto cada vez que anda con esa soltura.

Después de intentar despejar mi mente de ese precioso trasero y de desechar la idea que me ronda por la cabeza intento ponerme a trabajar.

«Es demasiado pronto, Aria», me digo una y otra vez para convencerme a mí misma de que no debo proponerle lo que hago con todos mis becarios.

A las ocho de la mañana comienza el trasiego. Margaret, mi secretaria y fiel amiga —porque aunque tiene cincuenta años es la mejor que tengo y mi gran confidente— entra con un café de mi cafetería favorita, Starbucks, y un *bagel*.

—Buenos días, Aria —me dice dejando el café y el bollo como todos los días.

—Buenos días, Margaret.

—¡Uff! Vaya cara más mala tienes, cielo. ¿No has dormido bien?

—No, otra vez Taylor. Me llamó a las tantas de la madrugada...

—¡Dios, qué hombre! ¿Cuándo se va a dar por vencido? —me dice exasperada.

—No lo sé, pero estoy replanteándome...

—¡Por encima de mi cadáver! —me corta enfadada—. Mi niña, no voy a permitir que ese sinvergüenza vuelva a tu vida para destrozártela. ¿Me oyes? ¡Quítate esa idea de la cabeza, pero ya!

—No te he dicho qué era lo que...

—Me da igual lo que sea que estés pensando, estoy segura de que nada

bueno, Aria. No quiero que pienses en él y punto.

—De acuerdo, mamá... —contesto a modo de guasa.

—Encima no te burles... Me voy a trabajar, pero que conste que como vayas por ese camino voy a tener que enfadarme y dejar de traerte el café y el *bagel*.

—¡Eso sí que no! O tendré que bajarte el sueldo —le digo amenazante.

—Entonces a mí se me puede soltar un poco la lengua... —responde desafiante.

Ella me conoce muy bien y sabe todas mis debilidades a la vez que está al corriente de mis deslices con los becarios. Sé a ciencia cierta que es una tumba y que no diría nada, que solo replica para contratarar ante mi amenaza.

Las dos nos miramos durante un minuto retándonos con la mirada y después estallamos en una carcajada, ella sale del despacho negando con la cabeza.

Me centro en acabar con un proyecto a la espera de que Eric me traiga el suyo.

¡Mmm! ¡Santo cielo! Solo con pronunciar su nombre mentalmente y recordar su precioso culo contraído, mis bragas están más húmedas que el pañal de un niño después de doce horas sin cambiarse, este hombre va a provocarme una combustión espontánea. «Ja», se ríe mi conciencia tras mi pensamiento.

Absorta de nuevo en lo que ese hombre me provoca y en cómo me encantaría recorrer su cuerpo desnudo con mi lengua, unos golpes en la puerta hacen que dé un pequeño respingo en mi asiento y me sacan de mis libidinosos pensamientos.

«¡Joder! Al final hoy va a darme un ataque o una combustión letal, no lo tengo del todo claro».

—Pase... —titubeo aún azorada.

—Señorita Young. Aquí tiene el proyecto —dice Eric entregándome un pendrive.

—Perfecto. Gracias. En tu correo tienes tu siguiente trabajo.

—De acuerdo.

Se queda mirándome el escote. Debido al calor de mi cuerpo tras mis lascivos pensamientos con él, he tenido que desabrochar un poco la blusa y me doy cuenta de que puede apreciarse el encaje de mi sujetador. Le miro y veo que se percata de que le he pillado in fraganti.

—¿Algo más? —pregunta intentando disimular.

—No, puedes irte.

Por un momento creo que ambos nos hemos mirado fijamente y diría que han saltado chispas de deseo. Pero desecho la idea. Seguramente sean las ganas que tengo de sexo.

«Está decidido, esta noche iré al club».

Después de observar el maravilloso culo de Eric, porque de nuevo no he podido dejar de mirarlo cuando se ha marchado, pongo el pendrive en mi ordenador y abro el archivo, pero una llamada me interrumpe en mitad de mis obligaciones.

—Aria —me dice Margaret—, te paso con Steven, dice que es urgente.

Steven es nuestro jefe. Maldigo en silencio. No podía ser más oportuno. Tengo una hora para revisar el trabajo de Eric y justo tiene que llamarme.

—Gracias, Margaret.

Espero unos segundos y me pasa con él.

—Hola, Steven, si me llamas por el proyecto, estoy con él ahora mismo.

—No te llamo por eso, pero espero que lo tengas listo como acordamos, a las diez. Me pasaré personalmente a por él. Te llamo porque los japoneses quieren que mañana tengas la propuesta para la expansión. ¿Cómo lo llevas?

Respiro hondo antes de contestar, porque no lo llevo, directamente.

—¿Quieres la verdad, Steven?

—Sí.

—No lo tengo listo, pero haré todo lo posible para tenerlo mañana. Eso sí, intenta que la reunión sea a última hora del día.

—Perfecto, Aria. De todas formas, te voy a pasar ahora un dossier y vas mirando las cosas que acabo de concretar con varios cambios que ahora mismo han mencionado en relación a la última propuesta que les enviamos. Ve echándole un vistazo y si quieres lo vamos comentando.

—Steven, déjalo, si tengo alguna duda te llamo. Quiero terminar unas cosas del proyecto que tengo que entregarte a las diez.

—Vale. Nos vemos luego.

—Hasta entonces —me despido.

Cuelgo malhumorada, el día no podía ir peor. El proyecto de los japoneses supone al menos dos días de trabajo que tengo que sacar en menos de uno y para colmo tengo que terminar de revisar el de Eric. Decido mirar por encima su trabajo y concluir en menos de veinte minutos para centrarme de lleno en el de los japoneses. Además, tendré que pasarle algunos apartados a alguien para que me vaya ayudando. Decido que Eric sea mi conejillo de

indias, no sé por qué me he decantado por él.

«Sí lo sabes, no te engañes, Aria, porque quieres tenerlo muy cerca. Y si fuera dentro de ti, mejor», me dice la muy canalla de mi conciencia.

«¡Cállate! Ya lo sé, pero estoy intentando no sucumbir aún», le contesto mentalmente.

¿Estoy majara o qué? Estoy teniendo una batalla mental con mi subconsciente, ¡es de locos!, ¡estoy para que me encierren!

Después de este lapsus cerebral, descuelgo el teléfono y llamo a mi secretaria.

—Margaret, necesito que le digas a Eric que venga a mi despacho, es urgente.

—¡Mmm! Es un hombre muy atractivo... —dice la muy perra.

—¡Ya está bien! —le recrimino.

—Sí, dime lo que quieras, pero te he visto mirarle el culo. Y no me digas que no has pensado en..., ¡ya tú sabes, mi *amol!* —exclama con guasa—, porque te conozco casi como si te hubiera parido.

—Es muy pronto... aunque sí, llevo todo el día pensándolo y para aliviar mis males pensaba ir al club, pero resulta que nuestro querido jefe me ha puesto un trabajo con el que creo que voy a estar aquí como la funeraria, por eso necesito a Eric.

—Sabes que no me gusta la idea del club...

—¡No me seas antigua, Margaret!

—No soy antigua, pero allí vete tú a saber lo que puedes encontrarte, cariño. Que hay mucho desalmado suelto.

—Margaret, esta conversación la hemos tenido muchas veces y ya sabes que nunca cedo, además tengo muuuucho trabajo. Otro día lo debatimos con un café, te lo prometo, pero ahora llama a Eric, por favor —imploro desesperada.

—Bueno, porque me lo has pedido por favor, ¡jefa! —dice con retintín.

Cuelgo el teléfono y sonrío, es increíble. No pasan ni dos minutos cuando llaman a la puerta. De nuevo me tenso, no sé qué me pasa hoy con este hombre, pero es solo notar su presencia y siento un cosquilleo recorrer todo mi cuerpo.

—Adelante —digo nerviosa.

—Señorita Young...

—Eric, necesito ayuda con un proyecto de vital importancia. Tengo hasta mañana para desarrollarlo. Ahora te paso las directrices. De todas formas, te

explico, toma asiento, por favor.

Coge una silla y se sienta a mi lado. Su perfume embriagador invade mis fosas nasales, trastocando todos mis sentidos. Tengo que tragar el nudo que se me ha formado en la garganta antes de empezar a hablar.

Tras unos segundos para serenarme, comienzo explicándole en qué consiste el trabajo que vamos a desarrollar y los puntos que vamos a tratar. Le noto tan cerca que casi puedo sentir su aliento rozando el mío.

«Juro que hoy entro en combustión total como siga acercándose más».

Tras seguir con la explicación, con la voz tomada porque cada vez me encuentro más excitada, cuando me giro para preguntarle si lo ha entendido, noto sus preciosos ojos verdes, claros, fijos en mí y me quedo hipnotizada, sin palabras, perdida en esa mirada. Al cabo de unos segundos me pregunta:

—¿Está bien, señorita Young?

—Sí, disculpa... Es que hoy apenas he dormido y estoy un poco agobiada con el proyecto. ¿Ves algún problema en ayudarme después de lo que te he explicado? —inquiero nerviosa.

—No, creo que no...

—Perfecto, entonces no perdamos más tiempo. Hoy tendrás que quedarte hasta tarde, pero como es algo impuesto por mí, haré que te paguen las horas extras.

—Gracias, no hacía falta pero se lo agradezco.

De nuevo se hace el silencio y los dos nos miramos a los ojos durante unos segundos. Instintivamente me muerdo el labio y veo que él me mira fijamente. No puedo distinguir lo que denotan sus ojos, pero se han oscurecido considerablemente. Por un momento mi cuerpo se excita y siento que mi pulso se acelera.

De repente, la puerta de mi despacho se abre. Es Steven.

«¡Salvados por la campana!».

—Buenos días, Aria y...

—Hola, Steven, él es Eric, es el nuevo becario —digo intentando parecer fría. Solo faltaba que mi jefe se diera cuenta de lo mucho que me pone el novato—. Ya se iba...

Eric se levanta, coloca la silla en el lugar de donde la ha cogido y en silencio, haciendo un gesto a Steven con la cabeza, se marcha.

—Un chico un poco antipático, ¿no?

—Es tímido, pero muy trabajador —respondo.

—Eso es lo importante. ¿Tienes el proyecto?

—Sí —le digo entregándole el pendrive—. ¿Necesitas que lo imprimamos?

—No, tranquila, lo hará Mariah. Me voy, que tengo la reunión a las once y media con el cliente. Luego te cuento. Espero tener mañana la propuesta de los japoneses a tiempo.

—Te he dicho que la tendrás. ¿Cuándo te he fallado yo, Steven?

—Nunca, tesoro —me dice suavizando su tono de voz.

Steven es como un padre para mí, es un gran amigo del mío. Cuando Taylor me dejó, le pedí ayuda. Ambos trabajábamos para la misma compañía y yo quería cortar de raíz con todo lo que me rodeaba, no quería compartir espacio con él. Steven me consiguió un trabajo como becaria en su empresa. Poco a poco me he ido labrando el puesto de directiva gracias a mi gran esfuerzo y dedicación.

—Hasta luego.

Steven se va y yo me centro con el trabajo de los japoneses.

A la hora de la comida ni siquiera salgo, he dicho a Margaret que me traiga algo cuando ella regrese de comer. Eric tampoco lo hace y decido poner cartas en el asunto. Salgo del despacho. Necesito estirar las piernas un rato.

—Eric, ¿por qué no has salido a comer? —le recrimino.

—No hay tiempo que perder.

—¿Y no piensas comer nada?

—Bueno, ya lo haré más tarde.

—Hay mucho trabajo, pero también hay que descansar para comer. Llamaré a Margaret para que te traiga algo cuando regrese.

—No hace falta, Aria.

Le miro ceñuda, no voy a permitirle que me llame así. Solo Steven y Margaret lo hacen, pero porque los dos son algo más para mí.

—Eric, no vuelvas a llamarme así. Para ti y para todo el mundo soy la señorita Young.

—Yo... pensé... —Parece un poco sorprendido pero enseguida vuelve a ponerse serio—. Lo siento, tiene razón.

Sin prestarme más atención se centra en su trabajo y me ignora por completo, creo que no le ha sentado bien mi aclaración, pero no me importa, no voy a concederle el privilegio de llamarme por mi nombre.

Regreso a mi despacho y llamo a Margaret, le indico que le traiga comida a Eric y ella vuelve a bromear conmigo un rato.

Cuando regresa con la comida me dirijo al comedor de la empresa para degustarla con la esperanza de que él también lo haga, pero no tengo esa suerte. Creo que sigue molesto por mi aclaración y ha decidido comer en su cubículo. Por lo que yo sola doy cuenta rápidamente de la comida y regreso de nuevo a mi despacho para seguir trabajando.

Capítulo 2

A las siete de la tarde, cuando ya no hay casi nadie en la oficina, Steven irrumpe como una exhalación en mi despacho. Por su cara detecto que no está contento.

—Hola, Steven, ¿cómo fue todo?

—¿Qué clase de mierda me has dado, Aria? —pregunta enervado.

—Yo... —titubeo, ni siquiera sé qué contestarle—. Lo siento...

—¡El cliente casi me manda a tomar por el culo! Textualmente. ¿Quién ha hecho el proyecto, el becario?

Le miro y sus ojos se abren como platos al leer en mi rostro que esa es justamente la respuesta.

—¡Joder! Aria, me parece muy bien que delegues el trabajo, pero al menos revísalo. ¡Esto es una puta mierda! —Jamás le había oído decir tanta palabrota junta. Sí que debe ser malo. ¡Madre mía, qué desastre!

—Lo siento, iba a hacerlo. Pero justo me llamaste con lo del trabajo de los japoneses y como voy con el tiempo justo... —Su cara me dice que no quiere excusas—. Lo lamento, Steven... Tienes razón, no es excusa. Lo arreglaré, te lo prometo. Hoy no es un buen día, he dormido dos horas... Pero te juro que lo arreglo.

—¿Qué ha pasado, cariño? —Su voz se ha suavizado.

—Es Taylor... Lleva llamándome una semana. Ayer decidí cogerle el teléfono. Quiere que vuelva con él.

—Pero tú no vas a hacerlo, ¿verdad? —Me mira con el ceño fruncido.

—No... —le digo no muy convencida.

—Aria, cielo, sabes lo mucho que te queremos Debra y yo. Eres como una hija para nosotros. Sufriste mucho con la ruptura de Taylor. Tuviste que cambiar de ciudad dejando a tus padres en Washington para huir de él, nosotros te acogimos y te cuidamos. Formas parte de nuestra familia, por eso creo que no deberías ni siquiera darle la oportunidad de escucharle.

—Lo sé, tienes razón... Te juro que no volveré a escucharle.

—¡Esa es mi chica! —dice abrazándome—. Ahora haz el favor de arreglar esta chapuza. Y, por favor, rápido.

—De acuerdo.

—Hasta mañana, Aria.

—Adiós.

Cuando Steven sale por la puerta me doy de cabezazos —literalmente— contra la mesa. ¡Joder! Si es que las cosas no podrían ir peor. Tenía que haber revisado el proyecto, por no perder un poco de tiempo ahora me toca perder más.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —siseo mientras sigo golpeándome despacio.

Steven ha dejado la puerta abierta y Eric está observando la escena sin saber qué hacer, hasta que por fin se atreve a preguntarme:

—¿Está bien, señorita Young?

—No. Pero da igual.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Pasa que el proyecto, *tu* proyecto, es una verdadera mierda —digo sin pensar, superada por la situación.

Su cara de estupefacción me dice que me he pasado un poco en mi tono y con mis palabras, pero es que estoy tan desesperada... no sé de dónde narices voy a sacar el tiempo necesario para acabar los dos proyectos en el tiempo establecido.

—Mi proyecto sería una mierda, pero como jefa tu deber era revisarlo —me contesta con un tono de voz seco y directo. No me esperaba semejante desplante y creo que se me nota en la cara, porque he abierto la boca de la indignación. La cierro de golpe, sintiendo que la sangre se me calienta en las venas, y no de excitación, precisamente. Me estoy poniendo furiosa, y lo peor es que, realmente, tiene toda la razón.

Margaret entra en escena sin decir nada, solo observándonos.

—¿Quién te crees que eres para decirme lo que tengo o debo hacer? —espeto, enervada.

—No me creo nadie, pero solo digo lo que pienso. ¿O acaso en esta empresa está prohibido expresarse?

—Sí, cuando se trata de cuestionar mi trabajo —insisto desabrida, tratando de imponerme—. Soy tu jefa y si quieres seguir manteniendo el puesto, evita esos comentarios.

—Quizás no quiera trabajar en una empresa así.

«Lo que faltaba».

—¡Pues ahí tienes la puerta! —le digo con chulería.

—¡Perfecto! —dice y se dirige a su puesto, recoge sus cosas y se marcha

sin más.

«¡Ahora sí que la he cagado, pero bien!».

Margaret me mira asombrada. La verdad es que mi mal humor ha podido con mi carácter.

—Mi niña, ¿pero qué has hecho?

—No lo sé, he pagado toda mi frustración contra él. Ha cometido un error, pero me he volcado contra Eric. ¡Joder! Y tengo que entregar mañana los dos proyectos...

—¿Quieres que me quede y te eche una mano?

—No, Margaret, vete, tienes una familia y debes descansar... Ya me apañaré...

—¿Vas a estar bien?

—Sí, gracias...

—Cualquier cosa que necesites...

—Tranquila, te avisaré.

Margaret se marcha. Ya no queda nadie en la oficina y yo me centro primero en el proyecto que Eric ha desarrollado, creo que es el más rápido de arreglar. Ni siquiera sé qué es lo que ha avanzado del nuevo, pero ahora es lo que menos me preocupa. Leo todo con detenimiento y corrijo varias cosas. No está tan mal como Steven dice, solo que él es muy puntilloso y tiene que estar perfecto.

A las diez, decido subir a comer algo a la cafetería del edificio que aún está abierta. Un sándwich y un refresco de cola, no puedo permitirme perder mucho más tiempo. Apenas diez minutos y regreso a la oficina.

Casi a la una de la mañana finalizo, estoy agotada, decido irme a casa a dormir, mañana vendré temprano, pero necesito descansar aunque sean solo unas horas.

Mientras bajo, voy llamando a un taxi para no esperar en la puerta, me despido del vigilante y al llegar a la entrada el taxista me espera. En veinte minutos estoy en casa. Me desvisto rápidamente, me desmaquillo y me tumbo en la cama. Hoy he decidido poner el móvil en silencio y desconectar el reloj para que en el caso de que Taylor me llame, no contestarle, no puedo permitir que nadie perturbe mis pocas horas de sueño.

Pongo el despertador a las cuatro y cierro los ojos, deseando poder descansar un poco. Antes de caer rendida, por mi mente pasan como en un recordatorio malintencionado todos los errores que he cometido a lo largo del día. El rostro serio y decepcionado de Eric es lo último que veo antes de

quedarme profundamente dormida.

Cuando el despertador suena suspiro, he podido descansar, aunque sigo agotada; en dos días he dormido menos de seis horas.

Me voy al cuarto de baño y me doy una ducha rápida. Preparo un café muy cargado y mientras me lo tomo, bien caliente, suspiro pensando en lo maleducada y desagradable que fui ayer con Eric. Debería pedirle perdón, cosa que no suelo hacer. En el trabajo, yo nunca pido perdón.

«Eso si viene, porque no lo tengo muy claro después de tu comportamiento, guapita», me susurra la voz de mi conciencia, ella siempre tan irónica y de tanta ayuda para comenzar con alegría la mañana.

Suelto el aire, enfadada, y termino el café. Dejo la taza en el lavavajillas y me voy al dormitorio para vestirme. Me decanto por un vestido discreto y una americana a juego, color azul marino. Me recojo un poco el pelo y me maquillo suavemente.

Bajo a la parada de taxis y compruebo mi teléfono, como imaginaba tengo varias llamadas de Taylor. Cierro por un momento los ojos, suspirando profundamente. No tengo que dejar que esto me afecte, pero lo hace.

Después de unos segundos, me monto en el coche, le indico la dirección al conductor y en los veinte minutos de rigor llegamos al edificio que alberga nuestra oficina: un edificio de los grandes rascacielos de la zona financiera de Nueva York.

Saludo como todas las mañanas al vigilante y subo a nuestra planta. De nuevo hay luz en los cubículos de los empleados y por un momento mi corazón da un vuelco. Quiero pensar que es Eric, pero hoy es aún más pronto que ayer y es posible que sea solo el personal de limpieza. Necesito que sea él, porque si no estoy perdida.

Me acerco despacio y cierro los ojos suspirando nerviosa al comprobar que estoy en lo cierto, está sin la americana y la corbata, con la camisa remangada y con varios botones desabrochados. Le observo durante unos segundos, tiene el pecho totalmente depilado.

«Preciosa visión para empezar el día», me digo suspirando excitada.

Me permito el lujo de observarle unos segundos más, es realmente atractivo. Está concentrado en su trabajo y eso me excita todavía más.

«Cualquier día tus bragas se van a volatilizar si sigues mirándole de esa forma como si fuera el fruto prohibido». ¡Qué graciosa es esta conciencia mía! Siempre con esas ocurrencias que no me ayudan en nada a dejar de

mirarlo.

—Buenos días —le digo por fin, y se sobresalta al no esperar mi presencia.

—Buenos días, señorita Young.

—Siento haberte asustado, ¿qué haces aquí tan temprano?

—Terminar el trabajo que dejé ayer a medias... —contesta secamente sin apenas mirarme.

—Eric, yo... lamento lo de ayer. Tenías razón. Mi deber era comprobar tu trabajo y no lo hice —digo muy a mi pesar y tragándome el orgullo.

—Vaya, dos disculpas en menos de un minuto...

Eleva su cabeza y me mira fijamente, con una media sonrisa, la más sexy que he visto en toda mi vida. ¡Joder, si me he excitado y todo! ¡Mierda! Mis bragas dan fe de ello.

«Esta noche tengo que ir al club o al final la combustión será letal».

—Creo que el mote de Elsa no te pega del todo —salta de repente.

—¿Elsa? No entiendo nada —le digo frunciendo el ceño.

—Sí, la princesa de hielo. La de Disney.

—¿Quién es esa?

—¡No me jodas, Aria! —dice y rápidamente rectifica al ver mi cara de enfado—. Perdón, señorita Young. ¿No sabe quién es Elsa? —Vuelve a su tono cordial.

—No. ¿Debería saberlo?

—No necesariamente, pero es la princesa de hielo que a todas las niñas les gusta.

—¿Y me llaman así? —pregunto incrédula.

—¡Ajá!

—Vaya... Al menos si es una princesa Disney, ¿será guapa? —pregunto porque ya que me han puesto un mote quiero averiguar a quién me parezco.

Coge el teléfono, la busca y me la enseña.

—Compruébelo usted misma.

—¡Pero si es rubia! —le replico.

—No creo que sea por el parecido por lo que la llamen así, sino por lo fría que es... —dice con sorna.

—¡Ah, vale! —contesto un poco molesta sin haber pillado la indirecta a la primera.

—No creo que sea tan fría —me dice al quedarme callada.

—Eric, no me conoces —le digo, volviendo a un tono profesional. Él no

replica, cosa que agradezco—. Ahora cambiando de tema, ¿cómo llevas lo que te he pedido?

—Voy por la mitad.

—Perfecto. Voy a mi despacho, cualquier cosa que necesites o si tienes dudas, consúltamelo, por favor. No podemos cometer ningún error en este proyecto, ¿de acuerdo? Nos jugamos mucho.

—Entendido.

Me voy al despacho y me centro en el trabajo. A las siete de la mañana, dos golpes en la puerta me sacan de mi concentración.

—Adelante.

—Señorita Young. Le traigo un café. Espero haber acertado.

«¡Joder, y encima es atento! Madre mía, me lo desayunaría a él si no fuera demasiado pronto».

—Gracias, Eric. Si es solo, estará perfecto.

—Tiene un poco de leche, pero muy poco.

—Solo para otra vez, pero gracias —le digo extendiendo la mano para cogerlo.

Nuestros dedos se rozan cuando me lo entrega y siento una indescriptible corriente recorrer mi cuerpo, placentera a la vez que excitante. Creo que es un hombre peligroso. Causa en mí una sensación hasta ahora desconocida.

—Lo tendré en cuenta. Tengo una duda... —expone—. Pero dejo que tome el café tranquila.

—Gracias, si no te importa... Ahora en dos minutos voy a tu sitio.

—Claro...

Saboreo el café, que debo admitir me sabe a gloria aun con un poquito de leche, no sé si porque me lo ha traído él o porque realmente necesitaba uno. Me levanto y me dirijo hacia su sitio.

—Tú dirás... —le digo y se gira regalándome de nuevo esa media sonrisa que me revoluciona por dentro.

Comienza a explicarme un poco lo que ha desarrollado y dónde se ha quedado estancado, yo le observo con atención. La idea es mucho mejor que la que inicialmente yo he planteado. ¡Joder, verdaderamente es bueno!

—Mi duda es sobre lo siguiente —expone enseñándome un diseño nuevo—, sé que inicialmente no es lo que tenía usted en mente y quizás me estoy extralimitando, por eso quiero saber qué le parece antes de seguir adelante con ello.

—Eric, me parece que todo lo que sea mejorar el proyecto con nuevas

ideas es algo bueno. Así que no te estás extralimitando para nada. Pero gracias por consultármelo y pedirme opinión. ¿Algo más?

—No —dice, y me mira fijamente rozando su mano con la mía, acariciándola lentamente con un dedo. Sus preciosos ojos verdes me penetran de una forma que podrían traspasarme el alma. Tengo que tragar el nudo que se ha formado en mi garganta. Me molesta lo que me hace sentir con esa suave y leve caricia, lo que puede hacerme llegar a sentir si siguiéramos más allá, tengo que alejarme de él, me desconcentra y me pone nerviosa, es algo nuevo para mí. Ningún hombre, incluido Taylor, ha conseguido eso en tan poco tiempo.

—Tenemos que seguir trabajando —digo levantándome y regresando de inmediato a mi despacho.

Cuando llego, suspiro e inspiro un par de veces. Necesito concentración y ahora mismo su mirada y esa leve caricia me han trastocado considerablemente.

Me siento en la silla y una vez más respiro profundamente, intentando serenarme, cuando lo consigo me centro como puedo de nuevo en el trabajo.

A las ocho de la mañana Margaret aparece con mi café y mi *bagel*.

—Buenos días, Aria. Veo que Eric ha vuelto.

—Buenos días, Margaret. No sé desde qué hora lleva trabajando, yo he llegado a las cinco de la mañana y ya estaba aquí.

—¡Parece buen chico!

—Sí que lo es. Para tu información, le pedí disculpas...

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi jefa? —pregunta con sorna.

—Muy graciosa, Margaret. Por cierto, ¿tu sabías que me llamaban Elsa? Sonríe y eso la delata.

—Algo había oído.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Porque no sabes quién es, así es que te habría dado lo mismo.

—Ahora ya sé quién es, una princesa Disney de hielo —le digo orgullosamente.

—Vaya, vaya. ¿Eric te lo ha contado? ¿Y qué más cosas habéis hecho? —pregunta curiosa.

—Sí, me lo ha contado. Y para tu información, solo hemos trabajado cada uno en nuestro sitio. Además, no te mereces saber nada más puesto que tú no me cuentas nada de los chismorreos que hay en esta oficina sobre mí.

—Tienes razón, lo siento. No volverá a ocurrir, te lo prometo —dice con

voz arrepentida dirigiéndose a la puerta.

—Me trajo un café...

—¿Sí? —Se da media vuelta y cerrando la puerta, se sienta en frente de mí.

—Después me dijo que tenía una duda, me fui a su cubículo y me rozó la mano mientras nos quedamos fijamente mirándonos. No sé qué me pasa con él, Margaret. Creo que son las ganas que tengo de tirármelo...

—¡Pero qué bruta eres, hija! —me interrumpe.

—Lo siento, tienes razón. Lo que te decía, que no sé qué es lo que me pasa con él, pero se me acelera el pulso y me pongo hasta nerviosa, además de excitarme cada vez que le veo, cuando me sonrío...

—Quizás sea la falta de sexo —me dice con retintín.

—También sé que estoy necesitada, eso no te lo voy a negar. Hace más de tres semanas que no lo cato. El becario que despedimos hace quince días. Pero vamos, que hoy sin falta voy al club.

—Cielo, deja el club ya. ¿Por qué no Eric?

—Porque Eric tiene un contrato de seis meses y lleva poco más de una semana aquí.

—¿Y? —me pregunta con una sonrisa pícara.

—Pues que sabes que no me gusta arriesgar. Soy atrevida, pero no tanto.

—Bueno, a lo mejor pruebas y decides repetir —dice ella con una sonrisa pícara. Parece el demonio, tentándome. «Con amigas como ellas, no necesito enemigas», pienso divertida—. Quién sabe, tal vez te guste para compartir algo más...

—Sabes que mis experiencias son de una sola vez, incluso en el club. Y no estoy dispuesta a sacrificar ni mi trabajo ni el de Eric por un polvo. Cuando le queden quince días entonces se lo propondré. Lo normal en esta empresa es no renovar a ningún becario. Y si fuera el caso, entonces ya vería cómo manejar la situación.

—Tú misma, ¿pero vas a poder aguantar más de cinco meses así?

—Estoy segura de que cuando sacie mi apetito sexual todo volverá a la normalidad.

—Eso espero, por tu bien. Ahora me voy a trabajar, cielo. Cualquier cosa, ya sabes...

—Claro, Margaret.

La mañana se pasa volando. A las doce de la mañana, Eric aparece, llamando como siempre a la puerta. Tiene cara de cansado. No es para

menos.

—Señorita Young. Por mi parte creo que ya está listo, aunque me gustaría ver con usted un par de cosas más. Si quiere que lo veamos en su despacho mejor...

—Claro, dame unos minutos. Siéntate si quieres. Tengo que terminar de contestar un correo.

Se sienta y mientras termino de redactar, mi teléfono móvil suena. Lo miro y es Taylor. ¿Pero este hombre no sabe que trabajo? Lo cojo y cuelgo. Pero al instante vuelve a sonar. Repito la misma operación, pero de nuevo suena otra vez. Exasperada me retiro un poco.

—Perdóname, Eric, solo será un segundo.

Él asiente y sonrío.

—¿Qué quieres, Taylor? ¿Es que no sabes que estoy trabajando?

—Necesito verte... —me dice con la voz pesarosa.

—No voy a verte, ni ahora ni nunca. No vuelvas a llamarme o tendré que bloquear tu número. Adiós.

Y cuelgo enfadada y nerviosa. Me tiembla la mano, solo ha dicho dos palabras, pero ha conseguido alterarme. ¿Por qué aún me afecta tanto? No lo entiendo. Han pasado cuatro años y sigo sintiendo algo por él, ¡es absurdo! Me quedo inmóvil, absorta en mis pensamientos, hasta que Eric me saca de ellos.

—Aria, ¿estás bien? —Dice acercándose a mí. De nuevo me llama por mi nombre y sabe que no me gusta, creo que a veces no es consciente de ello y le sale sin pensar. Cuando él lo pronuncia mi cuerpo se estremece.

—Eric, sí, estoy bien, pero por favor, no vuelvas a llamarme por mi nombre. Solo Steven y Margaret tienen ese privilegio. Ambos me conocen desde que empecé en esta empresa y más que compañeros de trabajo son mi familia, por eso dejo que me llamen por mi nombre de pila, pero a nadie más.

—Lo siento... No volverá a ocurrir. Aunque es un nombre precioso.

—Gracias —digo secamente, intentando mantener el control de la situación. Soy una importante directiva, no cualquier niñita emocional que le abre su corazón al becario a primeras de cambio. Debo mantenerme profesional—. Aclarado el tema, volvamos al trabajo. ¿Qué es lo que quieres que veamos?

Coge el pendrive y lo inserta en mi portátil. Acerca la silla a la mía y de nuevo su dulce aroma me embarga.

Tras varios minutos explicándome algunas cosas que ha incluido, da por

finalizado su trabajo. Debo admitir que es estupendo. Tengo que revisarlo por completo, pero se ha esforzado muchísimo.

—Has hecho un buen trabajo, Eric, enhorabuena.

—Gracias. ¿Está todo, entonces?

—No, yo aún tengo que terminar algunas cosas y revisar todo para las cuatro de la tarde, hora en la que vendrá Steven. Puedes irte ya si quieres. Te lo has ganado. Y te pagaremos las horas extras. De eso yo me encargo.

—No es problema, pero si quiere puedo ayudarla con el trabajo que queda.

—No, tranquilo, ya has hecho suficiente, Eric.

—De verdad, prefiero quedarme.

—Está bien.

Le explico algunas cosas más y sale de mi despacho para continuar con el proyecto. Me he liberado de un par de detalles al delegar en él, por lo que puedo revisar el trabajo que ha realizado. Es estupendo y salvo alguna pequeña cosa que he matizado, está todo muy bien.

A mediodía subo a la cafetería a comer algo rápido, pero quiero ser amable y devolverle a Eric el gesto del café y la ayuda que me ha prestado, así que decido invitarle a comer. Voy a buscarle a su mesa de trabajo pero me llevo una pequeña decepción al comprobar que no está, se ha marchado.

«Si quieres se queda esperándote a ti toda la vida, guapita». Pero qué graciosa es esta conciencia, siempre tan agradecida y servicial con una misma.

Subo a la cafetería, dispuesta a pasar un rato a solas devorando un sándwich cuando de repente lo veo: allí está, comiendo solo en una mesa.

¿Y ahora qué?

Capítulo 3

Esa es una buena pregunta. ¿Debo acercarme y ser cordial sentándome a su lado o solo saludo y me siento en otra mesa?, porque claro, a lo mejor le apetece estar solo perdido en sus pensamientos sin tener la compañía de su jefa. Si paso y saludo, sentirá la obligación de decirme que me siente con él cuando en realidad puede que no quiera que lo haga. La verdad es que es un poco complicado. Aunque también puedo pasar y hacer como que no le he visto y que sea él quien decida si quiere verme. Sí, definitivamente, eso es lo que haré.

Con paso firme y decidido, camino por su lado y de pronto una mano me agarra de la muñeca, su contacto me quema y mi cuerpo se estremece.

—Ar... —titubea y corrige al instante—. Señorita Young, siéntese conmigo, por favor.

Cielos. Eso es más de lo que esperaba. «Y tus bragas tampoco se lo esperaban, guapita. Ya estás que te derrites». ¡De nuevo haciendo de las tuyas, amiga mía! Si no habla, revienta...

—Hola, Eric. Perdona, no te había visto, estaba mirando el menú cuando he entrado. La verdad es que no suelo venir por aquí y no sé ni qué pedir.

—Bueno, si quiere que la recomiende, solo llevo poco más de una semana aquí, pero he venido todos los días menos ayer. Se come muy bien.

—Entonces dejaré que me asesores, sí. Aunque quizás coma un sándwich o algo ligero.

—De acuerdo, entonces el sándwich de pollo es el mejor.

—Perfecto, pediré ese. Gracias, Eric. ¿Puedo preguntarte qué comes? Tiene una pinta estupenda.

—Estofado de carne con setas, ¿quiere probarlo? —dice con el tenedor cargado de carne y pequeños trocitos oscuros de boletus.

Dudo por un momento y abro la boca para que introduzca el contenido.

—¡Mmm! Está delicioso —alabo tapándome la boca y masticando a la vez.

—La verdad es que sí. ¿Quiere repetir?

—No, gracias, Eric. —Cojo una servilleta y la doblo, mirándola fijamente mientras le hablo—. Por ahora puedes dejar de tratarme de usted, pero sigue dirigiéndote a mí por mi apellido, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Me toman nota, mientras dejan una bandeja de patatas fritas en la mesa y no puedo resistirme a coger una. Eric me mira y sonrío.

—Lo siento.

—Tranquila, puedes coger las que quieras.

—Gracias. Estoy hambrienta. No he tomado más que tres cafés y el *bagel* que me trae Margaret por la mañana.

Me mira arqueando las cejas, diría que un poco molesto por mi aclaración.

—No suelo desayunar más que un café en casa porque no quiero perder mucho tiempo. Además, Margaret siempre me trae mi capuchino de Starbucks y el *bagel*, son muchas calorías para lo poco que me muevo. —No sé qué hago dándole tantas explicaciones pero sigo hablando sin poder parar —. Y luego he tomado el café que me has traído. Otras veces tomo algún café más, pero es que con el día que llevo hoy, ni tiempo he tenido.

—¿Y no comes nada más? Algo de fruta, frutos secos, ¿nada?

—No.

—Tienes una alimentación muy poco saludable, la verdad.

—Lo sé, unida a que últimamente no hago nada de ejercicio, ni siquiera sé cómo mi cuerpo sigue estando tan estilizado.

—Bueno, hay muchas formas de hacer ejercicio —me dice con un brillo pícaro en la mirada que una vez más, me sorprende. ¿Se estará refiriendo al sexo? «Pues claro, se está refiriendo a eso, ¿es que naciste ayer, Aria?».

—Cuando digo nada, es nada. Últimamente vivo por y para el trabajo. — Ambos nos miramos y nos echamos a reír. Soy patética. Aquí estoy, hablando indirectamente de sexo a mi becario, que por otra parte me atrae muchísimo.

—En el trabajo también se puede hacer ejercicio...

«¿Me está proponiendo algo o soy yo, que voy tan salida que ya ni interpreto bien las señales?».

—Bueno, no sé yo...

—Sí, levantarte a la fotocopidora, ir al despacho del jefe, etcétera... — dice él con falsa inocencia.

—No creo yo que eso sea ejercicio, pero si tú lo dices... Además, soy la jefa, yo no hago fotocopias, tengo a mis subordinados —comento con sorna.

—Ya, eso es cierto.

En ese momento me traen el sándwich y comienzo a dar buena cuenta de él, con lo que concluimos la absurda y surrealista conversación que

estábamos teniendo. Casi lo agradezco, porque la verdad es que no sé muy bien a santo de qué había salido.

Una vez hemos terminado de comer, a él le traen el postre, yo no voy a tomar nada más, quizás un café y listo. Eric en cambio lo saborea y yo hago verdaderos esfuerzos para no tener un orgasmo allí mismo viendo cómo lame la nata de la cuchara.

«¡Joder! La combustión se producirá en cinco, cuatro, tres, dos, uno...». Muy graciosa, conciencia, muy graciosa. Pero tiene razón, creo que mis bragas nunca han estado tan húmedas como ahora. Tengo un serio problema.

Miro el reloj para no mirarle a él y decido salir de esta tortura ya. No tiene que ser sano para mis partes íntimas el calor que ahora mismo las recorre ni la humedad que tengo en ellas.

—Creo que voy a ir yéndome a trabajar.

—¿Y el café? —me pregunta sin entender nada.

—Lo tomaré después, se ha hecho un poco tarde.

Llamo al camarero y dejo un billete de cincuenta dólares para pagar la cuenta.

—Pero... —dice Eric.

—¡Invito yo! —le digo cuando me voy a toda prisa—. La vuelta, de propina para el amable camarero.

El hombre sonrío y me guiña un ojo. Cojo el ascensor y suspiro, nerviosa, aún sigo excitada. Pero me relajo cuando llego a mi despacho y me aseo un poco en el baño.

¡Madre mía! Este hombre va a acabar conmigo, jamás pensé que fuera tan excitante ver cómo alguien se comía un postre, si es que él todo lo convierte en sexy e interesante. No quiero ni imaginármelo en la cama. Tiene que ser un volcán en erupción. Deshecho de inmediato la idea, porque no me ayuda a bajar el calor que ahora mismo recorre mi cuerpo. Me cambio de braguitas. Hoy he sido más precavida y he metido unas de repuesto en el bolso, visto que ayer este hombre causó ya un efecto bastante intenso en mí. Aplico unas gotas de perfume en mi cuello y muñecas, y ya estoy lista para afrontar de nuevo una ardua tarde laboral.

Me siento frente mi ordenador y a los cinco minutos oigo unos toques en la puerta. Diría que por la manera de llamar, es Eric.

—Adelante.

—Señorita Young, ya que no ha esperado al café, se lo he traído yo. Solo, como le gusta.

—Gracias, Eric. Pero no tenías que haberte molestado.

—No es molestia. Y gracias por la invitación.

—Es lo menos que podía hacer. Ahora, si me disculpas, tenemos trabajo.

—Por supuesto.

Sale del despacho y saboreo el humeante café. ¡Mmm! Está delicioso, solo y sin azúcar, como a mí me gusta. Podría acostumbrarme perfectamente a comer con él y a que me trajera el café después, aunque no a tener que cambiarme de bragas. Bueno, quizás sí, pero por otro motivo: que él me las rasgara mientras me folla encima de la mesa de este mismo despacho...

¡Mierda! Ya he vuelto a excitarme, así no voy a poder concentrarme en nada.

«Eso te pasa por pensar siempre en lo mismo, guapita».

Y esta vez tengo que darle la razón a mi conciencia. Últimamente no hago más que pensar en sexo. Estoy obsesionada con Eric y sé que se debe a que necesito algo de actividad sexual. Hoy sí o sí tengo que ir al club, me repito. Hace tiempo que no voy, pero sé que Amanda me buscará algo rápido que satisfaga mis necesidades y que calme un poco estas fantasías que tengo con él. Porque tal y como le he dicho a Margaret, Eric me gusta y quiero acostarme con él, pero no ahora, sino cuando llegue el momento como he hecho con los otros becarios.

Cuando Margaret regresa de comer a las tres, apenas he podido concentrarme en nada y casi no he terminado el trabajo: a las cuatro vendrá Steven, estoy que me subo por las paredes. Menos mal que Eric termina a las tres y media lo que le he mandado.

Lo reviso y junto con lo mío creo que ya está listo. No puedo estar segura al cien por cien, porque no tengo tiempo material. Otra vez tengo que jugármela a cara o cruz, pero es lo que hay, si me hubieran dado más tiempo quizás habríamos hecho más, pero no se pueden hacer milagros.

A las cuatro en punto, Steven aparece, risueño y con su cara de perdonavidas. Tiene cincuenta y cinco años y es un gran hombre, pero no le tiembla el pulso a la hora de despedir a nadie o de decirte, como fue el caso de ayer, que tu trabajo es una mierda.

—Hola, Aria, espero que tengas las dos propuestas listas.

—Buenas tardes, Steven. Te seré sincera: la propuesta de ayer, sí, por supuesto, y estoy segura de que ahora está perfecta. En lo que respecta a los japoneses, hay unos cambios sustanciales con los que estoy segura quedarán satisfechos, pero no me ha dado tiempo a concluirla y perfeccionarla todo lo

bien que me hubiera gustado. Lo lamento de corazón, pero ayer estuve hasta la una y tanto Eric, el becario, como yo, hemos trabajado desde las cinco de la mañana hasta ahora poniendo todo nuestro empeño.

—Está bien, Aria. Seguro que está perfecta.

—Eso espero... —digo no muy convencida.

—Tengo que marcharme, te llamaré luego.

—Sí, por favor, comunícame el resultado, sea la hora que sea.

Sale del despacho y yo suspiro. Espero que todo salga bien, no quiero más errores, porque sé que Steven no se lo va a tomar bien.

Sigo trabajando y a las ocho aún no sé nada de él, espero un poco más y al final recojo y decido marcharme. Quiero ir al club y desfogarme un poco, realmente lo necesito.

Estoy a punto de irme y veo que Eric aún no lo ha hecho, me acerco a su cubículo un poco extrañada.

—¿Qué haces aquí todavía?

—Ya me iba, quería terminar lo que me pediste antes del trabajo de los japoneses.

—¡Eric, por favor! Vete a casa, mañana será otro día. ¡Ah! Y ni se te ocurra venir antes de las ocho. ¡Es una orden!

Comienza a reírse y yo me contagio. Tiene la risa más hermosa que jamás he oído nunca. Coge la americana y los dos caminamos sonriendo hasta el ascensor.

Entramos en silencio y así permanecemos hasta la planta baja. Saludamos al vigilante y en la puerta cuando vamos a despedirnos me coge de la muñeca, como en la cafetería, haciéndome sentir de nuevo miles de sensaciones.

—Aria... —Hace una pausa y continúa—: Ahora no estamos técnicamente en el trabajo así que ya no eres mi jefa —aclara—. ¿Te apetece tomar una copa?

—Eric, yo siempre seré tu jefa. Y lo siento, pero no me apetece tomar una copa contigo, tengo otros planes —le digo con decisión. Sé lo que implica esa invitación y no estoy dispuesta a ello, aún no. Hoy mi noche tiene un objetivo: el club.

—De acuerdo —acepta galante, inclinando la cabeza. No parece demasiado afectado, cosa que no sé si me gusta—. Buenas noches, señorita Young.

—Buenas noches, Eric.

Se dirige a una moto aparcada en la acera, coge un casco que tiene atado con un candado a la misma y se lo coloca. Sale a toda velocidad, sin mirar atrás. Le observo mientras intento parar un taxi, la ciudad está bastante concurrida a estas horas. Suspiro cuando por fin consigo uno, estoy segura de que la noche habría sido excitante, pero ¿y después? No estoy dispuesta a tener que trabajar con alguien con el que me he acostado queriendo o pretendiendo algo más, ya lo he vivido una vez, con Taylor. Al final sucumbí, salimos juntos y la cosa salió como salió. No. La historia no se repetirá.

Le indico la dirección al taxista mientras sigo sumida en mis propios pensamientos, hasta llegar al club. La verdad es que mucha gente no conoce este sitio, a simple vista es un lujoso bar para gente adinerada, pero detrás se esconde un club de intercambios de parejas, BDSM y todo tipo de experiencias sexuales siempre compartidas por quienes lo frecuentan. Al entrar, el portero me saluda.

—Buenas noches, señorita. Cuánto tiempo sin verla.

—Buenas noches, el trabajo me tiene muy ocupada.

—Vaya, a veces es bueno desconectar... Que tenga una buena noche.

—Gracias.

Entro en la parte del bar y enseguida me dirijo a la barra, pido una copa y localizo a Amanda. En cuanto me ve, viene a saludarme.

—Querida, ¡cuánto tiempo sin verte! Pensé que te habías cansado de nosotros.

—Hola, Amanda. No, es solo que el trabajo me tiene presa.

—Vaya, lo siento, cielo. ¿Y qué deseas hoy?

—Hoy necesito sexo puro y duro, nada más. Algo que me quite el estrés.

—¿Uno o dos?

—¡Mmm! Qué buena pregunta. —Me lo pienso un momento antes de responder—. Dos.

—¿Segura?

—Sí, dos, y sin que nadie nos vea.

—De acuerdo, dame unos minutos. Tómate una copa tranquila, ahora te aviso, cielo.

—Gracias, Amanda.

Solo he practicado sexo con dos hombres un par de veces en mi vida, pero hoy no sé por qué, necesito dos para saciar mi apetito sexual. Al cabo de quince minutos, Amanda me avisa, me acompaña hasta los reservados y me besa en la mejilla. Su perfume, pesado e intenso, me cosquillea en la nariz.

—Ya están dentro, cariño. Que tengas una buena noche. Cualquier cosa, avísame.

Nerviosa, abro la puerta. La luz del reservado es tenue. Los dos hombres son jóvenes. Amanda sabe cuáles son mis gustos. Cuando llegas al club, antes de nada, decides en todo momento qué es lo que te gusta y lo que no, qué tipo de hombres prefieres, qué te gusta hacer y cómo. Amanda sabe que soy yo la que domino la situación y ha instruido bien a los dos hombres, por lo que ninguno de ellos se ha acercado a mí. Me deshago de la americana y me dirijo al primero, el que se encuentra de pie. Me acerco y le hago una señal para que me baje el vestido.

—Despacio —le susurro—, después besarás todo mi cuerpo.

Hace lo que le ordeno. Baja la cremallera y, con su lengua, recorre mi espalda hasta la cintura de mis braguitas. La baja despacio. El otro hombre está sentado en la cama y de momento solo nos mira. Le hago un gesto con el dedo para que se acerque.

—Tú, me acariciarás por delante, pero nada de besos en la boca —le advierto.

No dice nada, desabrocha el sujetador mientras que el otro baja mis medias y ambos acarician y besan mi cuerpo desnudo. Estoy muy excitada, las manos de los dos hombres recorren mi cuerpo, mientras sus lenguas lamen mis pechos, mi espalda, mi clítoris y mi culo.

Creo que voy a correrme sin que ninguno de los dos me haya penetrado aún. Les incito para que me lleven a la cama, ambos ya están desnudos y acaricio sus penes con mis manos, también están bastante excitados por el contacto. El juego de seducción comienza a aumentar la temperatura de nuestros cuerpos, siento de nuevo cómo una corriente empieza a recorrerme y sin más preámbulos les digo:

—Poneos protección, ya es el momento.

Ambos hacen lo que les pido. El primero de ellos me penetra por delante sin esperar la aprobación del otro, que busca mi ano. ¡Dios! La sensación de penetración por ambos lados me vuelve loca y pierdo la razón con la segunda embestida, dejándome llevar por lo que me hacen sentir, sin pensar en nada más. A un ritmo acompasado, pero a la vez frenético, jadeando hasta que alcanzo el orgasmo sin preocuparme de que ellos lo hagan. Cuando los dos se han saciado, salen de mí y me tumbo en la cama exhausta.

—Preciosa, ¿vas a querer repetir? —me pregunta uno de ellos.

La verdad es que ahora mi cuerpo no tiene fuerzas para seguir.

—Lo siento, en otra ocasión... —les digo.

—De acuerdo.

Los dos saben lo que he venido a buscar y ninguno dice nada, se visten y abandonan de inmediato la sala. Este club es así, nadie reclama nada a nadie. Me quedo tumbada en la cama y, por un momento, en un estado de duermevela, hasta que siento una caricia en la mejilla.

—Cielo, despierta. —Es Amanda.

—Lo siento, estoy agotada, llevo dos noches sin dormir.

—Será mejor que te vayas a casa. Le diré a Martin que te llame a un taxi.

—Gracias.

Me ayuda a incorporarme y a vestirme. La verdad es que el sexo con los dos hombres me ha dejado totalmente exhausta. Salgo de la sala y llego justo a la puerta donde me espera el taxi, me despido de Martin y me meto en el taxi, que me lleva hasta casa.

Ni siquiera soy muy consciente de cómo he llegado hasta la habitación y me he desvestido. Me tumbo en la cama y me sumo en un profundo y placentero sueño.

Eric

Cuando me ha dicho que tenía planes, he querido salir huyendo de allí. Creo que entre los dos hay una conexión especial, estoy seguro de que ella también puede sentirlo. No sé por qué me ha rechazado. Estaba tan ofuscado que me he montado en la moto y le he dado gas para huir de allí, pero después, mi maldita curiosidad me ha llevado a seguirla. Quería saber dónde iba, cuáles eran esos planes que tenía. He estacionado en un semáforo a la espera de localizar el taxi donde se ha montado, la he seguido y cuando he visto a dónde se dirigía he sentido que me arrancaban las entrañas: a uno de los clubs de sexo más famosos de Nueva York. No logro entender cómo una mujer tan preciosa como ella tiene que acudir a un lugar como ese. Me ha hervido la sangre por completo, además, es un club exclusivo. Hubiera podido usar alguna influencia de mi pasado para entrar si no fuera porque no quiero llamar la atención, por lo que he decidido esperar fuera. Aunque estoy envenenado pensando que cualquier hombre ahora mismo pueda estar follándosela, acariciando su tersa piel mientras yo estoy aquí esperando. ¡Joder! Creo que voy a estallar de un momento a otro, ni siquiera sé por qué

estoy aquí, ¿para qué? ¿Voy a pedirle una explicación cuando salga? No somos nada. Soy su becario. ¡Joder!, su puto becario. Soy patético, pero es que en realidad no tengo otra cosa que hacer salvo esperar a que salga y asegurarme de que llega sana y salva a casa, porque mi conciencia es lo que me dicta y porque sé que, si pienso en ella, no pienso en lo que de verdad ahora necesito.

Tras una hora y media asqueado y totalmente enervado, la veo salir. Está pálida y agotada, no sé qué ha pasado ahí dentro, pero está demacrada.

Se monta en un taxi y decido seguirla, tras media hora a un paso demasiado lento, —creo que el taxista está haciendo el negocio de su vida—, la deja en la puerta de su casa. Apenas puede andar y yo decidido ayudarla. Ni siquiera me mira, está como en trance. Le cojo las llaves de la mano, abro la puerta, y subo los escalones con ella en brazos. Huele a sexo, indudablemente, pero también a su perfume, ese que esta mañana me ha trastocado cuando ha estado a mi lado. La ayudo a desvestirse. ¡Dios! Esto es una puta tortura, es preciosa, con una ropa interior que me está poniendo a cien por hora, pero tengo que hacer lo correcto y al menos esta noche tendré algo hermoso con lo que soñar. La dejo tumbada en la cama. Ella ni siquiera es consciente de mi presencia. Está dormida y por un momento la observo: es la mujer más hermosa que he conocido en toda mi vida. Le doy un dulce beso en los labios y después paso mi lengua por los míos para saborearlos. Su suave aroma me excita y tengo que salir de inmediato de allí si no quiero hacer una locura.

Suspiro y en silencio salgo de su casa, cerrando despacio para no despertarla. Me monto en la moto y conduzco hasta mi apartamento al otro lado de la ciudad. Es increíble, pero después de recorrer medio Manhattan aún sigo excitado.

Me meto en la ducha, dejo que el agua corra por todo mi cuerpo y aspiro con fuerza, recordando el suyo semidesnudo. No ayuda a que mi erección disminuya, por lo que la acaricio hasta que poco a poco y pensando en ella, mi mano se encarga de que llegue al orgasmo y así descargo la tensión acumulada del día.

Un poco más relajado, salgo de la ducha, me tomo un vaso de leche y me meto en la cama. No suelo dormir mucho, pero creo que hoy será uno de esos días en los que rompa mis propias normas.

Capítulo 4

Me despierto desorientada, con la sensación de que ayer alguien me llevó hasta la cama y me desnudó. Sé que es una locura, pero por un momento mi memoria tiene como lapsus de recuerdos. Me parece haber visto a Eric llevándome en brazos hasta la cama.

«¡Ja! Las ganas que tú tienes, guapita. Deja ya de pensar en él». Ya desde la mañana mi querida conciencia se despierta graciosa.

Me voy directa a la ducha, cansada, desechando la idea. Aunque hoy he dormido más de seis horas mi cuerpo sigue exhausto, imagino que sigue notando el cansancio de la tórrida noche de ayer unida a lo poco que he descansado esta semana.

Me preparo y me voy a trabajar como todos los días. Llego antes de las siete de la mañana y al entrar puedo ver luz en el lugar de los trabajadores. Sonrío, imagino que se tratará de Eric. Hasta ahora no me había importado que el personal llegara antes que yo y ahora tampoco es que me moleste, pero no entiendo ese afán por trabajar tanto.

Me acerco despacio y de nuevo le veo con ese aire descuidado que tiene cuando no hay nadie, que le da un aspecto tan sensual y que enseguida me excita.

«¡Mierda! ¿No te sirvió de nada la sesión doble de sexo?», me recrimina mi conciencia, y tiene toda la razón.

¿Por qué se me sigue acelerando el pulso al verlo con la camisa un poco desabrochada, las mangas remangadas, su barba de un par de días, mordiendo el bolígrafo y con aire pensativo mirando fijamente la pantalla del ordenador? Ni yo misma lo sé. Decido dejar de mirarle y saludarle.

—Buenos días, Eric. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Buenos días, señorita Young —responde él de forma un poco distante—. Trabajando.

—¿Te das cuenta de que llegas antes que la jefa y, si no es porque ayer también te lo dije, te hubieras ido más tarde?

—Sí, pero soy consciente de que llevo poco tiempo aquí...

—Te daré un consejo: la política de esta empresa es tener a los becarios seis meses y después despedirlos. Con esto no quiero desalentarte, hay ocasiones en las que la empresa decide contrataros porque ve la valía de la

persona y porque sois necesarios.

—Tranquila, no importa. Yo solo quiero aprender y mejorar en mi trabajo —contesta, pero he visto algo de desánimo en sus palabras.

—Voy a trabajar, a las diez quiero el informe, ¿de acuerdo?

—Lo tendrás.

Cuando llego al despacho soy consciente de que no he sido justa y de que realmente he sido cruel. No he debido decirle eso, y una parte de mí lo ha dicho de manera egoísta, porque Eric está a mi cargo y soy yo quien valora su trabajo, pero evidentemente ahora mismo solo pienso en que quiero acostarme con él y eso implica que si lo contratáramos no sería viable mi pensamiento.

Me siento en la silla y abro el correo. No sé nada de Steven y eso no sé si es algo bueno o malo, la verdad. Decido llamarlo, pero su secretaria me dice que está ocupado y que me devolverá la llamada en cuanto le sea posible, por lo que me centro en trabajar.

A las diez, Eric me entrega su trabajo y le encargo otro. Durante toda la mañana me dedico a realizar el resto de tareas sin tener noticias de Steven.

A las dos, Margaret me indica que se va a comer. Como no estoy de humor, le digo que me traiga algo. Me temo que Steven está muy enfadado y por eso ni siquiera me llama.

Al regreso de mi secretaria, como sin ganas el bocadillo que me ha traído. Mi cuerpo está revuelto y estoy acalorada.

—Cielo, ¿te encuentras bien? —me pregunta Margaret.

—Sí, estoy bien —miento.

—Te noto cansada.

—Estoy bien, Margaret.

—¿Qué tal ayer en el club?

—Bien, sacié mis ganas con dos hombres a la vez... —le digo con una sonrisa ladina y veo que su cara se pone seria.

—Aria, en serio, no te entiendo...

—Margaret, no me seas antigua —le reprocho.

—Es tu vida, Aria, pero deberías pensar un poco en el futuro.

—No necesito hacerlo, aún soy joven.

—Lo que quieras... —dice enfadada y saliendo por la puerta.

—Margaret, localiza a Steven.

—Claro.

Sé que está molesta, pero yo no quiero rehacer mi vida. Aún soy joven,

tengo treinta y tres años y una vida maravillosa que no deseo ni por asomo que cambie atándome a un hombre que me sea infiel, como Taylor. Ahora mismo no necesito eso.

Dejo el bocadillo tras tres mordiscos, no tengo ganas, me siento inapetente y estoy segura de que todo se debe a no tener noticias del resultado de la reunión de ayer de mi jefe con los clientes.

Pasan las horas y apenas me concentro. No me encuentro demasiado bien, me duele la cabeza y tengo mucho calor, pero no digo nada. Margaret entra a la hora de salir, no ha logrado localizar a Steven, es como si le hubiera tragado la tierra.

—Cariño, no he conseguido contactar con él —me dice apenada—. Su secretaria me ha dicho que lleva todo el día de reuniones. ¿Estás bien? Estás muy pálida.

—Sí, solo un poco cansada.

Se acerca a mí y me toca la frente.

—Aria, ¡estás ardiendo! Será mejor que te lleve a casa.

—¡No digas tonterías! Estoy bien, márchate a casa, Margaret, aún tengo trabajo.

En ese momento aparece Eric y nos mira, un poco contrariado.

—Margaret, ¿pasa algo?

—Sí, cielo, nuestra jefa es una cabezota. Tiene fiebre y quiere quedarse trabajando.

Me mira ceñudo, pero no dice nada. Suspira, imagino que sopesando bien lo que va a decir.

—Señorita Young, creo que será mejor que se vaya a casa, cualquier cosa que necesite terminar, yo puedo encargarme.

—¡He dicho que estoy bien! ¡Fuera los dos! —exclamo enervada.

—¿Qué son estos gritos? —interviene Steven, que de pronto aparece frente a la puerta. No parece muy contento, puedo notarlo en su cara.

—Señor Anderson, es Aria, está enferma y no quiere irse a casa —expone Margaret y la miro lanzándole una de mis miradas que derretirían los polos.

—Aria, ¿es cierto?

—Estoy un poco indispuesta, nada más.

—Te llevo a casa.

—Pero...

—No se hable más, nos vamos —dice en un tono que no admite réplica.

Cojo mi bolso y la americana y cuando voy a levantarme me tiemblan las piernas. Si no es por Eric, que se adelanta a Steven, a punto estoy de desplomarme.

—¡Joder! —exclama furioso Steven—. Gracias, ya me encargo yo —le dice a Eric y me sujeta de la cintura, dirigiéndome hasta los ascensores, acompañados en todo momento de Margaret.

Su cara lo dice todo, está muy enfadado y ahora ni siquiera voy a poder preguntarle por los proyectos.

Bajamos hasta el garaje y entre los dos me ayudan a montarme en su todoterreno. Me ponen el cinturón de seguridad y yo no digo ni hago nada, apenas tengo fuerzas y tampoco quiero hacer nada para ponerle más furioso.

—Gracias Margaret. Hasta mañana —le dice Steven.

—Hasta mañana —se despide y yo hago un gesto con la cabeza.

Sale del aparcamiento sin decir nada, solo resopla y espero el momento en el que me eche el sermón. Le conozco, es como mi padre. Espera pacientemente un tiempo y después habla, soltando las palabras como un torrente y sin dejarme meter baza:

—¿Quieres matarte? ¿Es eso? ¡Joder, Aria!

—Steven...

—Tienes que cuidarte. Sabes que hay mucha gente que te quiere —prosigue interrumpiéndome—. ¿Es por Taylor? ¿Es él? Te juro que le mataré con mis propias manos si te vuelve a hacer daño.

—No, de veras. No te hagas ideas raras —replico con menos fuerza de la que me gustaría. Esta debilidad me resta autoridad, cosa que detesto—. Por la mañana estaba bien, he empezado a sentirme mal hace unas horas, pero estaba esperado a que me dijeras algo de las dos reuniones de ayer.

Se hace el silencio de nuevo.

—Steven, ¿qué pasó ayer?

—No quiero hablar de eso ahora.

—¿Tan mal salió? Me has evitado todo el día...

—Digamos que no salió como esperaba, Aria. Pero ahora lo importante es que descanses y te recuperes. Lo demás es secundario.

—Dime qué es lo que salió mal, por favor, Steven, necesito saberlo. Dime si tiene arreglo.

—Tiene arreglo, ¿de acuerdo?

—Gracias. Entonces mañana podemos hablarlo, dame nuevas directrices y...

—No, mañana te vas a quedar en casa descansando. Es una orden.

—Pero...

—No hay peros que valgan, Aria. Mañana es viernes, te vas a tomar el día libre, vas a descansar y así el lunes vendrás como nueva.

—Steven, no me apartes del problema —exclamo.

—No te aparto Aria, pero estás enferma. Así no me sirves.

Me recuesto en el asiento resignada, sé que no va a ceder, por lo que no voy a insistir más.

Llegamos a casa, me ayuda a subir las escaleras, me prepara un vaso de leche en lo que yo me cambio de ropa y cuando ya estoy cómoda espera a que me lo tome.

—No tengo hambre.

—¡Bebe! —me ordena—, no seas infantil, Aria. Y tómate un analgésico, haz el favor.

Me bebo el vaso de leche casi sin respirar, sé que es la única forma de que me deje tranquila.

—Ya —le digo con retintín.

—¿Ves?, no era tan difícil. No hagas el tonto, Aria. Mañana vendré a la hora de comer y te traeré algo. Más te vale haber desayunado algo consistente. Buenas noches, descansa.

—Buenas noches.

Me da un beso en la frente y se marcha. La verdad es que estoy tan cansada que me voy directamente a la habitación, me tomo un analgésico porque realmente me va a estallar la cabeza y me tumbo en la cama. Casi al instante me quedo dormida.

A las seis de la mañana suena el despertador. Mi cuerpo está entumecido, me duelen casi hasta las pestañas. Me levanto con dificultad y cuando soy consciente de lo que me dijo Steven, bueno, me ordenó, casi se lo agradezco.

Me dirijo a la cocina y me preparo un vaso de leche, necesito tomarme algo porque siento un escalofrío por todo mi cuerpo y que la cabeza me va estallar.

Vuelvo a acostarme y me tapo con el edredón casi por completo, imagino que he cogido un resfriado y tengo que sudar para que los virus me abandonen.

«¡A sudar se ha dicho!».

Tardo bastante tiempo en conciliar el sueño, tiritando de vez en cuando, pero al final consigo dormirme.

Unos toques en la puerta me despiertan, alcanzo el teléfono y son las dos y media, ni siquiera soy consciente de que he dormido toda la mañana del tirón. Imagino que será Steven, pero no entiendo por qué no abre con sus llaves. Bajo despacio. Aunque he descansado, sigo encontrándome agotada.

De nuevo unos golpes en la puerta resuenan insistentes.

—¡Ya voy! —digo cuando estoy al final de la escalera sin apenas voz, pues me duele mucho la garganta.

Abro la puerta y allí está Steven, con cara preocupada, y Debra, su mujer.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —me dice ella dándome dos besos.

—Hola, Steven. Hola, Debra. Regular, la verdad.

—Tienes mal aspecto.

—Ya lo decía yo, no se cuida nada —se queja Steven ofuscado.

—Steven, no dejas de darle trabajo, ¿cómo se va a cuidar? Parece mentira que sea casi de la familia y la machaques tanto. ¡Eres un negrero!

—Debra, tengamos la fiesta en paz...

—Cariño, he traído un caldito y una comida muy rica... Verás como pronto te pones bien.

—Gracias.

Ella dispone todo en la mesa de la cocina y yo me quedo sentada. Steven se sienta a mi lado sin decir nada. Al final decido preguntarle:

—Steven, ¿vas a contarme algo?

—No.

—¿Por qué? ¿Tan mal lo he hecho?

—No, Aria, pero estás enferma y es fin de semana. Fin de la conversación. Además, Debra no deja de meterme caña, si hablamos de trabajo puede asesinarme —susurra para que su mujer no pueda oírle.

—Necesito saber qué he hecho mal para que estés tan enfadado conmigo... —le digo abatida.

—No estoy enfadado, Aria. Como te dije, las cosas no salieron como yo quería. El lunes prometo contártelo todo y buscar una solución. Ahora tienes que recuperarte.

—¿Qué es lo que cuchicheáis? —pregunta Debra—. Nada de trabajo, Steven, me lo has prometido.

—No era de trabajo, cariño —le miente Steven.

—¿Aria? —me mira a mí, inquisitiva.

—No, Debra. Solo me preguntaba si Taylor me había vuelto a llamar —

le digo cambiando de tema.

—¿Y ese desgraciado lo ha vuelto a hacer?

—Sí, todos los días, pero ya no le cojo el teléfono. Espero que se canse de hacerlo.

—Bloquéale y santas pascuas.

No contesto. Eso es lo que debería hacer, lo digo todos los días y no sé por qué extraña razón no lo hago, es como si una fuerza superior me lo impidiese.

—Eso haré —aseguro para zanjar el tema.

—Ya está todo listo, comamos algo y así te dejamos descansar. Cielo, se te nota cansada y creo que sigues teniendo fiebre. —Me toca la frente y asiente—. En efecto. Aún tienes fiebre. Yo creo que deberíamos llamar al doctor.

—Estoy segura de que mañana estaré bien, será un virus pasajero.

—Voy a dejarte por hoy, pero si mañana no mejoras, me encargaré personalmente de que nuestro médico venga a verte, Aria. Podría ser algo grave.

—Gracias, Debra.

Nos sentamos los tres a comer, me cuesta mucho tragar el caldo que ha preparado, pero no digo nada, poco a poco lo voy ingiriendo como puedo. Después como un poco de verdura haciendo verdaderos esfuerzos y me doy por vencida.

—No tengo más hambre, gracias.

—Cielo, no has comido nada. Así no vas a recuperar las fuerzas.

—De verdad que no tengo más hambre...

—Pues te dejaré un poco de verdura y el caldo que ha sobrado para la cena. Quiero que te lo comas, ¿me oyes? —me recrimina nada contenta.

—De acuerdo.

Ellos terminan de comer, Debra se encarga de recoger la cocina y me acompaña hasta la cama. Adecenta antes las sábanas y después me ayuda a acostarme. Realmente es un encanto de mujer, sé que me trata como a su hija, siempre ha sido así. Ellos no tienen hijos, por eso siempre se han volcado conmigo y me tienen un cariño especial.

—Cariño, descansa. Cualquier cosa que necesites, no dudes en llamar.

—Gracias, Debra.

Me da un beso en la mejilla, me arroja y se marcha. Realmente me encuentro fatal. Ni siquiera sé cómo he podido coger este virus, solo sé que

odio tener que pasarme todo el fin de semana en la cama.

Resignada, cierro los ojos y de nuevo el sueño se apodera de mí.

Eric

Llevo todo el día pensando en Aria. No sé nada de ella, le he preguntado a Margaret y me ha dicho que ella pasará por su casa por la tarde, que no ha querido llamarla porque seguramente esté acostada.

Yo ni siquiera sé su número de teléfono para llamarla y no puedo presentarme en su casa porque entonces sabría que ayer la seguí. La verdad es que estoy un poco exasperado. Encima hoy es viernes, ¡joder, qué alentador! Los días en el trabajo hacen que me olvide de todo, pero hoy, ¿qué narices hago dos días sin hacer absolutamente nada? Me temo que pueda volver a mi adicción y realmente no quiero, llevo dos semanas apartado de ella y no quiero recaer.

«Tengo que ser fuerte. Debo ser fuerte», me digo mentalmente.

Aria hace que sienta la necesidad de dejar de pensar. Me nubla la razón, pero hoy no he podido verla, estoy perdido. Necesito verla, olerla, sentirla cerca de mí.

Como un resorte me levanto de mi cubículo antes de que sea la hora de marchar y me dirijo a la mesa de Margaret.

—Eric, cielo, ¿algún problema?

—La verdad es que sí. Tengo problemas con uno de los trabajos que me han asignado de Aria y me gustaría consultarle unas cosas.

—No sé si es buena idea, sabes que está enferma —dice Margaret con preocupación.

—Lo sé, solo serán unos minutos. Si me das su teléfono...

—No estoy autorizada para dártelo. Ella nunca da su móvil personal a nadie, una vez se lo di a alguien del trabajo y casi me mata. Dice que luego pueden acosarla. Lo siento, cielo, no va a poder ser.

—Vamos, Margaret, por favor... —insisto poniendo mi mejor cara de buen chico—. Es por una buena causa.

—Cielo, no estoy autorizada a darte su teléfono —repite mirándome con condescendencia, como si yo fuera un crío—. Si lo hago, soy una mujer muerta.

Con un asentimiento, finjo haberme rendido y vuelvo a mi puesto de trabajo.

Ahora solo falta que no se moleste cuando vaya a verla, porque definitivamente eso es lo que haré una hora después de que Margaret se haya ido, con tiempo suficiente para que ella no esté allí.

Me centro en el trabajo, la veo marchar y miro el reloj, los minutos se me antojan eternos, no me concentro, tengo tantas ganas de verla que parece que el tiempo juega en mi contra ralentizándose.

Al final, cuando han pasado cuarenta y cinco minutos, decido recoger. Tomo la carpeta que voy a llevar como excusa y la meto en mi mochila. Bajo en el ascensor y me dirijo a mi moto. Iré despacio, no como es mi costumbre, pues tengo tiempo de sobra. Espero que Margaret no se haya entretenido mucho en casa de Aria, no me gustaría encontrármela allí, pero no he podido soportar ni un minuto más la espera.

Tardo quince minutos en llegar a su casa. Respiro hondo un par de veces, subo los cuatro escalones que llevan a su puerta, dudo por un momento y al final, nervioso, llamo al timbre a la espera de que me abra.

Capítulo 5

De nuevo el timbre suena, después de la visita de Margaret, no sé quién puede ser. La verdad es que no espero a nadie más, pero debo abrir, es posible que sea Steven para comprobar que sigo viva.

Bajo las escaleras despacio y abro la puerta, agotada. Al encontrarme a Eric casi se me doblan las rodillas a causa de la impresión.

—Eric, ¿qué haces aquí? —le digo entre enfadada y sorprendida.

—Aria, perdona que te moleste, tenía una duda con el trabajo que me asignaste. Ya sé que estás enferma y que es viernes, pero... —Hace una pausa y se da cuenta de que de nuevo ha vuelto a llamarme por mi nombre al ver mi cara de enfado—. ¡Oh! Lo siento, señorita Young. Pensé que al estar en su casa y fuera del horario laboral, yo...

—Eric, eso no es lo que me molesta realmente. Yo... La verdad, no entiendo nada. Ni siquiera sé cómo has conseguido la dirección de mi casa.

—Tenía que venir a verla, es importante.

—Eric, creo que lo mejor es que te marches, el trabajo puede esperar al lunes —le replico, consciente de que no me ha dado una respuesta—. Estoy agotada, no me encuentro bien, me duele mucho la garganta, he tenido que hacer un gran esfuerzo para bajar a abrirte la puerta...

—También quería saber cómo estabas...

—Pues ya me ves, hecha una mierda. La princesa de hielo se está derritiendo, más que una princesa parezco un esperpento —le digo, porque estoy horrible.

—Eso nunca, tú siempre serás una princesa —me dice y me deja descolocada.

—Eric, de verdad, creo que es mejor que te vayas.

—Vale, pero si necesitas algo, puedes llamarme.

Coge un trozo de papel del dossier que lleva y anota su número de teléfono. Luego toma mi mano y deposita el papel acariciando mis dedos.

—Este es mi número, no voy a hacer nada en todo el fin de semana, de verdad, así que estoy disponible para lo que necesites...

—Gracias, Eric. Buenas noches.

—Buenas noches.

Se marcha y suspiro. No me esperaba para nada su visita y estoy un poco

molesta, no sé si por el hecho de que haya venido a verme por trabajo o porque de algún modo, ha averiguado dónde vivo.

«Realmente es lo primero, sin duda. ¿Qué diablos me pasa?».

Sí, es cierto que ha localizado mi vivienda de alguna manera, y eso debería inquietarme, pero instintivamente, sé que Eric no tiene malas intenciones. Pero me ha molestado que, en lugar de interesarse primero por mi salud, me haya dicho que venía por el trabajo. Después lo ha hecho, ciertamente, pero solo cuando le he increpado.

Subo a la cama, cuando llego estoy agotada, me tumbo y el cansancio de nuevo se apodera de mí para sumirme en una noche agitada, llena de pesadillas, de la que me levanto sudorosa. Miro el reloj y son las dos de la mañana.

Me incorporo un poco, bebo agua y cojo el móvil que he dejado en la mesilla. Me encuentro mal, enferma y muy sola. Una oscura tristeza empieza a pesarme en el ánimo y el corazón y sé que si le doy espacio me arrastrará. Al lado del teléfono está el trozo de papel con el número de Eric, dudo por un momento y al final lo memorizo en la agenda. Entro en el servicio de mensajería y está en línea. ¿Este hombre no duerme? Quizás esté hablando con algún amigo.

«O amiga». Vaya, ya tuvo que saltar la inoportuna de mi conciencia. Si no habla, revienta.

Durante diez minutos sopeso la idea de mandarle un mensaje, no sé si es buena idea que él tenga mi número de teléfono y tampoco que hable con él. «Bueno, después de todo ya sabe dónde vivo. Tampoco puede ser mucho peor». Tengo la cabeza embotada, no pienso con claridad. Lo mejor es tumbarme de nuevo e intentar dormirme. Lo hago, pero no consigo conciliar el sueño. Desesperada, vuelvo a coger el móvil y vuelvo a abrir la aplicación de mensajería. Sigue en línea. O se ha dejado el teléfono encendido o tiene una conversación larga y tendida con alguien.

Comienzo a teclear, pero ya desde el primer momento, dudo. No sé qué poner, porque, ¿cómo me presento? ¿Como Aria o como la señorita Young? Lo mejor es que lo deje. Exasperada, vuelvo a dejar el móvil en la mesita y me tumbo de nuevo en la cama.

A los quince minutos de nuevo estoy cogiendo el teléfono. Respiro hondo y tecleo:

Hola, soy Aria (Señorita Young), acabo de tener una pesadilla y me he

desvelado, además creo que hoy he dormido más horas que en toda la semana. Estoy aburrida y asqueada, no quiero estar en la cama, pero aún tengo fiebre y no me encuentro bien. Espero no haberte molestado con este mensaje. Buenas noches, Eric.

Lo releo un par de veces, dudo por un momento y al final lo envío.

Al instante cierro los ojos y espero a que conteste, sé que está en línea. Y lo ha leído. Me lo dice el indicador del doble *check*, pero de momento no hay respuesta y comienzo a exasperarme. Esto es peor que cuando tenía catorce años y esperaba a que un chico me llamara después de darle mi teléfono, solo que en ese caso no sabía si él iba a hacerlo o no, porque no tenía manera de comprobarlo.

Después de cinco minutos sin obtener respuesta decido dejar el teléfono. Esto ha sido una pérdida de tiempo tremenda y seguramente he hecho el ridículo. Cuanto más lo pienso, más me arrepiento. Es el becario, por dios. Y le he escrito un mensaje lamentándome, revelando mi fragilidad. He permitido que me vea débil. ¡Qué desastre!

Me tumbo en la cama, crispada, furiosa conmigo misma, y cuando estoy quedándome dormida, mi teléfono vibra. Seguramente será Taylor, no se cansa de llamar a cualquier hora. Voy a colgarle para que se dé cuenta de que no quiero hablar con él. Pero al coger el teléfono, miro la pantalla y veo que es Eric.

Con un vuelco en el corazón, descuelgo apresuradamente.

—¿Eric?

«Dios mío, parezco una adolescente».

—Aria, ¿estás bien?

—Sí, ¿y tú?

—Sí, pero es que no me apetecía nada escribir y al leer tu mensaje me preocupaste... Estaba hablando con mi hermana, que vive en España. Por eso hablamos a deshoras. —Por un momento no sé qué responder. Pasan unos segundos de silencio y luego él sigue hablando—: ¿Necesitas algo? ¿Quieres que vaya a tu casa? —se ofrece, y eso me hace sentir muy halagada a la vez que complacida.

«No te hagas ilusiones, solo está siendo cortés», vuelve a intervenir mi graciosa voz de la conciencia.

«¿Quieres callarte de una vez?», le recrimino mentalmente. Qué cansina es, no puedo hacerme ilusiones por una vez en mi vida con un hombre,

siempre tiene que venir a fastidiarme.

—No, es solo que... Estaba desvelada, grabé tu teléfono y justo te vi conectado y... Lo siento, no debí escribirte. No quería preocuparte —le respondo olvidándome de la voz de mi conciencia.

—Tranquila, no duermo mucho y como te he dicho, hablo con mi hermana a menudo, sobre todo en fin de semana, porque luego puedo quedarme más tiempo en la cama.

—Vaya, la echarás de menos —le digo sin pensar.

—Mucho, la verdad, pero es lo que toca.

—¿Tienes más hermanos? —inquiero curiosa. No sé por qué se lo he preguntado, pero no quiero colgar y me apetece hablar con él, conocerle un poco más.

—No, solo la tengo a ella. Es mayor que yo. Está casada y tiene dos hijos preciosos. Me da muy buenos consejos y me ayuda mucho, pese a estar tan lejos.

—Vaya, qué pena entonces.

—Sí, una lástima. Nos vemos solo en fechas señaladas de reuniones familiares y en alguna ocasión que viajo para ver a toda la familia.

—Lo lamento... —le digo con pesar.

—Bueno, la vida es así. ¿Tú tienes hermanos?

—No, no tengo.

—Qué pena. Bueno, no quiero decir que hayas tenido una infancia triste —se apresura a corregirse—, pero crecer con hermanos es estupendo.

—No lo dudo ni por un momento, pero mi infancia ha sido buena. Salvo en algunos momentos, no puedo quejarme.

Si pienso sobre ello, me doy cuenta de que en realidad, a veces me he sentido un poco sola y he fantaseado con la idea de tener hermanos, de cómo habría sido todo de haber tenido a alguien más.

—Creo que es hora de que te deje descansar, debes estar agotado —le digo, sin saber cómo continuar la conversación.

—Tranquila, Aria, ya te he dicho que duermo poco. Además, mañana es sábado y mi fin de semana, como te dije, es de lo más aburrido que te puedes imaginar.

Suspiro, un poco agobiada, aún no me acostumbro a que me llame así. Aunque debo admitir que me encanta cómo suena mi nombre en su boca.

—¿Por qué te molesta tanto que te llame por tu nombre? —me pregunta al notar que no me lo he tomado del todo bien.

—No es que me moleste, pero no quiero que te tomes confianzas. Al fin y al cabo trabajas para mí, no quiero que te confundas.

—Aria, ahora solo estamos hablando como amigos. No como jefa y trabajador... —expone un poco exasperado y sus palabras se me clavan como agujas en el corazón.

«¿Qué te creías que erais?». La verdad es que no lo sé... Aunque no esperaba que me considerara su amiga. Tal vez...

Borro de mi mente ese pensamiento que no me beneficia para nada, él y yo nunca podremos ser nada más que un becario y su jefa.

—Tienes razón, lo siento, Eric. Pero quiero que entiendas que, en el trabajo, tengo que marcar unas distancias.

—Eso ya me lo has dejado claro varias veces. Pero ahora tú has acudido a mí —replica con decisión.

Y tiene razón.

—Lo sé y creo que ha sido un error.

—¿Por qué? —me pregunta en tono duro.

—No creo que debamos ser amigos. Eres mi becario, trabajas para mí.

—¿De qué tienes miedo Aria?

¿De verdad me lo pregunta? Tengo miedo de lo que pueda llegar a sentir por él, porque creo que siento una fuerte atracción que va más allá de la razón, pero no se lo diré.

—No tengo miedo, Eric —miento— pero no sé si es lo correcto. La gente habla y si después tienes algún trato de favor, en el trabajo dirán... —No me deja continuar.

—Tienes que dejar de pensar en la gente y vivir, Aria. La vida a veces consiste en eso. Nunca sabemos lo que nos puede pasar, nos levantamos pensando que tenemos toda la vida por delante y quizás un día termina todo.

—Sé que tienes razón, Eric, pero no puede ser.

—Como quieras, Aria. Si mañana quieres llamarme o que pase por tu casa, avísame. Como te he dicho, mi fin de semana es muy aburrido.

—No creas que el mío será diferente, todo el fin de semana en la cama...

—Bueno, a veces los fines de semana en la cama son muy placenteros —dice con picardía.

Y no puedo más que echarme a reír al pensar en lo que eso implica. A veces es como si me mandara señales en su manera de hablar, o soy yo y mi mente calenturienta la que interpreto esas frases de mala manera, no lo sé. Ambos nos reímos durante unos segundos y después me despido de él.

—Buenas noches, Eric, que descanses y gracias por todo.

—Buenas noches de nuevo, Aria.

Cuelgo el teléfono y suspiro. La verdad es que ha sido satisfactorio hablar con él, como un amigo, aunque sigo queriendo acostarme con él, teniendo claro que solo será sexo, conocerle un poco, su faceta cariñosa, la de preocuparse por mí, me encanta, para qué lo voy a negar. Hace mucho tiempo que un hombre no se preocupa por mí de esa forma.

Me recuesto en la cama y sin querer me quedo dormida, más tranquila. Pero de nuevo las pesadillas vuelven a recordarme que debo tener fiebre y el sudor frío me hace tiritar.

Miro el reloj, son las seis de la mañana, al menos he dormido unas tres horas. Me levanto y bajo a la cocina. Preparo un vaso de leche caliente, rebusco algo para comer y encuentro unas galletas. Las mastico despacio y las engullo acompañándolas de algo de leche, pues parece que tengo llagas en la garganta y apenas puedo tragar.

Regreso a la cama e instintivamente miro el móvil para ver si está conectado al programa de mensajería. No está en línea y me decepciono un poco.

«¡Joder! Aria, lo tuyo ya es obsesivo».

La verdad es que sí. Una vez más, pienso en lo patética que soy. No tengo amigas, solo Margaret. Mi vida se limita al trabajo. Los fines de semana suelo dedicarlos generalmente a trabajar, si salgo es para ir al club, a veces a ver algún musical, sola. Rara vez, ceno con Debra y Steven. ¡Qué vida más triste tengo!

«¿Ahora te das cuenta?». Como siempre, mi conciencia clavándome puñales.

Termino mi amago de desayuno y subo a darme una ducha, realmente la necesito, y cambiarme de ropa. Creo que hasta huelo mal y si no es así, no quiero que la gente que venga a verme me encuentre con estas pintas, debo dar hasta pena.

Al llegar al baño me miro al espejo y realmente estoy horrible. Me quito el pijama y me meto en la ducha, el agua caliente me reconforta. Después de unos minutos enjabonando mi cuerpo y mi cabello, salgo y me envuelvo en mi albornoz.

Mi móvil, que vibra tan solo una vez, me desconcierta. Imagino que será un mensaje. Cojo el móvil para leerlo.

Hola, Aria. Buenos días, espero no molestarte, solo quería saber cómo estabas. Espero que hayas podido descansar y estés mejor. Me gustaría pasar a verte y llevarte algo para comer. Quizás podría invitarte para devolvarte el favor del otro día...

Suspiro nerviosa y una sonrisa tonta se dibuja en mi cara. Sé que no debería, pero quiero verle, aunque ahora recuerdo que Debra me dijo que pasaría y estoy segura de que lo harán a la hora de comer. Maldigo entre dientes.

Empiezo a escribir la respuesta:

Buenos días, Eric. Estoy mejor, aunque creo que aún tengo fiebre y la garganta todavía me duele. Gracias por la invitación, pero tengo que rechazarla. Steven y su mujer vendrán hoy a comer.

No le pongo nada más, no sé si es buena idea que venga a verme, aunque realmente lo esté deseando con todas mis fuerzas. Le doy a enviar el mensaje y espero a ver si contesta.

Parece que la respuesta tarda y decido ir a vestirme, no voy secarme el pelo con el secador, tengo bastante calor y aplicar más a mi cuerpo subirá seguramente mi fiebre.

Me pongo ropa deportiva para estar cómoda y con la toalla me seco un poco el pelo, para quitar la humedad.

De nuevo el teléfono vibra y lo cojo. Es otro mensaje de Eric.

Entonces quizás podría pasar por la tarde con palomitas y una película, así podríamos verla juntos.

Veo que solo quiere quedar conmigo y una parte de mí lo está deseando, la verdad, aunque la parte sensata me dice que no es buena idea y dejo de momento la respuesta en el aire hasta haberla meditado un tiempo.

Me tumbo en la cama intentando sopesar los pros y los contras de su propuesta y sigo sin tener claro lo que quiero hacer. Hasta que un nuevo mensaje me saca de mis pensamientos.

A lo mejor te estoy agobiando. Solo quería pasar un rato contigo, pero creo que lo mejor es dejar las cosas como están. Perdona si te he molestado. Que te mejores y tengas un buen sábado.

«¡Por indecisa te has quedado sin chico!».

Ya está ahí la muy cruel, no deja de torturarme y de hacerme saber que soy idiota y que he metido la pata. Pero bueno, ya está. No he contestado y podría decirle que no, pero creo sinceramente que es lo mejor.

Me tumbo de nuevo en la cama, la cabeza parece que va a estallarme, cojo un analgésico de la mesita y me lo tomo. Intento dormir un poco, pero no lo consigo y al final me levanto y bajo al salón un poco agobiada. Necesito mejorar y dejar de pensar en todo esto. Pero no lo consigo. De nuevo, mi teléfono suena: es Taylor y yo no puedo más. Lo estamparía contra la pared si eso aliviara todos mis males, pero al final lo apago y así nadie me molestará más por hoy. Creo que es lo mejor que puedo hacer para dejar de pensar en Eric y que Taylor deje de molestarme.

Me tumbo en el sofá y pongo la tele. No hay nada en especial, pero con la mirada fija dejo que los minutos pasen y al final me quedo de nuevo dormida hasta que el timbre de la puerta suena.

Me levanto sobresaltada y miro el reloj, es la una de la tarde. He dormido unas horas y no sé si se debe a la fiebre o a qué, últimamente duermo muchas horas.

Abro la puerta, son Debra y Steven, como ya me imaginaba.

—Hola, cielo, ¿cómo estás? —me pregunta Debra dándome dos besos.

—Hola, Aria —me saluda Steven.

—Hola. Mejor, gracias —contesto.

—Espero que comieras las cosas que te dejé.

—Sí, no todo, pero algo sí.

—Cielo, tienes que comer... —insiste un poco molesta.

Se dirige a la cocina e imagino que comprueba la comida que he dejado y dispone la que ha traído para comer.

—Steven, el lunes me dirás todo lo referente a las dos reuniones, ¿verdad?

—Sí, Aria, tranquila.

—Gracias.

Debra nos avisa de que la comida ya está lista y nos sentamos como el día anterior a comer. Hoy al final, haciendo un gran esfuerzo, como algo más para que Debra no se enfade. Se quedan un rato más y a las tres deciden marcharse.

—Cualquier cosa, ya sabes, cariño... —me dice Debra al despedirse.

—Sí, gracias. Mañana si no queréis venir...

—Vendremos también, así que no insistas —me interrumpe.

—De acuerdo.

Subo a mi habitación, prefiero acostarme ahora en la cama porque, aunque haya comido, estoy agotada. No sé por qué este virus me está haciendo dormir tanto, pero creo que en mi vida había estado tanto tiempo en cama. De nuevo me quedo dormida en apenas unos minutos.

Me despierto sobresaltada. Un escalofrío recorre mi cuerpo, he tenido una pesadilla. Son tan reales que a veces me asustan. Al volver a la realidad, soy consciente de que alguien está llamando a la puerta. Miro la hora, son las ocho de la tarde. Es increíble que haya dormido casi cinco horas seguidas sin haberme percatado.

Bajo a abrir, no sé quién será, pero es posible que sea Margaret, me escribió esta mañana y aunque me dijo que no creía que fuera a pasar a lo mejor ha cambiado de opinión.

Al abrir la puerta me sorprende. Se trata de Eric, su expresión es muy seria y cuando me ve parece relajarse.

—¿Tienes el teléfono apagado? —me pregunta con dureza.

—¿Qué haces aquí?

—Solo quería comprobar que estabas bien. Te he escrito y te he llamado, pero al no contestar... Además, llevo cinco minutos llamando a la puerta, estaba un poco preocupado.

—Eric, tienes que dejar de preocuparte por mí, no creo que sea sana esa obsesión que has cogido —replico.

—¿Por qué te molesta que me preocupe por ti, Aria?

—No me molesta, pero como te dije, soy tu jefa. No está bien.

—¿Por qué?

—No quiero que te confundas...

—No me estoy confundiendo, quizás la que se confunde eres tú —me dice un poco enfadado—. No sé qué es lo que crees que quiero. Pero solo quiero ser tu amigo.

«¡Crash! Ahí va tu corazón hecho pedazos».

—Eric, es que no creo que podamos ser amigos.

—¿Por qué? Lo que tengamos fuera del trabajo a nadie le incumbe. Aria, te juro que necesito una amiga. No tengo a nadie y ahora mi vida es muy complicada, he dejado atrás un camino muy tortuoso. Solo te pido que me des una oportunidad y me ayudes. Te necesito. Y creo que tú también me necesitas a mí.

Ahora sí que estoy totalmente desconcertada. Me está diciendo que me

necesita.

—No sé en qué te puedo ayudar yo, Eric. Ni en qué me puedes ayudar tú.

—Pasemos un rato juntos. Déjame entrar y veamos una peli esta noche, no te pido más. Así lo comprobaremos.

Lo pienso un poco y al final acepto, no puedo negarme a esa lógica aplastante ni a esos preciosos ojos verdes mirándome de esa forma.

—Está bien.

Él se encarga de preparar unas palomitas y después pone una película, es una romántica, y sonrío, es una de mis favoritas. Nos sentamos en el sofá a una distancia prudencial. Me cuesta mucho tragar las palomitas por lo que apenas las pruebo. Él, en cambio, las devora. Poco a poco, sin darnos cuenta, nuestros cuerpos se juntan hasta que quedamos muy cerca, yo recuesto mi cabeza en su hombro. Estoy muy a gusto, mi cuerpo comienza a notar más calor, creo que estoy excitada al notarle tan cerca y lo mejor sería retirarme de él, pero no quiero. Me quedo a su lado hasta que no puedo más, estoy ardiendo y siento un dolor agudo en el costado. Además, tengo ganas de vomitar.

—Eric, no me encuentro bien...

Posa su mano en mi frente y su cara se torna seria.

—Aria, estás ardiendo. Voy a llamar al médico. Creo que tienes mucha fiebre. Dime el número o llamamos desde tu teléfono —me dice.

—No tengo médico, lo mejor es llamar a Steven, ellos tienen un médico al que he acudido alguna vez.

Le entrego mi teléfono, le indico el código y busca en la agenda el número de Steven. Se retira y habla con él. Yo estoy cada vez peor, mi cuerpo está ardiendo y el dolor en el costado es aún más intenso. Lo único que ha cesado son las ganas de vomitar.

Cuando termina de hablar por teléfono, me coge en brazos y me sube al piso de arriba, le indico la habitación y me deja en la cama.

—Steven y su mujer vendrán en un rato con el doctor. De momento me han dicho que intente bajarte la temperatura con paños de agua fría. Voy a mojar una toalla.

En unos minutos regresa, se ocupa de mojarme la cara y el cuello, refrescándome un poco mientras yo me quedo en un estado duermevela.

Capítulo 6

No soy consciente del tiempo que pasa hasta que llegan Steven, Debra y el doctor, pero estoy segura de que Eric no se ha movido de mi lado durante este rato. Todo el mundo sube en un primer momento a mi dormitorio, pero el médico se encarga de hacerles salir en cuanto llega, solo Debra se queda conmigo.

El doctor comienza a auscultarme para después examinar mi garganta, por último, me toma la temperatura.

—Señorita Young, tiene usted bastante fiebre. La garganta está irritada, pero no tanto como para que sea la causante de la infección, me temo que la esté causando un virus procedente de algún otro sitio. Me gustaría tomarle una muestra de orina.

Me entrega un bote y Debra me acompaña hasta el baño.

—Cielo, tienes que orinar en el bote.

—Lo sé.

Se queda fuera y yo hago lo que me indican. Regreso con el bote y el doctor introduce una tira en la muestra.

—Señorita Young, tiene infección de orina, de ahí la fiebre y el dolor en el costado. Pero me quedo más tranquilo si acude al hospital para que diagnostiquen la bacteria que lo ocasiona y le den el tratamiento correcto.

—No quiero ir, deme usted un antibiótico.

—Aria, por favor, no seas cabezota —me dice Debra.

—Debería ir —me indica el médico—. Yo no puedo darle un antibiótico tan a la ligera sin conocer la procedencia de la bacteria que ha ocasionado la infección, puede ser otra cosa.

—Si no es usted llamaré a otro médico —protesto enfadada.

Debra sale de la habitación, imagino que para llamar a Steven, sé que la cosa no va a terminar bien. De inmediato este entra, enfadado.

—Vístete, Aria. Nos vamos al hospital y no quiero ninguna réplica, ¿lo has entendido?

Su tono autoritario no me deja ninguna opción, no puedo luchar contra Steven.

—Gracias, doctor Emerson. Cárgueme los servicios a mi cuenta —dice enfadado.

—Buenas noches —se despide el doctor.

Steven sale detrás de él y Debra se queda a ayudarme.

—Cielo, no te enfades, pero es lo mejor para ti —dice con tono maternal mientras me ayuda a recogerme el pelo—. Tiene que ponerte un tratamiento adecuado para que mejores pronto. A veces eres un poco cabezota y te cuidas muy poco, solo queremos asegurarnos de que te pones bien. Sabes que eres como una hija para nosotros.

No respondo. Cojo unos pantalones vaqueros, una camiseta del armario y me los pongo, enervada. Sé que Debra tiene razón, pero estas continuas intromisiones en mi intimidad empiezan a molestarme, y mucho. Ya no soy ninguna cría.

Salgo de la habitación y sin decir ni una palabra bajo al salón a la espera de irnos.

—Eric, gracias por todo, nos la llevamos al hospital. Te informaremos de su evolución —expone Steven.

—Les acompañaré. Les sigo con mi moto.

—No. Será mejor que vayas a descansar —dice tajante y Eric entiende que Steven no quiere que venga.

—De acuerdo —responde él tras un momento de duda—. Aria, te llamaré esta noche para ver qué te han dicho los médicos.

Asiento y él me mira un poco molesto por cómo Steven ha manejado la situación. Los cuatro salimos de casa, Eric se monta en la moto y sale a toda velocidad. Steven y Debra me ayudan a montar en su coche.

Rumbo al hospital el silencio se ha apoderado del vehículo hasta que es mi jefe el que interviene.

—¿Tienes una aventura con tu becario? —espeta con frialdad.

—No, no tengo ninguna aventura con Eric. Solo se interesó por mí. Vino a ver cómo estaba, como un amigo.

—Vaya, ¿desde cuando tienes un amigo becario? —vuelve a preguntar más enfadado aún.

—Mi vida privada no es de tu incumbencia, Steven.

—Soy tu jefe y también tu amigo.

—¿Y quién habla ahora, mi jefe o mi amigo? —inquiero molesta, sacando las fuerzas de no sé dónde.

—Los dos —dice con firmeza—. Es un consejo: aléjate de él. Ni te conviene ser su amiga ni mucho menos tener una aventura. Porque lo creas o no, él está interesado en ti de otra forma, puedo verlo en sus ojos.

—Steven, es mi vida. Yo la gestiono como quiero —digo enfadada y con la cabeza a punto de estallarme.

—No cuando influye en tu trabajo, porque desde que ese chico ha aparecido en la empresa no has dado una a derechas...

—¿Insinúas que Eric es el causante de mis desaciertos?

—Sí, creo que sí.

No va mal desencaminado, la verdad, quizá por eso me indigno tanto al escucharle. Pero no lo voy a admitir, y no voy a permitir que me diga lo que tengo que hacer con mi vida privada.

Me recuesto en el asiento y no digo nada más. No tardamos en llegar al hospital, con el informe del médico me atienden de inmediato. Me meten en un box, me toman una muestra de sangre y de nuevo tengo que orinar para realizar una muestra de orina. También realizan un cultivo para analizarlo.

Espero pacientemente a que me den los resultados de las pruebas y me recuesto en la cama, me duele la cabeza y pronto comienzo a tiritar.

—Hola, soy el doctor Smith, ¿cómo se encuentra?

—Me duele bastante la cabeza, la garganta y tengo frío.

—Ahora mismo le traeremos una manta. Pero es normal, es por la fiebre, es elevada a causa de la infección. Estamos determinando la bacteria causante de la misma. Hasta pasadas unas horas no tendremos los resultados. No obstante, me gustaría hacerle unas preguntas. ¿Ha tenido relaciones sexuales con o sin protección antes de tener los síntomas de la infección?

Me quedo sin palabras. Sé que tengo que contestar.

—Sí, pero fueron con protección. ¿Por qué me lo pregunta?

—En algunos casos, las infecciones de orina son causadas por la actividad sexual. No es que sea algo relevante, pero tengo que descartar también que pueda haber alguna enfermedad de transmisión sexual unida a la infección. Si fueron sin protección tendríamos que hacerle alguna prueba más.

—Fueron con protección, se lo aseguro.

—De acuerdo. —Toma unas cuantas notas antes de añadir—: Si le duele mucho la cabeza le pondremos algo para paliar el dolor.

—Se lo agradecería.

Sale del box y de inmediato aparece una enfermera, coge mi brazo y me inyecta algo en el dorso de la mano, imagino que algún medicamento para paliar el dolor.

Me recuesto de nuevo y noto cómo el líquido se va filtrando por mi

mano, es doloroso, pero parece que poco a poco va surtiendo el efecto deseado, porque en unos minutos la cabeza deja de dolerme tanto y me quedo en un estado de duermevela.

No sé cuánto tiempo permanezco dormitando, pero el médico vuelve a hacer su aparición.

—Señorita Young, ya tenemos los resultados de las pruebas que le hemos realizado. Tiene usted una infección de orina que ha infectado la sangre, causada por varias bacterias. Le vamos a poner un tratamiento para que pueda irse a casa si quiere. En principio, con el antibiótico la infección remitirá en una o dos semanas como mucho. También tiene una infección leve de garganta, que trataremos con el mismo antibiótico.

—¿Una o dos semanas? Pero eso es imposible, tengo que trabajar.

—De momento, hasta que la fiebre no remita le recomiendo que descanse, es lo mejor. Ya se lo he comunicado a sus familiares. Después, si lo prefiere, puede acudir al trabajo, pero le recomendaría que al menos durante la primera semana permaneciera en casa.

—Gracias, doctor —le digo. No voy a hacerle caso. El lunes voy a ir a trabajar. Me importan un pimiento sus recomendaciones.

—En cuanto esté lista, tendremos todo preparado para darle el alta.

Sale del box, me deja sola y me visto rápidamente. Quiero irme a casa, son casi las dos de la madrugada, imagino que Steven y Debra estarán cansados. Me dan todos los documentos y las recetas para comprar la medicación. Me ha proporcionado la que debo tomar en cuanto llegue a casa y los de mañana por la mañana.

Localizo en la sala de espera a Debra y Steven, su cara denota cansancio. Me acerco a ellos para que me vean, pues están distraídos.

—Ya podemos irnos.

—Cielo, me alegro. Parece que tienes mejor cara. Ya hemos hablado con el doctor. Ahora a descansar. A lo mejor podrías venirte a casa estos días.

—Gracias, Debra, pero prefiero estar en la mía. Espero que no te moleste.

—No, cariño. Como quieras.

—Ni por un momento pienses en ir el lunes a trabajar —interviene Steven, que no había dicho nada.

Le miro, molesta. Necesito que me cuente lo de las dos reuniones y por qué el jueves estaba tan enfadado, iba a hacerlo el lunes y ahora no sé qué fue lo que pasó, pero no digo nada.

Nos montamos en el coche, el trayecto transcurre en silencio, ninguno de los tres dice nada y solo el sonido de la radio nos acompaña.

Tras quince minutos llegamos a casa. Debra me ayuda a cambiarme y Steven se queda en el salón.

—Cielo, que descanses —dice dándome un beso en la mejilla.

—Gracias Debra, igualmente.

Ella sale de la habitación y entra Steven.

—Aria, quiero que pienses en lo que te dije antes. Ese chico no te conviene, no hagas locuras. Sé que es un hombre atractivo, que Taylor te está agobiando y quizás sientas la necesidad de lanzarte a los brazos del primero que encuentras, pero piensa en que tienes que trabajar a su lado todos los días. Si tenéis algo y luego no funciona, ¿cómo vais a lidiar con eso?

—Lo sé, Steven. No va a suceder nada —replico sin energías, cansada ya de los consejos bienintencionados y las atenciones de Debra y Steven.

—De acuerdo. Confío en ti.

—Gracias. ¿Me contarás qué es lo que pasó el otro día?

Suspira profundamente y durante unos segundos medita mi pregunta.

—Está bien. La reunión con el cliente local estuvo bien. Los cambios que hiciste fueron correctos y quedó satisfecho. Pero respecto a la reunión con los japoneses... no digo que fuera un desastre. Las propuestas que incluiste, las que se salían del dossier que te envié, fueron muy buenas, pero las que entraban dentro de las pautas marcadas tenían muchos errores y desviaciones. No eran correctas. Hay que revisarlas de nuevo.

—Las nuevas propuestas eran de Eric. Yo me basé en las que tú me dijiste, las que están mal... —digo con pesar.

—Vaya, parece un chico muy espabilado.

—Quizás deberías asignarle la revisión de los puntos erróneos a él, ya que yo no voy a poder encargarme.

—¿Estás segura? —inquire un poco sorprendido al ver que voy a delegar mi trabajo en un becario.

—Sí. Confío en él, tiene muy buen criterio. Sabrá hacerlo, y si no me lo consultará, estoy segura.

—Está bien, el lunes me pasaré por allí y hablaré con él. Le diré que, aunque estés enferma, te consulte cualquier cosa que necesite. ¿Te parece bien?

—Sí. Gracias, Steven y por favor, perdóname por los errores cometidos. Te prometo que no volverá a pasar. Todos estos días me ha estado llamando

Taylor y me ha trastocado, pero esto se va a acabar. Voy a bloquear su número, así saldrá de mi vida para siempre. Es lo que tenía que haber hecho desde un principio.

—La verdad es que sí —dice en tono comprensivo y me pone la mano en el hombro—. Aunque a veces no estamos dispuestos a dejar ir aquello que queremos. Al menos ya sabes lo que te hace mal. Deshazte de ello de inmediato, es lo mejor. Y en lo referente a Eric, aunque sea un gran trabajador...

—Lo sé, Steven.

—De acuerdo. Te dejo descansar, Aria. Pasaremos mañana a la hora de comer a ver si estás mejor. Buenas noches. Que descanses.

—Gracias. Buenas noches, Steven.

Se despide de mí dándome un beso en la frente y sale de mi habitación. En cuanto siento la puerta cerrarse tengo la necesidad de hablar con Eric, pero no sé si estará dormido, por lo que antes de llamarle le mando un mensaje.

Hola Eric, ya estoy en casa. Si estás despierto y te apetece podemos hablar.

La respuesta llega de inmediato. Mi teléfono vibra. Imagino que estaba esperando a que yo le dijera algo. Descuelgo.

—Hola, Eric. Espero no haberte despertado.

—Hola, Aria. No, estaba despierto esperando a tener noticias tuyas. Estaba preocupado.

—Lo siento, pero dejé el teléfono en casa. Hace solo unos minutos que hemos llegado del hospital.

—¿Y cómo estás?

—Ahora mejor. Me hicieron varias pruebas, me han dicho que tengo infección de orina severa y un poco en la garganta. Entre una y dos semanas de medicación y una semana al menos de reposo. Steven se va a encargar de que lo cumpla —le digo enfadada.

—Sabes que es por tu bien. Aunque Steven es un poco autoritario. ¿Es familia tuya?

—No, es un gran amigo de mi padre. Me ayudó cuando Taylor me dejó, y la verdad es que tanto Debra como él son como unos segundos padres para mí. Ellos no tienen hijos y me quieren como si lo fuera.

—Ahora entiendo un poco el por qué no querían que yo fuera —dice con

una risa amarga—, te estaba protegiendo de mí.

—¿Por qué? ¿Tienes algo que ocultarme? —le pregunto suspicaz.

—Digamos que mi pasado es algo oscuro. Pero no creo que él lo sepa, nadie lo sabe... Simplemente creo que no le caigo bien. Además, seguro que piensa que entre nosotros hay algo más.

—¿Por qué tendría que pensar así? —digo confundida.

—Aria, porque todo el mundo lo haría. Eres una mujer preciosa. Cualquier hombre caería rendido a tus pies. Yo soy un triste becario, pensarán que quiero tirarme a la jefa para conseguir un ascenso.

—¿Y es así? —inquiero algo nerviosa.

«¿De verdad quiero saber la respuesta?», me pregunta mi conciencia siempre tan inoportuna.

—Aria, te dije que éramos amigos. No quiero acostarme contigo. Solo quiero tener a alguien con quien poder hablar, salir de vez en cuando a divertirnos y ver una peli. Porque presiento que tanto tú como yo somos dos almas solitarias y ambos podemos hacer muchas cosas juntos, nada más...

«Vaya, eso sí que no me lo esperaba, ahí va de nuevo mi corazón roto en mil pedazos». Si es que no puedo hacerme ilusiones. Solo me ve como una amiga.

—Bueno, creo que voy a acostarme —le digo para cambiar de tema—. Gracias por todo, Eric. Que descanses. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Aria. Que descanses. Mañana iré a verte por la mañana.

—Creo que es mejor que no. Debra y Steven vendrán a verme. Prefiero que no te vean.

—Aria, por favor...

—Eric, si quieres llamarme o escribirme, perfecto. Pero prefiero que no vengas a casa, lo siento.

—Como quieras. Hasta mañana.

Cuando cuelga, me tumbo en la cama, cierro los ojos e intento dormirme. Tardo bastante tiempo, pero al final lo consigo.

Eric

Hubiera estampando el teléfono contra la pared sino fuera porque ando justo de pasta. Si cuando Steven me echó con sutileza —bueno, tampoco tanta—, de casa de Aria ya estaba enfadado, ahora estoy que me subo por las paredes. No entiendo por qué no quiere que vaya a su casa. Imagino que es

para que Steven no me vea, es seguro que él le habrá soltado un sermón o algo por el estilo sobre mí.

No creo que me conozca, porque no estoy utilizando mi verdadero apellido, pero aún así, tendré que indagar a ver si sabe algo sobre mí.

Me tumbo en la cama y doy varias vueltas. Finalmente, viendo que no voy a conciliar el sueño, me levanto y decido llamar a mi hermana. No le he hablado de Aria, pero siento la necesidad de recibir consejo sobre lo ocurrido. Quizás ella, como mujer, sepa esclarecerme algo. Me coge el teléfono al cuarto tono.

—Hola, Eric, cariño, ¿cómo estás? —saluda alegremente.

—Hola, hermanita. —No puedo evitar sonreír al escuchar su voz al otro lado. Hablar con ella siempre me hace sentir mejor—. No muy bien, la verdad.

—Vaya, ¿has vuelto a recaer?

Noto el matiz de ansiedad en su voz. Tal vez debería quitarle hierro al asunto y evitarle disgustos, pero es mi hermana, confío en ella al cien por cien y siempre me ha apoyado. No quiero ser motivo de preocupación, pero tampoco voy a engañarla.

—De momento sigo aguantando. Pero la verdad, estoy bastante enfadado y creo que, si sigo así, puedo hacerlo de un momento a otro.

—¿Y eso? No me asustes, cielo.

—He conocido a alguien... —empiezo a decir, y enseguida, Em me corta.

—¡Oh! Eso es una buena noticia —exclama—. Ella es la causante de tu enfado, deduzco.

—Sí, no quiere que vaya a su casa —explico—. Está enferma.

—¿Y por qué no?

—Es complicado, Em. Ella... ella es mi jefa... —comienzo a decirle, buscando las palabras adecuadas— pero bueno, ese no es el problema en realidad. Ayer tenía fiebre, estábamos en su casa viendo una película y tuve que llamar a nuestro jefe, el de los dos, porque ella se lleva muy bien con él y con su mujer, son como su familia... El caso es que él no quiso que les acompañara al hospital. Eso me enervó, pero al final entendí que era algo como familiar y lo dejé estar. Cuando ella ha llegado del hospital, me ha escrito y la he llamado. Le he dicho que mañana quería ir a su casa a verla y se ha negado. Creo que tiene que ver con alguna conversación que haya podido tener con su jefe cuando yo ya no estaba.

—¿En serio crees eso? —cuestiona Em con aire pensativo.

—No lo creo, estoy casi seguro —respondo con vehemencia—. Él tiene mucho poder sobre ella. Aria no quería ir al hospital, pero en cuanto él se lo dijo de manera autoritaria, ella ni rechistó.

—Pues eso es un problema para ti, porque si encima es vuestro jefe, estoy segura de que pondrá impedimentos a lo que sea que tengáis.

La sola posibilidad de tener algo con ella, mencionada por mi hermana en ese momento, hace que mi corazón lata más deprisa. Por desgracia, no es el caso.

—De momento no hay nada —le aclaro con amargura—. Le he dicho que quiero ser su amigo...

—Pero no lo entiendo, ¿quieres ser su amigo, o quieres algo más? —insiste ella.

—Quiero algo más, pero quiero ir despacio, no quiero asustarla...

La risa de Em me irrita un poco.

—Hermanito, eres un bicho raro.

—Gracias, yo también te quiero —replico con sarcasmo.

—No lo digo en el mal sentido, pero si te gusta, lánzate...

Chasqueo la lengua.

—No sé. Ella insiste en que no podría haber nada entre nosotros, pero yo solo quiero que me conozca y se enamore de mí —digo, consciente de lo cándida que es mi afirmación.

—¿Y tú crees que eso va a pasar? Me resulta un poco engreído por tu parte.

Mi hermana, como siempre, poniéndome los pies en el suelo de un tirón.

—Pues mira, no lo sé, pero vale la pena intentarlo.

—En eso te doy la razón, cariño —comenta mi hermana con su habitual tono alegre, y puedo imaginarla entornando su bonita sonrisa.

—Gracias, Em. Por los consejos, y por escucharme.

—Cariño, eres mi hermano. Y me apena no tenerte más cerca. Pero al menos podemos hablar y sentirnos como si estuviéramos a solo unas manzanas.

Sonríó y me imagino viviendo cerca de ella, visitando a mis sobrinos todos los domingos para comer.

—Ojalá fuera así.

—Bueno, seguro que pronto lo será, ya lo verás. Ahora, cariño, descansa. Es tarde.

—Sabes que duermo poco.

—Lo sé, pero tienes que descansar. Y si necesitas algo o tienes... ya sabes, tentaciones de volver a lo de antes, llámame, ¿vale? Sabes que estoy aquí para ti.

Sus palabras me emocionan más de lo que puedo reconocer.

—Lo sé, Em. Muchas gracias.

—Mañana hablamos, hermanito. Te quiero. Hasta mañana.

—Yo también te quiero. Hasta mañana.

Cuelgo el teléfono y me tumbo en la cama. No le he preguntado si debo ir o no a su casa, pero ya lo pensaré mañana. Ahora estoy agotado.

Me tumbo en la cama y dejo que el cansancio, el estrés y mi enfado que todavía perdura, se apoderen de mi cuerpo y mis pensamientos, llevándome a tierras de Morfeo.

Capítulo 7

Me despierto sobresaltada, una pesadilla de nuevo ha invadido mis sueños. Son las cinco de la mañana, me levanto pesarosa y como estoy empapada en sudor, decido darme una ducha. Al menos la cabeza no me duele tanto, imagino que por la medicación.

Me dirijo a la ducha, me despojo del pijama y con el agua bien caliente, dejo que todos mis pensamientos corran junto al agua, pero no lo consigo. Enseguida comienzan a aturullar mi cabeza.

Sé que Eric está enfadado y no le culpo. Le estoy apartando de mí, pero es lo mejor, no creo que tener una relación de amistad sea lo más apropiado para ninguno de los dos, aunque estemos solos y en parte parece que nos necesitemos. Steven tiene razón, no tengo que complicarme la vida, no de esa manera.

Tras la corta ducha, pues esta vez he decidido no mojarme el pelo, cojo algo de ropa cómoda, me visto y bajo a tomarme un vaso de leche; aún es pronto para tomar la medicación, el doctor me dijo cada ocho horas, pero tomaré un analgésico para que el dolor de cabeza no regrese, creo que de tantas vueltas que estoy dando a las cosas, comienza a instaurarse una leve molestia y no quiero que aumente. También le prometí a Steven que iba a bloquear el teléfono de Taylor y todavía no lo he hecho, no sé por qué, la verdad.

«Porque eres una estúpida que piensa que vuestra relación podría volver a funcionar».

Vaya, ya apareció mi graciosa conciencia, si no habla revienta. Pero como siempre, hay parte de verdad en ello. No sé por qué aún tengo la estúpida sensación de que si le diera una oportunidad podría funcionar, cuando en el fondo de mi corazón sé a ciencia cierta que me la jugaría.

Decidida, cojo el teléfono y de una vez por todas hago lo que tenía que haber hecho hace tiempo: bloquear su número. Después de hacerlo me siento más libre, como si me hubiera quitado un gran peso de encima y en realidad lo he hecho.

Instintivamente mi cabeza me lleva al programa de mensajería, lo abro y compruebo si Eric está conectado. Para mi sorpresa, sí que lo está y dudo por un momento si decirle algo o no. La verdad es que debería dejarlo estar, pero

una fuerza superior me incita a darle los buenos días.

«¡Qué fuerza ni qué leches! Te mueres de ganas de hablar con él, bonita, porque no consigues borraréte de la cabeza ni un solo segundo».

Y así es, desde que me he levantado no he dejado de pensar en él, es una obsesión que roza lo irracional. No sé si se debe a mi estado febril o simplemente a las ganas que tengo de acostarme con él.

«Desde luego será lo segundo, porque antes de estar enferma también pensabas en él, guapita de cara».

—Vale, tienes toda la razón —digo en alto.

¿Pero qué narices hago yo hablando con mi conciencia a las cinco y media de la mañana? ¡Me estoy volviendo loca de remate! Estoy para que me encierren.

Vuelvo a centrarme en lo que realmente me interesa, ¿le escribo o no? Dudo por un momento y al final desecho la idea. Lo mejor es no hacerlo. No quiero darle pie a que venga de nuevo a casa, lo mejor es poner un poco de distancia entre los dos.

Termino la leche y unas galletas que he cogido de la caja que me trajo Margaret y regreso a la cama. Me tumbo de nuevo. Durante al menos media hora doy vueltas pensando en las palabras de Steven. Me molestó mucho su manera de actuar. Pero también me dolió que por mi culpa el proyecto con los japoneses se viera truncado y todo se debió a mi falta de concentración en el trabajo. Entre Taylor y Eric estuve despistada y poco acertada, por eso lo mejor es no pensar en los hombres. En cuanto me recupere volveré al club y me desfogaré de nuevo. Eso es lo que haré, si tengo que ir uno o dos días por semana para olvidarme de Eric, me sacrificaré. Todo sea por el bien de la empresa.

Poco a poco, mi cuerpo se va relajando y parece que de nuevo el sueño se apodera de mí.

El sonido de la puerta, de nuevo me despierta. Miro el reloj, son las doce de la mañana. Otra vez me he quedado dormida y doy gracias por ello.

Bajo a abrir, espero que se trate de Steven y Debra. No estoy preparada para enfrentarme a Eric. Al llegar a la puerta, suspiro. Cuando abro y descubro que se trata de ellos, suelto de golpe el aire.

—Hola, cielo, ¿estás bien? Pareces nerviosa.

—Estoy bien —digo, porque tengo que admitir que, aunque estoy aliviada, una parte de mí esperaba que fuera Eric.

«¡Aclárate, bonita! Porque vas a acabar volviéndome loca hasta a mí»,

me dice mi conciencia algo enfadada.

—Hemos venido un poco más pronto porque Steven tiene entradas para el partido de los Yankees.

—No pasa nada. No hacía falta que vinierais, estoy mejor.

—Cielo, sabes que vamos a venir hasta que estés totalmente curada. Mañana vendré yo sola. Steven seguro que está liado.

—A lo mejor puedo ir a trabajar.

—¡Ni hablar! —exclama exasperado Steven—. Tú no vas a ir a trabajar hasta que no estés completamente recuperada. ¡Es una orden, Aria! ¿Lo has entendido?

—Sí, Steven —respondo con resignación.

—Pues no se hable más. Ni se te ocurra aparecer por la oficina antes de que te hayas repuesto del todo o tendremos más que palabras.

—Steven...

—¡No! Quiero que te recuperes, ya nos apañaremos con el trabajo. Tengo a Eric, que parece ser muy bueno, y el resto del trabajo se lo asignaré a Richard.

—¿A Richard? Sabes que no me cae bien, es un lameculos y un trepa.

—Tranquila, solo le daré lo que Eric no pueda hacer. No te preocupes.

—Pero, Steven... —me quejo, pero me interrumpe.

—Aria, no quiero más lamentaciones.

Me aguanto la rabia y me voy a la cocina con Debra. Con Steven no se puede discutir, y menos de trabajo. Es el jefe y hace lo que quiere. Así que no tengo otra opción que aceptar su decisión.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—Que tu marido es un déspota.

—Solo lo hace por tu bien. Tienes que descansar y recuperarte...

—Sí, pero no hace falta que esté encima de mí como si fuera una cría.

—Sabes que te quiere mucho.

—No lo dudo, Debra, pero a veces...

—Lo sé, ayer no se portó bien con ese chico, Eric. Si ambos queréis tener algo, no entiendo por qué Steven se tiene que interponer. Siempre que no afecte a vuestro trabajo... Conozco a parejas que trabajan en el mismo sitio y están juntos, no pasa nada.

—Solo somos amigos —repito una vez más.

—Vaya, pues es una pena, porque me parece un chico guapísimo, ¿no crees?

—Debra...

—¿Qué, cielo? ¿Acaso eres ciega? Es un bombón de hombre. Que una, aunque sea una mujer entrada en años con un marido carca, tiene ojos...

Sonríó, ella me mira y se ríe también. Es un caso, me recuerda mucho a Margaret, de la que, por cierto, no sé nada. Me dijo que estaría fuera todo el fin de semana y que era posible que no tuviera cobertura, por lo que imagino que me llamará esta noche para saber cómo estoy.

—No voy a negarte que es guapo, pero yo no quiero nada más, Debra. Soy consciente que sería complicado tener algo con él, es mejor no enmarañar las cosas. Pero tampoco entiendo la reticencia de Steven a que seamos amigos. No obstante, ayer le dije que dejáramos de vernos por un tiempo.

—¿¡Qué!?! ¿Estás loca? Ni se te ocurra, y menos por lo que te haya dicho Steven. Cuando se le mete una idea en la cabeza es muy testarudo, pero tú no tienes por qué hacerle el menor caso. Una cosa son los asuntos de trabajo, pero en tu vida personal él no tiene por qué meterse. Si queréis veros, seguid haciéndolo. Haz tu vida sin que nadie te diga lo que tienes o no tienes que hacer, ¿entendido?

—Sí —digo para darle la razón y zanjar el tema.

Salimos de la cocina y degustamos la comida que Debra ha preparado, esta vez se trata de una pasta tres quesos y carne guisada. Huele de maravilla y aunque no como mucho, está todo delicioso. Debra es una estupenda cocinera.

—Está todo riquísimo, Debra.

—Pero si apenas has comido.

—No tengo mucha hambre...

—Te dejaré un poco para la cena. Recojo y nos vamos, ¿no, Steven?

—Sí, que no quiero llegar tarde al partido.

Debra se va a la cocina mientras yo me siento en el sofá. Debo admitir que es una mujer estupenda que, pese a su posición social, no duda en echarme una mano.

—Aria, espero que tengas presente mis palabras de ayer en lo que respecta a ese chico, Eric —expone Steven.

—Sí, claro —le digo.

—¿Y? —inquire curioso.

Debra sale justo en ese momento.

—¿Nos vamos, Steven?

«Salvada por la campana o, mejor dicho, por mi hada madrina». No sé si realmente ha sido casualidad o estaba escuchando, sea como fuere me ha evitado una contestación a Steven porque no sabría qué decirle. Una parte de mí quiere huir de él, pero otra quiere aferrarse a lo que hemos construido. Una amistad. En el fondo, Eric tiene razón, ambos estamos solos y no creo que hagamos mal a nadie siendo amigos.

—Sí, claro. Descansa Aria.

—Gracias a los dos por ser tan atentos conmigo.

Ambos me dan un beso y se marchan. Son las dos de la tarde, estoy cansada y aburrida, no quiero irme a la cama. Me tumbo en el sofá, pongo la televisión, pero nada me satisface. No sé nada de Eric y eso me pone furiosa, porque no sé si se ha rendido conmigo o está ocupado.

Mi mente empieza a divagar, dijo que tenía un problema... ¿y si se trata de algo con las mujeres y por eso solo quiere ser mi amigo? Porque tengo que ser realista, no ha intentado nada conmigo y eso me descoloca. ¿O quizás es adicto al sexo?

«¡Ja! No estaría mal, un adicto al sexo con la jefa que se tira a todos sus becarios, haríais una pareja estupenda». ¡Pero qué graciosa es mi conciencia!

Un poco extraño sí que es, la verdad, que solo quiera ser mi amigo. Divagando y pensando de nuevo en él, abro instintivamente el programa de mensajería y de nuevo le veo conectado. ¿Este hombre siempre está en línea? ¿Estará esperando a que yo le escriba?

«No te creas tan importante, guapita, seguramente esté hablando con su hermana».

Calculo mentalmente la diferencia horaria y entonces pienso que es posible, en España serán las ocho de la tarde. De nuevo maldigo porque mi conciencia me ha ganado la batalla.

Durante un rato pienso qué hacer, si escribirle o retomar mis inexistentes quehaceres. Al final decido mandarle un mensaje.

Hola Eric, ¿qué tal va el día? Para tu información, estoy mejor. Aunque un poco aburrida, la verdad. Pero es lo que toca cuando estás enferma. Espero que tu domingo al menos sea algo más productivo que el mío.

Lo releo un par de veces, es un poco patético, pero bueno allá va. Lo envío y espero su respuesta, pero en ese momento, se desconecta. No sé si es porque le ha llegado mi mensaje o simplemente ha sido casualidad.

Los minutos pasan y sigue sin leer mi mensaje. Comienzo a

exasperarme, me levanto del sofá y ando con el teléfono en la mano mirando fijamente a ver si el indicador del doble *check* se pone de color azul, indicándome que lo ha leído, pero nada. Después de media hora, mi paciencia y yo nos damos por vencidas.

Me subo a la cama y me tumbo. Dejo el teléfono encima de la mesita y, enfadada, intento conciliar el sueño. No lo consigo fácilmente, estoy bastante irritada y sé que en parte me lo merezco. Ayer no me porté bien con él, pero podría al menos contestarme. Aunque ahora que lo pienso, ¿y si le ha pasado algo?

«¡No fastidies! En el mismo instante en el que le has mandado el mensaje».

«Bueno las casualidades existen», le recrimino a mi conciencia.

«Asúmelo, no quiere hablar contigo». Quizás, para no variar, mi infatigable y condenada conciencia tenga razón.

Me resigno y cierro los ojos. Me cuesta mucho dormirme, pero al final lo consigo.

Eric

Durante todo el día he estado pendiente del teléfono, tentado a llamarla o escribirla, pero no lo he hecho y en cuanto me ha llegado su mensaje, me he desconectado. ¿Por qué? Ni yo mismo lo sé, pero he querido que sienta lo que yo sentí ayer cuando me dijo que no fuera a su casa. Le estoy dando a probar de su propia medicina, y aunque me apena, de momento no voy a contestar, no hasta esta noche. Además, no voy a ir hoy a su casa. Me gustaría verla, no voy a negarlo, pero lo he decidido esta mañana cuando me he despertado a las cinco de la mañana, porque no duermo mucho y ella ocupa todos mis sueños desde que la conocí.

He salido a correr, he ordenado mi apartamento, he hecho la comida, he puesto lavadoras y planchado la ropa para esta semana. Cualquier cosa para estar ocupado y no tener la tentación de ir a verla, pero ahora, después de recibir su mensaje, siento la necesidad de acudir a su casa.

Sé que tengo que ser fuerte, pero una fuerza superior me impide serlo. Siempre he sido débil. Aún recuerdo las palabras de mi padre:

«Mi único hijo varón y pareces una nenaza, a ver si espabilas, así nunca podrás llegar a ser un hombre de provecho».

Siempre me las ha repetido una y otra vez hasta la saciedad y no le falta razón. Siempre le he decepcionado, hasta el día que me fui de casa y así pudo estar tranquilo con su maravillosa vida. Estoy seguro de que no me echa de menos, siempre he sido un gran estorbo para él, pero algún día le demostraré que soy un hombre de verdad y tendrá que tragarse sus puñeteras palabras.

«Algún día», pienso.

Mientras coloco mi colección de películas antiguas, pongo algo de música en la radio, la canción de *Cold* de Maroon 5 suena y sonrío al escuchar la letra. Me recuerda instintivamente a Aria y al mote que la pusieron en la oficina, *Elsa*, la princesa de hielo. Y es que tengo que reconocer que en algunos momentos es tan fría que sí hace honor a su sobrenombre.

Otras veces, las que parece más cercana, siento que es la persona con la que podría envejecer, la mujer que he estado buscando toda mi vida. Pero no quiero hacerme falsas esperanzas, es una mujer complicada y quizás cuando averigüe toda la verdad, no quiera estar conmigo.

Durante toda la tarde intento ocupar mi mente, he dejado el teléfono lejos de mi alcance para no estar tentado a llamarla o a contestar al mensaje.

A las diez de la noche, tras un día agotador en el que he ordenado dos veces mi apartamento, después de preparar la cena y la ropa para el día siguiente, decido contestarle al mensaje.

Hola, Aria, me alegro de que estés mejor. Mi día ha sido muy productivo. Ahora voy a cenar y acostarme pronto. Mañana hay que trabajar. Imagino que no te veré en la oficina. Descansa.

Estoy totalmente seguro que no va a contestarme, pero aun así, después de cenar y tras hablar un poco con Em, espero pacientemente durante una hora su respuesta. Al ver que no llega, decido acostarme. Mañana será otro día.

Capítulo 8

Tras pasar la tarde escuchando música sin noticias de Eric, he recibido un mensaje a las diez de la noche. Lo he leído con la pantalla bloqueada pero no voy a contestarlo. Voy a jugar al mismo juego que él. Me molesta mucho lo del día productivo, ¿qué es lo que habrá estado haciendo?

«Mira que eres tonta, estás deseando contestarle, hablar con él y averiguar en qué ha ocupado su día, no sé por qué te resistes a hacerlo».

«¿Tú que narices sabrás?», le recrimino enfadada.

«¿Tengo que recordarte que soy tu conciencia y conozco todos tus pensamientos?».

¡Mierda! Tiene razón, quiero contestarle, quiero hablar con él y una parte de mí estaba deseando que viniera a verme y no hiciera caso a mis palabras de ayer, pero no, al final me hizo caso. Ni siquiera sé qué es lo que quiero. Tengo la cabeza hecha un lío.

«Pues ve poniéndola en orden porque al final me vas a volver tarumba».

«¿Por qué no te vas un poquito a la mierda?», le digo, porque la que me va a volver como una cabra es ella.

«¡Vaya carácter! No pagues conmigo tu enfado, llámale tú y punto, así hablas con él, si eso es lo que quieres».

Lo medito durante un rato, pero son las once y media, tiene que descansar, mañana trabaja, por lo que al final decido contestarle al mensaje. Si se ha acostado lo verá mañana y si no lo ha hecho y quiere contestarme ya es cosa suya.

Hola, Eric, me alegro que hayas tenido un día productivo, espero que no te hayas cansado mucho. Mañana tienes un día complicado: Steven te va a encargar trabajo, rehacer la parte del proyecto de los japoneses que yo no hice bien. Yo no sé todos los detalles, ya te lo explicará él. Mañana no voy a ir a trabajar, me lo ha prohibido hasta que no me recupere. No sé qué voy a hacer todo el día en casa, al final voy a morir de aburrimiento, lo único que hago es dormir, voy a parecer una marmota. No te molesto más, que descanses y mañana tengas un buen día.

Lo envío y espero la respuesta, pero no llega. Imagino que está acostado, sin embargo, yo no puedo dormir. Estos días, como le he dicho en el mensaje,

estoy durmiendo mucho, es verdad que también la fiebre influye, pero creo que no he dormido tanto en toda mi vida. Por ello, decido escuchar un poco de música. La canción *Starving* de Haylee Steinfeld está sonando en mi reproductor de Spotify y su letra me hace pensar, sobre todo esa frase: «Cuanto más le conozco, más le deseo».

Suspiro, porque estos meses van a ser un suplicio. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas, nunca antes me había sentido así por un hombre como él, el sexo con los becarios era una simple atracción sexual, yo me he encargado de elegirlos y procurado de que fueran atractivos, pero Eric además es atento, se preocupa por mí y eso ha hecho que me sienta atraída por él.

Quizás en otro momento de mi vida no hubiera sido así, pero también se une el hecho de que Taylor ha reaparecido y ha vuelto a hacerme dudar de mi capacidad para encontrar un hombre. No sé, estoy tan confundida que quizás Steven tenga razón y Eric no me convenga.

Pero como si el destino quisiera llevarme la contraria, el sonido de un mensaje me devuelve a la realidad.

Buenas noches, Aria. La verdad es que he estado muy hacendoso en casa, como me dijiste que no querías verme... También he salido a correr, he cocinado, puesto varias lavadoras, planchado y preparado la ropa para mañana. Ahora ya estaba en la cama, pero no podía dormir. Mañana intentaré estar a la altura, pero estoy seguro de que no lo haré tan bien como lo harías tú y sin duda te echaremos de menos. Espero al menos poder consultarte si tengo algún problema. ¡Ojalá no te mueras de aburrimiento! Sería una muerte horrible. Descansa, buenas noches.

Al leerlo, sonrío. De nuevo su humor ha vuelto y aunque me ha metido una pequeña puya al decirme lo de que no quería verlo, soy feliz al comprobar que las cosas han vuelto a la normalidad entre nosotros.

Me tumbo en la cama y sonriendo como una colegiala a la que han pedido salir en el baile de graduación, me quedo dormida.

Me despierto de nuevo de madrugada, con pesadillas. No sé cuándo van a parar, empiezo a estar cansada. Siempre son las mismas, el mismo hombre el que se apodera de mis sueños, el hombre que destrozó la vida de mi padre. Nunca podré olvidar su cara, su sonrisa, es la misma que todas las noches, desde que estoy enferma, me asalta.

Me levanto y me dirijo a la ducha. El agua caliente calma mis temores y

me ayuda a eliminar el sudor de mi cuerpo.

Tras vestirme, bajo a tomar un vaso de leche caliente y algo para comer. Son las seis de la mañana, aprovecharé para tomar la medicina y ponerme al día al menos con el correo. Por lo menos, si hay algo importante se lo mandaré a Steven.

Desayuno y subo a mi habitación provista del portátil. Me siento en la cama y lo abro. Reviso el correo y comienzo a poner al día los temas pendientes que tengo desde el jueves. Pero en cuanto mando un par de correos a Steven mi teléfono suena, son casi las siete de la mañana. Miro y se trata de él.

—Aria, ¿qué estás haciendo? —me recrimina, ni buenos días ni nada. Empezamos bien...

—Buenos días a ti también, Steven. Para tu información estoy mejor y estoy en casa, solo estoy poniendo al día mi correo, nada más.

—Haz el favor de meterte en la cama y descansar. Eso puede esperar — contesta tajante.

—Cuando termine el correo, Steven.

—Aria, he dicho que dejes eso.

—¡No! —objeto irritada, estoy harta de que me de órdenes.

—¡Joder! —expone enervado—. Mira que eres cabezota.

—Mucho, Steven, parece mentira que no me conozcas. Estoy mejor y necesito hacer algo o voy a morir de aburrimiento. Solo voy a poner al día el correo, en cuanto lo tenga, prometo dejarlo.

—Haz lo que te dé la gana.

Me cuelga y yo, sinceramente, paso. Estoy un poco cansada de que me diga lo que tengo que hacer, sé que es mi jefe, pero la verdad me trata como si tuviera cinco años y fuera una niña pequeña. No estoy poniendo en peligro mi vida, solo estoy revisando el correo, mi cabeza está lúcida.

Sigo revisando correos y le envío un par de trabajos a Eric, sé que hoy estará bastante ocupado con el trabajo de Steven y es probable que en unos días no pueda encargarse, pero al menos, que lo tenga presente.

Me suena de repente un aviso de mensaje al teléfono, es Eric.

Buenos días, Aria. ¿No te ibas a morir de aburrimiento? ¿Qué haces trabajando? ¿No se supone que estás enferma? Aprovecha tu descanso y no hagas nada...

Al cabo de unos minutos me llega otro mensaje:

Creo que se ha desatado la ira de los dioses. ¡Madre mía, qué humor trae Steven! Reza por mí para que no me coma como almuerzo .

Vaya, se ve que Steven acaba de llegar a la oficina y por lo que parece, Eric va a conocer su lado más oscuro. Le respondo de inmediato.

Suerte, cualquier cosa me avisas. Intentaré mediar por ti.

Pero no lee el mensaje e imagino que ya está con Steven en el despacho. Tarda más de media hora en leerlo. Solo espero y deseo que mi jefe no se haya resarcido con él, porque no se lo merece y todo esto es culpa mía: su enfado y que el proyecto haya salido mal.

Después de un tiempo prudencial decido llamar a Eric, pero en lugar de a su móvil, para que no le digan nada, lo hago a través del teléfono de la empresa. Lo coge Margaret:

—Buenos días, Margaret. Soy Aria.

—¡Hola, cielo! ¿Cómo estás? Ayer llegamos muy tarde a casa y por eso no quise llamarte.

—Estoy mejor, pero al final el médico me recomendó estar unos días en casa.

—Vaya, lo siento. Esta tarde iré a visitarte. Si no te parece mal, claro.

—Por supuesto que no. Gracias. ¿Podrías pasarme con Eric?

—Sí, ahora mismo. Aunque el pobre está muy ocupado, encima ha tenido que soportar una bronca de Steven que no veas. No sé quién le habrá puesto de tan mal humor, pero venía que echaba humo por las orejas.

¡Mierda! Lo que me temía, Steven lo ha pagado con Eric.

«Si es que no te puedes quedar quietecita, guapa. Ahora el pobre chico se ha llevado la reprimenda por tus malas decisiones, no das una a derechas». Ya empezamos...

Suspiro exasperada, esta conciencia siempre recordándome mis errores, como si fuera mi Pepito Grillo.

Margaret me pasa la llamada y al tercer tono, Eric contesta.

—Hola, Aria —dice con voz de cansado. Imagino que Margaret ya le ha puesto al corriente.

—Hola, Eric. ¿Todo bien?

—No, pero no queda otra.

—¿Steven fue muy duro?

—Digamos que no fue muy blando.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—Venía con un humor de mil demonios. No sé qué le habrá pasado, pero al final lo ha pagado conmigo, diciendo que el proyecto que hicimos era una puta mierda. No sé a quién me recordará —añade con retintín y una leve risa que agradezco. Al menos la ira de Steven no ha terminado por completo con su sentido del humor—. Me ha dado un día para arreglarlo.

—¿Un día? Pero eso es imposible, si la reunión creo que no es hasta el jueves. ¿Por qué un día? No lo entiendo...

—No sé, Aria, pero yo no he preguntado, solo he asentido. No quería que me diera un puñetazo o me pusiera de patitas en la calle.

—Hablaré con él. Cualquier duda, llámame. Ahora te cuento...

—Gracias.

Cuelgo el teléfono y de inmediato llamo a Steven, pero no me lo coge, para no variar. Durante más de quince minutos lo intento, pero no hay forma de contactar con él. Le dejo un recado a su secretaria, sé que tampoco me llamará, pero al menos por intentarlo que no quede. Al final decido quemar el último cartucho que me queda: Debra.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —me dice cuando me descuelga.

—Hola, Debra. Mejor, gracias. Necesito un gran favor.

—Claro, cielo. Tú me dirás.

—No consigo hablar con Steven, no me coge el teléfono...

—¿Ha pasado algo?

—Sí, la verdad es que sí. Me puse a trabajar desde casa y se enfadó.

—Aria, cielo, tienes que descansar.

—Lo sé, Debra, pero solo revisé el correo. Estoy un poco harta de estar todo el día en la cama. Solo fue el correo, pero Steven se lo tomó a la tremenda, me colgó el teléfono y la ha tomado con Eric. Le ha encargado un trabajo para un día cuando sabe que no lo va a poder realizar en ese tiempo, lleva trabajando para nosotros dos semanas y es un becario, tanto él como yo sabemos que no es un trabajo para él y no podrá desempeñarlo en tan poco tiempo. Creo que quiere despedirle...

—Vaya, cariño. ¿Y qué papel juego yo?

—Quiero que le digas que me llame. Tengo que hablar con él urgentemente, nada más.

—Vale.

—Gracias, Debra.

—De nada, cielo. Luego pasaré a comer contigo.

—Perfecto. Nos vemos.

Cuelgo el teléfono y en diez minutos recibo la llamada de Steven. No sé qué le habrá dicho su mujer, pero ha surtido el efecto deseado. Sonrío porque está claro que no hay nada como el poder de una mujer con un hombre enamorado.

—Hola, Steven.

—Aria, no tengo toda la mañana, ¿qué quieres?

—Quiero que le des más tiempo a Eric. Tú y yo sabemos que no se puede realizar el trabajo que le has encargado en tan poco tiempo y que la reunión la tienes el jueves, dispones de tiempo necesario para revisar el proyecto. Al menos dale hoy y mañana.

—No.

—Steven, por favor... Estás enfadado conmigo, no lo pagues con él.

—Ese es su tiempo, si tiene que trabajar todo el día y toda la noche no es mi problema. Que espabile y no se entretenga llamando a su jefa para contarle lo malo que ha sido su otro jefe...

—No me ha llamado, he sido yo quien lo ha hecho.

—Vaya, ¿no te dije que te alejaras de él?

—Es mi becario, solo quería saber cómo iba su trabajo.

—Ya... En fin, Aria, no voy a inmiscuirme en tu vida privada, porque si no mi querida esposa volverá a soltarme una reprimenda. Pero no voy a darle más tiempo, mañana a las ocho tendrá terminado ese proyecto y si no, yo mismo le despediré. Me importa una mierda que sea tu becario; los dos trabajáis para mí, recuérdalo.

—Steven, no eres justo.

—¿Quién dijo que la vida fuera justa? Hazme un favor. Acuéstate y descansa. Adiós, Aria, tengo mucho trabajo. Mañana a las ocho. Recuérdaselo a tu querido becario cuando vuelvas a hablar con él.

De nuevo cuelga la comunicación y yo maldigo. ¡Mierda, mierda y mil veces mierda! ¿Por qué se me ocurriría ponerme a trabajar?

«Porque, como siempre, actúas antes de pensar. Ese es tu gran problema, guapita».

¡Joder! Ya salió la que faltaba. ¡Qué mañana! ¿Y ahora qué le digo a Eric? No puedo dejarle en la estacada. Tengo que ayudarlo.

Le llamo al móvil, no quiero que Margaret sepa que voy a ayudarlo. No me lo coge. Suspiro exasperada y vuelvo a intentarlo. Pero de nuevo no hay respuesta.

Cuento hasta diez para calmarme, porque estoy al límite de mi paciencia y vuelvo a marcar. Cuando voy a colgar, contesta.

—Aria, estoy muy liado, de verdad, no tengo ni tiempo para respirar. ¿Has conseguido algo?

—No, mañana tienes que entregarlo, pero déjame echarte una mano. Mándame algo de trabajo para que te ayude.

—¡No! Tú tienes que descansar.

—Eric, yo soy la causante de todo, ya te lo explicaré, ahora no hay tiempo. Quiero ayudarte y además así no estaré tan aburrida.

—¿Estás segura?

—Muy segura. Pásame algo al correo. De verdad...

—De acuerdo. Ahora mismo te lo envío.

—Gracias, Eric y por favor, come, ¿vale?

—Vale. Hablamos luego.

—Hasta luego. —Me despido y cuelgo.

En un minuto tengo un correo suyo con varias cosas que no entiende. Me pongo a trabajar en ellas y sonrío, si Steven me viera desataría la ira no solo de los dioses sino de todos los seres sobrenaturales.

A las dos de la tarde, llaman a la puerta. Cierro el portátil y bajo a abrir. Es Debra, viene sola y se lo agradezco, ahora mismo no sé si podría mirar a la cara a Steven sin abofetearlo.

Comemos sin hablar de trabajo y menos de lo que su marido le ha hecho a Eric.

—Te veo mucho mejor, cielo.

—Sí, hoy no tengo fiebre y me encuentro bastante bien... A lo mejor el miércoles ya puedo ir a trabajar...

—Deberías estar unos días más. Quizás tomarte toda esta semana, como te dijo el doctor.

—No sé, Debra, en casa me agobio mucho. Necesito actividad.

—Lo sé, cielo, pero es por tu bien.

—Ya... bueno, a ver cómo transcurre la semana.

—Claro, poco a poco. Ahora descansa.

Nos despedimos y cuando ella se va, me subo a la habitación a continuar con el trabajo. Eric me ha mandado algunas cosas más que no consigo terminar y me pongo con ellas de inmediato.

Sin darme cuenta, son las ocho de la tarde. Es increíble cómo se pasa el tiempo cuando estás atareado. Decido llamarle a ver cómo lo lleva todo.

—Hola, Eric, ¿qué tal vas?

—Hola, Aria. Todavía me queda rematar unos detalles, pero creo que en una hora lo tengo todo listo. Sin tu ayuda no lo hubiera logrado. Gracias, de verdad.

—Tranquilo, me ha venido bien, así mi día ha sido de todo menos aburrido.

Se ríe y yo me contagio. Me encanta su risa y ahora me gustaría verlo reír, pero me conformaré con escucharlo.

—Tengo que colgarte, Aria. Quiero terminarlo y repasarlo, así me quedo más tranquilo.

—Mándamelo para que lo revise después si quieres.

—De acuerdo. Gracias de nuevo por tu ayuda.

—Es mi deber de jefa.

—No lo es, estás enferma...

—Bueno, lo hago por mi amigo —le digo, a ver cómo responde.

—Gracias, amiga. Te dejo. Hasta luego.

—Hasta luego.

Cuelga y suspiro. ¿Qué significa ese «hasta luego»? Imagino que es por no decir: «adiós». No sé, pero me deja un poco descolocada.

Cierro el portátil, realmente estoy un poco agotada. Al final Margaret me escribió que su hija se había puesto enferma y que no va a pasar, casi lo agradezco, porque tengo que seguir trabajando. Al terminar, me recuesto un poco en la cama y me quedo dormida hasta que oigo el sonido del timbre. Parpadeo un par veces ante la insistencia y bajo para abrir. Ni siquiera sé qué hora es, no me ha dado tiempo a mirarlo y hoy no me he puesto reloj.

Al abrir veo a Eric con unas bolsas de comida china y cara de cansado.

—Hola, Aria, siento la insistencia, pero imaginaba que te habías quedado dormida, hoy no habrás descansado nada en todo el día. Lo siento, *mea culpa*. He traído la cena para compensar. Espero que te guste la comida china.

Le sonrío, no soy una mujer sibarita, me gusta todo tipo de comida.

—Hola, Eric. Sí, tranquilo, me encanta.

—Me alegro.

Entra y se dirige a la cocina donde sin yo ayudarle comienza a buscar, abriendo armarios para prepararlo todo. Él se percata de que estoy mirándole, anonadada.

—Espero que no te moleste que me tome tanta confianza, pero es que tengo bastante hambre... No he comido.

—¡Eric!

—Lo sé, pero no había tiempo que perder.

—¡Eres un caso!

—No puedo perder el trabajo, Aria.

—Vale, eso lo entiendo, pero comer un bocadillo serían cinco minutos.

—No son solo cinco, hay que ir a por él, esperar la cola en la cafetería y comérselo. Al final son más de veinte, créeme.

—Podrías haberle dicho a Margaret que te trajera algo.

—No quería molestar.

—Era algo de vital importancia, estoy segura de que a ella no le hubiera molestado lo más mínimo.

—Bueno ya está hecho, ¿cenamos?

—Claro.

Esbozo una sonrisa, mientras pienso que en realidad, Eric y yo nos parecemos mucho.

Nos sentamos en la isla de la cocina, una vez dispuesta la comida. Eric comienza rápidamente, se le ve que realmente está hambriento y yo sonrío al ver lo rápido que come. Yo en cambio, voy más despacio. No tengo demasiado apetito y todavía siento la garganta algo dolorida.

Al final, casi terminamos todo lo que ha traído. No es que yo haya comido mucho, pero he probado de cada especialidad.

—Estaba todo delicioso.

—Sí, la verdad es que todo estaba muy rico. Te ayudo a recoger y me voy, es tarde y necesitas descansar.

—Gracias, Eric, no hace falta. Tú también tienes que descansar. Ya lo recojo yo, no te preocupes. Mañana tengo todo el día. Por cierto, ¿me mandaste el proyecto para que lo revisara?

—Sí, pero es tarde, Aria.

—No te preocupes, ahora lo reviso.

—¿De verdad? Entonces me quedo y lo vemos juntos, si te parece.

—Vete a casa, Eric. Llevas todo el día trabajando, tienes que descansar...

—Está bien —acepta finalmente tras un instante de duda—. Gracias por todo Aria. Buenas noches. Que descanses.

—Buenas noches, Eric. Igualmente.

Me besa en frente y ambos nos quedamos mirándonos fijamente durante unos segundos. Nuestras respiraciones se han agitado y estoy segura de que si

no es porque él se separa me hubiera dejado llevar.

Sale de la cocina y se marcha, dejándome nerviosa y temblorosa.

Capítulo 9

Echo un vistazo al trabajo que ha desempeñado durante todo el día Eric y es muy bueno. Tengo que admitir que para ser un becario y no haber trabajado nunca en nuestro sector, tiene un talento innato.

Son casi las doce de la noche, estoy agotada. Me acuesto en la cama y me quedo dormida casi sin pestañear.

Hoy y sin que sirva de precedente no tengo esas pesadillas que llevan atormentándome durante los días que llevo enferma. Pero me despierto a las seis de la mañana. Lo primero que hago es mandarle un mensaje a Eric para decirle que ha hecho un buen trabajo.

Buenos días, Eric. Ayer leí el proyecto. Me parece que está perfecto. Espero que Steven piense lo mismo. Te ruego me comuniques su decisión en cuanto te diga algo, por favor. Que tengas un buen día.

Tras enviar el mensaje me meto a la ducha sin esperar su respuesta. Necesito despejarme del calor que recorre mi cuerpo, he soñado con él, un sueño erótico y me he despertado excitada. Imagino que es producto de lo que sucedió anoche, de esa mirada cargada de deseo por parte de ambos y del beso que, aunque solo fue en la frente, para mí fue muy intenso.

La ducha se alarga más de lo habitual, incluso mis manos hacen de las suyas acariciando mis pechos y agitando mi cuerpo. Sintiendo la necesidad de continuar con el juego, bajo mi mano hasta mi pubis, no es habitual en mí masturbarme, pero no sé por qué hoy necesito sentirme viva e imagino que Eric es quien me toca, aunque solo sea una fantasía. Mis dedos se adentran en mi vagina y se encargan de darme el placer que necesito hasta llevarme a la gloria, jadeando y pronunciando su nombre.

Una vez que mi cuerpo vuelve a la normalidad, termino mi aseo, salgo de la ducha y miro el teléfono, tengo un mensaje suyo. Sonrío como una idiota, acabo de tener un orgasmo pensando en él y ahora solo deseo leer sus palabras.

«¡Eres un poco patética!».

No hago caso a mi conciencia y como una colegiala feliz porque le hayan contestado, abro el mensaje.

Buenos días, Aria. No creo que esté perfecto, pero gracias. Además, no

todo el mérito es mío, tú también pusiste tu granito de arena, o más bien, montaña. ¡Deséame suerte! En cuanto tenga noticias de Steven te aviso. Ten buena mañana y descansa.

Sonrío como una boba al concluir de leerlo.

«¡Ja! Descansar... si te contara lo que ha estado haciendo la muy cochina mientras se duchaba...».

Decido obviar el comentario de mi conciencia y bajo a la cocina después de vestirme y secarme un poco el pelo. Me preparo el desayuno y tras ojear un poco las noticias por internet y desayunar, vuelvo a la cama. Hoy no voy a hacer nada de trabajo. No quiero que Steven se moleste.

Espero pacientemente tumbada en la cama a que Eric me diga algo, pero no obtengo respuesta. Comienzo a exasperarme, no sé si esta falta de noticias es algo bueno o malo.

El tiempo pasa lentamente y decido poner algo de música, así se calmarán mis nervios. Conecto mi reproductor de Spotify y suena Daya, con la canción *Sit still, look pretty*. Sonrío y tarareo la letra. Me encanta. Dice mucho de mí, la verdad. Desde que Taylor me dejó nunca he pretendido ser una Barbie para un hombre, como dice la canción. Solo he sido yo misma, quizás un prototipo de mujer diferente, utilizando a los hombres en mi propio beneficio, no voy a negarlo, pero yo solo disfruto del sexo sin ninguna atadura. O al menos así era hasta ahora, porque con Eric estoy hecha un lío. Intento que mis sentimientos no me confundan, pero cuantas más barreras interpongo, más me doy cuenta de que yo misma las derrumbo.

El sonido de mi teléfono móvil me saca de mis absortos pensamientos. Lo cojo de inmediato, es Eric. Bajo el volumen de la música y respondo.

—Buenos días, Eric.

—Buenos días, Aria. Espero no haberte despertado.

—No, estaba esperando tus noticias. ¿Cómo ha ido?

—Bien, estoy sorprendido. Hoy Steven estaba muy amable conmigo. Parecía otra persona.

—Me alegro... —«Será que hoy no he desatado su furia», pienso—. ¿Le gustó el proyecto?

—Aún no lo ha revisado. Me dirá algo a lo largo de esta mañana.

—Llámame cuando sepas algo.

—Claro, tranquila. Lo que pasa es que no quería que pensaras que me había olvidado de ti.

—Gracias, Eric —digo sintiéndome absurdamente feliz—. Voy a tumbarme un rato. Pero dejaré el móvil operativo.

—Perfecto, Aria. Estás mejor, ¿verdad?

—Sí, lo que pasa es que parece que mi cuerpo se ha habituado a dormir mucho y ayer notó la ausencia de sueño. Pero en unos días todo volverá a la normalidad. O eso espero, porque si no creo que cuando vuelva al trabajo voy a querer morirme.

Se ríe y me contagia.

—Ya te veo en tu despacho dormida...

—¡Muy gracioso! Te dejo trabajar. Avísame cuando tengas noticias.

—Descansa, Aria.

—Gracias, Eric. Hasta luego.

Cuelgo y me tumbo en la cama. Enseguida me quedo dormida. De nuevo el móvil me saca de mi sueño. Me levanto como un resorte, cojo el teléfono y cuando voy a responder me quedo sorprendida: es Steven. Carraspeo para aclarar la voz.

—Buenos días, Steven.

—Buenos días, Aria. ¿Cómo estás?

—Mejor, gracias. ¿En qué puedo ayudarte?

—Quería comunicarte que el trabajo de Eric ha sido brillante, pero creo que no lo ha hecho solo, ¿me equivoco?

Me quedo callada, ¡joder! Ni que tuviera un radar.

—Me pidió ayuda con algunas cosas...

—Aria, tenía que hacerlo él.

—Dijiste que si tenía dudas le echara una mano.

—No voy a discutir contigo, estás enferma y tenías que estar en la cama, no trabajando. ¡Joder Aria! ¿Cómo hay que decirte las cosas?

—Hoy me he portado bien...

—¡Qué graciosa!

—Te vengaste con él por lo de ayer, sabías que no podría hacerlo solo en un día.

—Vale, tienes razón. Y tú contraatacaste poniendo en riesgo tu salud.

—Eso no es cierto, ayer estaba bien, y hoy estoy mejor todavía, Steven. Es más, creo que mañana iré a trabajar.

—Ni se te ocurra...

—Steven, por favor. No soy una niña a la que tengas que cuidar y tener entre algodones, quizás hace cuatro años necesité eso, pero ahora ya no.

—Está bien, haz lo que quieras. Eso sí, si vienes a trabajar el jueves tanto Eric como tú defenderéis el proyecto ante los japoneses.

—¿¡Qué!? ¿Por qué?

—Porque creo que podéis darle una visión diferente a la reunión y así conseguiréis captarlos del todo.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer?

—Vender el proyecto.

—Steven, yo nunca he estado en una reunión tan importante.

—Pues ya es hora de que empieces. ¿No querías trabajar? Pues trabaja. Prepara a tu chico. Tenéis un día para hacerlo.

—Vale...

—Que tengas un buen día Aria.

—Hasta luego, Steven.

Cuelgo el teléfono y, nerviosa, llamo a Eric. Me responde de inmediato.

—Aria, hola, ¿pasa algo?

—Hola, Eric. Me ha llamado Steven. Sabe que te ayudé con el proyecto.

—¡Oh, vaya! ¿Se ha enfadado contigo?

—Bueno, un poco, pero se le pasará. Quiere que defendamos nosotros el proyecto con el cliente.

—¿Nosotros? ¿Tú y yo? —responde alterado.

—Eso es.

—¿Y qué es lo que tenemos que hacer?

—Exponerlo, básicamente. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Creo que no tenemos otro remedio, ¿me equivoco?

—Pues no. Mañana a las seis te espero en mi despacho para comenzar.

—¿Vendrás mañana a trabajar? —pregunta algo confundido.

—Sí. ¿Algún problema?

—Ninguno. ¿No quieres que me pase por tu casa esta tarde? Podríamos comenzar a ver algunas cosas.

Quizás sería buena idea de cara al proyecto, pero no sé si sería lo mejor para mí. Mi cabeza no deja de pensar en él desnudo, y tenerlo en mi casa no me ayudaría.

—No, mañana en el despacho a las seis. Prefiero comenzar pronto y dejar que hoy termines con el trabajo que te he asignado.

—Como quieras... —Noto algo de decepción en sus palabras. Como si él también quisiera algo más. ¿O son imaginaciones mías?

«Sin duda son imaginaciones tuyas, guapita».

—Que tengas un buen día, Eric. Hasta mañana.

—¿Hasta mañana? —me pregunta incrédulo.

—Sí. Hasta mañana. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Ya no quieres hablar más conmigo, ni por mensaje siquiera?

—No sé Eric, a lo mejor estás ocupado o llegas a casa cansado, quizás hayas quedado... No tengo ni idea de qué tienes planeado para hoy.

—Nada, absolutamente nada, ya te dije que mi vida es muy aburrida. Nadie me espera en casa, ni siquiera tengo un gato o una cobaya. Solo una hermana al otro lado del océano con la que charlar...

—Ya tienes a alguien...

—A veces ni eso, porque con sus hijos y su marido, la casa y el trabajo no puede ni dedicarme cinco minutos.

—Vaya, lo siento.

—Lo entiendo, ella tiene su vida y aunque sea su hermano, no siempre es posible...

—Claro, hay que entenderlo.

—Sí, pero aun así no dejo de echarla de menos.

—Es normal.

—Aria, perdona —dice de pronto, como si acabara de darse cuenta de algo—. Te estoy entreteniendo y malgastando mi tiempo de trabajo contándote mi triste y penosa vida.

—Tranquilo, son cinco minutos y trabajas mucho más de lo establecido.

—Gracias. Hasta mañana. Descansa. Si luego te apetece, llámame, ¿de acuerdo? Yo siempre estoy dispuesto para charlar contigo.

—Lo tendré en cuenta. Buen día, Eric.

Cuelgo el teléfono y suspiro. Claro que quiero hablar con él, pero es que cuanto más me acerco más sé que la estoy cagando, por eso quiero alejarme.

Paso todo el día pensando si debería o no hablar con él y al final opto por mandarle un mensaje a última hora de la tarde diciéndole que estoy cansada y que voy a acostarme, cuando lo que de verdad me apetece es hablar con él largo y tendido. Pero es por evitarlo.

Por la noche, me acuesto y hago verdaderos esfuerzos para quedarme dormida, pero no lo consigo y a la una de la madrugada aún estoy despierta. Maldigo porque tengo que despertarme a las cinco y voy a tener unas ojeras tremendas, pero no puedo evitarlo, no puedo dejar de pensar en él.

No sé a qué hora consigo quedarme dormida y cuando me suena el despertador casi lo estrello contra la pared. Me levanto pesarosa y me doy

una ducha rápida, con agua templada, porque no soy capaz de hacerlo con agua fría y así despertarme. Me preparo un café bien cargado que me tomo de inmediato y después, ya más animada, me visto. Me pongo algo formal y a la vez sexy. No sé por qué, pero hoy necesito estar rompedora. Me maquillo ligeramente y recojo mi pelo dejando unos mechones sueltos.

Me miro en el espejo y pese a que tengo ojeras me siento orgullosa del resultado. Lanzo un beso a mi imagen y sonrío. Hoy presiento que va a ser un buen día. Me aplico unas gotas de mi perfume favorito y salgo por la puerta. Tomo el taxi que ya me espera en la puerta. En veinte minutos ya estoy en la oficina, son las seis menos cinco. Veo luz en los cubículos de los empleados y sonrío. Este hombre siempre llega antes que yo. Deberíamos pagarle horas extras o darle un premio al empleado del mes...

Me acerco despacio, pero hoy el repiqueteo de mis tacones le alerta, se levanta de su sitio y se pone la americana.

—Buenos días, señorita Young. —Mis ojos se abren como platos al escucharle llamarme así. No esperaba para nada que volviera a llamarme por mi apellido.

—Buenos días, Eric —le sonrío—. Vayamos a mi despacho, por favor.

Me sigue a una distancia prudencial y suspiro, me gustaría conocer sus pensamientos en estos momentos, meterme en su mente y saber si observa mis movimientos mientras me sigue como haría yo si estuviera en su lugar. No obstante, mi cuerpo se contonea de manera exagerada, por si eso es lo que está haciendo ahora.

Llegamos al despacho, me siento en la mesa y coge una silla, si me ha observado, no le he provocado ningún pensamiento incómodo, pues no le veo alterado y maldigo en silencio.

Durante toda la mañana preparamos la presentación, le dejo que participe exponiendo sus ideas y defendiendo el trabajo que ha desempeñado. Se le da muy bien hablar para mí y lo hace con seguridad y convicción. Me quedo bastante asombrada, para qué negarlo, es como si tuviera un don de gentes.

Margaret se encarga de traernos café y también la comida. No disponemos de mucho tiempo, por lo que hemos decidido comer unos bocadillos.

A las ocho de la tarde, aún no hemos terminado. Todo el mundo se ha ido ya y yo estoy agotada, me duele un poco la cabeza.

—Tienes mala cara, Aria —me dice Eric.

—Estoy cansada y tengo el cuello un poco dolorido, creo que son tantas

horas en la misma posición. Pero debemos terminar, mañana la reunión es a las diez.

—Eso creo que puedo solucionarlo.

Se levanta de su silla, se coloca detrás de mí y comienza a masajearme el cuello y los hombros.

¡Dios, es maravilloso! Creo que hasta suelto un jadeo de lo que me está gustando. Me estoy relajando tanto que cierro los ojos por un momento ladeando la cabeza.

Eric sigue masajearme mis hombros, pero de pronto noto sus labios en mi cuello y creo estremecer. Ha sido solo un beso, pero ha encendido mi cuerpo y ahora parece un volcán en erupción. Y lo peor es que no sé qué hacer, si dejarle que siga o frenarlo. De nuevo otro beso ascendiendo hasta mi oreja mientras sus manos siguen masajearme mis hombros.

«¡Dios, Aria, piensa deprisa o se te va de las manos!».

Pero mi cabeza no reacciona, estoy nerviosa y excitada, sus manos son pura magia y sus besos... ¡joder! Sus labios son como fuego en mi piel. No puedo más...

—Eric... —susurro.

—Aria, te deseo... —me dice al oído con la voz cargada de sensualidad.

«¡Mierda! Y yo también le deseo, esto va a ser mi ruina, pero no puedo más».

Gira mi silla lentamente y me quedo mirándole, sus ojos están cargados de la misma avidez que vi el otro día en mi casa, el mismo deseo que ahora debo tener yo en los míos. Me levanto lentamente y tiro de su corbata. Le atraigo hacia mí, porque si algo tengo claro es que él va a seguir mis normas. En eso no voy a ceder. Nos quedamos pegados y cuando va a besarme se lo impido.

—Nada de besos... —Me mira extrañado.

—¿Por qué?

—Porque yo no beso a los hombres con los que me acuesto.

—Aria...

—No, Eric. Lo siento. Esto solo es sexo y que te quede clara una cosa: será solo una vez. Estas son mis normas.

—Pero...

—¿Estás de acuerdo? —le pregunto antes de continuar.

—Sí —me responde no muy convencido.

—Perfecto.

Desabrocho rápidamente los botones de su camisa, deshago el nudo de la corbata y beso su pecho. No tiene un cuerpo musculado, pero sí bien definido, como a mí me gusta. Él se encarga de bajar la cremallera de mi vestido y besa mis hombros desnudos, mientras voy desabrochando el cinturón de su pantalón. Nuestras manos buscan deshacerse de toda la ropa con rapidez, estamos excitados y queremos saciarnos con nuestros cuerpos. Una vez quitada la primera capa, Eric comienza a tocar mis pechos por encima de la ropa interior.

¡Dios! Creo que voy a estallar si sigue jugando a ese juego. Estoy semidesnuda, con las medias hasta los muslos, las braguitas y el sujetador, él solo con el bóxer y ya puedo vislumbrar su prominente erección. Poco a poco se deshace de mi ropa interior.

Besa mi escote y busca mis pechos que saborea con la lengua mientras mi mano se adentra en busca de su pene. Le acaricio lentamente con mi mano varias veces y jadea.

—Aria...

—¡Mmm! Creo que estás más que preparado para adentrarte en mí —le digo al notar que algunas gotas de su semen están en mis dedos.

—Aún no...

—Vaya, ¿quieres seguir jugando al tipo duro? —le pregunto de manera maliciosa. Sé que está al límite. Puedo seguir masturbándole y estoy segura de que no durará mucho más.

—Aria... —Vuelve a jadear al aumentar la intensidad de mis embestidas —, no juegues conmigo.

—Te quiero dentro de mí ya o seguiré —le ordeno.

Se baja el bóxer, le entrego un preservativo que cojo del cajón de mi escritorio y rasga el envoltorio mirándome desafiante. Sé que está enfadado. Creo que es la primera vez que una mujer le exige algo en el sexo, puedo notarlo y eso le molesta, pero en mi despacho, yo pongo las normas. Se pone el preservativo y le atraigo hacia mí, bajándome las braguitas.

—Ahora, Eric —le digo, cuando me apoyo en la mesa del escritorio.

Me penetra con fuerza, como si quisiera denotar que lleva el mando, pero no lo hace. Yo soy la que lleva el ritmo, en cuanto comienza a embestirme, le insto a que acelere, necesito más intensidad. Sus jadeos me excitan y cuando él sucumbe a la pasión, mi cuerpo convulsiona sintiendo uno de los mejores orgasmos de toda mi vida.

Pega su frente a la mía y deposita un suave beso en mis labios. No soy

consciente de ello hasta que separa sus labios.

—Bueno, al menos he conseguido un beso —dice con picardía mientras sale de mí y comienza a vestirse—, algo que imagino que otros no han logrado.

—Muy gracioso, lo has hecho a traición, cuando estaba baja de defensas...

Se encoge de hombros y entorna una sonrisa de canalla que hace que me olvide de enfadarme.

—Eric, lo que ha ocurrido debe quedar entre nosotros —le digo mientras recojo mis cosas y también empiezo a vestirme.

—Tranquila, mi vida sexual no la voy comentando con nadie, además yo no tengo amigos en la oficina, solo a ti.

—¿Crees que podemos seguir siendo amigos después de lo que ha pasado? —le pregunto un poco confusa.

—¿Por qué no? Tu misma has dicho que ha sido solo sexo.

—Sí, solo sexo —comento nada convencida.

—Pues ya está. Ahora creo que es mejor que nos vayamos a casa. Mañana podemos venir pronto y terminar. ¿No te parece?

—Sí, será lo mejor.

Terminamos de vestirnos, recogemos y nos vamos juntos hasta el ascensor. Al bajar a la calle, nos despedimos con un simple: «hasta mañana».

Cuando llego a casa estoy confundida. No sé qué es lo que me ha pasado, me he dejado llevar, ha sido una locura, la locura más grande que he cometido en toda mi vida, pero ha sido maravilloso y lo volvería a repetir sin pestañear.

Me doy una ducha y me acuesto pensando en que mañana tendré que volver a verlo y no sé cómo voy a afrontarlo. Pero eso será mañana, hoy estoy agotada y sin querer pensar más en ello, me tumbo en la cama y dejo que Morfeo se apodere de mis sueños.

Eric

Al montarme en la moto aún estoy alterado, cuando la besé ni siquiera pensé que iba a ceder a mi juego, aunque debo admitir que me ha molestado que fuera ella quién llevara las riendas de la situación y que haya dicho que no se repetirá, la experiencia ha sido la mejor de toda mi vida.

Conduzco como un loco hasta llegar a mi apartamento, pensando en cada caricia, en cada momento que he compartido y en el beso que le he robado. No entiendo por qué no me ha besado, ni comparte con nadie un beso. Sé que quizás es algo íntimo, pero los besos hacen que durante el acto puedas alcanzar la locura si se dan de la forma apropiada. La próxima vez intentaré que acepte, porque si algo tengo claro, es que habrá próxima vez.

Cuando llego a casa me meto en el cuarto de baño, necesito darme una ducha rápida y borrar los rastros de nuestro encuentro, muy a mi pesar. Cuando salgo, con la toalla anudada en la cintura, me dejo caer en la cama y no tardo mucho tiempo en quedarme dormido.

Capítulo 10

La alarma me devuelve a la realidad. He soñado con Eric, de nuevo un sueño erótico, mucho más caliente que lo que ayer protagonizamos en mi despacho, y debo reconocer que me he excitado solo con recordarlo. Me doy una ducha casi fría, sin ningún tipo de contacto, para bajar mi calentura.

Hoy me decanto por un traje de pantalón y chaqueta con una blusa. A las diez es la reunión con los japoneses y quiero causar buena impresión.

Tengo el estómago cerrado, por lo que no me tomo el habitual café de la mañana. Me maquillo y me dejo el pelo casi suelto. No es frecuente en mí, pero hoy no me apetece llevarlo recogido.

Salgo más temprano, tomo el taxi que ya me espera, y suspiro cuando entro por la puerta de nuestro edificio. Son las cinco y estoy segura de que Eric ya estará trabajando.

En el momento en el que el ascensor se para en la planta de la oficina comienzan a temblarme las piernas. Estoy nerviosa y aún no sé por qué. Tendría que ser como las otras veces, nunca me ha afectado enfrentarme a los becarios después de tener un escarceo con ellos, pero desde el primer momento he sabido que con Eric es diferente.

Para mi tranquilidad no hay nadie en la oficina y suelto el aire que llevo conteniendo en los pulmones desde que se han abierto las puertas. Me dirijo al despacho y cierro la puerta rápidamente.

Me siento en la silla y me tranquilizo, respirando profundamente unas cuantas veces. Enciendo el portátil y me centro en leer el correo hasta que, media hora después, dos toques en la puerta me ponen de inmediato en tensión.

—Adelante.

—Buenos días, señorita Young —saluda Eric, que hoy viene más guapo que nunca: se ha afeitado y peinado de manera diferente. El traje es distinto al que suele llevar, más formal, y se le ajusta perfectamente al cuerpo, negro y con una corbata a juego.

«¡Joder! Está para hacerle ahora mismo un favor», me dice mi conciencia, que no me ayuda a que baje el calor que ahora recorre mi cuerpo.

—Buenos días, Eric. Imagino que vienes para que repasemos los puntos más importantes de la reunión.

—Si le parece bien... —dice cordialmente.

Su actitud suave y complaciente me sorprende un poco, y a la vez me agrada.

—Siéntate. Termino de mandar un correo y ahora mismo nos ponemos.

Intento serenarme. Estoy muy excitada, verle tan atractivo, mirándome fijamente con descaro, me ha puesto a cien por hora.

Releo el correo que estaba redactando, tengo que hacerlo dos veces para centrarme. Siento su mirada fija en mí, lo que no me ayuda a concentrarme de nuevo. Al final desisto, lo haré más tarde.

—Ya estoy lista... —le digo—, pero antes necesito un café.

—Yo los traigo —se ofrece.

Sale del despacho y me abanico con unas hojas de papel que tengo encima de la mesa. Diría que estoy ardiendo y que me ha subido la fiebre, que lleva días sin aparecer.

«¡Madre mía! Necesito serenarme o va a darme un ataque al corazón». Entre Eric y los nervios de la reunión, hoy voy a necesitar de toda mi fuerza de voluntad para mantener el control.

Aprovecho para ir al lavabo de mi despacho y refrescarme, mojándome un poco el cuello y las muñecas. Una vez que he conseguido atemperarme un poco, regreso antes de que Eric vuelva al despacho. Suspiro profundamente y tomo el aire necesario para enfrentarme a lo guapo y sexy que está hoy.

—Café solo —me dice dejándolo encima de la mesa con una sonrisa pícara.

—Gracias, Eric.

Tomo el café y suspiro, está como a mí me gusta. Realmente lo necesitaba para entonarme un poco.

Tras este lapsus comenzamos a trabajar repasando los puntos más importantes a tratar.

A las ocho, Margaret aparece con otros dos cafés. Imagino que ayer nos vio trabajar juntos y ya sabía que hoy también lo haríamos. Se lo agradecemos y continuamos hasta las nueve y media, hora en la que llega Steven.

—Buenos días, ¿estáis preparados? —nos pregunta, entrando enérgicamente al despacho.

—Buenos días, Steven. Por supuesto —contesto no muy convencida.

—Me alegro. Pues nos vamos.

Los dos le seguimos hasta el garaje y nos montamos en el coche. Eric me

deja ir delante y él se sienta en la parte de atrás. El silencio se cierne sobre nosotros durante casi todo el trayecto.

—Eric, empezará tú a exponer el proyecto —dice de pronto Steven.

—No sé si es lo más acertado, creo que lo normal es que la señorita Young comience.

—¿Señorita Young? —pregunta Steven un poco descolocado—. Pensé que después de estar en tu casa, la llamarías Aria.

Steven me mira, un poco desconcertado.

—Steven, yo no dejo a nadie que me llame por mi nombre en la oficina, lo sabes perfectamente. Solo Margaret y tú tenéis ese privilegio, a ti no te lo puedo imponer porque tampoco me harías caso y Margaret es más que mi secretaria...

—¡Perfecto! No digo nada. En lo relacionado con la reunión, Aria, ¿tienes alguna objeción?

—Ninguna, me parece bien que empiece Eric. Él ha desarrollado casi todo el proyecto, creo que tiene todo el derecho a llevarse el mérito...

—Gracias —responde tímidamente.

—Pues no se hable más.

Llegamos a unas lujosas oficinas, imagino que serán de los clientes. Tras esperar unos minutos, una guapísima y joven japonesa nos acompaña a una gran sala de reuniones.

—¿Nerviosa? —me pregunta Steven, que me conoce perfectamente y sabe que cuando froto mis manos varias veces es porque realmente lo estoy.

—Un poco.

—Saldrá bien, Aria...

—No quiero volver a cagarla.

—Lo haréis bien. Confía en tu chico, creo que tiene mucho potencial.

—Gracias.

Los japoneses, tres hombres de trajes elegantes, aparecen. Saludan a Steven y tras las presentaciones, nos sentamos para comenzar la exposición.

Eric toma aire y yo asiento con la cabeza para darle las fuerzas necesarias. Él comienza hablándoles de los cambios, de todo lo que hemos mejorado el proyecto. Se expresa con desenvoltura y seguridad, parece que maneja a la perfección el lenguaje corporativo y es capaz de recordar a la perfección los nombres de los extranjeros, a los que trata con exquisito respeto. Ellos hacen alguna pregunta, Steven y yo tenemos que intervenir en alguna ocasión, pero es Eric quien lleva todo el peso de la exposición hasta el

final, momento en el que yo explico varios procedimientos más avanzados y Steven da su alegato concluyente. Los japoneses aceptan el proyecto, encantados por nuestros cambios y mejoras.

Al salir de la reunión, Steven está de tan buen humor que decide invitarnos a comer.

—Habéis hecho un trabajo estupendo, chicos. Los dos —dice palmeándonos la espalda—. Ahora comamos, yo invito. Eric, debo admitir que eres un gran fichaje para esta empresa, no sé qué pensará Aria al respecto, pero creo que tienes un gran futuro con nosotros.

Se me para el corazón en esos momentos. No sé si quiero que Eric se quede con nosotros más del tiempo establecido después de lo que sucedió ayer, ya tengo que lidiar más de cinco meses a su lado como para tener que seguir pensando en tenerle durante el resto de mi vida a mi lado.

—Todo a su debido tiempo, aún le queda mucho rodaje —expongo con una sonrisa fingida.

—Aria, tú siempre tan dura... Tienes que reconocer que tiene mucho talento. Pero tranquila, tú eres mi chica y no te preocupes, no te va a hacer sombra... —concluye agarrándome del hombro al salir del ascensor de las oficinas de los clientes.

Nos lleva a uno de sus restaurantes favoritos. La comida es cordial, charlamos de trabajo y noto a Eric un poco distante, imagino que será por mis palabras. No pretendía herirle, la verdad es que lo he dicho de manera egoísta, porque lo cierto es que tiene un gran futuro. Es un buen trabajador que se merece lo mejor.

Finalizada la comida, Steven nos lleva a la oficina. Antes de irse, se encierra en mi despacho conmigo y me enfrenta, serio.

—¿Qué te pasa, Aria?

—Nada...

—No entiendo, ese chico tiene un gran talento. No sé a qué ha venido tu comentario. Es más, si durante este mes el chico sigue avanzando, creo que deberíamos cambiarle el contrato antes de que decida marcharse. Tiene un gran potencial y no podemos dejarlo escapar...

—No sé, Steven, ya sabes cuál es la política con los becarios.

—Claro que lo sé, pero porque nunca hemos tenido ninguno tan eficiente como él, o al menos tú nunca me lo has dicho. Eric es muy bueno y lleva tan solo dos semanas en esta empresa, imagínate lo que podría hacer cuando lleve un año. —Se detiene, escrutándome con la mirada—. ¿Tienes miedo de

que pueda hacerte sombra? ¿Es eso, Aria?

—No, por supuesto que no —replico bruscamente.

—¿Entonces? ¿Qué pasa, Aria? Porque el otro día te pareció mal que te dijera que te alejaras de él y ahora no entiendo por qué no defiendes a tu amigo...

—No es nada, es solo que no quiero equivocarme de nuevo... —le digo sin saber qué contestarle.

—Confía en mí, tiene un talento innato.

—Está bien, confiaré en ti.

—Estoy seguro de que no nos vamos a equivocar. Me voy, tengo trabajo. Hablamos, Aria.

—Adiós, Steven. Que tengas un buen día.

Steven se marcha y suspiro, confundida. Al final tengo que lidiar con ello, ha sido sexo y ya está. Mucha gente se acuesta con compañeros de trabajo. Paso la tarde sumergida en mis cosas pendientes, intentando no pensar en Eric, hasta que Margaret me avisa de que se marcha.

—Cielo, me voy. La niña está peor. ¿Tú estás mejor?

—Sí, tranquila. Espero que se mejore tu hija.

—Ya sabes, los niños siempre están malos. Hablamos...

—Hasta mañana, Margaret.

Se marcha y me centro en todo el trabajo que tengo atrasado sin darme cuenta de la hora que es. A las nueve y media, alguien llama a mi despacho. Pensaba que a estas horas no habría nadie trabajando.

—Adelante.

Es Eric. Imagino que ya se va.

—Hola, Señorita Young.

—¿Qué haces aquí todavía? Pensé que ya te habrías ido.

—Quería terminar unas cosas y tenía una duda...

—Eric, vete a casa. Mañana lo vemos —digo volviendo la atención a la pantalla del ordenador.

—Solo será un minuto.

—Está bien, y después te vas.

Asiente. Me levanto de la silla y cuando llego a su altura, me agarra de la cintura, me atrae hacia él y me besa con pasión. Ni siquiera tengo tiempo de reacción y le dejo hacer, abro mi boca y dejo que su lengua marque el ritmo, sintiendo cómo mi cuerpo se estremece. Jamás nadie en toda mi vida me había hecho sentir tanto con un solo beso. Estoy totalmente rendida a su

poder, y eso me aterra. Intento zafarme de sus brazos, que me sujetan fuertemente, liberarme de ese beso que me está matando, hasta que al final lo consigo.

—Eric, ¿qué coño estás haciendo? —digo empujándolo para separarme de él.

Le brillan los ojos y sonrío de medio lado con una expresión tan seductora que siento la tentación de desnudarle ahí mismo.

—Vaya, si también sabes decir palabrotas... —ronronea.

—¡Serás capullo!

—Te dije que conseguiría mi beso —comenta con chulería.

«¡Joder! El beso y dejarme más excitada que una mona en celo».

—Eric, no sé qué es lo que pretendes, pero te dije que no volveríamos a tener sexo.

—¿Por qué? Lo estás deseando, Aria. He notado cómo todo tu cuerpo estaba tenso con ese beso. Estoy seguro de que, si vuelvo a besarte, conseguiré que te rindas a mí.

—Será mejor que te vayas —le digo intentando serenarme.

Vuelve a cogerme de la cintura y a atraerme hacia él. Estoy perdida, lo sé. Intento zafarme, apartar el rostro, pero realmente es lo que deseo en ese momento.

—Aria... —susurra y besa mi cuello como el día anterior. De nuevo me rindo a ello. Mi cuerpo tiembla entre sus brazos y mi tanga creo que se ha desintegrado ya de tanta excitación.

Ahora soy yo la que le besa. No me gusta besar a un hombre, pero Eric es diferente y ha roto mi norma. Ahora ya me da igual, necesito devorarlo. Adentro mi lengua y lucho contra la suya intentando llevar el control.

—Lo haremos a mi manera, Eric —digo al separarme para tomar aire.

—¡Joder, Aria! —se queja él.

—Es mi despacho, yo pongo las normas.

—Otra vez igual... —suspira exasperado.

—¿Lo tomas o lo dejas?

—Lo tomo —contesta resignado.

Le acerco a la mesa, quito el portátil, retiro el resto de cosas sin mucho cuidado y hago que se siente. Me deshago de sus pantalones y el bóxer, besando su erección. Noto cómo tiembla. Meto su miembro en mi boca y él jadea. Poco a poco voy devorando su pene. Él echa la cabeza hacia atrás, sé que está a punto de llegar al orgasmo, unas gotas de semen me lo han

indicado. Paso la lengua, lamiéndolas, y continúo con mi tarea.

—Aria... —jadea.

Pero yo continúo. Quiero que alcance la gloria, porque luego deseo que sea él quien me la dé a mí: *quid pro quo*. Su cuerpo se tensa hasta que el orgasmo le sobreviene, derramándose dentro de mi boca. Trago hasta la última gota de su salado sabor y me levanto para besarlo.

—Es mi turno... —le digo.

Él sabe lo que quiero. De inmediato, se deshace de mis pantalones y mi ropa interior, abre mis muslos y con pequeños besos desciende hasta mi sexo. Estoy muy excitada. Creo que lo sabe, porque me mira y sonrío.

Al llegar al punto en el que mis muslos se unen, besa mi clítoris e introduce su lengua en mi vagina a la vez que un dedo, dibujando pequeños círculos. Siento que todo mi cuerpo se estremece solo con sus embestidas, no creo que pueda aguantar mucho más. Acelera sus acometidas y todas mis terminaciones nerviosas se activan hasta que un demoledor orgasmo recorre mi cuerpo de principio a fin. Eric succiona todos mis fluidos y cuando termina rasga el envoltorio de un preservativo, que ni siquiera sé de dónde ha salido, y se lo coloca en su enhiesto pene, penetrándome despacio.

Aún no me he recuperado del primer orgasmo cuando ya se está fraguando uno casi mejor que el anterior. Sus embestidas aumentan, mi cuerpo convulsiona. Me besa con pasión, devorando mi boca. De nuevo nuestros cuerpos se pierden en la pasión hasta que ambos sucumbimos al clímax.

Tumbada en la mesa de mi despacho, con la respiración aún agitada, me doy cuenta de que estoy en problemas. Él me acaricia la mejilla. Ese simple gesto me hace estremecer. No quiero que sea tierno conmigo. Solo quiero sexo. Este juego se volverá peligroso si me salto mis propias normas, y hoy ya las he ignorado demasiado.

—Será mejor que nos vistamos —le digo reaccionando a esa caricia.

—Sí, es tarde —responde un poco confundido.

Los dos nos vestimos en silencio. Recogemos el despacho y salimos juntos hasta el ascensor. Bajamos en silencio hasta el hall del edificio.

—¿Quieres que te acompañe a casa? Hoy no he traído la moto, como teníamos la reunión no quería que el traje se me arrugara demasiado.

—Gracias, Eric. Será mejor que descanses... —le respondo aún un poco confundida con todo lo que ha pasado.

—Espera, no te despidas así. Tenemos que hablar... —me dice,

queriendo de nuevo acariciar mi mejilla, gesto que yo rechazo.

—Buenos noches, Eric.

Él espera unos momentos hasta que se da cuenta de que voy en serio.

—Buenas noches, Aria —dice entonces, y se da la vuelta para marcharse.

Mientras le sigo con la mirada, y puedo ver su cuerpo tenso, como si estuviera enfadado. Pero yo ahora mismo no quiero hablar, no puedo hablar. No sé por qué he vuelto a sucumbir al deseo de estar con él. No debería haberlo hecho, ¡joder!

«Pero lo has hecho y has disfrutado aún más que la primera vez, no puedes negarlo».

No, no puedo negarlo porque me mentiría a mí misma. Eric me hace sentir especial, no solo con el sexo, que es fantástico. Sus caricias, su forma de mirarme, de tratarme... No quiero sentir nada por él, pero no puedo evitarlo, y eso me está volviendo loca.

Cojo un taxi y suspiro nerviosa. Aún me tiemblan las piernas a causa de lo que hemos compartido y por sus palabras, que resuenan en mi cabeza: «Tenemos que hablar...»

¿Qué es lo que quiere hablar? ¿Acaso quiere algo más? ¿Estoy preparada para algo más? Sería una verdadera locura. Además, si Steven se enterase estoy segura de que echaría fuego por la boca, de eso no me cabe ninguna duda. Lo mejor es poner tierra de por medio. Este fin de semana iré a Washington a ver a mis padres y así evitaré verlo, será lo mejor. Está decidido. Voy a organizarlo, me tomaré la tarde de mañana libre, me relajaré y el sábado me iré.

Llego a casa, lo preparo todo y me tumbo en la cama, pero el recuerdo de sus manos, sus caricias, sus besos, no deja de asediarme, diciéndome constantemente que es el mejor amante que he tenido en toda mi vida. Durante horas, mi mente no deja de repetirme que debo enfrentarme a él.

Eric

De nuevo vuelve a huir de mí. Me molesta que después del sexo ponga una barrera casi infranqueable entre los dos. Le he acariciado la mejilla y ese solo gesto ha hecho que se vuelva la reina de hielo. ¡Joder! parece que tiene doble personalidad. Tan ardiente y fogosa en el sexo y tan fría cuando vuelve a su ser. No sé qué es lo que le ha podido pasar con los hombres, pero estoy

seguro de que han tenido que hacerle mucho daño para que siempre quiera ser quien dirija la relación, además de actuar con esa frialdad.

Al menos he conseguido besarla y ella me ha besado a mí... No puedo creerlo, ¡y qué beso! Creí que me moría, jamás me he excitado tanto con un solo beso.

Regreso a casa, estoy tentado de escribirle o llamarla, pero estoy seguro de que no va a contestar a ninguna de las dos cosas, así que llamo a Em.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —me pregunta mi hermana.

—Hola. Bueno... confundido, pero feliz.

—Vaya, ¿tiene que ver con la «reina de hielo»? —me pregunta con ironía. Le he contado todo sobre ella, incluso lo de su mote, y a ella le pareció gracioso. Conoce de sobra a Elsa, la princesa Disney.

—En efecto —admito sin molestarme en disimular.

—Intuyo que has avanzado un poco.

—Algo, sí, aunque a veces me confunde. —Atravieso el pasillo en dirección a mi habitación y me paso la mano por el pelo—. No sé qué es lo que quiere... o quizá lo sé mejor que ella misma, pero no hay mucho que pueda hacer al respecto.

—Poco a poco, cariño. Las mujeres somos complicadas. Pero no desistas, ¿vale?

—Gracias, hermanita.

—De nada, cariño. Tengo que dejarte, hoy tengo bastante lío.

—Tranquila, Em. Un beso, te quiero.

—Y yo a ti, siempre.

Cuelgo el teléfono y me siento en la cama. Estoy feliz, aunque no le he dicho a mi hermana que me he acostado con ella y lo que en realidad ha pasado después de hacerlo. En verdad estoy un poco confundido y creo que Aria también lo está.

Los dos comenzamos a sentir cosas y quizás ella no esté preparada para afrontar sus sentimientos. Yo sí lo estoy, porque desde que la conozco quiero vivir, necesito vivir. Antes mi vida no era una vida, ahora sé que lo es. Me ha salvado de mí.

Capítulo 11

Hoy es viernes. Generalmente los viernes trabajo como cualquier día, pero hoy solo voy a trabajar hasta las tres. He quedado para comer con Margaret y luego ella se irá, también voy a darle la tarde libre a ella, ya que su hija sigue enferma.

El día transcurre con total normalidad, o casi. Lo cierto es que Eric y yo nos hemos evitado. Bueno, en realidad he sido yo la que le ha evitado a él casi todo el tiempo, acudiendo a trabajar a la hora normal y quedándome en la oficina con Margaret.

A las dos y media decido poner fin a mi jornada y también a la de mi amiga, que parece agotada.

—Margaret, recoge. Nos vamos —le digo tajante.

—¿Ya? Aún no son las tres... —comenta sorprendida.

—Tengo hambre, tengo mucho que contarte y quiero que te vayas a casa temprano para que estés con tu hija.

Ella sonrío.

—Gracias, cielo. Dame solo cinco minutos más para que termine una cosa.

Eric aparece en esos momentos.

—¿Os vais?

—Sí, nos vamos a comer y nos tomamos la tarde libre. Tengo algunas cosas que hacer.

—Ah. Claro. Pasadlo bien —comenta un poco contrariado.

—Gracias, buen fin de semana, Eric —le digo sin añadir nada más, porque Margaret está delante.

—Igualmente, señorita Young. Margaret...

—Cielo, disfruta y no trabajes mucho. A lo mejor tendrías que hacer como nosotras y tomarte la tarde libre. ¿Verdad, Aria?

—Claro, Eric. Puedes tomarte la tarde libre —respondo con una sonrisa forzada.

Él me mira, extrañado.

—No creo, pero lo pensaré. Gracias.

Margaret y yo salimos con destino a una cafetería cercana a la oficina que es donde solemos comer juntas de vez en cuando. He reservado nuestra

mesa de siempre, en un lugar apartado, para poder hablar con tranquilidad.

Nos sentamos y en cuanto lo hacemos, Margaret me hace su especial escrutinio.

—Te has acostado con Eric, ¿verdad?

«Directa al grano, como siempre».

—Margaret, ¿por quién me tomas? —digo intentando fingir.

—Aria, que nos conocemos... ¿es cierto?

—Sí. Es cierto, pero solo han sido dos veces.

—¿Dos veces? ¡Si tú no repites! —pregunta asombrada.

—No, pero no sé qué me ha pasado con él...

—Te he visto nerviosa desde ayer. Vuestra forma de miraros y cómo le has evitado hace un momento... No soy tonta, Aria. Te conozco perfectamente y hoy, cuando se ha acercado a nosotras, te he visto dudar. Querías huir —dice analítica, señalándome con el tenedor—. No entendía muy bien lo que había entre vosotros hasta ahora, pero ya sé lo que te pasa: te gusta, Aria.

Niego con la cabeza, no muy convencida.

—Estoy confundida... Me hace sentir cosas que... nunca había sentido. Y el sexo es... —hago una pausa—, es fantástico, Margaret. Nunca me había sentido tan viva.

—¿Y de qué tienes miedo?

—No quiero enamorarme de él.

—¿Por qué, Aria?

—Lo sabes perfectamente.

—No tiene por qué suceder lo mismo que con Taylor —me dice ella, muy agitada—. Eric es un buen chico. Debes darte una oportunidad.

—Pero ni siquiera lo conozco —replico, buscando excusas.

—Pues esfuérate y conócelo. Aria, la vida solo se vive una vez y ya es hora de que sientes la cabeza y dejes de hacer locuras, como ir a ese club y tirarte a los becarios. Tienes ya una edad...

Frunzo el ceño, algo molesta. No me gusta que todo el mundo me juzgue y se meta en mi vida, cuando no es Margaret es Steven.

—No quiero sufrir. Estoy harta de sufrir. Los hombres no son de fiar.

—No todos los hombres son iguales. Lo que pasa es que tienes una visión muy negativa de ellos porque alguien engañó a tu padre y porque un capullo te hizo mucho daño, pero hay muchos hombres buenos. Steven es un gran hombre, te ha ayudado muchísimo, te dio un trabajo y vela por ti. Mi

marido es un bendito. Eric...

—A Eric no le incluyas, no le conocemos.

Ella hace un gesto con la mano, como si eso no importara nada.

—Es un hombre muy trabajador y creo que le gustas. Mucho.

—¿Y eso cómo lo sabes? —inquiero suspicaz.

—Esas cosas se notan.

—Eres increíble, Margaret.

—Lo soy, créeme. Ahora comamos, y hazme caso, soy tu amiga y casi una madre para ti, así que, por favor, por una vez en tu vida, déjate llevar por lo que te dicta el corazón.

—Lo intentaré.

—Al menos no es una negativa —sonríe—. ¡Me doy por satisfecha!

Sonrío y comemos hablando de su familia, del fin de semana y de Eric. Le cuento todo lo que ha sucedido entre nosotros con más detalle, obviando, claro está, las escenas más tórridas. Después de la comida nos despedimos y cojo un taxi para irme a casa. A las cinco tengo un masaje a domicilio. Lo necesito para relajarme.

Me doy una ducha y me depilo de nuevo. Aunque el masajista es gay, no me gusta que nadie pueda tocar mi cuerpo y encuentre ningún pelo. Soy muy meticulosa y me preparo para mi masaje. Me pongo una bata, algo cómodo para después podérmelo quitar con facilidad. A las cinco de la tarde, Marc hace su aparición. Me da dos sonoros besos y sube al dormitorio, extiende la camilla y me tumbo. Durante media hora siento sus manos en todo mi cuerpo. Es pura gloria, aunque mi cabeza piensa en Eric, en cómo me encantaría que fuera él quien me tocara. Quizás no de esa forma, pues el masaje es muy duro en algunos aspectos para descontracturar algunas partes de mi cuerpo, pero sí es verdad que, provista solo de un tanga, cuando Marc roza mis glúteos me encantaría que fuera Eric quien los tocara.

«Lo mío es obsesión pura y dura».

En ese momento, mientras estoy pensando en Eric al tiempo que Marc masajea mi cuerpo, el sonido del timbre me sobresalta. No sé quién diablos puede ser.

—Cielo, ¿quieres que baje yo a abrir? —me pregunta Marc.

—No, tranquilo, bajo yo.

Cojo la bata y me incorporo. Bajo de inmediato, sintiéndome como aturdida a causa del masaje, y cuando abro me encuentro a Eric.

—Eric... ¿qué haces aquí? —le pregunto confusa.

—Al final he decidido cogermela tarde libre. Quizás te apetecía que habláramos...

—Ahora estoy ocupada.

Mi bata, que me llega por debajo de las nalgas y he cerrado deprisa, deja al descubierto parte de mi escote. Se puede observar que no llevo nada debajo y, para colmo, Marc grita desde arriba:

—Cielo, ¿te queda mucho? A las seis tengo otra clienta, esto se queda frío.

Mis ojos se abren como platos y también los de Eric. Antes de que pueda reaccionar, él se tensa y da un paso atrás.

—¡Joder! Creo que he venido en mal momento, no quería interrumpir nada. Adiós, Aria.

—¡Eric, espera! —le grito. Pero se ha marchado corriendo. Creo que está enfadado, y no le culpo. Cualquiera pensaría lo que no es.

«La cosa no podía haber sido más inoportuna y violenta».

Subo rápidamente, ya no tengo ganas de terminar mi masaje. Solo quiero hablar con Eric, para que no piense que esto es otra cosa.

—Gracias, Marc. Puedes irte, ten tu dinero.

—Cielo, pero si no he acabado. ¿Ha pasado algo?

—No, cariño, pero me ha surgido un imprevisto.

—Vaya, lo siento. La próxima vez te lo compensaré.

—Gracias.

Marc recoge y yo me visto. En cuanto se va cojo el teléfono y llamo a Eric, pero tiene el móvil apagado. Vuelvo a marcar una y otra vez hasta que después de diez intentos, decido dejarle un mensaje de voz. Pulso el botón y empiezo a hablar, alterada:

—Hola, Eric... Mira, no sé qué has pensado o qué has creído que estaba haciendo... y aunque no tendría que darte ninguna explicación, quiero que sepas que solo estaba recibiendo un masaje descontracturante. Me gustaría hablar contigo, pero mañana me voy a Washington a ver a mis padres y regresaré el domingo. Si te apetece venir esta noche a casa, no tendré ningún problema en vernos para hablar. Siento el malentendido y... todo eso.

Cuelgo el teléfono, exhalando un suspiro, y comienzo a hacer la maleta. Estoy enfadada y no sé por qué. Si porque Eric haya huido, porque me haya encontrado de esa forma o porque haya pensado que estaba con alguien. Es verdad que voy al club, pero él no lo sabe. Y no tiene por qué saberlo jamás.

Además, yo nunca traería a mi casa a un hombre para acostarme con él.

Tardo casi dos horas eligiendo lo que me voy a llevar para un par de días. Ni siquiera sé por qué he tardado tanto en hacer una maleta tan pequeña.

«Aria, no te mientas, has tardado tanto tiempo porque estás enfadada y no dejas de pensar en él».

«Vale, está bien, maldita conciencia. Tienes razón, pero él ha sido injusto conmigo, ni siquiera me ha dado tiempo a explicarme, me ha juzgado y ya está».

«Lo sé, cariño. No tienes que martirizarte, solo desconecta un poco o las dos vamos a hacer estallar esta cabeza».

Qué razón tiene. Estoy tan ofuscada que no pienso, no razono. Dejo la maleta en el suelo, ya está hecha y además mañana salgo a las diez. Tengo puesto el despertador a las siete, por lo que tengo tiempo para preparar el neceser e irme al aeropuerto. Me tumbo en la cama. Por última vez, compruebo si en el programa de mensajería está conectado, pero no lo está. Estoy enfadada, enervada y cansada. No puedo luchar contra esto, hoy no. Sin cenar nada, me quedo dormida. Mañana será otro día.

A las siete de la mañana, mi despertador me avisa de que es sábado. Miro instintivamente el teléfono y no hay señal de Eric. Me conecto de nuevo al programa, pero no, él no está activo. Maldigo en silencio. Le mando un mensaje, esta vez escrito.

Buenos días, Eric. Solo quiero saber si estás bien, en unas horas cojo el avión para Washington. Si te apetece, podíamos tomar un café en el aeropuerto. A las diez embarco. Adiós.

No quiero irme sin hablar con él. Sé que va a ser un día, pero quiero verlo. Preparo el neceser, después el desayuno y durante el resto de la mañana compruebo como una loca compulsiva el móvil, pero no hay noticias de Eric.

Tomo un taxi y me voy al aeropuerto. A la hora de embarque suspiro, enfadada. Me habría gustado verlo, aclarar el malentendido, pero parece que no quiere saber nada de mí, así que lo mejor es desconectar el fin de semana y olvidarme de Eric por el momento.

Al llegar a Washington tomo un taxi para que me lleve a la casa de mis padres y miles de recuerdos se agolpan sin querer en mi mente, muchos buenos, pero otros malos.

Mi padre perdió su empresa cuando yo tenía catorce años. Después no hemos vivido mal, pero nada fue lo mismo. Mi padre no encontró trabajo y tuvimos que vivir del sueldo de maestra de mi madre. Conseguí una beca para estudiar y gracias a Steven logré un puesto de trabajo en la empresa en la que conocí a Taylor. Comenzamos a salir y las cosas nos iban muy bien. Nos mudamos juntos a un pequeño apartamento en el centro de la ciudad. Allí compartimos muy buenos momentos. Cuando a Taylor le ascendieron a director, decidimos comprarnos una casa más grande. Yo por aquel entonces solo era secretaria, su secretaria, para ser más exacta. Taylor siempre me hizo ver quién mandaba en el trabajo y también en casa. Creo que de ahí mis grandes complejos, miedos e inseguridades en muchos aspectos.

Pero la relación iba bien, o eso pensaba yo, hasta que un día encontré a Taylor en el despacho magreándose con una compañera de trabajo. Solo fueron unos besos y algunas caricias, pero fue el primero de sus deslices. A ese le siguieron otros que yo no quise ver hasta que me abandonó por Hillary. Entonces ya no pude más. Dejé la empresa y abandoné Washington para venirme a Nueva York, donde gracias a Steven conseguí mi trabajo actual.

Al llegar a casa de mis padres, el taxi se detiene. Bajo y suspiro. Hacía unos cuantos meses que no venía, precisamente porque cada vez que lo hago, todos los recuerdos me invaden y después me paso días sin dormir.

Llamo al timbre y mi madre me recibe con un tierno abrazo.

—Cariño, estás más delgada —me dice en cuanto nos separamos.

—Mamá, siempre estás con lo mismo. Estoy igual.

—No, estás más delgada —me recrimina.

—Será porque esta semana he estado enferma. Pero ya estoy bien.

—¿Y cómo no me has dicho nada?

—Porque no quería preocuparte, ha sido una simple infección. Nada grave. ¿Cómo está papá?

—Como siempre. Ahora está acostado.

Mi padre sufrió un ictus hace un par de años. El ataque le dejó paralizado la mitad del cuerpo. Ahora mismo tiene que estar en una silla de ruedas y pese a que hace ejercicio diario con una fisioterapeuta, no ha conseguido recuperar la movilidad de la pierna y el brazo izquierdo.

—Lo veré después. Y tú, mamá, ¿qué tal los niños?

—Ya sabes, hija, dan mucho trabajo, pero también muchas satisfacciones, aunque debo reconocer que estoy deseando jubilarme y pasar más tiempo con tu padre.

—Lo sé, mamá. Bueno, ya solo te quedan dos años —comento sonriendo.

Entramos al salón y me siento junto a ella en el mismo sofá de siempre. El olor de mi casa, de mi madre, y los recuerdos me llenan de nostalgia y me siento segura.

—Sí, solo dos años, pero se me están haciendo eternos. Bueno, cuéntame, cielo, ¿algún hombre en tu vida?

—Mamá, siempre estás igual... No hay ningún hombre —le digo un poco irritada.

—Taylor estuvo hace un mes aquí, quería saber de ti.

Adiós a mi sensación de seguridad.

—¡Será capullo! Ha estado llamándome un tiempo. Pero le he bloqueado. Quería volver conmigo.

—Tu padre casi lo mata. Si hubiera podido se habría levantado de la silla... Pero le dijo que no volviera a aparecer por aquí o haría lo que fuera para deshacerse de él.

—¡Ese es mi padre! —digo orgullosa.

—¿He oído hablar de mí? —pregunta mi padre apareciendo en el salón.

—¡Papá! —le digo cuando veo que se acerca.

Me agacho y le abrazo. Tiene buen aspecto, a pesar de todo, y le brillan los ojos al verme. Mamá también parece feliz y eso me consuela.

—Cariño, ¿hace mucho que has llegado?

—No, ni media hora. Pero mamá me dijo que estabas descansando, ¿cómo estás?

—Bien, ahora que te veo. Siempre tan guapa... Te he echado de menos.

—Y yo a vosotros —digo abrazándoles otra vez con emoción.

Pasamos el día paseando por los alrededores de la casa. Tengo la necesidad de escribir a Eric, pero estoy tan enfadada que decido que, si él no me ha respondido y no quiere hacerlo, yo tampoco le voy a volver a escribir. Voy a disfrutar de mis padres, porque son lo que más quiero en esta vida, aunque a veces se me olvida.

El sábado pasa muy deprisa y el domingo, después de comer, tengo que regresar. Estar al lado de mis padres ha sido como una cura para mi corazón, ellos me llenan de energía, me dan tanto cariño que sé que a veces no soy lo suficientemente justa con ellos. Debería venir más a menudo a visitarles.

—Prometo venir antes —digo en la puerta.

—Siempre dices lo mismo, cariño, y luego pasan meses.

—Lo sé, pero el trabajo me tiene absorta.

—Hablaré con Steven, te tiene esclavizada —dice mi padre un poco molesto.

—No es Steven, soy yo, que me exijo demasiado.

—Pues no lo hagas y busca un hombre para disfrutar. La vida pasa muy deprisa —me recrimina mi madre.

—Lo intentaré.

Vuelvo a abrazarles mientras el taxi espera en la puerta. Meto la maleta y de nuevo me despido de ellos.

En el trayecto hasta el aeropuerto no puedo evitar pensar en Eric. No ha leído el mensaje, no está conectado y estoy un poco preocupada. Le llamo y tiene el teléfono apagado. Quizás ha decidido apagarlo todo el fin de semana.

«O quizás se lo esté montando con un harén de mujeres y no tenga tiempo de atenderte».

«Tú sí que sabes cómo animarme», le recrimino a mi conciencia. Ella siempre tan positiva y dando donde más me duele.

«Bueno, solo era una posibilidad».

Decido obviarla, no me hace bien. Solo espero que no le haya pasado nada malo. ¿Y si ha tenido un accidente con la moto y está en el hospital? Hasta este momento no se me había pasado por la cabeza, pero ¿y si después de lo del viernes salió deprisa de mi casa, no vio alguna señal y algún coche le embistió? Decido llamar a un amigo de Steven que es policía.

—Aria, ¡cuánto tiempo! —me dice al contestar al teléfono.

—Clark, hola. Sí, necesito un pequeño favor, pero sin que se entere Steven.

—Vaya... ¿De qué se trata?

—Tengo un amigo. No sé nada de él desde el viernes y la verdad es que no sé si es que ha querido desconectar todo el fin de semana o le ha pasado algo. Estoy un poco preocupada.

—Está bien, dime el nombre y veré qué puedo hacer.

—Gracias, Clark. Se llama Eric Scott.

—Es un nombre bastante común, pero veré lo que puedo hacer. En cuanto pueda te digo algo, Aria.

—Gracias, Clark.

—De nada, Aria. Eso sí, esto se merece una cena.

—Siempre tan zalamero. Tú y yo no tenemos futuro y lo sabes... además no sé qué opinaría tu mujer de todo esto... —le digo con retintín.

—¡Vaya! Bueno, unas entradas para los Yankees como las que Steven consigue, entonces.

—¡Hecho!

Tendré que rogarle a Steven, pero necesito saber que Eric está bien, solo por eso no me importa tener que suplicarle.

—Ahora voy a coger un vuelo de Washington a Nueva York, lo digo por si no te respondo.

—Tranquila, si ves alguna llamada mía, me la devuelves después.

—Perfecto.

Cuelgo el teléfono y ya en el aeropuerto espero tomando un café. Vuelvo a llamar a Eric, pero sigue teniéndolo apagado y ya es la hora de embarcar así que tengo que esperar una hora y media hasta que aterrice para saber algo de Clark y su investigación.

Capítulo 12

Ha sido la hora y media más larga de toda mi vida. Jamás un vuelo se me ha hecho tan angustioso. Cuando llego, lo primero que hago es desactivar el modo avión de mi teléfono y me llega una llamada perdida. Suspiro, esperando que sea de Eric, pero se trata de Clark. De inmediato le llamo.

—Hola, Clark. ¿Tienes algo?

—Hola, Aria, no tengo nada. Al menos no está en hospitales, en la morgue, ni ha sido detenido. Eso quiere decir que tu amigo ha querido desconectar o que le han robado el móvil, lo ha perdido o algo por el estilo. Eso a veces también pasa. Ahora mismo nadie se sabe ya los teléfonos de memoria.

—Claro, eso no lo había pensado —le digo.

—Espero mis entradas, Aria, yo he cumplido mi parte del trato.

—Las tendrás, Clark. Gracias por todo.

Cuelgo el teléfono un poco más relajada. No creo que haya perdido el teléfono, la verdad. Definitivamente, ha pasado de mí. Si pierdes el teléfono y compras otro, los mensajes te llegan igual... Así que tengo que asumir que me está ignorando. «Bueno, al menos no le ha pasado nada». Eso me alivia.

Llego a casa, me doy una ducha y me tumbo en la cama, son las siete de la tarde, sé que es un poco pronto, pero me da igual, estoy enfadada y cansada de malgastar mis pensamientos en algo que a ciencia cierta sé que no va a tener ningún futuro. Decido que mañana hablaré con él, aclararé las cosas y después Eric y yo seremos pasado.

Me despierto con el sonido del despertador. Hoy voy a ir pronto al trabajo, para enfrentarme a él sin que nadie pueda vernos. Así hablaremos tranquilamente. Me visto de manera sexy, no pretendo nada, pero hoy necesito sentirme segura y solo lo hago cuando voy de esa manera. Tomo un café rápido y me maquillo con sutileza, como siempre. Me recojo el pelo y a las seis estoy en la oficina, pero no hay ni rastro de Eric, hasta las ocho no llega y eso me exaspera. Creo que sabe que hoy llegaría pronto para hablar y el que me ha evitado ha sido él. Margaret aparece con mi *bagel* y mi café, pero hoy apenas pruebo nada.

—Cariño ¿estás bien? —me pregunta media hora después al ver que

tengo las dos cosas encima de la mesa.

—Digamos que el fin de semana no ha sido como esperaba. Pero no pasa nada. ¿Tu hija está mejor?

—Sí, cielo. ¿Quieres que comamos juntas y me lo cuentas?

—Hoy tengo mucho lío. Mañana, tal vez.

—Vale, pero come algo, por favor, Aria.

—Sí, luego.

A las once salgo a tomar un café, el que Margaret me ha traído se ha quedado helado. Veo a Eric en su mesa. No tiene muy buena cara, tiene ojeras y el pelo desaliñado, yo diría que no ha dormido mucho en todo el fin de semana, casi menos de lo habitual. Me acerco a él.

—Buenos días, Eric. En cuanto puedas, ven a mi despacho.

—Buenos días, señorita Young. Ahora estoy bastante ocupado —dice fríamente, sin mirarme siquiera.

—En cuanto puedas, Eric... —reitero.

Levanta el rostro hacia mí, un poco enfadado, y yo le devuelvo una mirada desafiante, sabe que soy la jefa. Nos retamos en silencio y al final me voy. No quiero dar pie a ninguna habladuría por parte del personal. Antes de comer, llaman a la puerta.

—Adelante.

Es Eric.

—Usted dirá...

—Cierra la puerta, por favor —le digo al ver que la ha dejado abierta de manera intencionada.

Se da media vuelta y la cierra con un sonoro golpe. Le miro un poco enfadada y comienzo mi exposición.

—Te envié un mensaje, pero supongo que no has tenido tiempo de oírlo...

—Efectivamente —replica con dureza—. Ha sido un fin de semana muy ajetreado.

—Eso parece, a juzgar por tu aspecto. ¿Te encuentras bien? Pareces... enfermo —digo, aunque en realidad quiero decir resacoso. Pero no le voy a soltar eso, aún soy capaz de mantener las formas.

—Estoy perfectamente, y lo que haga en mi tiempo libre no es de su incumbencia, señorita Young.

Levanto la ceja. Acto seguido me pongo en pie y apoyo las manos en la mesa, intentando reforzar mi posición de poder.

—De acuerdo, Eric. No voy a pedirte explicaciones de lo que has hecho este fin de semana porque creo que no tengo derecho a pedir las...

—En efecto —responde.

—Pero yo sí que te he dado unas explicaciones de lo que sucedió el viernes en mi casa, aunque creo que no has querido escucharlas en tu contestador. Porque decidiste juzgarme no sé por qué motivo.

—Señorita Young, lo que haga con su vida me importa una puta mierda —contesta elevando el tono de voz.

Esa contestación, cruel y fuera de lugar, me sobresalta más de lo que quiero admitir.

—¡Eric! ¡Esa boca! Estás en mi despacho.

—De acuerdo, lo haremos a su manera, como a usted le gusta — responde con sarcasmo, y luego añade con falsa cortesía—: Señorita Young, no me importan sus explicaciones.

Dios mío, nunca había pensado que Eric pudiera ser tan ácido. Es toda una sorpresa, y no me gusta nada. Intento suavizar la situación, pues si entramos ahora en un juego de poder, las cosas se saldrán de madre.

—Eric, por favor... Aquí no, pero quiero que hablemos —digo conciliadora—. ¿Te importaría venir a comer conmigo?

—Imposible. Tengo mucho trabajo.

—Escucha al menos el mensaje de voz, o escúchame a mí ahora.

—He cambiado de número de teléfono y no quiero escuchar nada. Ya le he dicho que lo que haga con su vida no me importa. Entre usted y yo no ha sucedido nada, es pasado... y la verdad ni siquiera recuerdo nada de lo que ha ocurrido. Ha sido solo sexo, una mujer cualquiera, una más de tantas. —Cada palabra, escupida con frialdad, se me clava en el corazón con más fuerza de la que esperaba. Si tenía alguna duda sobre mis sentimientos hacia Eric, ahora me están quedando claros de la peor forma posible, porque si esto me duele tanto es porque de verdad me gusta—. No piense que ha dejado huella en mí, después todas las mujeres con las que he follado este fin de semana, ni siquiera sabría diferenciarla de las demás. No me acuerdo de cómo huele o cómo sabe...

Ya no aguanto más, y doy un golpe en la mesa, soltando un grito.

—¡Fuera de mi despacho! ¡Ahora mismo!

—¡A sus órdenes! —dice con retintín, y sale dando un portazo.

No sé qué es lo que más me ha dolido, si haberme preocupado por él durante todo el fin de semana o que me haya dicho que no sabría

diferenciarme de entre todas las mujeres a las que se ha follado. Soy una estúpida, una verdadera estúpida. Aprieto los dientes y respiro hondo, tratando de mantener mis emociones a raya, pero una lágrima se escapa y cae por mi mejilla justo en el momento en el que Margaret aparece.

—Cielo, ¿estás bien?

—Sí, claro.

—No, Aria, no estás bien. —Margaret cierra y se sienta frente a mí, preocupada—. ¿Qué ha pasado con Eric?

—Ha pasado que es como todos los hombres, Margaret. Al menos me he dado cuenta con tiempo suficiente para no enamorarme de él.

—Si estás llorando, es que ya estás enamorada de él.

—No —insisto con dureza—. Solo encaprichada, pero se me pasará.

—Si tú lo dices... Ahora hazme un favor, Aria. Vamos a comer.

—No.

—¡Sí! —me ordena y me deja sin palabras.

Margaret tira de mí y al final decido salir a comer, necesito desahogarme. Le cuento todo lo que ha sucedido y ella se enfada, porque me dice que no entiende el cambio de actitud de Eric, hubiera jurado que era diferente. Pero bueno, al final a veces nos equivocamos con las personas. Yo también pensé que no era el típico hombre que se pasa todo un fin de semana follando con mujeres y mírale... ya nada se puede hacer.

Yo podría irme al club, pero no tengo ni ganas. Ahora solo quiero centrarme en mi trabajo durante unos días.

Regresamos de comer y él está en su mesa, concentrado en el trabajo. A las ocho de la tarde, decido marcharme. Él sigue allí, pero no me molesto ni en pasar a despedirme, ya no somos amigos ni somos nada. Ahora él es mi becario. Y Steven puede decir lo que quiera, pero mi valoración no será positiva. Si él lo quiere, se lo tendrá que llevar consigo, porque en mi oficina no va a estar más que los seis meses que dura su contrato.

La semana pasa casi parecida al lunes, todo el trabajo que le pido a Eric es por mail, y él me lo entrega de la misma manera, así no tenemos que vernos. Apenas tenemos contacto, solo el estrictamente laboral, hasta que el jueves, a las siete de la tarde aparece Steven.

—Hola, Aria. ¿Qué tal estás?

—Hola, Steven. Atareada, como siempre. ¿Qué te trae por aquí?

—Mañana los japoneses dan una fiesta. He pensado que Eric y tú

podrías venir.

—¿Eric y yo?

—Sí, Eric y tú. Sois los artífices del contrato, ninguno tenéis pareja y a los japoneses les caísteis de maravilla. Quieren que estéis en la fiesta.

Estupendo, lo que me faltaba.

—No me viene bien... —digo intentando buscar una excusa rápidamente.

Pero Steven me ataja.

—¿No te viene bien? ¿Acaso tienes algo mejor que hacer? Vamos, Aria, no digas tonterías...

—Estoy cansada, Steven, tengo que descansar y ya he hecho mis propios planes para el fin de semana.

—A las diez os recogerá una limusina en tu casa —prosigue él como si no me hubiera escuchado—. Dile a tu chico que hay que ir de esmoquin, la empresa corre con todos los gastos. Si no tiene esmoquin, que lo alquile, ¿de acuerdo?

—Steven...

—A las diez, Aria. Hasta mañana.

Cuando se marcha, empiezo a darme cabezazos contra la mesa.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Margaret entra y me ve.

—¿Qué pasa, cielo?

—Steven quiere que Eric y yo vayamos mañana a una fiesta que dan los clientes japoneses.

—¡Vaya, mierda!

—Sí, vaya mierda. No quiero ir, Margaret y menos con él. Ni pedirselo, ni hablarle siquiera.

—¿Quieres que lo haga yo?

—No, Margaret, tengo que hacerlo, pero no quiero estar a su lado fingiendo...

—Cariño, tienes que ser fuerte.

—No sé si voy a poder.

—Lo harás, eres una mujer valiente. ¡Tú puedes!

Sus palabras me reafirman. Tomo una bocanada de aire y asiento. Qué remedio. Steven, como siempre, no me deja opción.

—Gracias, Margaret. Se lo diré a última hora, ahora tengo que mentalizarme y pensar un poco en cómo voy a afrontar todo esto.

—Claro, cuando quieras.

Cuando todo el mundo se va, me acerco a él.

—Señor Scott, le necesito en mi despacho.

Me mira extrañado al oírme llamarle por su apellido. Se levanta y me sigue. Desde el lunes no me había cruzado con él, su aspecto denota aún más cansancio si cabe y parece como si estuviera preocupado. Al entrar al despacho me siento y él se queda de pie, con los brazos cruzados a la espalda y la puerta abierta. Esta vez no me molesto en intentar que se siente ni en decirle que cierre. Hay cosas más importantes ahora.

—Usted dirá...

—Señor Scott, el director ha estado aquí. Nuestros clientes japoneses dan mañana una fiesta y han pedido nuestra asistencia. Sé que le aviso con poco tiempo, pero a mí tampoco me lo han dado, sé que mañana es viernes y puedo trastocar su agenda, pero es importante que acudamos a esa fiesta.

—Me es imposible, señorita Young.

—Señor Scott, no se lo estoy pidiendo, se lo estoy imponiendo. Si quiere seguir trabajando aquí, tiene que ir a esa fiesta —le digo tajante.

—¿¡Qué!? ¿Lo dice en serio? No puede exigirme ir a una fiesta fuera de mi horario laboral, y menos con usted.

—Mira, Eric —le respondo al ver su tono desafiante—, si es porque tienes que ir conmigo a mí me apetece tan poco como a ti estar contigo, pero tranquilo, seguro que habrá muchas mujeres —le digo venenosa—. Guapas mujeres asiáticas a las que podrás follarte tranquilamente cuando la fiesta termine, o incluso en ella, si te puedes escabullir a los lavabos. A mí me da lo mismo, solo tienes que hacer acto de presencia y poner buena cara delante de los clientes durante unas horas, después puedes hacer lo que te plazca.

De pronto, a Eric le cambia la cara. Cierra la puerta de un portazo y se abalanza hacia mi mesa. Yo me levanto, alarmada, pero él me acorralla detrás del escritorio. Mi cuerpo se estremece con su contacto.

—Aún no entiendes nada, ¿verdad Aria? —susurra, con los ojos brillantes como dos llamas.

—Eric, déjame —le digo con el aliento trémulo, porque de verdad no entiendo qué es lo que pretende.

—¿No te das cuenta de que eres la única mujer que me importa?

—Eric... —susurro.

—No ha habido otras mujeres, ni fin de semana de orgía, ¡joder! me he vuelto loco pensando que el viernes estabas follando a alguien en tu casa.

—No quisiste escucharme, te fuiste, Eric...

—¡Lo sé, joder! Y la he cagado, Aria. ¡La he cagado!

Al principio creo que se refiere a nosotros, pero esa expresión peligrosa y oscura que veo en su rostro me dice que hay algo más.

—¿Qué ha pasado, Eric? —le digo acariciando su mejilla. Está tenso, nervioso.

—Nada... Voy a arreglarlo.

—¿Por qué no quieres contármelo? —le pregunto.

—Porque es algo de mi pasado. Porque no quiero meterte en eso, Aria. Mis problemas son algo mío. Te prometo que lo arreglaré. Pero quiero ir contigo a esa fiesta, solo si tú quieres ir conmigo. Perdóname, Aria, he sido un cabrón contigo, estaba tan enfadado que no he pensado con claridad — concluye acariciándome la mejilla sin soltarme de su agarre y mi cuerpo se rinde a él.

Me quedo mirándole un momento, subyugada por su hechizo. No sé qué tiene, quizá es esa mezcla de pasión y fragilidad, de fuego y ternura, lo que me vuelve loca.

—Fóllame, Eric —le pido en un nuevo susurro. Ahora es lo único que deseo. Que me haga suya, olvidarme de toda esta mierda de semana que he pasado intentado odiarlo sin conseguirlo.

Él mira mis labios y lo que sea que le está torturando abandona su corazón por un instante en el que el deseo comienza a prenderse entre los dos.

—A sus órdenes, señorita Young —me dice al fin arrebatadoramente. Y acto seguido se abalanza hacia mí.

Devora mi boca, me pierdo con ese contacto, jamás he deseado que alguien me besara tanto como él lo hace, nunca antes he necesitado un beso como los suyos y me dejo llevar. Él desabrocha mi vestido que cae a mis pies. Me observa y sonrío. Me muerdo el labio al sentir sus manos deslizarse por mis muslos. Después se deshace de mis braguitas y mi sujetador, acariciando mis pechos.

—Aria, déjame tener el control, lo necesito...

Echo la cabeza atrás y por una vez, desde hace mucho tiempo dejo que un hombre haga conmigo lo que quiera. No sé qué es lo que le tiene tan frustrado, lo que ha pasado el fin de semana, pero sé que debo dejarle hacer lo que me pide.

Jadeo cuando su lengua besa cada centímetro de mi cuerpo hasta llegar de nuevo a mi boca y de inmediato me da la vuelta, se baja el pantalón y

siento cómo rasga el envoltorio de un preservativo, penetrándome despacio. Sentir su boca en mi espalda besándome el cuello mientras acaricia con sus manos mis pechos, es excitante.

—Aria, dime que te gusta —susurra.

—Me gusta, Eric —respondo en el mismo tono bajo e íntimo.

Aumenta sus embestidas, tira de mis pezones y jadeo, muerde mi cuello, me está llevando al borde de la locura mientras sus acometidas son certeras, pero no lo rápidas que me gustaría.

—Eric, necesito más... —le imploro.

—Aún no...

Tengo que morderme el labio cuando de nuevo vuelve a pellizcar mis pezones, la otra mano baja despacio acariciando mi clítoris. Creo que estoy llegando a un punto sin retorno, mi cuerpo ha comenzado a convulsionar, a sentir un orgasmo descomunal, hasta que me dejo ir pronunciando su nombre y noto cómo él también se descarga en mí, aumentando sus embestidas y mordéndome el cuello con pasión.

—Eres perfecta, Aria.

Sale de mí y me da la vuelta. Me besa despacio.

—Aria, quiero llevarte a mi casa, a mi cama y hacerte el amor...

Esas palabras me asustan: hacer el amor. Suponen algo que no sé si todavía estoy dispuesta a asumir. Sé que Eric es especial, que lo que siento por él es diferente a lo que nunca he sentido por nadie, pero no sé si estoy preparada para dar un paso tan importante.

—Es tarde, Eric, ambos estamos cansados...

—Aria, por favor...

—Mañana, después de la fiesta... —le digo, intentando ganar tiempo.

—De acuerdo —acepta él—, mañana en tu casa o en la mía, me da igual. Pero mañana vamos a hacer el amor en una cama y durante toda la noche nos perderemos a la pasión de nuestros cuerpos.

Sonrío, me parece increíble que piense en que estemos toda la noche, creo que nunca en mi vida he estado una noche entera acostándome con alguien, pero no voy a quitarle por ahora su fantasía.

—Steven quiere que vayas de esmoquin... —digo cambiando de tema, quizá algo bruscamente—, si no lo tienes, la empresa correrá con el alquiler de uno.

—No tengo ninguno.

—Mañana por la tarde, Margaret puede acompañarte con la tarjeta de la

empresa, si quieres.

—¿Por qué no tú, Aria? —pregunta acariciándome el pelo. Su mirada es tan cálida que tengo miedo de derretirme.

—Porque no estaría bien visto que yo te acompañara. Además, yo tengo que prepararme. A las diez, tienes que estar en mi casa, nos recogerá una limusina.

—Perfecto, no veo la hora...

—¿Sí? —pregunto incrédula.

—Sí, porque después serás mía.

Nos terminamos de vestir, bajamos hasta la calle y Eric me da un beso en la boca sin importarle nada.

—Hasta mañana, Aria. Descansa.

—Hasta mañana, Eric. Que descanses.

Cojo un taxi y estoy en una nube. No sé si estoy preparada, si esto es lo que quería, pero estoy feliz. Llego a casa, me tumbo en la cama y dejo de pensar en nada, estoy agotada y yo también deseo que llegue mañana, porque si algo tengo claro es que mi vestido le va a dejar sin palabras.

Eric

Esta semana ha sido una puta mierda. Estaba tan cabreado con Aria... me fui de su casa y no quise escucharla, cuando lo hice creí morirme y no sabía cómo iba a enmendar el error que cometí, pero al ver la oportunidad de hacerlo no he dudado en sincerarme. La necesito, porque ella es mi vía de escape, mi salvación para sobrellevar mi otro problema, el cual debo solucionar pronto si no quiero perder la cabeza... literalmente. Tengo que pagar el dinero que debo cuanto antes. Creo que al final tengo que acudir a mi padre y no quiero, pero será mi única salvación y ya estoy oyendo su sermón.

Aunque por ahora solo voy a centrarme en mañana. Mañana, Aria y yo estaremos juntos. La tendré para mí toda la noche, en una cama, y solo de pensarlo estoy excitado y nervioso a partes iguales. Quiero hacerle el amor despacio, acariciar todo su cuerpo, besar cada centímetro de su piel y cuando ambos estemos saciados el uno del otro, dormir a su lado.

Capítulo 13

Me despierto nerviosa, sé que hoy es día que va a marcar un antes y un después en mi relación con Eric, vamos a dar un paso más y no sé si estoy preparada para ello, pero se lo he prometido.

Me doy una ducha, me visto con un traje de pantalón y chaqueta, me tomo mi café y me voy a trabajar temprano. Eric ya está en la oficina, bien vestido y peinado, y tiene el mismo brillo en los ojos que cuando le conocí. Me gusta verle así, no como ayer, cuando sus ojos verdes se habían apagado.

Al verme me sonrío y mi corazón se paraliza, es una sonrisa sensual, una para mí, que me dice que esta noche seré suya, tal y como dijo ayer.

—Buenos días, señorita Young.

—Buenos días, Eric.

—¡Mmm! Me ponía mucho lo de señor Scott —susurra cuando paso cerca.

—Muy gracioso —me burlo.

—¿Has dormido bien? —pregunta de nuevo ladino.

—Sí, ¿por?

—Porque esta noche no lo harás...

—Veremos quién se rinde primero —le reto.

—¿Me estás desafiando? —inquieta con una chispa de excitación en la mirada.

—En efecto...

—¿Quieres que apostemos algo?

—¿Por qué no? —le digo chulesca.

—Tú dirás...

—A la hora de comer te digo. Ahora invítame a un café.

—¡Eso está hecho!

Me voy al despacho y no tarda ni cinco minutos en traerme el café como a mí me gusta. Podría acostumbrarme a esto, para qué voy a negarlo.

—¿Sabes que últimamente te estoy invitando siempre al café? Soy un mísero becario, ¿no te da vergüenza?

—Vaya, tendré que pagarte las horas extras para compensarte.

—No estaría mal. Porque estoy seguro de que cobrarás dos o tres veces más que yo.

Me río, si supiera lo que cobro se asustaría.

—Prometo invitarte yo durante un mes —le digo con una sonrisa pícaro.

—Bueno, a lo mejor podemos llegar a otro tipo de trato. Ahora voy a trabajar. Quiero acabar mis tareas antes de que mi jefa se enfade —me dice con sorna.

—¡Estás muy gracioso hoy!

—Estoy feliz —responde con sencillez, encogiéndose de hombros.

Sus palabras hacen que mi corazón se dispare y me emociono.

—Me alegro, Eric. —Sonrío como una tonta, sintiéndome la causante de esa felicidad.

Me pongo a trabajar y cuando Margaret llega, me saluda como siempre.

—Hola, cielo. Buenos días.

—Hola, Margaret. Buenos días.

—¿Cómo fue ayer? —me pregunta, preocupada.

—Bien. Tienes que acompañarlo a alquilar un esmoquin.

La preocupación en su rostro da paso a la confusión, y luego a la suspicacia.

—¿Me he perdido algo? Porque esa cara de felicidad... ¿Habéis hecho las paces?

—Sí —le respondo tajante.

—Las paces y algo más, ¿no? —inquieta con retintín.

—Margaret, no vayas por ahí.

—Ya... Aria. Cielo, que no he nacido ayer. Le miro a él que ayer tenía una cara de perrillo abandonado y hoy parece un payaso de lo que sonrío. Te miro a ti que parecía que te habían metido un palo por el culo y hoy pareces la mujer más feliz del mundo. No hay que ser muy lista para saber que los dos os habéis acostado.

—¡Schhh! ¡Margaret! Vale, sí. Pero no chilles.

—¿Y qué pasó?

—No seas cotilla, Margaret.

—¿Cotilla? Ahora soy cotilla, lo que me faltaba, Aria. Vale si no quieres contármelo, no me lo cuentes...

—Perdona, es que estoy un poco nerviosa...

—¿Por qué, cariño?

—Porque me ha dicho que quiere hacerme el amor, en una cama...

—¡Oh, qué bonito! Te quiere... —dice ilusionada.

—No digas eso, Margaret...

—¿Por qué?

—Porque me da mucho miedo...

—No tengas miedo, todo va a salir bien, estáis predestinados, lo sé. No entiendo cómo puede soltar esas cosas y quedarse tan tranquila.

—¿Tú crees?

—Sí, ya lo verás. Y ahora cuéntame qué ha pasado.

—Le llamé, me enfadé con él y me dijo que yo era la única, que el otro día se había cabreado pero que el fin de semana no había pasado nada con ninguna mujer, que ha cometido un error, pero que iba a arreglarlo. No me ha dicho qué error ha sido, algo de su pasado y que quería ir conmigo a la fiesta. Luego pasó lo que tenía que pasar, que hicimos las paces... —De nuevo se me escapa una sonrisa tonta.

—¿Ves, cariño? Está enamorado de ti, y no te preocupes por lo del error, seguro que es una tontería.

—¡Eso espero!

—¡Ainsss! El lunes me cuentas, ahora me pongo a trabajar que luego me voy con él a ponerle guapo. ¡Madre mía, qué nervios! ¿Tú tienes elegido el vestido?

—Sí, ¿te acuerdas del vestido que se me antojó en aquella tienda? El rojo...

—¡Madre mía, Aria! Se va a caer de culo cuando te vea. ¡Te quedaba de infarto!

—Espero que aún me quede igual.

—Cielo, sigues teniendo el mismo cuerpo, que no sé cómo lo haces con los bollos que te comes todos los días.

—Gracias, Margaret —le digo enseñándole la lengua.

Suspiro al recordar el día que me lo compré, ni siquiera lo he estrenado, pero fue uno de esos antojos, amor a primera vista. Me lo probé cuando estaba con Margaret y no pude resistirme. Me quedaba como un guante.

Durante toda la mañana estoy distraída, pensando en la fiesta, en lo que acontecerá después. No puedo evitar estar nerviosa y la vez excitada, hasta que un mensaje me saca de mis pensamientos.

Señorita Young, creo que está un poco en las nubes, hace diez minutos que le he mandado un correo urgente y no me ha contestado. ¿Quizás está usted pensando en esta noche? ¿En el chico guapo con el que compartirá cama y algo más?

Sonrío. ¿Es que me está espiando?

«Será capullo engreído».

Decido contestarle al mensaje:

No, estoy trabajando y no he podido leer tu correo. Lo que tendrías que estar haciendo tú en lugar de pensar en esta noche. Pero ahora que lo mencionas, ya tengo pensada la apuesta: el que pierda, tendrá que pagar los cafés durante todo un mes al otro. ¿Qué te parece?

Veo que está escribiendo y sonrío. A ver qué le parece mi apuesta.

Vaya decepción, pensé que no podías dejar de pensar en mí. Ahora mismo estoy con el ego por los suelos. Por cierto, la apuesta me parece un poco pobre. Si tiramos tan bajo, puedo quedarme dormido en cualquier momento.

Hago una mueca. Pues la verdad es que no se me ocurre nada, así que voy a dejar que sea él quién se lo curre.

Bueno, listillo, pues proponme algo tú...

Le veo escribiendo y en línea, escribiendo y en línea. Comienzo a ponerme nerviosa al ver que durante al menos cinco minutos no me llega ningún mensaje. Al final, exasperada, dejo el móvil y leo el correo.

Se trata del trabajo que le encargué esta mañana. Ya lo ha terminado.

«¡Joder! Este chico es una puta máquina», y perdón por los tacos conciencia, pero es que es así, cada día es más rápido.

Lo leo y salvo un par de cosas, todo está bien. Le respondo al correo. Que todo salvo las correcciones que he realizado está perfecto y que tiene mi beneplácito para irse a probar el esmoquin.

Cuando me doy cuenta, tengo un mensaje en el móvil. Estaba tan concentrada leyendo el correo que no me he percatado del tono del mensaje.

¿Qué te parece llevar la voz cantante con el sexo? El que se quede dormido tendrá que dejar que el otro mande en la cama durante una semana.

Vaya, sí que ha apostado fuerte el muy canalla. Tengo que pensarlo, porque si pierdo no sé si estaré dispuesta a ceder durante toda una semana a qué él maneje la situación. Aunque tengo que admitir que ayer no me disgustó la experiencia, no quiero que sea él siempre quien lo haga, estoy

acostumbrada a tener toda la iniciativa en mis experiencias desde hace cuatro años y me costaría cederle el control en todo.

Otro mensaje llega, imagino que al ver que no respondo.

Aria, no has contestado, ¿estás dispuesta?

¿Y ahora qué hago? Yo he propuesto el juego, no puedo echarme atrás.

«¡Pues arriésgate! Solo es una semana y la experiencia de ayer fue muy satisfactoria, con Eric todo es satisfactorio».

De nuevo mi conciencia tiene razón.

«¡Yo siempre tengo razón y lo sabes!».

Bueno, tampoco te pases y me vengas tú como si fueras Julio Iglesias, bonita.

«Tenía que intentarlo», se burla.

Después de la batalla moral, mando el mensaje a Eric:

Está bien, acepto el reto. Porque pienso que vas a perder y de nuevo vas a tener que rendirte a mí .

Su respuesta es inmediata.

Eso no te lo crees ni tú, preciosa .

Margaret entra para despedirse de mí y termino el intercambio de mensajes para centrarme en finalizar el trabajo e irme pronto a casa. Va a comer con Eric y después se irán de tiendas.

—Cielo, nos vamos, pasadlo muy bien. Quiero una foto de los dos juntos.

—De acuerdo. Gracias. Buen fin de semana.

—Seguro que el vuestro será mejor.

—Te lo contaré el lunes.

—¡Eso espero!

A las cinco de la tarde, me voy a casa. Me doy un baño relajante de espuma para calmar un poco mis nervios y comienzo a prepararme. Aplico una crema exfoliante por todo mi cuerpo. Una mascarilla en la cara, después una crema corporal con olor a mango... Estoy preparándome para Eric, no quiero defraudarle, quiero estar perfecta. Rizo mi pelo para dejarlo suelto. Solo recojo unos mechones con unas horquillas, me maquillo quizás un poco más que a diario, pero no en exceso. Me pongo un collar, una pulsera y un

anillo a juego. A las nueve y media estoy lista y bajo al salón. No sé a qué hora vendrá Eric. Yo le dije que a las diez la limusina nos esperaba en la puerta, pero ya empiezo a ponerme nerviosa de nuevo.

Me miro en el espejo una y otra vez. Me gusta lo que veo, solo espero que a él también. ¿Le gustaré? Quizá le resulte extraño verme tan arreglada... Espero que no se sienta incómodo.

Camino despacio por el salón, compruebo el móvil, pero no tengo noticias tuyas y respiro nerviosa con cada minuto que pasa.

A las diez menos cuarto el timbre suena y me sobresalto, trago el nudo que se ha formado en la garganta y me dirijo a abrir despacio para que no note mi nerviosismo.

Al abrir la puerta y verlo me quedo impactada: está guapísimo, con un esmoquin negro y pajarita, con la camisa blanca. Está bien peinado y afeitado y sus ojos verdes parecen tener luz propia. Tengo que tragar saliva despacio para no atragantarme. Él se ha quedado en shock.

—Hola, Eric. Buenas noches —le digo.

—Hola, Aria. Buenas noches —titubea— estás... preciosa.

—Gracias, tú también estás muy guapo. ¿Pasas? Aún es pronto.

—Sí, perdona...

Entra como puede, parece que se le han pegado los pies al suelo, no deja de mirarme y yo sonrío. Creo que he conseguido lo que pretendía, dejarle sin palabras.

—Aria, creo que no voy a poder quitarte ojo de encima en toda la noche —me dice al fin—. Este vestido, tu cuerpo, tú... No veo el momento de que termine la fiesta... —dice rozando mi espalda con los dedos de su mano.

¡Mierda! Ahora sí que me ha excitado. ¿Pero cómo lo hace? ¿Cómo consigue ponerme a cien por hora con solo hablarme y acariciarme levemente?

—Eric... —jadeo.

Siento su aroma limpio, varonil y su tacto cercano.

—Podríamos pasar de la fiesta y subir a tu habitación...

—No podemos Eric, no podemos... —le digo intentando que la cordura se apodere de mi mente y convencerme a mí misma también de ello.

—Lo sé, Aria. Pero es que este vestido va a provocarme un dolor de huevos tremendo durante toda la noche, además de que tendré que aguantar que todos los hombres te miren con deseo...

—Piensa que tú te llevas el premio gordo —le digo para hacerle sentir

mejor.

—Es lo único que me consuela.

El timbre de la puerta vuelve a sonar. Es el chofer de la limusina. Cojo el bolso, me aplico unas gotas de perfume y nos vamos. Eric me ayuda a sentarme en la parte trasera y cuando estamos instalados me acaricia el muslo que queda al descubierto.

El vestido tiene un escote delantero en V y la espalda totalmente al aire, con una abertura lateral en la falda que me llega hasta el muslo y una pequeña cola en color rojo.

Llegamos al lugar de la fiesta, localizo a Debra y me agarro al brazo de Eric. Sé que no es lo más sensato, pero al fin y al cabo hemos venido juntos y no quiero tampoco que nadie dé por hecho que alguno de los dos venimos solos y quiera buscarnos otra pareja.

—¡Hola, cariño! —me dice Debra—. Estás preciosa.

—Hola, Debra, él es Eric. Creo que ya os conocéis. Gracias, tú también estás guapísima.

—Eric, un placer volver a verte. También estás muy guapo.

—Gracias, está usted preciosa, señora Anderson.

—Llámame Debra, cielo. Steven acaba de ir a saludar a los clientes. Vendrá enseguida —nos indica.

Al poco rato, Steven nos intercepta y nos lleva del brazo a Eric y a mí.

—Hola Aria, hola Eric. Estáis espectaculares. Los clientes quieren saludaros.

Saludamos a los japoneses, que no me quitan ojo de encima, creo que no ha sido muy apropiado el escote. Eric puede comprobarlo y yo puedo notar su enfado. Tras un rato charlando, decide secuestrarme.

—¡Joder! No se cortaban ni un pelo, estaban mirando tu escote todo el rato.

—Lo sé, no me he sentido tan incómoda en mi vida.

—Sabes que la culpa es tuya, ¿verdad?

—Lo sé, Eric. No tendría que haber elegido este vestido. Ahora sácame a bailar, por favor. Necesito despejarme un poco.

Eric aprovecha una canción lenta, *Perfect* de Ed Sheeran y me saca a bailar, me quedo sorprendida al comprobar sus buenos dotes de bailarín. Me agarro a su cuello, él de mi cintura y me dejo llevar. La canción no podía reflejar mejor lo que ahora mismo sentimos. Nos miramos a los ojos y nos perdemos durante toda la canción, como si solo estuviéramos los dos en la

sala, sintiendo una conexión especial.

—Vaya, ¿cómo es que bailas tan bien? —le pregunto hechizada.

—No voy a contarte todos mis secretos... tendrás que irlos descubriendo poco a poco.

—Estoy deseando hacerlo.

Steven no nos quita ojo, creo que sospecha algo, pero esta noche me da igual, quiero desconectar y disfrutar, creo que tanto Eric como yo nos lo merecemos. Cuando termina el baile, Steven me atrae hacia él.

—¿Me concedes ahora a mí este baile? —me pregunta. Eric le cede mi mano y yo contesto.

—Por supuesto.

—Aria, ¿no te dije que te alejaras de él? —inquieta en cuanto nos alejamos un poco. Su mano me aprieta el brazo con fuerza.

—Steven, por favor...

—¿Estáis liados?

—¿Y qué si lo estamos? —le respondo sintiéndome valiente.

—Dios, Aria. ¿Es que no te bastó una vez para saber que los líos en la oficina no salen bien? —espeta mirándome con decepción—. ¿Cuántas veces tengo que salvarte?

Las palabras de Steven son inesperadas y me golpean con fuerza.

—¿Salvarme? ¿Eso es lo que has hecho, salvar a la pobre y desvalida Aria?

Steven va a decir algo pero le aparto y salgo corriendo hacia fuera de la sala. Con una sola frase, Steven ha destrozado lo que tanto me costó reconstruir: mi autoestima. Lucho cada día para ser una mujer fuerte y tener el control sobre mi propia vida después de que me pisotearan... y ahora Steven habla de «salvarme», como si yo no fuera nada, como si todo se lo debiera a él. Me siento como una muñeca de trapo, despojada de todo poder y autoridad. Localizo una terraza y me apoyo en la barandilla de piedra, dejando correr las lágrimas libremente.

¿Por qué ha tenido que ser tan duro conmigo? ¿Por qué tiene que estropearlo todo siempre? ¿Por qué piensa que va a salir mal? Me merezco ser feliz y que no me recuerden que una vez cometí un error. No siempre voy a cagarla, soy humana y cometo errores, como todo el mundo. No puedo ser perfecta, ¡maldita sea!

Tras un momento de llanto, consigo serenarme. Estoy terminando de limpiarme las lágrimas cuando siento que unos brazos me estrechan,

colocándome una chaqueta por encima de los hombros. Reconozco el olor de su colonia y me siento reconfortada al instante.

—Vas a coger frío, ¿estás bien?

—Sí, Eric. Solo necesitaba respirar un poco de aire fresco...

—¿Qué ha pasado, Aria?

—Nada. Estoy bien, en serio.

—Quiere que te alejes de mí, ¿verdad?

No digo nada, suspiro nerviosa.

—Aria, mírame...

Me doy la vuelta, me agarra la barbilla, la eleva y seca los restos de mis lágrimas.

—Dime la verdad —me ruega.

—Sí, Eric —admito—. Quiere que me aleje de ti. Pero no eres tú, soy yo. Porque ya cometí el error en el pasado de salir con alguien del trabajo y salió mal.

No dice nada, me estrecha entre sus brazos y me besa en la frente.

—Creo que lo mejor es que salgamos de aquí, ya hemos hecho acto de presencia. No nos pueden exigir más.

—Pero...

—A la mierda esta panda de pijos y todo su dinero...

—¿Estás seguro?

—Sí.

Nos vamos por la puerta de atrás y ni siquiera cogemos la limusina que nos ha traído, Eric para un taxi y le da la dirección de la que imagino es su casa.

Suspiro algo nerviosa, ha llegado el momento de enfrentarse a la verdad. Durante más de veinte minutos, el taxi conduce por las calles de Manhattan, yo estoy apoyada en el pecho de Eric mientras él acaricia mi cabello y me quedo en un estado duermevela.

Capítulo 14

Me despierto cuando el taxi se detiene, creo que estamos en Queens, aunque no podría aseverarlo. No esperaba que viviera aquí, la verdad, pero claro, es un becario, no puede permitirse vivir en el centro de Manhattan en una casa como la mía.

—No es un gran apartamento —me dice cuando llegamos a la puerta de un edificio—, pero está limpio.

—Eric, no importa. Ahora solo quiero estar a tu lado.

Subimos, y compruebo que como bien dice, el apartamento es pequeño, pero está limpio. Ni siquiera sé de dónde saca el tiempo para dejarlo tan limpio con todo lo que trabaja. Me acompaña hasta el dormitorio y me mira, nervioso.

—Aria, yo... Tenía muchos planes para esta noche, pero después de lo sucedido, no sé qué es lo que quieres que pase, no quiero forzarte a nada. Solo quiero estar a tu lado y cuidar de ti. No quiero que nadie te haga daño...

Sus palabras me llegan al alma. Verle allí, delante mía, con esa mirada intensa, tan ardiente y al tiempo cargada de sensibilidad me conmueve profundamente.

—Eric... quiero seguir con esos planes, quiero olvidar lo sucedido y pasar esa noche contigo, creo que nos lo merecemos...

—En eso estoy de acuerdo.

Se acerca a mí lentamente, mirándome con deseo.

—Aria, eres preciosa... —me susurra al oído mientras me besa despacio el cuello descendiendo pausadamente con sus labios por mi hombro y deslizando el tirante del vestido, bajándolo despacio. Mi cuerpo se estremece con ese contacto. Repite la misma operación con el otro tirante y el vestido se desliza por mi cuerpo. No llevo sujetador y mis pechos quedan al descubierto en cuanto la tela cae al suelo.

Durante unos segundos me observa, solo llevo unas braguitas rojas de encaje y unas sandalias de tacón alto. Parece impresionado.

—Eres la mujer más perfecta que he visto en toda mi vida —susurra acercándose.

—¿Sabes que eres un poco zalamero? —le pregunto empujándole en la cama.

—Vaya... Y muy guerrera, ¡me encanta!

—No te lo voy a poner fácil, Eric.

—Lo sé, ya contaba con eso.

—Desnúdate.

—Aria...

—Vamos, ¿quieres poseerme? Pues haz lo que te pido.

Eric se quita lentamente la chaqueta bajo mi atenta mirada, sé que lo está haciendo para hacerme sufrir, para que mi cuerpo le desee. Después de la chaqueta se deshace de la pajarita y la camisa, finaliza con el pantalón y los calcetines. Deja solo su bóxer. Yo me quito las sandalias y me acerco a él gateando sobre la cama.

—Ahora estamos en igualdad de condiciones —le digo lanzándome a devorar su boca.

Me agarra por la cintura y me tumba encima de él, acariciando despacio mi espalda desnuda, estremeciéndome cada vez que me toca. Sus labios recorren mi cuerpo haciendo que me encienda con su contacto, sus manos bajan mis braguitas y acarician mi clítoris.

Esto no era lo que tenía pensado esta mañana, quería ser yo quien llevara el control, pero ahora mismo me da igual, con Eric todo es diferente y quiero hacer el amor con él, no solo sexo. No quiero ser la señorita Young, quiero ser Aria, la misma Aria que ayer se dejó llevar y sintió que disfrutaba por una vez desde hace mucho tiempo de algo más.

Me gira y me deja tumbada en la cama, se quita el bóxer y me observa con una bonita sonrisa, coge un preservativo de la mesita y rasga el envoltorio. Se lo coloca sin prisa ante mi mirada desafiante y se tumba, tentándome con movimientos sin entrar dentro de mí.

—Eric... —le imploro, porque empiezo a desesperarme.

—Dime qué es lo que necesitas...

—A ti...

Se adentra en mí despacio a la vez que me besa, pero no es un beso voraz, es tierno, dulce. Acaricia mi cara lentamente. Todo es diferente, no hay ferocidad, solo sensualidad y eso me excita aún más.

Sus manos rozan mis pechos, los masajean despacio mientras su cuerpo se mueve acompasado, todos sus movimientos parecen parte de un plan perfectamente estudiado que está haciéndome perder la poca cordura que me queda, convirtiendo mi cuerpo en un volcán a punto de erupción.

—Eric, necesito más... —jadeo, sintiendo que estoy a punto de perder el

control.

Parece no oírme, porque sigue moviéndose al mismo ritmo. Le insto con mis manos en sus nalgas a que acelere, pero sigue sin hacerme caso y entonces le muerdo el labio.

—Aria...

—Eric, estoy al límite, necesito más... —le digo.

Sonríe de manera maliciosa y sé entonces que antes me ha oído perfectamente, solo que me está torturando. Vuelvo a morderle, esta vez en el hombro. Jadea, y al ver que eso le excita, vuelvo a morderlo de nuevo. Parece que mi plan funciona, porque ha aumentado un poco más las embestidas, mi cuerpo convulsiona y cuando estoy a punto de llegar a la gloria, frena de nuevo las acometidas.

—¡Eric! —me quejo.

—Aún no... —me susurra mordisqueando mi oreja—. Aguanta un poco más cariño...

No sé si matarlo ahora mismo por hacerme desear el orgasmo o dejar que mi cuerpo se rinda por completo. Pero hago lo que me pide.

Vuelve a un ritmo lento, pero poco a poco se mueve más deprisa, de nuevo esa sensación de alcanzar la gloria, vuelvo a morder su hombro, a jadear, su cuerpo se tensa, creo que él también está alcanzando el nirvana, porque nuestros gemidos aumentan al mismo ritmo que sus acometidas, hasta que ambos llegamos al clímax más intenso, al menos en mi caso, de toda mi vida.

—¡Joder Aria! Ha sido maravilloso...

—Sí —logro decir aún exhausta.

—Esto ha sido solo el principio, cariño...

Sale de mi cuerpo totalmente desnudo y se levanta, alejándose de la cama. Le sigo con la mirada, sin saber a dónde va. No tiene un cuerpo musculado, pero me gusta, es atlético y bien definido. No tarda más de cinco minutos en volver.

—Estoy preparando un baño. Seguramente la bañera no sea tan grande como la que tienes en tu casa y estemos muy apretados, pero eso no será un problema, ¿no crees? —dice sacándome la lengua.

—Vaya, lo tienes todo pensado, ¿no es cierto?

—Te he dicho que tengo muchas cosas pensadas para esta noche, y eso no incluye dormir precisamente.

—¿Quién ha mencionado dormir? Si no recuerdo mal, tenemos una

apuesta.

Sonríe traviesamente.

—¡Mmm! Tienes razón, y no pienso perderla.

—Ni yo tampoco, así que tenemos un problema —digo levantándome de la cama y dando un salto hacia él. Me coge al vuelo, pero los dos caemos al suelo riendo.

—Aria, ¡estás loca!

—Hoy es una de esas noches en las que quiero hacer muchas locuras...

—respondo con una sonrisa.

Me siento feliz y desinhibida como una adolescente.

—Me encanta que me hayas elegido a mí para hacerlas —confiesa frotando su nariz en mi cuello.

Nos levanta a los dos del suelo y me lleva hasta la bañera. Sin dejarme en el suelo, se mete conmigo en el agua. La verdad es que tenía razón, la bañera es diminuta y estamos bastante apretados. Tengo que estar encima de él y enseguida noto cómo su erección se despierta y roza mi pubis, durante unos minutos solo nos acariciamos, nos besamos y nos miramos a los ojos. Ninguno de los dos dice nada, sobran las palabras. Lo que ahora mismo sentimos es mucho más, algo que ha nacido y que me da mucho miedo, porque creo que es mucho más intenso que lo que sentí por Taylor en cuatro años.

—Aria, yo...—susurra.

—¡Shhh! Eric, no digas nada, por favor, no rompas la magia del momento —le digo. Ahora mismo soy muy feliz, más feliz que en toda mi vida. No necesito nada más. Él y yo, juntos.

Me acomodo en su pecho y siento su corazón latir, él me acaricia la espalda y durante unos minutos, nos quedamos así. Hasta que Eric me pregunta a media voz:

—¿Por qué te fuiste de Washington?

—Por Taylor. Me dejó por otra mujer y tuve que huir, dejar a mis padres.

—¿Te gustaba vivir allí?

—La verdad es que a veces sí. Aunque no me sentía cómoda. En esa ciudad nací y crecí, pero también vi a mi padre sufrir, perder su vida por un malnacido que le arrebató su empresa sin ningún escrúpulo...

—Lo siento mucho, Aria. Tuvo que ser duro.

—Bastante, mi padre nunca volvió a ser el mismo. Ni siquiera volvió a trabajar. Tuvimos que vivir con el sueldo de mi madre como maestra y de

algunos ahorros que teníamos de mis abuelos. Por eso tampoco me gusta regresar a Washington. —Hago una pausa y durante un rato estamos en silencio, acariciándonos apaciblemente—. Y tú Eric, ¿cuál es tu historia?

—Otro día te la contaré. Ahora, señorita, creo que tenemos algo más importante que hacer que perder el tiempo hablando de mi pasado —me dice elevándome y dejándome de pie en el suelo del baño. Se levanta, nos envuelve a los dos con sendas toallas y vuelve a cogerme en brazos para llevarme a la cama.

Durante horas nos perdemos en la pasión de nuestros cuerpos. A las cinco de la madrugada estoy finalmente exhausta, mis ojos casi no pueden más, estoy intentando no quedarme dormida, y él también está cansado.

—Eric, estás cerrando los ojos —le digo al ver que se está quedando dormido.

—Tú también —me responde.

—¿Podemos dejarlo en tablas?

—Vale —contesta.

Me recuesto en su pecho, cierro los ojos y me quedo profundamente dormida, en absoluta paz.

Horas más tarde, siento unas cosquillas en la nariz. Me giro al otro lado de la cama.

—Vamos dormilona, despierta. —Sigo sin hacerle caso—. Aria, despierta.

—Eric, ¿qué hora es?

—Son las doce de la mañana.

—¿Sí? —pregunto incrédula.

—Sí. Vamos, tendremos que aprovechar el día. Quizás podemos salir a pasear.

Levanto la cabeza y le miro un poco asombrada.

—Eric, ¿te das cuenta de que ayer vine a tu casa con un vestido de fiesta?

—Es verdad... Puedo ir a tu casa con la moto y coger algo de ropa. Tardaré menos de una hora si me doy prisa.

—¡Vale! En mi bolso están las llaves... ropa cómoda por favor... —le digo y vuelvo a meterme en la cama. Enseguida me quedo dormida.

Eric

Cojo el vestido de Aria, la ropa interior y las sandalias junto con su bolso y lo meto todo en una mochila. Me visto con ropa cómoda y me voy con la moto a su casa. La verdad es que ahora que lo pienso creo que ha sido una decisión un poco precipitada ir a su casa y elegir su ropa, pero a ella le ha parecido bien y ha confiado en mí, cosa que me hace mucho más feliz aún. Es sorprendente la forma en que se ha relajado al fin. He podido sentir cómo sus barreras caían y siento que ahora, al fin, estoy conociendo a la verdadera Aria. No es una reina del hielo, ni mucho menos. Es una mujer dulce, divertida y encantadora, y cuanto más tiempo paso a su lado, más me fascina.

Surco las calles bastaste rápido, hay tráfico, pero esquivo los coches sin problemas, pensando en ella, flotando en una nube. Llego a su casa, abro la puerta y suspiro con alivio al ver que no me ha saltado la alarma, porque con las prisas no me he dado cuenta de preguntarle el código. Subo a su dormitorio. Estoy un poco nervioso. La verdad es que me gustaría conocerlo mejor, indagar un poco en sus cosas, pero no es lo apropiado. Ella ha confiado en mí, no voy a traicionar esa confianza hurgando en sus cosas personales... aunque la tentación es fuerte. Me dirijo al armario vestidor, donde tiene toda la ropa debidamente ordenada. Hay trajes, vestidos y al final localizo los vaqueros y la ropa de sport. Cojo unos vaqueros y unas mallas. Unas camisetas. Después es el turno del calzado. ¡Madre mía, cuantos pares de zapatos, botas y sandalias! ¡Es increíble! Nunca pensé que una mujer pudiera albergar tal cantidad de calzado diferente en un mismo lugar. Localizo las zapatillas deportivas y cojo dos pares. Ahora es el turno de la ropa interior. No la encuentro en ningún sitio e imagino que la tendrá en la habitación. Salgo del armario vestidor y veo que tiene varios cajones en la habitación, los abro con delicadeza y suspiro. ¡Santo cielo! Esto es increíble, es como una tienda de lencería femenina. ¿Esta mujer se gasta todo su sueldo en ropa, zapatos y ropa interior? Eso sí, debo admitir que tiene un gusto exquisito. No sé qué ropa interior coger, madre mía, es toda muy sexy y solo con tocarla me he excitado. No puedo dejar de pensar en cómo debe lucir en su cuerpo... y lo que es mejor, en quitársela.

«¡Eric, relájate o tu erección no va a bajar ni en un millón de años!», me recrimino.

Suspiro un par de veces para calmarme, aunque no lo consigo del todo. Cojo dos conjuntos de ropa interior... bueno, mejor tres, nunca se sabe, y los

meto todos en la mochila en la que he traído su vestido, el cual he dejado encima de la cama. La verdad es que ayer estaba preciosa y lamento no haberle hecho una foto. Ahora la tendría para siempre. Espero que haya más ocasiones para que lo luzca a mi lado.

Cojo unas cremas del cuarto de baño y las meto también en la mochila, no sé exactamente si será lo que ella necesita, pero no quiero llamarla y despertarla.

Cuando bajo, cojo el perfume que ayer dejó encima de la mesa. Me encanta su olor y me recuerda que es el primero que usó cuando nos conocimos en la entrevista hace dos semanas. ¿Cómo podría olvidarlo? Mi mente vuelve al pasado por un momento recordando aquel instante.

Era el día de mi entrevista de trabajo. Iba nervioso y choqué con ella. Al verla, lo primero que pensé es que era la mujer más preciosa que había visto en mi vida. Por supuesto, le pedí perdón.

—Discúlpame, no te vi.

—Tranquilo, ¿vienes a la entrevista de trabajo? —me preguntó.

—Sí —contesté. Ella también parecía algo nerviosa, así que di por hecho que ella era otra candidata—. ¡Mucha suerte!

Ella me miró con curiosidad. No entendí su gesto, así que seguí hablando.

—Es normal que estés algo nerviosa, pero verás como la entrevista te sale muy bien. Además, una chica tan guapa como tú, tiene todas las posibilidades de conseguir el trabajo. Yo a tu lado no tengo nada que hacer... —concluí.

Ella me miró con calidez, sonrió y me dejó esperando. A los cinco minutos, Margaret me hizo pasar a su despacho. Cuando Aria apareció de nuevo y se sentó frente a mí, quise tragarme mis palabras, pero ella fue muy atenta conmigo, quizás porque fui sincero... o tal vez porque ese choque provocó la química entre nosotros.

Suspiro y vuelvo al presente. Ahora, Aria me está esperando en mi casa, en mi cama. Es increíble todo lo que ha ocurrido en dos semanas.

Tras revisar de nuevo la mochila, la cargo al hombro, cierro la puerta con llave y vuelvo a montarme en la moto para poner rumbo a casa de nuevo.

Al llegar ella sigue dormida, es increíble, no puedo creerme que pueda dormir tanto, pero me gusta, parece feliz y relajada y yo me siento muy

afortunado de ello. La observo durante unos segundos, hasta que decido despertarla acariciando su mejilla.

—Aria, ya estoy aquí —le digo besando despacio sus labios.

—Hola —me dice regalándome una bonita sonrisa—. ¿Lo has encontrado todo bien?

—Sí, aunque tu vestidor parece una tienda de ropa. Tienes vestidos sin estrenar, ¿lo sabías?

Sonríe y asiente.

—Soy adicta a las compras... Me encanta la ropa. El vestido de ayer lo compré un día con Margaret hace casi un año y no lo había estrenado.

—¿De verdad? —le pregunto incrédulo.

—No salgo mucho...

—Eso tendremos que remediarlo —le digo metiéndome con ella en la cama y haciéndola cosquillas.

—¡Eric! —se retuerce —por favor, cosquillas no...

Durante unos minutos lucha contra mí, está desnuda y yo muy excitado por el roce de su cuerpo.

—Dios, Aria, quiero poseerte ahora mismo —le digo porque no puedo más. Este loco juego unido a la excitación que traía de su casa con la lencería ha conseguido ponerme al límite de mi resistencia.

—¿Y qué te lo impide? —me dice.

Me quito los pantalones de chándal y el bóxer. Ella tira de la camiseta, busco un preservativo en la mesilla y con la boca rasgo el envoltorio rápidamente. Es Aria quien lo coloca en mi polla, se sienta encima de mí y lo introduce en su vagina.

—Aria... —jadeo, porque es ella la que se mueve y me está volviendo totalmente loco de deseo.

—¿Qué quieres, Eric? —me pregunta imagino que vengándose de lo de anoche.

—Lo sabes perfectamente...

—Quiero oírtelo decir... —me exige.

—Quiero más... —le ruego.

Pero ella no acelera sus movimientos. Sé que es su vendetta personal y no puedo reprochárselo, aunque le pellizco la nalga a modo de aviso.

—¡Auuu! —se queja.

—Vamos, Aria, dame lo que necesito —le digo.

—Todavía no, Eric —contesta.

Sigue meciéndose despacio, mientras masajeo sus pechos, paso mi lengua entre ellos y le mordisqueo un pezón para castigarla. Ella me muerde el hombro con fuerza.

—¡Joder! —mascullo entre dientes.

—Conmigo no se juega, Eric.

—Aria... —le imploro.

Y esta vez, parece que se compadece de mí y aumenta sus movimientos al mismo tiempo que yo acaricio y lamo sus pechos más rápido. Sus jadeos se acrecientan y noto como ella tensa su espalda. También está al borde del orgasmo. Es entonces cuando me apodero de su boca y con mi lengua recorro todos sus rincones, ella acelera y los dos nos dejamos llevar por el éxtasis del momento hasta que alcanzamos de nuevo el clímax.

Nos tumbamos en la cama. Acaricio su espalda despacio. Aún estamos excitados, nuestros corazones laten acelerados.

—Eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida, Aria.

Noto que su cuerpo tiembla, sé que son unas palabras muy profundas, pero es lo que siento por ella. Sé que la quiero, pero aun no voy a decírselo. No quiero asustarla.

Capítulo 15

Tras una ducha, nos vestimos en silencio. Las palabras de Eric me han afectado bastante, no sé cómo tomármelas. Son preciosas, me tendría que sentir halagada, pero me causan tanto miedo...

—Aria, ¿estás bien? —me pregunta cuando estamos en la cocina preparando un café.

—Sí, claro... —le contesto nerviosa.

—Es por lo que te he dicho después de hacer el amor, ¿verdad?

«¡Vaya! ¡Hacer el amor, dice, encima!», pienso.

«Claro, Aria, eso es lo que haces con él. Ya no follas, porque él no es un becario cualquiera, por él sientes algo más». Ya está de nuevo mi conciencia, pensé que había desaparecido de mi cabeza para siempre.

«¡Ja! Lo tienes claro, guapita».

—Aria, ¿estás bien? Pareces ausente —me pregunta Eric sacándome de mis pensamientos. Si es que a veces parezco una loca.

—Sí, perdona. Por un momento me he quedado en trance. —La verdad es que parecía eso exactamente.

—Te preguntaba si te han molestado mis palabras, parece que desde que las he dicho te has quedado un poco ausente. —Parece cauto al hablarme—. Espero no haberte agobiado, pero es la verdad. Desde que te conozco tengo ganas de vivir.

—Eric... yo...

—Hablo en serio, Aria, estaba perdido y tú me has salvado de mí.

—Eso es muy bonito, Eric. Pero yo no he hecho nada —insisto volviéndome hacia la máquina de café.

—Claro que sí, me has devuelto la vida. Aunque no lo creas.

—Si tú lo dices...

Me agarra y me besa. Le sonrío y le acaricio la barbilla.

—¿Qué te apetece hacer? —me pregunta con ojos brillantes.

—Bueno, si digo sexo quizás parezca una ninfómana, ¿no?

—Un poco, pero no me importaría. Además, tienes que rendirte a mí. Antes te he dejado pero que conste que ayer perdiste la apuesta y durante una semana tendrás que hacerlo.

Abro los ojos como platos y protesto.

—¿¡Qué!? No, guapo. Ayer hicimos un trato, ambos nos estábamos quedando dormidos y decidimos dejarlo en tablas.

—No lo recuerdo... —comenta con una sonrisa pícaro—, de lo único que me acuerdo es de que apoyaste la cabeza en mi pecho y te quedaste dormida mientras yo te observaba. ¡Ah! Que sepas que roncas.

—¿¡Qué!? ¡No es verdad! ¡Hicimos un trato! ¡Eres un tramposo! ¡Y yo no ronco! Como mucho respiro fuerte —le digo burlona.

—¡Ah, vale! A eso se le llama respirar fuerte... —dice con sorna.

—Eres un capullo, ¿lo sabías?

—Un poco, pero has perdido la apuesta, durante una semana te rendirás a mí, preciosa.

—¡Te odio! —le digo con una mirada despectiva.

—¿Segura? No te portes mal, porque puedo hacerte desear mucho un orgasmo, recuérdalo...

Se me suben los colores y le doy un manotazo en el hombro. Creo que me va a hacer sufrir durante esta semana, de eso no me cabe duda.

—¿Salimos entonces a comer por ahí? —me pregunta.

—De acuerdo, pero invito yo —le digo.

—Aria...

—Eric, por favor —le corto—. Tú eres un becario.

—Pero puedo invitarte.

—Déjame hacerlo a mí, ¿de acuerdo?

—Vale —contesta cediendo al fin.

Salimos agarrados de la mano. Me gusta sentirme así. Bromea con lo que va a hacerme cuando regresemos y no hago más que darle golpes en el hombro, porque sé que va a cumplir con sus amenazas.

—Aria, tienes la mano muy suelta —me dice cogiéndola la última vez.

—Bueno, y tú la lengua.

—Vaya, ¿sabes? Quizás puedas utilizar esa mano para otra cosa mejor... mientras yo uso la lengua, ¿no crees?

—Seguro que podemos darles mejor utilidad, sí.

Comemos en un restaurante al que él me lleva. No es muy lujoso, pero la comida es muy buena. Por la tarde, decidimos dar un paseo por el Flushing Meadows-Corona Park hasta casi las ocho de la noche. Regresamos andando hasta su casa, charlando animadamente, divertidos y acaramelados, pero de pronto, cuando estamos llegando, su rostro se ensombrece y se frena bruscamente.

—Aria, coge un taxi y vete a casa —me dice de inmediato.

—¿Qué pasa, Eric? —pregunto alarmada.

—Hazme caso, Aria. Por favor.

—¿Por qué?

—Aria, es peligroso. En cuanto pueda iré y te lo explicaré, pero por favor, ahora vete a casa.

Dudo por un momento. Hay dos tipos como dos armarios empotrados en la puerta de su portal. Nerviosa, me doy media vuelta en dirección a la parada de taxi más cercana. No quiero dejarle solo. No sé qué es lo que está pasando ni por qué me ha dicho que me vaya, pero presiento que nada bueno va a pasar. Tengo miedo, pero hago lo que me dice: tomo un taxi y me voy a casa.

Me doy cuenta de que no tengo llaves cuando llego a la puerta: las he dejado en su apartamento. Menos mal que tengo una escondida debajo de una maceta. Sé que no es nada normal hacer eso, pero alguna vez me las he olvidado en la oficina y son veinte minutos en taxi, por lo que está bastante bien escondida. Tengo alarma, aunque cuando entro me doy cuenta de que el viernes no la activé con los nervios de la noche.

«¡Claro! ¿Cómo si no habría entrado Eric a casa esta mañana si no le diste el código, guapita?».

Soy un desastre, y ahora estoy aterrada pensando en qué puede pasarle a Eric. No quiero llamarle, porque imagino que cuando solucione lo que tenga que solucionar, él me llamará, ¿o no? Pero no consigo tranquilizarme y no dejo de pensar en todo tipo de horribles posibilidades.

Pasan los minutos y parecen horas, no tengo noticias de él y comienzo a exasperarme.

—No tendría que haberme ido —digo en voz alta—, o debería haber llamado a la policía.

¡Mierda! ¿Por qué no llamo a Clark? No lo sé, pero quizás Eric no quiera meter a la policía en esto, dijo que él lo arreglaría.

Durante más de una hora deambulo por el salón dando vueltas a las posibles soluciones. Miro el teléfono, dudo por un momento, ¿debería llamarle? Pero al final, nerviosa, me subo a la habitación y me tumbo en la cama.

Dijo que vendría a casa. Tengo que confiar en él, así que es lo que voy a hacer, sí. Confiar en él.

En la cama, intentando dormirme, con la cabeza embotada, espero a Eric, pero no tengo noticias. Miro el móvil constantemente y aguzo el oído por si

oigo pasos cerca de la puerta. Los nervios me pueden y al final me echo a llorar, desconsolada, hasta quedar exhausta.

El sonido del timbre me despierta, son las tres de la mañana. Me levanto como un resorte. Ni siquiera me quité la ropa que llevaba puesta. Bajo descalza y abro la puerta agitada. Al verle con la cara ensangrentada mi corazón se detiene.

—¡Eric! ¿Qué te ha pasado? —exclamo.

—Aria, estoy bien —dice él con el rostro muy serio.

—Pero...

—Son solo unos golpes —dice, pero casi no puede andar. Creo que le han pegado una paliza.

Con el corazón en un puño le ayudo a entrar en casa, le acompaño al dormitorio y le quito la camiseta que está llena de sangre, sujetándole mientras se recuesta. Veo su cuerpo lleno de moretones y me dan ganas de llorar otra vez.

—Eric...

—Aria, no es nada, de verdad —dice al ver mi cara de preocupación.

—Tienes la cara inflamada y el cuerpo magullado. ¿Cómo que no es nada? Dime qué ha pasado.

Se hace el silencio y me aparto de él. No puede presentarse así y no darme ninguna explicación. Si no va a contarme nada, será mejor que se vaya de mi casa.

—Eric, por favor.

—Es... complicado —dice cabizbajo.

—Necesito la verdad. Esta mañana me dijiste que era lo mejor que te había pasado en la vida. Creo que tú y yo hemos comenzado algo, Eric. Necesito que seas sincero conmigo, necesito confiar en ti si quieres que esto continúe.

Él suspira profundamente y se pasa la mano por el pelo, como si estuviera enfrentándose a una situación terrible. Finalmente, empieza a hablar.

—Yo..., mucho antes de conocerte, en mis tiempos malos, era un jugador compulsivo de póker, pero estuve rehabilitándome. De hecho, hacía seis meses que no jugaba.

—¿Y entonces qué ha pasado?

—Pasó que soy un capullo, Aria. Que la semana pasada, cuando vine a tu casa, me cegaron los celos. Pensé que estabas con otro hombre y ya no

razoné, me fui a un garito y comencé a jugar de nuevo y perdí mucho dinero...

—¿Cuánto, Eric?

—No importa, Aria...

—A mí sí, porque es culpa mía.

—No es culpa tuya, cariño —me dice, incorporándose, dolorido, y acercando su mano para tocarme—. La culpa es solo mía.

—¿Cuánto, Eric?

—Diez mil dólares.

—¡Esa es una suma muy alta! —le digo nerviosa.

—Lo sé, pero lo arreglaré...

—Tengo dinero, Eric. —Me arrodillo a su lado y le cojo de la mano, pero él niega—. ¡Escúchame! Yo puedo dártelo. No quiero que te pase nada.

—No, Aria. No aceptaré tu dinero.

—¿Por qué?

—Porque es fruto de tu trabajo, no me sentiría cómodo aceptándolo.

—Eric, no seas cabezota —replico tensa como una cuerda—. El dinero no importa, si te pasara algo, yo...

—¡Shhhh! No va a pasarme nada. Ahora acuéstate a mi lado, cariño.

Me tumbo junto a él intentando no hacerle daño. Me acerco y le beso en los labios despacio.

—Te quiero, Aria —susurra acariciándome el cabello para que me calme.

—Eric... —le digo nerviosa.

—No lo olvides.

Poco a poco, después de todo lo ocurrido, consigo quedarme dormida entre sus brazos.

Al despertarme, no está en la cama. Imagino que se ha levantado a tomarse algo. Tiene que dolerle todo el cuerpo. Bajo a la cocina, pero no está. Encima de la mesa hay una nota. La cojo de inmediato, con el corazón acelerado.

Aria, como te dije ayer, eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida y por eso esta es la decisión más dura que he tenido que tomar.

Sé que dijiste que tú me darías el dinero, pero no puedo aceptarlo, no me sentiría cómodo dejándote sin ahorros por una mala decisión, porque no he sabido gestionar mi ira.

Antes de que te fueras a tu casa hablé con mi padre. Él pagará mi deuda, pero a cambio yo tengo que pagar un precio, y eso supone irme de Nueva York por un tiempo para dirigir sus negocios. Voy a hacer todo lo posible para regresar, porque te quiero, porque sin ti mi vida está vacía, Aria. Me salvaste de mí, y necesito que vuelvas a salvarme.

Te quiero, Aria. Nunca lo olvides.

Cuando termino de leer la nota, mi cuerpo se dobla y caigo de rodillas al suelo, llorando como nunca antes he llorado. El dolor amenaza con romperme el corazón en dos.

Jamás pensé que unas palabras pudieran hacerme tanto daño. Nunca creí que alguien me causaría más dolor que Taylor, pero Eric ha conseguido superarlo.

Me he dado cuenta de que yo también le quiero, y ahora me ha dejado. Al principio solo sufro, me duele saber que se marcha cuando al fin había conseguido ilusionarme, empezar a amar de nuevo. Pero poco a poco, el dolor se transforma en ira. Ha tomado la decisión sin contar conmigo, sin hablarlo, sin consultarme... Me ha ninguneado. Ha decidido que debemos sufrir los dos, así sin más. Se ha marchado sin aceptar mi dinero, y todo por... ¿dignidad? No, lo suyo no es dignidad. Es orgullo.

—¡Maldito seas! —exclamo arrojando el papel al suelo.

Durante horas estoy en la cocina, llorando hasta que mi teléfono suena. No sé por qué motivo pienso que es él, que quizás se ha arrepentido de la decisión que ha tomado, pero es Steven y le cuelgo. Insiste, y de nuevo cuelgo.

Subo a la habitación y me tumbo en la cama, desconectando el teléfono. Creo que no tengo más lágrimas que derramar. De nuevo he vuelto a meter la pata, me he vuelto a enamorar de la persona equivocada. Steven tenía razón. Lo peor es que tendré que aguantar su sermón.

Como si los astros me escucharan, unos golpes en la puerta me avisan de que hay alguien abajo, pero me da igual, no estoy para nadie. Insisten, pero yo no hago caso.

Al cabo de cinco minutos, oigo cómo abren la puerta y me encuentro a Debra y Steven en mi habitación. Claro, ellos tienen una llave para las emergencias.

—¿Qué coño te pasa, Aria? ¿Por qué no abres la puerta? —dice Steven malhumorado.

Debra, al verme con la cara enrojecida y llena de lágrimas, frena a su marido.

—Steven, vete de aquí, haz el favor.

Él se marcha no muy convencido.

—Cariño, ¿qué ha pasado?

—Se ha ido —le digo—. Eric me ha dejado...

—Cielo, ¿qué ha pasado?

—Ya sabía yo que no saldría bien... —oigo a Steven desde el otro lado de la puerta.

—¿Quieres hacer el favor de callarte la boca? —le recrimina Debra enfadada—. Cielo, no le hagas caso, estaba muy preocupado y ya sabes que cuando se altera, no razona.

Le entrego la carta que Eric me ha dejado, arrugada y húmeda de lágrimas, y ella la lee con detenimiento. No puedo explicarle todo lo que ha pasado porque no me siento con fuerzas.

—Vaya, cariño. Lo siento mucho... Quizás él también lo esté pasando mal, no creo que sea una decisión fácil la que ha tenido que tomar. A veces tomamos decisiones pensando en lo que es mejor para todos, aunque nos equivoquemos.

—No es cierto, él ha decidido sin contar conmigo —le digo entre lágrimas.

—Lo sé... A lo mejor el destino os vuelve a unir, eso nunca se sabe.

—No lo creo. Esto no se lo perdono —digo acerbamente.

Debra me observa sorprendida.

—¿Por qué?

—Por todo el dolor que estoy sintiendo y que voy a sentir. No pienso olvidarlo. Después de lo de Taylor, juré que no permitiría que otro hombre me hiciera daño y él lo ha hecho. Es la última vez —resuelvo con rabia.

—Lo siento, mi niña. Ahora descansa. ¿Quieres que me quede contigo?

—No, gracias, Debra. Estaré bien.

—Como quieras. Pero esta noche te llamaré y mañana no quiero que vayas a trabajar, porque tú y yo vamos a irnos unos de días a la casa de Bear Mountain.

—Debra, la necesito... —interviene Steven.

—Mira, Steven, búscate la vida, pero Aria y yo nos vamos a ir unos días de vacaciones te guste o no, para desconectar —exclama Debra mirando por encima de su hombro, con una firmeza que me sorprende—. Así que hazte a

la idea.

—¡Está bien! —contesta resignado.

A mí nadie me pregunta y la verdad es que no sé si quiero o no. Ahora mismo no me importa nada, solo deseo que todo esto sea un maldito sueño, despertarme y que Eric no haya existido nunca.

Debra y Steven se marchan. Me tumbo en la cama y lloro de nuevo desconsoladamente hasta que creo que ya no tengo más lágrimas en los ojos y me quedo dormida.

A las diez de la noche aparece Debra de nuevo con algo de cena.

—Cariño, tienes que cenar. Estoy segura de que no has probado bocado alguno en todo el día.

Tiene toda la razón, pero no tengo hambre.

—Debra, yo...

—Lo sé, cielo. Sé que no quieres nada, pero un poco de caldo, al menos...

Lo intento, aunque en el momento en el que ingiero algo, mi estómago lo expulsa con la misma facilidad. Debra me acompaña al baño, permanece conmigo hasta que me siento mejor y después me ayuda a acostarme en la cama. Hace la maleta por mí y me dice que no me preocupe, que todo pasará. Lo cierto es que me cuesta creerla, me siento como si la vida me hubiera atropellado. Al final, en lugar de alojarnos en su refugio de montaña nos vamos a un hotel. Ha contratado unos tratamientos corporales que nos van a dejar como nuevas.

Se queda conmigo esa noche, acostada a mi lado, mimándome, consolándome cada vez que me despierto llorando.

Por la mañana me ayuda a asearme y a vestirme como si fuera una niña. La verdad es que es como una madre para mí. Doy gracias de tenerla cerca. Porque al igual que la vez que Taylor me dejó, me trata y me cuida maravillosamente.

Me monto en un coche con ella, me recuesto y durante el tiempo que dura el trayecto hasta nuestro destino, me quedo dormida.

Al llegar me dejo llevar por ella, la sigo dócilmente y trato de volver a la realidad, pero todo parece haberse desmoronado, incluso mi propia vida.

—Aria, todo saldrá bien, ya lo verás. Olvidarás a Eric, como te olvidaste de Taylor y estoy segura de que encontrarás a un hombre maravilloso que te sepa valorar y querer como tú te mereces —me dice cuando nos instalamos en la habitación.

Pero yo no estoy tan segura. Porque esta ha sido la última vez que le abro mi corazón a un hombre. Jamás volveré a hacerlo.

Capítulo 16

La semana pasa en compañía de Debra, que se preocupa por mí en todo momento. La verdad es que los tratamientos, masajes y cuidados que nos procuran en el spa hacen que todo sea bastante más llevadero, pero las noches son muy complicadas. No sé por qué tengo la esperanza de que Eric me llame o me escriba, pero no hay ninguna señal de él y al final me duermo siempre con lágrimas en los ojos.

El domingo por la mañana regresamos de nuevo. Steven está en mi casa esperándonos. Parece más tranquilo y calmado.

—¿Cómo estás, Aria? —me pregunta.

—Regular...

—Todo va a salir bien, ya lo verás —me dice estrechándome entre sus brazos.

Eso me reconforta, que haya decidido apoyarme en lugar de seguir haciéndome reproches es una agradable novedad.

—Steven, lo siento...

—Aria, el que lo siente soy yo. No me he comportado bien contigo. Sabes que tanto Debra como yo te queremos como si fueras nuestra hija, nos duele verte así.

Vuelvo a abrazarme a él.

—Yo también os quiero —digo con lágrimas en los ojos—. Sois como mi familia.

—Te juro que si vuelvo a cruzarme con ese malnacido, le mato.

—Steven... —le recrimina Debra.

—Aria, tómate todo el tiempo que necesites —termina él.

—No, mañana volveré a trabajar. Necesito tener la mente distraída, Steven, si no me volveré loca.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Como quieras... Si quieres venir a casa unos días, sabes que también puedes hacerlo.

—Cuanto antes vuelva a mi vida, antes lo olvidaré.

—¡Esa es mi chica! —exclama Debra.

Me ayudan con el equipaje y pasan el resto del día conmigo hasta casi las

nueve de la noche. Tras una cena ligera, se marchan a casa.

De nuevo en la soledad de mi casa, el llanto se apodera de mi ser.

«¡Mañana ni una lágrima más, Aria!», me digo a mí misma.

Voy a intentarlo con todas mis fuerzas, aunque sé que va a ser duro. Eric ha dejado en muy poco tiempo una huella muy profunda en mi corazón y estoy segura de que será muy difícil de borrar.

Un nuevo día comienza, uno en el que tengo que afrontar de nuevo la realidad. Eric no está, hoy no le veré en la oficina. Eso me alivia tanto como me desespera. Llego temprano, saludo al portero y cuando el ascensor se abre en mi planta, sin querer, dirijo la mirada hacia su puesto de trabajo. Trago el nudo que se ha formado en mi garganta. Es más duro de lo que esperaba.

Despacio me dirijo hacia mi despacho, me siento y suelto el aire contenido. Quiero llorar, pero no me lo permito.

«No, aquí y ahora, no más lágrimas, Aria», me obligo mentalmente.

Enciendo el portátil y comienzo a leer el correo, pero no me concentro. Decido poner algo de música para ver si así consigo hacerlo. *Scared to be lonely* de Martin Garrix con Dua Lipa comienza a sonar y su título parece decirme algo: yo sí tengo miedo de estar sola, quizás por eso me he aferrado a Eric tan deprisa. ¿Por qué si no me he enamorado de él tan rápidamente? No tiene sentido que en poco más de dos semanas puedas enamorarte de alguien sin apenas conocerlo.

Termina la canción y comienza una de Selena Gómez, *Kill em with kindness* y sonrío, me gusta mucho su letra.

Así, escuchando música, consigo concentrarme un poco y dejar de pensar en Eric. Hasta que llega Margaret, con el café, el *bagel* y esa pregunta que me mata:

—Hola, cielo, ¿cómo estás?

—Buenos días, Margaret. Pues no voy a mentirte, regular...

—Me imagino, cariño. Pero lo superarás, eres una mujer muy fuerte. Steven me dijo que se había ido, pero no entiendo muy bien por qué. Cuando estés preparada, ¿me lo contarás?

—Claro, pero aún no puedo...

—Lo sé, cielo. Ahora vamos a trabajar. Aunque imagino que necesitarás un ayudante.

—No sé si quiero sustituirlo —digo, porque no estoy dispuesta a poner a otro hombre en su lugar. El juego de los becarios ya no me atrae lo más

mínimo.

—Ya me imagino, por eso quiero proponerte algo. —Hace una pausa meditando lo que va a proponerme y continúa—: La hija de una amiga acaba de terminar la carrera, es joven, tiene veintidós años. Sé que es novata y es mujer, que no es tu estilo, pero quizás...

—Dile que venga esta tarde a las cuatro, pero no te prometo nada. Si no es espabilada...

—Lo sé, Aria. Gracias.

Margaret sonrío y sale del despacho. Durante toda la mañana intento concentrarme, pero no lo consigo. Desesperada, salgo en varias ocasiones a tomar café. Mis ojos buscan sin quererlo su cubículo vacío y mi corazón se resquebraja un poco más. Por más que intento comprender lo que ha ocurrido, no lo entiendo. Yo hubiera aceptado su ayuda si hubiera estado en su lugar. Habría intentado que saliéramos del problema juntos, no me habría largado alejándole de mi vida.

Desesperada, le propongo a Margaret salir a comer. No le doy muchos detalles, le enseño la carta que llevo conmigo. No sé por qué me aferro a ella, pero creo que es una forma de tener claro que me ha hecho daño.

«Y también de recodar sus últimas palabras: que te quiere, que no le olvides», me recuerda la traicionera de mi conciencia.

—Cariño, no sé qué decirte —expone un poco emocionada Margaret—. Creo que te quiere, que tenía que tomar una decisión y que no quería sacrificar tu dinero. Quizás se haya equivocado, pero te sigue queriendo y lo hará siempre... como tú a él.

—Yo no voy a quererle siempre o, al menos, voy a intentar no hacerlo. Le odio, porque me ha destrozado la vida, Margaret. Me ha hecho quererle en tan poco tiempo que ahora no sé cómo voy a olvidarlo.

—De eso se trata, Aria, de que no lo olvides.

—Pero quiero olvidarlo, necesito olvidarlo y pasar página.

—No sé, cariño. Creo que volverá.

—Me da igual, ya será tarde...

—¿Tú crees?

—Sí, lo será. Y ahora si no te importa, háblame de la hija de tu amiga, necesito cambiar de tema y dejar de pensar en él.

Margaret suspira un poco exasperada. No sé por qué se empeña en que no le olvide después de lo que me ha hecho.

Comienza a comentarme que la muchacha ha sido una alumna ejemplar y

que su familia es humilde, que necesita el trabajo para poder pagar los créditos de la carrera. Sé de qué me habla. Durante los primeros años de mi trabajo yo estuve en la misma situación debido a la pérdida de la empresa de mi padre. Aunque me concedieron una beca, tuve que pagar mi carrera porque no me llegaba para todo. Creo que voy a darle una oportunidad, la tendré a prueba, a no ser que la impresión al conocerla sea mala.

Tras la comida, regresamos a la oficina. Me pongo a trabajar y a las cuatro una joven un tanto estafalaria, pues su ropa está un poco desfasada —apostarí a que el traje de falda y chaqueta es de su madre—, aparece acompañada de Margaret.

—Aria, esta es Lisa Miller. Lisa, esta es la señorita Aria Young.

—Un placer conocerla, señorita Young —me saluda apocadamente.

—El placer es mío, señorita Miller. Tome asiento, por favor. Margaret, gracias.

Margaret sale de mi despacho.

—Lisa, ¿te importa que te tutee? —le digo.

—No, por supuesto —responde con una tierna y tímida sonrisa—. Le he traído mi currículum. No tengo experiencia en el puesto, pero estoy dispuesta a trabajar duro.

—Una buena actitud, sin duda.

Cojo el currículum, lo leo rápidamente al no ser muy extenso y la miro. No está nerviosa, y eso me gusta.

—Lisa, te seré sincera: lo que yo busco es a alguien competente, con ganas de trabajar y, por supuesto, que no se vaya a la primera de cambio. Es decir, que cuando vea dificultades, las afronte. —Quizás eso lo he dicho por Eric, pero ella no lo va a entender—. Aquí no pagamos las horas extra, pero tendrás que hacerlas igualmente. El contrato inicial será de seis meses en prácticas con la posibilidad de que, al finalizar, pueda hacerse un contrato indefinido, pero no es algo seguro. En la mayoría de los casos la empresa decide prescindir de vuestros servicios. Te lo digo porque quiero dejarte claro todo antes de empezar. No quiero malentendidos, soy una persona sincera y me gustan las cosas claras. Siempre dependerás de mí, en exclusiva, a no ser que Steven, que es mi jefe, requiera de tus servicios. Solo en ese caso yo no tendré ninguna objeción sobre el trabajo que realices, pero ninguna otra persona puede mandarte tareas u otros servicios, aunque seas una becaria, ¿lo entiendes? —Hago mi explicación con tono claro pero suave. Ella asiente—. Por lo demás, no tengo nada más que decirte. Si te parece bien, comenzarás

mañana por la mañana, a las ocho. Iremos viendo qué tal te desenvuelves.

La muchacha abre los ojos con sorpresa. Supongo que esperaba que le hiciera alguna pregunta.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—Gracias, señorita Young, por esta oportunidad —dice muy emocionada—. No se arrepentirá.

—Eso espero.

Me tiende la mano y yo se la estrecho. Ella sale del despacho casi dando saltos de alegría y yo suspiro. Sé que Lisa no le va a llegar a Eric ni a la suela del zapato, pero tengo que pasar página y estoy segura de que me vendrá bien cambiar mis hábitos y comenzar una nueva vida. Esta vez con becarias en lugar de becarios.

A las siete de la tarde, cuando Margaret se marcha, decido poner fin yo también a mi poco provechoso día. Llamo a Debra y paso por su casa. No quiero ir a la mía aún. Sé que me pondré a llorar y no es lo que más necesito en estos momentos, por lo que ceno con Steven y con ella. Al menos estoy distraída. Al concluir, Steven me acerca a casa.

—Steven, dime algo... —le digo a medio camino cuando no aguanto más el silencio entre los dos.

—¿Qué quieres que te diga, Aria? ¿Que te lo advertí?

—No lo sé... —le digo con las lágrimas a punto de salir de mis ojos.

—Aria... —suaviza el tono de su voz—. No se lo merece... Ningún hombre se merece que derrames más lágrimas. ¡Joder! Yo solo quería protegerte, no te lo dije para que sufieras, ni para hacerte daño. Solo quería que no cometieras el mismo error. Pero eres una mujer enamoradiza, no ves más allá, y a veces los hombres son unos verdaderos canallas. Pero bueno, el daño ya está hecho. Ahora toca superarlo y seguir adelante. Estoy seguro de que encontrarás al adecuado, tienes un gran corazón, Aria. Uno que no te cabe en el pecho.

—Uno destrozado, que no creo que pueda volver a amar... —le digo.

—Eso no lo creo. Ahora está dolido, pero se volverá a recomponer, ya lo hizo una vez y volverá a hacerlo. Lo sé porque eres la mujer más fuerte y luchadora que conozco. Eres mi chica —añade con ternura.

En mi estado, esas palabras hacen que esté a punto de llorar otra vez.

—Gracias, Steven, por todo. Sabes que eres como un padre para mí, mi segundo padre. Yo siempre digo que soy afortunada porque tengo dos padres

y dos madres.

—Lo sé, Aria, lo sé.

Estaciona el coche, me acompaña hasta la puerta y me besa en la frente.

—Descansa, Aria.

—Gracias, Steven.

Me doy una ducha, me pongo el pijama. Recuerdo las palabras de Steven y me digo a mí misma que no voy a seguir llorando por él. Me tumbo en la cama y lo intento, de veras que lo intento, pero no puedo. Mis ojos se niegan a hacerlo y se humedecen de inmediato.

Tengo que tomar unos calmantes para conseguir conciliar el sueño, pero al final consigo, a altas horas de la noche, dormir algo.

A las seis de la mañana mi despertador me recuerda que la vida sigue, no para por mí ni por nadie. Me desperezo, me levanto y me visto, quizás últimamente un poco más clásica y menos provocativa de lo habitual. Me preparo, tomo mi café y a las siete y cuarto me encuentro en el *hall* a Lisa. El portero no la deja entrar.

—Señorita Young, lo siento, esta mujer me dice que viene a trabajar, pero no la tengo en la lista.

—Disculpa, ha sido un error mío. Ayer se me olvidó avisarte, ahora mismo llamo a personal para que te pasen sus datos. Lisa, lo siento.

—No pasa nada, señorita Young.

—Aria, llámame Aria —le digo. No sé por qué razón tengo la necesidad de cambiar las normas con ella, cosa que no he permitido al resto de becarios, incluido a Eric. Supongo que porque la veo tan joven e insegura que me dan ganas de protegerla.

—¿Está segura?

—Claro. Y por favor, tutéame como yo lo hago contigo.

—Está bien, Aria.

—Así mejor. Acompáñame, te enseñaré un poco las oficinas ahora que están desiertas y comenzaremos a trabajar juntas. Me gusta que hayas decidido venir antes, eso dice mucho de ti.

—No sabía muy bien la combinación del metro y además no me gusta llegar tarde, la verdad.

—Perfecto. —La miro con una sonrisa satisfecha pero mi mirada pronto se desvía hacia su atuendo—. Una cosa más, y perdona mi intromisión, ¿no tienes una ropa un poco más... alegre?

Lleva una falda parecida a la de ayer solo que de otro tono, y una camisa abrochada hasta el cuello estilo años sesenta. La americana diría que es la misma que la de ayer.

—La verdad, señorita Young...

—Aria —la interrumpo.

—Aria, sí, disculpe, es que no me acostumbro... La ropa es de mi madre, yo no tengo ropa de oficina, esperaba poder comprar algo cuando cobre mi primer sueldo, pero hasta entonces... —Enrojece y me doy cuenta de que se siente humillada—. Lo siento, qué vergüenza.

—No te preocupes —digo apoyando la mano en su hombro con calidez—. Haremos una cosa: cuando terminemos esta tarde vas a venir a mi casa. Tengo algo que quizás pueda valerte...

—Señorita Young... —me dice un poco nerviosa.

—Aria —le replico.

—¡Perdón! —dice un poco acobardada.

—Tranquila. Es normal.

—No puedo aceptar la ropa...

—Considéralo un pago por las horas extra que no te va a pagar la empresa.

—Pero...

—Lisa, por favor —digo tajante.

—De acuerdo.

Le enseño la oficina y le asigno una mesa diferente a la de Eric. No quiero que se siente en su sitio. No sé por qué motivo, pero ese siempre será el suyo.

Después me acompaña al despacho y le explico un poco el funcionamiento de la empresa, qué es lo que hacemos, a qué nos dedicamos y cuál será su trabajo.

La mañana transcurre rápida. Lisa pone especial dedicación, se nota su inexperiencia pero se esfuerza en ser eficaz, es resolutiva y pregunta bastante para tenerlo todo claro.

Después, Margaret, Lisa y yo salimos a comer, y al regresar decido asignarle un pequeño trabajo, nada difícil, para ponerla a prueba.

—¿Cómo la ves? —me pregunta Margaret al pasar a la oficina trayéndome un café.

—La chica muestra interés. Es un punto a su favor. A ver qué tal se desenvuelve. Le he dado su primer trabajo.

—Espero que responda bien. Me dolería mucho habértela recomendado y que saliera mal.

—Tranquila, Margaret, seguro que funciona bien.

Lisa aparece después de una hora un poco agobiada. Imagino que no le ha ido bien con el trabajo asignado.

—Aria, perdona, tengo algunas dudas...

—Ven, siéntate —le digo con amabilidad—. Dime cuáles son.

Me explica un par de cosas que no entiende y sonrío. Tiene casi todo el trabajo hecho y no lo ha desarrollado del todo mal.

—Bueno, Lisa, esto está bastante bien. Enhorabuena.

—No, aún no está acabado, Aria —dice un poco enfadada.

—Vale, pero lo que has planteado me gusta.

No dice nada, se queda pensativa, anotando todo lo que le digo y sale del despacho. En media hora, regresa.

—Ahora ya está terminado.

Me lo entrega, lo reviso y sonrío.

—Perfecto, Lisa. Enhorabuena.

—Ahora sí que acepto tus halagos. Gracias —dice sonriendo.

La miro apreciativamente.

—Me gusta tu actitud.

En ese momento Margaret nos interrumpe.

—Aria, Lisa, yo ya me voy. Hasta mañana, chicas.

—Hasta mañana, Margaret —decimos las dos al unísono y sonreímos.

—Creo que nosotras por hoy también deberíamos irnos. Además, tenemos que renovar tu vestuario —le recuerdo.

—Aria, de verdad, no hace falta —me dice un poco azorada.

—Sí hace falta, eres una chica preciosa, hazte valer y dale algo de alegría a esta oficina. Estoy segura de que mañana los hombres jóvenes te verán de otra manera —le digo con una sonrisa ladina.

—No he venido aquí a ligar, Aria —me contesta un poco incómoda.

Yo me siento mal al instante.

—Lo sé, Lisa. Era una pequeña broma. Perdona, no era mi intención molestarte. Últimamente no tengo mucha gracia, acabo de pasar por una ruptura —me justifico, mostrando una sonrisa amarga—. Espero que puedas disculparme.

—¡Oh, Aria! ¡Lo siento! —exclama con pesar, cambiando su gesto.

—Tranquila, no pasa nada —repongo—. Si no quieres la ropa, Lisa, lo

entenderé. Solo quería ayudarte. De verdad, no era mi intención ofenderte con mis comentarios.

—No, no es eso... de veras, no me has ofendido. No es que no quiera la ropa, es que... me parece un poco abusivo aceptarla —reconoce.

—Créeme, me harías un favor —añado con una sonrisa.

—Bueno, pero solo un par de cosas —contesta tímidamente.

Sonrío, no serán un par, pero de momento me conformo con que haya aceptado. Me sigue y nos montamos las dos juntas en el taxi que nos lleva hasta casa.

—¿Puedo preguntarte algo? —le digo.

—Claro.

—Margaret me dijo que estás pagando los créditos de tu carrera.

—Así es, somos tres hermanos y mis padres no pueden permitirse costear la carrera a los tres, por eso necesito el trabajo. Y también por eso he aceptado lo de la ropa —admite avergonzada—. En el fondo sé que tampoco voy a poder permitirme comprarme algo decente con el sueldo que cobre.

—Me alegro, Lisa. Porque quiero ayudarte.

—¿Por qué? —me pregunta curiosa. Yo sonrío.

—Porque, aunque te parezca que soy una pija que tiene mucha ropa cara, conozco muy bien tu situación. No tengo más hermanos, pero yo tuve que pagar también mi carrera cuando empecé a trabajar. Después la vida me ha ido bien y tengo un puesto de ejecutiva con el que poder costearme mis caprichos, eso es cierto. Pero he tenido que trabajar duro, y aunque es cierto que Steven es un amigo de la familia, si estoy aquí es gracias a mis logros profesionales. Yo también comencé como becaria y he ido ascendiendo gracias a mi esfuerzo.

—Eso es inspirador.

Despertar la admiración de la joven Lisa me reconforta por dentro. Desearía poder ayudarla de verdad, no solo con la ropa: enseñarle cómo es este mundo, tutelarla, ser su mentora y mostrarle los puntos de vista que solo una mujer puede comprender.

—No todo el mundo lo sabe, algunos piensan que soy una enchufada. En parte me da igual lo que piensen de mí, nunca me ha importado mucho, pero es verdad que a veces, cuando la gente habla, me gustaría gritar.

—A la gente le gusta mucho hablar, es más fácil criticar que conseguir algo por uno mismo.

—La verdad es que sí.

Llegamos a mi casa, Lisa me mira y sonrío.

—Es una casa muy bonita, me la imaginaba así, la verdad.

—¿Esnob? —le pregunto con humor.

—No, para nada. Te pega mucho, Aria, pero no es esnob, en serio.

Es una casa moderna, nada cargante, yo nunca la he considerado esnob, pero es la primera vez que se la muestro a alguien como Lisa y no me gustaría que se llevara mala impresión.

Entramos y dejo mis cosas encima de la mesa. Ella me sigue hasta mi habitación observando cada detalle.

—Vamos arriba —le indico.

Cuando entramos en mi habitación, puedo observar que abre sus ojos y lo mira asombrada.

—¿Te gusta?

—Es una habitación preciosa, Aria. Tienes un gusto exquisito. Me encantaría tener una casa como la tuya. Es el sueño de cualquier mujer, te lo aseguro.

—Pues no has visto el vestido... —le digo. Porque creo que de verdad es el sueño de cualquier mujer, por lo menos, es el mío.

La cojo de la mano y cuando entramos los ojos de Lisa se iluminan.

—¡Madre mía, Aria! Tienes razón, esto sí que es un sueño.

Sonrío, feliz de verla tan entusiasmada. Me siento como el hada madrina de la Cenicienta.

—¡Elige lo que quieras, Lisa! Todo lo que esté sin estrenar y te valga, es tuyo.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Estás loca! —exclama poniéndose las manos en la cara.

—De verdad, Lisa. Tengo un problema, a veces compro sin pensar. Creo que soy compradora compulsiva. Y luego hay cosas que no me pongo. Tengo ropa que hace al menos un año que he comprado, te lo aseguro.

—Pero Aria... No puedo llevarme lo que quiera... es demasiado, y todo esto es muy caro...

—Claro que sí, piensa que estás en uno de esos programas de televisión en los que entras en una tienda y te dan la oportunidad de llevarte todo lo que puedas en una hora, por ejemplo —expongo risueña.

Ella ríe conmigo.

—¡Estas rematadamente loca!

—A lo mejor sí. Pero de verdad, Lisa, mira —le digo descolgando un

vestido con una americana a juego, poniéndoselo encima de su cuerpo—. Te quedaría genial.

—No puedo aceptarlo, Aria —dice al ver el precio, que aún cuelga de la etiqueta—. Cuesta un ojo de la cara...

—Venga, Lisa. No voy a ponérmelo y se va a morir de asco aquí en mi vestidor. A ti te va a quedar perfecto. ¿Qué bien le va a hacer a nadie aquí encerrado?

Mis argumentos parecen convencerla.

—Está bien, pero solo este.

—Y este otro —Antes de que mire el precio tiro de la etiqueta para que no lo vea.

—Aria...

—Vamos a hacer un trato: cuando seas rica, me pagas unas vacaciones al Caribe y arreglado.

Ambas estallamos en risas y sigo sacándole un par de vestidos y dos trajes de pantalón y chaqueta.

—Aria, te estás pasando. Es mucha ropa. Ni siquiera sé cómo voy a llevarla a casa en metro.

—Tranquila, te pagaré un taxi hasta casa.

—Eso sí que no.

—Lisa, no puedes llevar toda esta ropa en el metro. ¿Y si te roban? Yo me encargo del taxi y no se hable más.

Lisa intenta defenderse pero finalmente me salgo con la mía. Le doy un buen montón de trajes y zapatos y llamo al taxi para que la lleve a casa. Ella se despide de mí con un cálido abrazo.

—Gracias, Aria. Te prometo que no te defraudaré.

—Lo sé, Lisa.

La saludo con la mano mientras el coche se aleja. Creo que la he hecho la mujer más feliz del mundo y lo que no sabe es que a mí también me ha hecho inmensamente feliz. La verdad es que las dos hemos disfrutado muchísimo. Y lo mejor de todo es que no he pensado ni un segundo en Eric.

Capítulo 17

Trabajar al lado de Lisa ha resultado ser la medicina perfecta para mi resquebrajado corazón. Me ayuda mucho a no pensar en Eric. Aunque no es tan buena como él en su trabajo, pone mucho interés y pregunta muchas cosas para aprender y mejorar. Steven está contento con ella y al ver que poco a poco voy dejando atrás el pasado, sonriendo de vez en cuando y recuperando los ánimos, sé que al menos se siente satisfecho de que la haya contratado.

Ya han pasado dos meses y he tomado una decisión: hoy voy a volver al club. No me he sentido con fuerza suficiente hasta ahora para tener contacto con ningún hombre, pero creo que ha llegado el momento de pasar página y volver a intentarlo. Mi vida tiene que continuar y aunque no tengo necesidad de sexo, creo que ya va siendo hora de que comience de nuevo mis rutinas para olvidarme de una vez por todas de él.

Es viernes y salgo de la oficina a las ocho de la tarde. Lisa me propone tomar algo en un bar y decido acompañarla para hacer tiempo hasta ir al club.

—Gracias por la invitación, Lisa.

—De nada, Aria. No quería irme tan pronto a casa y mis amigas hoy no salen.

—¿Soléis salir todos los fines de semana? —pregunto con curiosidad.

—Normalmente sí. Aunque ellas están ahora de exámenes. La mayoría han seguido estudiando, yo no podía costérmelo.

—Vaya... Bueno, a lo mejor más adelante, ¿no?

—Sí, nunca es tarde —dice animada.

—Ese es el espíritu. ¿Qué bebes, Lisa?

—Un Manhattan.

—Perfecto.

Me voy a la barra y pido dos. Nos los bebemos despacio mientras seguimos charlando. Es una buena chica y estoy segura de que me lo pasaría bien de fiesta con ella pese a la diferencia de diez años de edad.

Al terminar el cóctel, pedimos otro y seguimos charlando. Nos dan las nueve y media y decido poner fin a nuestro encuentro, si no al final me va a dar pereza y no voy a ir al club y es algo que necesito hacer.

—Lisa, he quedado —le miento—, pero no me importaría salir otro día

contigo y con tus amigas.

—¡Claro, Aria! Cuando quieras, estás invitada.

—A lo mejor desentono un poco, porque sería un poco carca a vuestro lado, ¿no? —le pregunto, un poco insegura.

—¡No digas tonterías! —responde ella, dándome dos besos—. Cuando quieras salir solo tienes que llamarme, ¿de acuerdo?

—Acepto tu propuesta —le digo—. Buen fin de semana, Lisa. Hasta el lunes.

—Igualmente.

Salimos del bar y la acompaño hasta el metro. Yo tomo un taxi hasta el club. Cuando llego, saludo al portero y entro.

Amanda me intercepta en cuanto me ve.

—Hola, preciosa, cuánto tiempo —me saluda, regalándome una sonrisa lasciva—. Pensé que te habías enamorado y ya no volverías.

—Hola, Amanda. Bueno, digamos que me tomé un tiempo de desconexión.

—¿Y qué es lo que deseas hoy?

—Lo de siempre. Algo normal. Y como siempre, yo pongo las reglas.

—Claro, cielo. Dame unos minutos, mientras te tomas una copa.

—Por supuesto.

Amanda desaparece en un reservado y yo me acerco a la barra. No sé por qué motivo estoy nerviosa, si por el hecho de volver al club o por la expectativa de encontrarme con un hombre. Le pido al camarero un whisky y me lo bebo de un trago. Me atraganto en cuanto el líquido ambarino entra, quemando mi garganta.

—¿Estás bien, preciosa? —me pregunta el camarero.

—Muy bien. Ponme otro, por favor.

El camarero sonrío y llena de nuevo mi vaso. Repito la misma operación, solo que esta vez ya no toso, pero el líquido sigue quemándome las entrañas. Al menos calienta mi cuerpo y me da la seguridad que necesito para hacer lo que he venido a hacer.

Amanda aparece y me indica el reservado en el que todo está preparado. Me dirijo hacia él despacio, sin prisa. Abro la puerta y el hombre, ya desnudo, está de pie. Me acerco a él.

—Hola, preciosa. Dime, ¿qué es lo que deseas?

—Quiero que me folles —le digo.

Se acerca a mí y me coge de la cintura. Comienza a quitarme la ropa. Mi

cuerpo se estremece, pero no de la forma en la que lo hacía con Eric. En cuanto estoy desnuda y me toca, me doy cuenta de que no quiero que lo haga.

—No me toques —le ordeno.

—¿Cómo quieres que te folle sin tocarte? —pregunta un poco molesto.

—Limítate a follarme sin tocarme ni rozarme con las manos —le ordeno.

Me coge en brazos, me tumba en la cama y se tumba encima de mí. En cuanto noto todo su peso comienzo a agobiarme.

—¡Quítate de encima! —chillo.

—¡¿Pero qué cojones quieres, zorra?! —me grita— ¿Cómo quieres que te folle?

—¡Lárgate! —vocifero.

Amanda aparece, imagino que al escuchar las voces que los dos estamos dando.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta.

—¡Esta tía está como una puta cabra! —expone el tipo.

—¡Fuera! —le ordena.

Sin pensar, sin saber por qué, me pongo a llorar. No puedo más. Ni siquiera he podido acostarme con un desconocido, ¿pero qué me ha hecho Eric? Amanda corre a mi lado, preocupada.

—Aria, cariño, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No —le respondo entre sollozos.

—Cálmate, cielo... ¿Quieres contármelo?

Me acurruco y ella me estrecha entre sus brazos. Durante un rato lloro desconsolada y al final me calmo. Me ayuda a vestirme y salimos del reservado.

—Tomemos algo —me dice.

Durante más de una hora le cuento lo ocurrido con Eric, confesándome como solo puede hacerse con quienes sabes que no te van a juzgar. Ella no da crédito, nunca hemos hablado tanto y se imaginaba, al no volverme a ver, que habría encontrado a alguien, pero no lo que me había pasado.

—Cariño, estoy segura de que todo volverá a la normalidad, lo que pasa es que aún es demasiado pronto. Las heridas tardan en cicatrizar, estoy segura de que antes de lo que imaginas, volverás a ser la misma de siempre, Aria. A lo mejor también es cuestión de probar cosas nuevas. Si quieres, la próxima vez...

—No sé, Amanda. Ni siquiera estaba segura de venir, y mira lo que ha sucedido. No quiero que todos tus clientes se vayan de aquí enfadados.

—Tranquila, mujer. Este es que es un tocapelotas, pero la próxima vez escogeremos a alguien con un poco más de tacto. Verás como vuelves a ser la misma de siempre.

—Gracias, Amanda.

—De nada, cariño. ¿Te llamo a un taxi?

—Sí, por favor.

Me despido de Amanda y cuando salgo, el taxi ya está en la puerta. Llego a casa y después de dos meses siento que de nuevo he dado un paso hacia atrás. Pensé que había olvidado a Eric, pero me he dado cuenta de que quizás nunca le olvide. ¿Y si jamás puedo rehacer mi vida con otro hombre? Eso es algo que me aterra profundamente. De nuevo vuelvo a leer su carta, esa que habré leído miles de veces, y antes de quedarme dormida me queda grabada en la memoria la última frase: *Te quiero, Aria. Nunca lo olvidas.*

El fin de semana transcurre con total normalidad: salgo a correr, algo que he instaurado de nuevo en mi vida, con la música que siempre me acompaña en mi reproductor. Últimamente hay una canción con la que me martirizo: *Close* de Nick Jonas con Tove Lo. La escucho una y otra vez cuando salgo, como hoy, y es porque «me gustaría estar cerca», como dice la letra. Cerca de Eric para preguntarle por qué fue tan cobarde marchándose de esa forma, y después golpearle hasta quedarme sin aliento y después... Mi mente me traiciona.

«Sí, Aria. Después le besarías y haríais el amor hasta quedar exhaustos».

«¡No! Ni loca volvería a besarlo y mucho menos le haría el amor», me niego a mí misma, contradiciendo a mi malvada conciencia, que quiere confundirme.

«No lo niegues, Aria. Si ahora mismo te cruzaras con él, caerías rendida a sus pies».

¡Joder! De nuevo mi perra conciencia tiene razón. Han pasado más de dos meses y si ahora mismo me cruzara con él aquí corriendo creo que, aunque como bien he dicho le golpearía con todas mis fuerzas, también le besaría y le haría el amor. Estoy loca de remate, no tengo que pensar así, porque me ha hecho mucho daño.

«Pero aún le quieres, Aria, y contra el amor no se puede luchar».

Rendida por mis sentimientos, aumento el ritmo de mi carrera matutina y llego a casa agotada. Me doy una ducha y me tumbo en el sofá. Es domingo por la mañana, no hay nada en la tele. Qué vida más deprimente, por favor.

Un sonido en la puerta del patio me alerta. Son como unos pequeños golpes. Cojo un cuchillo, solo falta que alguien haya venido a atracarme. Estoy un poco asustada. Cuando abro despacio, descubro que se trata de un gatito pequeño que está intentando entrar. Está casi más asustado que yo. De pronto me siento fatal por llevar un cuchillo en la mano.

—Vaya, pequeñín, creo que te has perdido —le digo con ternura—. Seguro que pronto tu mamá vendrá a buscarte.

Le dejo en el patio. Estoy segura de que su madre vendrá en breve a por él. Me meto en casa y regreso a mis tareas, que no son ninguna en especial: ver qué echan en la tele. El gatito insiste, dando golpes en la puerta.

—Vaya, es cansino, el gato este —digo en voz alta.

Regreso a la puerta.

—Está bien, te daré algo de comer, pero luego tendrás que irte. No me gustan los animales, y menos los gatos —le digo.

Le cojo con un poco de asco. Le llevo a la cocina y le dejo en el suelo. Saco un bol, echo un poco de leche y lo dejo en el suelo. El gato enseguida se la bebe y sonrío.

—¿Tenías hambre, amigo? —le pregunto como si pudiera contestarme y él suelta un maullido.

—Vaya, vaya... ¿Eso es un sí? —Vuelve a maullar y sonrío.

—¿Sabes que eres muy listo? Pero ahora tienes que volver con tu familia, estoy segura de que tu mamá te estará buscando.

Le cojo de la misma manera y le saco de nuevo al patio. Le dejo allí y voy a sentarme otra vez en el sofá cuando oigo que golpea de nuevo la puerta, aunque no le hago caso. Creo que es muy listo, lo hace para que vuelva a abrirle, pero no lo haré. No me gustan los animales, requieren de atención y cuidado continuo, y eso es algo que yo no estoy dispuesta a darle. Aunque es muy mono. Pero no. No puede ser.

Imagino que ya se cansará.

Durante todo el día creo que oigo al animal golpear la puerta, pero no hago caso, aunque una parte de mí me incita a hacerlo. Por la tarde, miro a través de la persiana y veo que se ha acurrucado a un lado. Está hecho una bolita y me da un poco de pena.

Al final, abro la puerta y él enseguida levanta su pequeña cabeza peluda para devolverme la mirada.

—Bueno, colega, vamos a hacer un trato: puedes quedarte. Mañana iremos al veterinario. Pero no se puede destrozar nada o te pongo de patitas

en la calle —le digo.

«¡Como si te entendiera, Aria!».

El gato entra en casa y se tumba en la alfombra. No es listo ni nada, el capullo.

—Tendremos que ponerte un nombre...

Durante un rato, pienso. Es naranja atigrado y bien podría llamarlo Garfield, pero me parece muy poco original.

—Ron, te llamaré Ron. Como el amigo de Harry Potter. Por el color de pelo, ya sabes.

El gato me mira y yo le sonrío.

—Claro, tenía el pelo naranja y era un poco tímido. Estoy segura de que tú también lo eres. O al menos, me lo pareces.

Le pongo un poco de leche y se la toma de nuevo. Después maúlla y yo sonrío, es como si me diera las gracias.

«¡Qué gato más agradecido!».

A lo tonto es casi la hora de cenar. Preparo la cena, algo ligero, y como tranquilamente. El gato se marcha a la alfombra. La verdad es que si es así de tranquilo no va a ser ningún problema convivir con él.

Tras recoger, me voy a la cama. Ron se ha quedado abajo, le he dado las buenas noches y me ha respondido con un maullido.

Me tumbo en la cama feliz. Tengo un nuevo compañero y aunque creía que no me gustaban los animales, tengo que reconocer que la idea de compartir mi vida con una mascota no me desagrada. A las dos de la mañana mi opinión al respecto deja de ser tan firme, es la hora en la que a Ron le ha dado por ponerse a jugar con algo que ha encontrado en el salón: una bola de cerámica que ni siquiera sé de dónde ha salido pero que está rodando por todo el salón y golpeando con las paredes, haciendo un ruido espantoso.

«¡Yo lo mato! ¡Necesito dormir!».

Bajo corriendo al salón, me tropiezo y los últimos peldaños los bajo rodando.

«¡Joder! Lo que me faltaba, casi me mato. Bueno, no, al que voy a matar es al puto gato».

Enciendo la luz y localizo al causante del alboroto. Me mira con esa carita de inocente y entonces decido darle una oportunidad. Le quito la bola de cerámica y la pongo en un lugar donde no pueda cogerla.

—Ron, a dormir —le digo.

Subo las escaleras con el culo dolorido. Me tumbo en la cama intentando

quedarme dormida y cuando lo consigo, de nuevo empieza la fiesta.

—¡Me cago en el puto gato! —suelto en voz alta.

Exasperada, bajo y le veo: está jugando con la tapa de un joyero que tengo encima de la mesa del salón.

Lo que no entiendo cómo, con lo pequeño que es, ha subido a la mesa del salón.

—Ron, ¡eso no se hace! ¡Gatito malo!

Le bajo y subo el joyero al mueble a una altura que yo creo inaccesible para él.

—Te lo diré solo una vez más: a la próxima te vas a la calle.

Me subo a la cama muy enfadada. Son las tres y media de la mañana, me duele el culo horrores y tengo sueño. Para colmo, mañana he quedado con Lisa para ir temprano, por lo que a las cinco tenía pensado levantarme. Vamos, que me queda una hora y media para dormir.

Me tumbo en la cama y no consigo conciliar el sueño, pensando que el maldito gato va a empezar a hacer de las suyas.

Doy vueltas en la cama y, al final, cuando estoy consiguiendo quedarme dormida, el despertador suena.

«¡Vaya mierda! ¡Menudo día me espera!».

Me doy una ducha y bajo a la cocina. El causante de mi noche agitada está dormido plácidamente en la alfombra. Me dan ganas de pisarle el rabo para que se despierte por capullo, pero no lo hago.

Me tomo un café y subo a vestirme. Termino de prepararme y cuando bajo, Ron está ya activo.

—Buenos días, Ron —le digo.

Le preparo el bol con la leche y espero a que se lo tome.

—A mediodía vendré a echarte un vistazo. ¡Pórtate bien!

He decidido dejar un poco abierta la puerta del patio, más que nada para que no haga sus necesidades en casa, prefiero recogerlas después del patio. Esta tarde saldré antes del trabajo, le llevaré al veterinario y me haré con todo lo necesario para su cuidado e higiene.

Salgo de casa y me voy al trabajo. Lisa, al verme, sonrío.

—Buenos días, Aria. ¿Fin de semana movido?

—Buenos días, Lisa. Más bien, noche movida.

—Vaya, me alegro.

—No, qué va. —digo riendo—. Nada de eso. Me encontré un gatito y no veas qué noche.

—¡Oh! ¿Y le dejaste en casa solo?

—Sí, espero que no haga de las suyas. Aunque dejé la puerta del patio abierta.

—¡Bien hecho!

El día transcurre normal y a mediodía me voy a casa para comprobar cómo está Ron. La verdad es que he estado un poco preocupada por mi casa y también por él, pero el gato no se ha portado mal.

—Hola, pequeño. ¿Cómo estás? —le digo al verle.

El gato maúlla y yo sonrío. Solo hace un día que nos conocemos y ya he comenzado a cogerle cariño. Steven tiene razón, soy una mujer bastante enamoradiza.

Le pongo leche, el gato da buena cuenta de ella enseguida y después se tumba en la alfombra.

—Vaya, parece que te gusta mi alfombra, Ron. Me alegro, pero esta tarde vamos a ir al veterinario y compraremos todo lo necesario para que tengas una cama digna de un rey —le digo—. Ahora tengo que irme. ¡Pórtate tan bien como por la mañana!

Sonrío. Lo mío es de juzgado de guardia, hablando con un gato. Pero bueno, qué le vamos a hacer.

Regreso al trabajo, y por la tarde, tal y como he planeado, llevo a Ron al veterinario. Le examinan y me equipan de todo lo necesario para que comience su vida a mi lado como un verdadero gato casero.

Capítulo 18

Mi vida comienza a estabilizarse. Han pasado casi seis meses desde que Eric se marchó. He regresado al club en dos ocasiones más, pero en ninguna de ellas he podido acostarme con ningún hombre: en cuanto me tocan, me bloqueo. Amanda me dice que pruebe otras cosas, pero no me siento con fuerzas para hacerlo y creo que por un tiempo lo mejor es centrarme en mi trabajo, en mi vida con mi familia y con Ron. La verdad es que desde que mi pequeñín entró en mi vida me ha dado muchas alegrías, también algún que otro quebradero de cabeza, pero debo admitir que nunca me había visto con una mascota y ahora no sé vivir sin él. Se ha acostumbrado a dormir en mi cama y yo soy feliz teniéndolo en ella.

Tras un fin de semana en el que he decidido tomarme también el lunes libre en Washington, con mis padres, regreso hoy al trabajo y me encuentro a primera hora con Steven en mi despacho.

—Buenos días, Aria —dice saludándome con expresión seria.

—Buenos días, Steven. ¿Ha pasado algo? ¿Cómo tú por aquí? —le pregunto.

Espero que no sea nada malo.

—Quería ser yo quien te diera la noticia.

—¿Qué pasa? —pregunto a la expectativa.

—El próximo viernes la compañía Barnes nos ha invitado a la inauguración de su sede en Nueva York.

—¿¡Qué!?! No es posible, Steven. ¿Tú sabías que iban a expandirse a Nueva York? —le digo, notando que todo mi cuerpo se pone en tensión.

Solo con oír ese nombre, una ira fría se extiende por mi pecho.

—Algo había oído, pero pensaba que solo eran rumores.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—No quería que te preocuparas, como te he dicho no había nada en firme.

—No voy a ir...

—Claro que iremos. Iremos y les demostraremos lo poco que nos importa.

—No puedo, Steven. No puedo enfrentarme al hombre que arruinó la vida de mi padre.

—Sí podrás, llevas deseándolo toda tu vida.

Respiro hondo. Tiene razón, llevo deseando toda mi vida encontrármelo, pero ahora que puedo estar frente a él no sé si seré capaz de hacerlo.

—¿Y si no estoy a la altura?

—Lo harás bien: te pondrás un vestido precioso e iremos a demostrarle que además de una cara bonita, eres una gran mujer: la digna sucesora de tu padre. ¡Tú puedes, Aria! —exclama cogiéndome por los hombros—. Repítelo conmigo.

—¡Yo puedo! —digo no muy convencida.

—¡Esa es mi chica!

Steven se marcha y me deja hecha un mar de nervios. Ese día no doy una a derechas. Al final, agotada, me voy a casa.

El resto de la semana transcurre de forma similar y el viernes a las tres decido irme. Quiero ir a la peluquería, después me daré un baño relajante sin estropear mi peinado e intentaré estar deslumbrante para la fiesta.

«¡Joder, qué puta mierda de semana!», me digo al salir de la oficina, pues no he hecho nada bien.

Salgo de la peluquería a las cinco de la tarde sin comer nada. He aprovechado para cortarme las puntas y me han hecho un recogido sencillo. Me dirijo a casa. Al final compro algo rápido en una cafetería: un sándwich, porque sé que en cuanto entre por la puerta no voy a ser capaz de dar una a derechas. Me pondré de los nervios. Lisa se ha ofrecido a ayudarme a elegir el vestido, a maquillarme y también a tranquilizarme. No solo ha resultado ser una chica estupenda y una gran trabajadora, sino también una gran amiga.

¡No sé qué habría hecho sin ellas estos meses! Ella y Margaret han sido un gran apoyo, bueno y mi chiquitín, que ya no lo es tanto, pero que me tiene loca. Es un bicho, pero le quiero más de lo que quiero a la mayoría de la gente. Ron me da mucha alegría cuando llego a casa. Además, me hace mucha compañía y me distrae de mis pensamientos negativos. Esta semana me ha alejado de mis malas vibras, aunque no ha conseguido que deje de pensar en Eric.

«¡Deja ya de pensar en él! Se fue, Aria. Es pasado. En seis meses no se ha puesto en contacto contigo ni una sola vez. No creo que te quisiera tanto como decía en esa carta que sigues conservando como una tonta».

«¡Qué razón tienes!», respondo a mi conciencia. Pero a veces no puedo evitar pensar en él. Ahora cada vez duele menos, pero en los momentos como hoy le necesito más que nunca.

Estoy en la bañera, intentando relajarme, cuando suena el timbre. Seguro que es Lisa. Salgo rápidamente y me envuelvo en el albornoz. Abro y ella me dedica una bonita sonrisa.

—Hola, Aria. Me gusta tu recogido. Ahora solo tenemos que preparar un maquillaje acorde para él y buscar en ese maravilloso vestidor el vestido perfecto para deslumbrar a todos los asistentes —me dice alegremente.

—Gracias por venir, Lisa. Estoy de los nervios.

—Estoy segura de que saldrá genial, ya lo verás.

—No lo tengo tan claro.

—Ten un poco de fe.

Lisa conoce mi pasado. Poco a poco he ido confiando en ella y le he contado lo que aconteció con Eric y lo que en su día le sucedió a mi padre así que sabe que esta noche va a ser difícil para mí.

Ron se cuele en el vestidor, caminando con gracia, como si el espacio fuera suyo, y Lisa le intercepta.

—Pequeño Jamie, fuera de aquí. No querrás que tu dueña se enfade.

—¿Jamie? —pregunto confusa mientras cojo un par de zapatos.

—Sí, llámame loca, pero me encanta la serie *Outlander*. Jamie es el protagonista, es pelirrojo —me explica Lisa sonriendo—. Como Ron es naranja... este fin de semana, cuando le estuve cuidando mientras estabas con tus padres, he decidido bautizarle como Jamie. Soy una friki lo sé, pero es que estoy locamente enamorada de Jamie y todo lo naranja me recuerda a él.

Las dos nos reímos a carcajadas. Al menos eso me hace liberar un poco de tensión.

—Espero que no te moleste que le llame así.

—Claro que no, Lisa. A mí me gusta más Ron, pero tú llámalo como quieras.

Tras la pequeña charla, comenzamos a elegir mi atuendo. Miro todos los vestidos de fiesta que tengo, pero ni siquiera sé por cuál decantarme. Lisa acaricia algunos con cuidado, como si le diera miedo tocarlos mucho por si se fueran a romper, y yo sonrío.

—Son todos preciosos.

—Puedes usarlos cuando quieras, lo sabes.

—Cuando tenga una fiesta estupenda te prometo que te pediré uno, pero para salir un sábado, no.

Le sonrío y seguimos buscando el vestido perfecto hasta que nos detenemos en uno. La verdad es que ni siquiera me había percatado de él

hasta ahora mismo. Es un vestido gris hasta los pies, de encaje, forrado en la parte de la falda para que no transparente, con escote en V por delante y por detrás. Es bastante sencillo, pero a la vez elegante.

—¡Es perfecto, Aria!

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo.

Suspiro, nerviosa. La verdad es que a mí también me gusta. Lo descuelgo y lo pongo encima de la cama, elijo también unos zapatos plateados de tacón de aguja.

—Ahora el maquillaje.

Lisa se encarga de ayudarme con las uñas de las manos y de los pies. Debo reconocer que es una experta, yo para eso soy bastante torpe. Después me maquilla de manera sutil, con una base suave y pintalabios pastel, nada llamativo. La sombra de ojos color tierra, el rímel transparente y el discreto eyeliner tostado resaltan mis ojos marrones de forma natural y a la vez efectiva.

—Aria, estás preciosa. Si esta noche no ligas será porque no quieres.

—Ligar es la última de mis preocupaciones —le digo muy segura—. Ahora mismo, paso de los hombres.

—Puede, pero ellos no van a pasar de ti. Les tendrás a todos babeando, te lo aseguro.

Me echo a reír.

—No me importa eso, pero gracias. Lisa, eres una gran amiga.

Es hora de ponerme el vestido. Ella me deja a solas un momento. Yo me pongo la ropa interior del mismo color y después, con sumo cuidado, me coloco la prenda. Se ajusta a mi cuerpo como un guante. Me miro en el espejo de mi habitación y debo reconocer que me gusta lo que veo. Hacía mucho tiempo que no me sentía así, creo que desde la noche en la que fui con Eric a la fiesta a la que Steven nos invitó. La noche en la que me quedé en su casa. Miles de recuerdos me inundan y tengo que tragar saliva. Me pongo nerviosa y niego con la cabeza.

«¡Esta noche no puedes acordarte de él! ¡Esta noche es para mirar a la cara con orgullo a ese malnacido y demostrarle que no dejarás que quede impune después de lo que le hizo a tu padre!», me recuerdo mentalmente.

Salgo de la habitación y cuando Lisa me ve su cara de admiración me hace suspirar de nuevo.

—Dios mío, Aria, ¡estoy sin palabras! ¡Estás espectacular!

—Gracias, Lisa. Eres maravillosa. Te quiero un montón —le digo abrazándola. Estoy muy nerviosa y la verdad es que necesito todo el apoyo en estos momentos.

—Yo también a ti. Eres la mejor jefa del mundo y una amiga estupenda.

—De nuevo, gracias. ¡Deséame suerte!

El timbre suena, seguramente sea Steven. Dijo que me recogería a las ocho. La recepción es a las ocho y media, no quiere que lleguemos tarde. Él irá acompañado de Debra. Yo, evidentemente, iré sola.

Nos soltamos y es ella quien abre la puerta. Yo me aplico unas gotitas de mi perfume en el cuello y cojo mi bolso. Steven aparece y cuando me ve, su cara de sorpresa me dice que también está admirado por la elección de mi vestido.

—¡Santo cielo, Aria! ¡Estás radiante! Nunca te había visto tan guapa.

—Gracias, Steven. ¿Nos vamos?

—Claro, Debra está en el coche.

—Lisa, gracias. ¿Te encargas de dar de comer al pequeño Jamie? —le digo con una sonrisa pícaro. Ella ríe ante mi comentario.

—Claro, pásalo bien, Aria. Mañana me cuentas, ¿de acuerdo?

—Sí, tranquila.

Steven se despide de Lisa con un saludo de su mano y me agarra del brazo.

—Aria, estás preciosa. Vas a dejar boquiabierto al viejo Barnes.

—No quiero dejarlo boquiabierto, quiero hundirlo en la miseria —replico con dureza.

—Lo sé, Aria. Pero tiempo al tiempo.

Steven me ayuda a entrar en el coche y saludo a Debra.

—¡Santo cielo! Estás preciosa, Aria.

—Gracias, Debra. Tú también estás muy guapa.

—No tanto como tú, mi niña. Me alegra verte tan estupenda de nuevo.

Durante el corto trayecto hasta el edificio de la que será la nueva sede de Industrias Barnes en Nueva York, Steven y yo charlamos de trabajo. Debra sabe que estoy nerviosa y nos deja ese momento de tregua. En cuanto entramos, todo mi cuerpo se pone en tensión. Nunca olvido una cara, y la del señor Barnes la tengo grabada a fuego, por lo que en cuanto pongo un pie en la sala, lo busco, pero no lo localizo por ningún sitio.

Steven no se separa de mí. Sabe que en cuanto lo encuentre, puedo hacer una locura.

A las ocho y media, las luces de la sala iluminan un pequeño atril que hay colocado al fondo de la sala. Un hombre joven se dirige a él y cuando se sube los focos le iluminan. En cuanto me fijo en él, mi corazón se detiene: es Eric.

—Buenas noches, quiero darles las gracias a todos por venir hoy a la inauguración de Industrias Barnes. Muy a su pesar, mi padre hoy no ha podido asistir por motivos de salud, pero está muy feliz de que este proyecto haya visto la luz en Nueva York. Siempre fue su sueño y hoy, por fin, se ha cumplido. —Estoy a punto de irme, con el corazón disparado y mis emociones estallando como una tormenta en el pecho, cuando Steven me coge de la mano.

—Aria, espera... —me susurra.

—No puedo creerlo —le digo.

—Lo sé, yo tampoco, pero no podemos irnos. Es nuestra competencia, tenemos que demostrar que no nos dan miedo. Aguantaremos con nuestra mejor sonrisa, fingiremos que lo estamos pasando bien y así sabrán que no nos impresionan, que vamos a luchar con uñas y dientes. Que somos más fuertes que ellos, Aria. Tomemos una copa.

—No sé si podré hacerlo, Steven. ¡Es su hijo! —susurro escandalizada, sacando fuerzas de donde no las tengo para mantener la compostura—. Nos ha engañado a todos.

—Cariño, lo sé.

Me agarra fuerte de la mano, sin soltarme. Sabe que ahora mismo soy todavía más vulnerable. No puedo creerlo. Esto no puede estar pasando. Iba a enfrentarme al hombre que había arruinado la vida de mi padre y me encuentro a Eric que, como si el destino no pudiera ser más cruel, resulta ser su hijo.

Eric sigue hablando, mirándome a mí. Puedo verlo, pero yo ni siquiera le escucho. No puedo más que dedicarle una mirada de odio, porque eso es lo que siento ahora mismo por él: le odio más que a nadie en este mundo. Más que a su padre. Me ha engañado y utilizado para saber cosas de nuestra empresa. Nos ha espiado. Me ha utilizado y manipulado... Estoy segura de que cuando venía antes y se quedaba hasta altas horas era para robarnos información.

«¡Será malnacido! ¿Pero qué puedes esperar de un hombre con un padre como el suyo?». Evidentemente, nada.

Termina su discurso, la gente le aplaude y baja del atril. Le interceptan y

yo doy gracias. Espero que no tenga la desfachatez de acercarse a mí, porque no voy a dirigirle la palabra. Tendrá suerte si no se lleva un puñetazo.

Transcurrida más de media hora en la que no para de hablar con la gente, yo no dejo de tomar copas de champán como si me fuera la vida en ello, deseando salir de allí. Ni siquiera sé por qué estoy aguantando tanto. Finalmente, decido marcharme.

—Steven, me voy —le digo.

—Aria...

—Yo no pinto nada en esta fiesta. Tú eres el jefe y eres el que tiene que dar la imagen de la empresa, pero estoy segura de que si me ha invitado es simplemente para que vea lo bien que le ha ido, nada más.

—¿Vas a estar bien, cielo? —me pregunta Debra.

—Sí, claro —le contesto con una sonrisa fingida.

—¿Quieres que te acompañe? —inquire Steven.

—No, tranquilo, tomaré un taxi. Disfrutad de la fiesta.

Salgo rápidamente aprovechando que Eric está hablando con varias personas, no quiero que me vea irme y darle la oportunidad de que venga a por mí. Pero cuando estoy esperando en la parada de taxi una mano me agarra del brazo, su contacto me quema y sé de inmediato de quién se trata.

—Aria... —susurra nervioso.

—¿Qué quiere, señor Barnes? —le pregunto con retintín.

—Sigo siendo Eric —contesta un poco molesto.

—No, eres el señor Barnes. El hombre que hace seis meses yo conocí no existe.

—Eso no es cierto. Soy la misma persona, Aria —me dice con voz torturada.

Le aparto de un empujón, aguantándome las lágrimas y la rabia.

—En eso te equivocas. Eric Scott no era un mentiroso. Pero claro, a veces crees conocer a las personas y no es así en absoluto.

—Aria, por favor, déjame que te lo explique... —insiste sujetándome de nuevo.

—¡No! Has tenido seis meses, seis largos meses para darme una explicación. Te marchaste con una miserable nota y me dejaste por diez mil dólares y por tu puñetero orgullo. Dijiste que me querías pero en lugar de contar conmigo y solucionar el problema juntos, decidiste por los dos y me apartaste de tu vida. Y en todo este tiempo ni siquiera te has dignado a llamarme una sola vez. Lo siento Eric, pero ya no necesito una explicación.

Además, ahora las cosas han cambiado mucho, demasiado, diría yo...

Suspiro y me deshago de su contacto que me quema. Han pasado seis meses y aún sigue provocándome la misma sensación.

Vuelve a agarrarme y tira de mí hacia la entrada, intento zafarme, pero no me lo permite y me acorrala.

—¡Suéltame, Eric!

—¿Sabes que sigues estremeciéndote como la primera vez que te toqué? —dice con una mezcla de rencor y desesperación—. Estoy seguro que podría llevarte al baño y hacerte el amor ahora mismo, Aria.

Su mirada, dura y ardiente a la vez, me provoca sentimientos confusos, y mi mente se rebela contra ellos.

—No te equivoques, Eric. Quizás sigas causando estragos en mi cuerpo, no voy a negártelo. Pero tú y yo ahora mismo no podríamos hacer el amor, como mucho solo follaríamos. —Intento zafarme de su agarre, ni siquiera sé cómo he tenido el valor para pronunciar semejantes palabras. Él me sujeta de nuevo para que no me vaya.

—No, Aria, por favor, lo siento, tienes razón. ¡Escúchame! Dame solo cinco minutos, y después te dejaré ir, te lo prometo.

Vuelvo a intentar escaparme, pero al final decido rendirme y escucharle.

—Cinco minutos, Eric. Ni un segundo más. Pero no me toques...

Me suelta y me quedo a un lado. Él respira con fuerza y se pasa los dedos por el pelo. Parece realmente desesperado, pero no me da ninguna pena. Ninguna.

—Aria, yo... No quería sacrificar tu dinero, sé que no lo entiendes, pero soy muy orgulloso y no me gusta deberle nada a nadie. Creí que pidiendo ayuda a mi padre... —Hace una pausa—: Pero él me dijo que tenía que volver a Washington, estaba enfermo y necesitaba dirigir su empresa. La verdad es que no quería hacerlo, pero pensé en mi hermana, en sus hijos. Es nuestro legado...

—Hundió a mi padre —le interrumpo.

—Aria, eso es algo que... luego te explicaré y que en esos momentos desconocía. El caso es que tomé una decisión. Sé que fue dolorosa para ti y también para mí. ¿Acaso crees que dejar a la mujer de la que estoy enamorado fue fácil? —Mi mente se queda en blanco al escucharle decir esas palabras en presente, pero respiro hondo y niego mentalmente. No voy a caer rendida a sus pies por lo que ha dicho, no voy a perdonarle, aunque crea que así va a conseguirlo—. No Aria, no fue una decisión fácil, fue la decisión más

difícil y dura que he tomado en toda mi vida. Cuando pensé que había encontrado la felicidad, la perdí de nuevo. Sé que yo solo me lo busqué, pero no era justo...

»Me fui, te dejé y cuando me enteré de todo lo de tu padre, no supe cómo volver a ti, esa es la verdad. Durante todo este tiempo he intentado volver a verte, pero no he sabido cómo hacerlo, tenía miedo de tu rechazo, tenía miedo de tu reacción, de esto...

Doy unos aplausos sarcásticos.

—Gran interpretación. ¿Eso es todo? —le pregunto—. Pues te ha sobrado medio minuto —digo mirando el reloj con ironía—. Adiós, Eric.

Me doy media vuelta y cuando voy a irme, vuelve a sujetarme del brazo.

—Aria, por favor dame una oportunidad, he vuelto por ti, te quiero...

—Lo siento, pero es tarde, Eric, yo no te quiero. Me engañaste. Me utilizaste para espiar nuestra corporación.

—¿Qué estás diciendo? ¡Eso no es cierto! —replica escandalizado.

—¡Basta de mentiras! A mí solo me importan las personas que no me hacen daño, y tú me lo hiciste. Y mucho.

—¿Tus padres, por ejemplo? —dice con los ojos inyectados en sangre. Nunca antes le he visto tan enfadado. Parece otra persona.

—¿Por qué dices eso?

—Quizás no sean tan buenos como crees, Aria. Quizás ellos también te engañaron...

—¡Vete a la mierda, Eric!

—No, Aria, a veces no todo el mundo es tan malo como te hacen ver, ni tan bueno como quieres verlo tú, ¿acaso crees que tu padre no encontró trabajo porque todo el mundo se lo puso difícil, o quizás fue porque siempre estaba borracho?

—¡Cállate, Eric!

—¡No! No voy a callarme, Aria. ¡Abre los ojos de una puta vez! Mi padre no habrá sido siempre un hombre honesto. Pero no le arrebató la empresa a tu padre, él se la ganó en una partida de póker cuando estaba tan borracho que ya no sabía ni lo que hacía. ¡Mira, no somos tan distintos, tu padre y yo!

—¡Vete al infierno! —grito dando un pisotón en el suelo.

Steven sale y me ve con los ojos llenos de lágrimas, roja de furia y frustración. Se acerca con ímpetu a Eric y le da un fuerte empujón para a continuación estrecharme entre sus brazos y llevarme deprisa hasta el coche

junto con su mujer.

Capítulo 19

De nuevo Eric me ha destrozado el corazón. No puedo pensar, no puedo ni siquiera hablar, ahora mismo solo puedo llorar. No puedo creer lo que me ha dicho. ¿Es posible que se lo haya inventado para hacerme daño al haberle rechazado? Hay que ser muy ruin para hacerlo. Pero entonces, ¿es verdad que mis padres me han estado engañando durante todos estos años? No puedo creerlo. No quiero creerlo.

—Cariño, ¿qué ha pasado? —me pregunta Debra.

—Hemos discutido... —le digo aún llorando.

—¿Y qué es lo que te ha dicho para que estés así? —inquire Steven.

—Dice que mi padre se jugó la empresa en una partida de póker cuando estaba borracho.

El semblante de Steven cambia por completo, en ese momento es cuando me doy cuenta de que Eric no ha mentado.

—Aria, a veces es mejor dejar el pasado en el pasado —me contesta un poco contrariado.

—¿Es verdad, Steven?

—Yo no soy nadie para afirmarlo o desmentirlo.

—Está bien, eres amigo de mi padre y no vas a traicionarlo. Llévame a casa. Mañana iré a Washington y ellos me dirán la verdad... o perderán a su hija para siempre. Estoy harta de que todo el mundo me mienta —digo cansada.

—Aria... ¿estás segura de que realmente quieres saberlo?

—Sí.

—Está bien, pero espero que no cambie nada entre nosotros.

—No, Steven. Tú solo protegías a un amigo. Entiendo tu postura. No es culpa tuya.

—¡No seas muy duro con ellos! Sabes que tu padre no está bien de salud.

—Claro, pobre Charlie....

—¡Aria! —me recrimina Steven con tono tajante.

Me dejan en casa y me despido de ellos. En cuanto llego, Ron me está esperando. Le acaricio y solo él me reconforta. Me deshago de mi bonito vestido, ese que Lisa decía que iba a causar sensación y que no sé si lo ha hecho, porque en cuanto he visto a Eric, no he podido apartar la vista de él.

La noche no ha sido para nada como yo esperaba y para colmo enterarme de lo de mis padres ha sido lo peor que me ha podido pasar en toda mi vida. Lloro hasta que no me quedan más lágrimas que derramar. Ron no se separa ni un minuto, como si estando a mi lado al menos pudiera demostrarme que todo va a salir bien. Al menos él no me traiciona.

Me llega un mensaje al teléfono, y el aviso del servicio de mensajería me saca de mi solitario llanto. En cuanto veo de quién es ni siquiera lo leo. Es de Eric. Pensé que ya no tendría su antiguo número, pero se ve que lo ha conservado. No obstante, no voy leerlo. Es que aún no entiendo por qué lo conservo yo después de seis meses.

«Porque siempre has tenido la esperanza de que en todo este tiempo te llamara o te escribiese y ahora lo ha hecho».

Evidentemente siempre he pensado lo que mi estimada y querida conciencia me dice, tiene razón, como siempre, pero ahora no es el momento. Ahora me ha vuelto a hacer tanto daño que no sé si podré perdonarlo.

«Si te ha hecho daño es porque te ha abierto los ojos. Has vivido engañada durante muchos años».

¡Genial! Mi conciencia se pone de parte de Eric. ¡Hasta dónde hemos llegado!

Me recuesto en la cama, pero no puedo dejar de llorar y me dedico a acariciar a Ron, él ronronea y al menos me tranquiliza.

Unos golpes en la puerta me alertan de que alguien está ahí. Seguramente sea Eric. Seco mis lágrimas, no voy a dejar que él me vea llorar, no voy a darle ese gusto.

Cuando bajo, miro por la mirilla y mi intuición no me falla. Pongo la cadena de la puerta y abro.

—¿Qué quieres, Eric? —pregunto con tono hostil.

Él está ahí, desolado y mirándome con ojos cargados de angustia.

—Aria, lo siento... No quise decir todo lo que dije de tus padres, estaba enfadado...

—Ya nada importa... —digo sin fuerzas.

—Sí, importa, a mí me importa y mucho. ¿Cómo estás?

—¡Estupendamente! —respondo con ironía.

—Aria, déjame entrar...

—No, Eric, ¡vete por favor!

—Solo he venido a hablar contigo, a saber cómo estabas...

—Mal, Eric, ¿cómo quieres que esté?

—Lo siento, lo siento tanto...

—El tiempo lo cura todo —le digo—. Buenas noches.

—Buenas noches, Aria. Esta es mi dirección, por si quieres hablar algún día.

Me entrega una tarjeta y al final decido cogerla.

—Adiós, Eric.

Cierro la puerta y suspiro. Me centro en la tarjeta por un momento, vive cerca de aquí. Imagino que para vigilarme o no sé, no quiero pensar nada más. Ahora mismo me da igual, lo único que me importa es que mis padres me cuenten toda la verdad.

Me recuesto en la cama, Ron está hecho una bolita y de nuevo le acaricio, vuelve a ronronear y al final ese sonido consigue calmar mi corazón y dejar mi cuerpo en un estado de duermevela.

A las diez de la mañana voy al aeropuerto para coger el vuelo a Washington, no llevo equipaje, de hecho, tengo la vuelta para esta misma tarde, preveo que será una visita bastante corta y desagradable para los tres.

Cuando llego, mi madre me recibe como siempre, pero en cuanto me ve, sabe que algo no va bien. Tras apenas saludarla me dirijo a la habitación de mi padre, que está sentado, leyendo.

—¡Aria! Qué sorpresa, cariño...

Siento un nudo en el pecho y sé que no se irá hasta que rompa a llorar, pero no puedo derrumbarme ahora.

—Buenos días, padre —le digo muy serena.

—¿Cómo es que has venido? Es un placer tenerte aquí, aunque no has avisado... ¿va todo bien? —añade frunciendo el ceño mientras yo tomo asiento ante él, mortalmente seria.

—La verdad es que no. Si he venido es para que por primera vez seas sincero en tu vida y me cuentes la verdad de lo que pasó con tu empresa. No me vale la patraña que me has contado siempre. Ahora sé la verdad, pero quiero oírla de tu boca.

Mi padre parece palidecer, mi madre se pone las manos en la cara.

—Aria, cariño... —Sus gestos, la vacilación en sus palabras, solo me confirman lo que ya sé—. Lo hicimos por tu bien...

—¿Por mi bien? ¿Engañarme durante veinte años ha sido por mi bien o por el tuyo, padre?

—Hija, entiéndelo —me dice desesperado echándose hacia delante— por entonces yo era un alcohólico, si te hubiera dicho que tu padre había perdido

la empresa jugando al póker te hubieras llevado una decepción.

—Y fue más fácil echarle la culpa a un hombre inocente.

—¿Inocente? De eso nada, él se aprovechó de la situación. No tuvo compasión de mí, y tampoco le importaron mis mentiras. También tiene mucho que esconder —replica molesto.

—¿Sabes, padre? lo peor no es decir esas mentiras. Lo peor es tener engañada a su hija durante tantos años, hacer creer a todo el mundo que eres una víctima cuando eres el verdugo de tus propios actos.

Palidece aún más y agacha la cabeza.

—Lo siento, hija. Tienes razón.

—No, a mí no me vale un «lo siento» —espeto amargamente—. ¿Creéis que voy a perdonaros solo porque estéis arrepentidos? Por vuestra culpa he odiado al señor Barnes durante veinte años, dedicando mi vida a la venganza. Me he convertido en una persona fría, distante, no tengo casi amigos... Desconfío de las demás personas. Me habéis hecho así, y no soy feliz siendo así, no lo he sido nunca. Por vuestra culpa, mi vida es un desastre —suelto al fin, con la voz temblorosa de rabia y dolor—. Lo siento, pero jamás podré perdonaros.

—Aria, no digas eso... —dice mi madre estallando en un mar de lágrimas.

—Claro mamá, ahora es más fácil llorar y hacerse la víctima, pero ¿y yo qué? He perdido al hombre de mi vida que resulta que es el hijo del señor Barnes, a quien siempre he odiado. Y ahora no puedo quererlo porque sigo sintiendo ese rencor por su padre y por el resto de los hombres. Porque no confío en ellos. Vosotros me habéis hecho ser un monstruo. ¡Soy un monstruo sin sentimientos!

—Aria... —dice mi padre—. ¡No eres un monstruo!

—Sí lo soy, ¡os odio!

Salgo de casa de mis padres llorando de nuevo y me voy de allí corriendo, ni siquiera me molesto en buscar una parada de taxi, tengo tiempo de sobra hasta que salga mi vuelo y ahora mismo no puedo pensar. Lo que les he dicho a mis padres es verdad, soy un monstruo. Apenas muestro mis sentimientos con la gente que me importa, solo en contadas ocasiones, y sé que no puedo perdonar a Eric por el rencor que todavía llevo dentro.

Deambulo por las calles, tragándome las lágrimas, sin rumbo fijo. Mis sentimientos están desatados como una tormenta, solo el aire fresco consigue despejarlos. Cuando estoy volviendo poco a poco en mí y planteándome

regresar, al girar un recodo me choco con una mujer.

—Lo siento... —le digo nerviosa.

—¿Está bien? —me pregunta al ver mi estado y cuando repara en mí se para por un momento—: ¿Aria?

—Sí, estoy bien. ¿Nos conocemos? —inquiero un poco sorprendida. No me suena su cara.

—No, la verdad es que personalmente no nos conocemos.

—¿Entonces cómo sabe mi nombre? —le pregunto totalmente alucinada. Suspira un poco nerviosa y me coge la mano.

—No te asustes, ¿vale? Soy Em. No sé si mi hermano te ha hablado de mí, pero él a mí me ha hablado de ti todos los días desde hace más de seis meses.

Sigo sin entender nada, la verdad. Al ver mi cara sonrío y me explica:

—Perdona, soy la hermana de Eric. Eric Barnes.

La suelto de golpe, a la defensiva. ¿Otra Barnes, aquí? Dios santo, ¿es que me están siguiendo?

—¿Por qué me conoces? —pregunto bruscamente—. ¿Qué quieres de mí?

—Tranquila —dice ella—, no es lo que piensas. Él tiene muchas fotos de ti, por eso he podido reconocerte.

—¿Cómo...? ¿Cómo es posible?

—Ayer hablé con Eric y tengo entendido que no arreglasteis las cosas...

—No, Emma, todo se fue a la mierda —digo un poco exasperada.

—Em, si no te importa... —me corta y sonrío— Te invito a un café y charlamos, que tenía muchas ganas de conocerte. ¿Tienes tiempo?

—Sí, hasta las siete no sale mi vuelo.

—Perfecto.

Nos dirigimos a una cafetería que está enfrente de donde hemos chocado y nos sentamos en una mesa, la verdad es que no sé por qué he aceptado, pero ahora mismo no tengo nada que hacer y me siento intrigada. Además, aunque sea una Barnes es una mujer y eso hace que mis reticencias se limen un poco.

—¿Qué quieren tomar? —dice el camarero que enseguida nos atiende.

—Un café solo —contesto cortante.

—Yo un té, por favor —dice ella más educada.

Estoy tan exasperada que pierdo hasta los modales.

—¿Cómo es que Eric tiene fotos mías? —pregunto a bocajarro—. Nosotros no nos hicimos ninguna foto juntos.

—Aria, él te ha estado vigilando durante todo este tiempo. No estoy satisfecha de lo que ha hecho y le dije que no hacía bien, que si quería verte tenía que ir personalmente, hablar contigo, explicarte lo que había sucedido, el problema con tus padres...

—¿¡Qué!?! ¿Está loco? —pregunto alucinada por lo que me está contando.

—La verdad es que a veces pienso que un poco loco sí se ha vuelto contigo, estaba obsesionado. No ha dejado de seguirte en todo este tiempo.

—¡Increíble! Em, tu hermano está chalado.

—Te quiere, Aria. De eso no me cabe duda.

—Pues para quererme tiene una forma muy rara de demostrármelo.

—A veces por amor se hacen verdaderas locuras. Yo me fui con mi marido a 6500 kilómetros de distancia dejando aquí toda mi vida y un trabajo. Eso es amor.

—Lo es, sin duda. Pero entre nosotros hay muchas brechas. Muchos obstáculos que no sé si podremos derribar.

—El amor mueve montañas, querida —comenta de una manera muy sabia.

—No sé, Em. No sé si puedo luchar, estoy tan cansada de luchar por todo...

—Date un tiempo, Aria. Imagino que si hoy estás aquí es porque has venido a hablar con tus padres, ¿me equivoco? —Es como si me conociera más que yo misma. Estoy alucinada.

—No te equivocas...

—No habrá sido fácil.

—Nada fácil. He vivido en una mentira durante veinte años, odiando a tu padre, cuando eran ellos los que se merecían todo mi odio.

—No te engañes... mi padre tampoco es un santo, lo sé por propia experiencia. Y soy madre, también tomamos decisiones desafortunadas quizás pensando en lo mejor para nuestros hijos. No debes odiarles, ellos te dieron la vida...

—¿Qué vida, Em? ¿Una vida en la que no puedo querer a nadie?

—Pues comienza ahora a hacerlo —me dice con energía—. Hoy comienza tu nueva vida.

—No sé, Em. Me encanta tu optimismo, de verdad. Pero yo ya no tengo fuerzas para luchar.

—Tienes que tenerlas, a veces la vida nos da muchas de cal, pero luego

nos da toda la arena que nos debe.

El teléfono de Em comienza a sonar y ella sonrío.

—Son mis hijos, discúlpame un momento.

Se retira un momento y charla con ellos, después regresa a la mesa.

—Tengo que irme, Aria. El deber me llama. Me ha gustado mucho conocerte. Ojalá volvámos a vernos.

—A mí también me ha gustado mucho conocerte y gracias por los consejos. Me encantaría volver a verte —le digo porque es la verdad desprende una energía positiva que parece contagiarse un poco. Y es algo que me hace mucha falta.

—Mira, este es mi teléfono. Salga como salga tu historia con Eric, puedes llamarme cuando me necesites, ¿de acuerdo? —me dice apuntándolo en una servilleta.

—Gracias, Em.

Me da un beso en la mejilla y se marcha tras abonar la cuenta de la cafetería.

—¡Invito yo! —dice sonriendo, y cogiendo la cuenta, le entrega un billete al camarero y sale por la puerta.

Me quedo observando el número y decido grabarlo en la agenda. La verdad es que ha sido una mujer encantadora y me ha recordado a Eric. Con una personalidad de esas que enseguida enamoran.

Me voy camino al aeropuerto con una idea: quiero ver a Eric cuando llegue a Nueva York. Quiero hablar con él, no sé qué es lo que voy a decirle, pero necesito una explicación a su comportamiento, para entender mejor por qué ha estado vigilándome durante estos seis meses. Le mando un mensaje antes de embarcar.

A las siete cogeré un vuelo de regreso de Washington, necesito hablar contigo. Si te parece bien, cuando llegue iré a tu apartamento. Aria.

Lo envió y la respuesta no se hace esperar.

Te estaré esperando, sabes que mis fines de semana en Nueva York no son nada productivos. Gracias por querer hablar conmigo.

Cuando cojo el vuelo estoy nerviosa, voy a enfrentarme de nuevo a él y no sé qué es lo que espero que pase, porque a una parte de mí le encantaría de nuevo dejarse llevar, ser la Aria del pasado, pero otra parte de mí quiere ser dura, dejarle las cosas claras.

Cansada, me recuesto en el asiento del avión y me pongo música, la canción de *First time* de Kygo con Ellie Goulding suena, mientras recuerdo la primera vez que Eric y yo hicimos el amor. Fue especial, y con una bonita sonrisa, me quedo dormida hasta que escucho a las azafatas anunciar que es el momento de abrocharse los cinturones, pues vamos a tomar tierra. Me tenso y comienzo a ponerme más nerviosa.

El momento de enfrentarse a Eric es ahora o nunca.

Capítulo 20

Al bajar del avión, tomo un taxi con destino a la casa de Eric. La dirección que me dio ayer pertenece a una zona residencial muy parecida a la mía. Cuando el vehículo se para respiro hondo, pago al conductor y me bajo decidida a realizar lo que he venido a hacer: hablar con él y aclarar las cosas de una vez por todas.

Antes de llamar observo la casa: es elegante, quizás incluso más grande que la mía, pero no es nada ostentosa. Cuando voy a llamar, la puerta se abre y aparece Eric vestido con un pantalón deportivo y una camiseta de tirantes que deja al descubierto sus fornidos músculos. Creo que durante este tiempo sin vernos, ha ganado más cuerpo. Está descalzo. La verdad es que es la viva imagen de la sensualidad.

—Hola, Aria.

—Hola, Eric.

Se acerca despacio y cuando va a tocarme, se lo impido.

—No me toques, Eric, por favor...

—Está bien, lo siento, pero pasa... No te quedes ahí.

Me deja entrar y siento su presencia casi pegada a mí. Observo el salón, apenas está amueblado: un sofá, una mesa con unas sillas y un mueble con el televisor. Nada de decoración.

—Todavía me estoy instalando —me dice al ver mi cara de desconcierto—. Esperaba... —No termina la frase.

—Eric. Necesito saber algunas cosas...

—Claro, Aria. Voy a contestarte a todo lo que necesites. Te juro que voy a ser sincero. No más mentiras —dice con seguridad.

—Te lo agradezco.

—¿Quieres tomar algo primero? ¿Has cenado?

—No y no —digo respondiendo a ambas preguntas—. Ahora solo necesito respuestas.

—De acuerdo. Pero después cenarás algo, no es una petición, Aria. —dice tajante.

No contesto, él no me da órdenes, no tiene derecho sobre mí, pero le dejo que lo piense.

—¿Puedo sentarme? —le pregunto cambiado de tema.

—Claro, estás es tu casa.

Me siento en el sofá, respiro hondo y me armo de valor para comenzar con todo lo que quiero preguntarle, ni siquiera sé por dónde empezar.

—Eric, ¿por qué me has espiado durante estos seis meses? —digo al fin.

Me mira perplejo, imagino que no se esperaba para nada esa cuestión.

—¿Cómo sabes que te he espiado? He sido bastante cauteloso. Además, no he sido yo en todo momento, contraté un detective privado, yo solo te he espiado los fines de semana...

—¿¡Qué!?! No entiendo, ¿has estado en Nueva York, vigilándome y no te acercaste a mí? ¡En todo este tiempo solo deseaba saber de ti, Eric! ¡Verte, aunque fuera una vez!

—Tenía miedo, Aria... —dice acercándose para tocarme, pero muevo mi mano y hago un gesto para que no lo haga—. No sabía cómo ibas a reaccionar. Pero te vigilaba porque sentía la necesidad de saber en todo momento si estabas bien...

—Pues no lo estaba. Te necesitaba, Eric. Te fuiste. Me jodiste la vida —respondo amargamente.

—Aria..., ayer te expliqué por qué lo hice. Sé que a lo mejor no fue una decisión acertada y debí contar contigo, hablarte, llamarte, pero cuando tomé el control de la empresa de mi padre y descubrí todo lo que había pasado con el tuyo, sabía que nunca me aceptarías.

—¿Y por qué ahora?

—Porque no puedo vivir sin ti —dice llanamente—. Han sido seis meses torturándome, pensando en cómo recuperarte. Tenía que sacar el proyecto de la nueva sede adelante, se lo prometí a mi padre. Ese fue el trato. Pero ahora, ya estoy aquí y no voy a marcharme nunca más...

Se acerca y me acaricia la mejilla, su contacto me quema, tengo que concentrarme en seguir, preguntarle todo lo que aún necesito saber antes de perderme en lo que de nuevo me hace sentir.

—Eric, quiero respuestas —digo apartando la mirada.

—Y yo te las daré, pero ahora te necesito, Aria, y tú a mí... puedo notarlos en todos los poros de tu piel... Es absurdo negar lo que ambos deseamos...

—No puedo... —le digo apartándome de él.

—¿Por qué? —se acerca de nuevo.

—No sé si estoy preparada...

De pronto me echo a llorar, necesito hacerlo, estoy muy nerviosa,

después de discutir con mis padres creo que realmente no he sido consciente de la tensión que llevo acumulada. Todo esto me está superando. Él me estrecha entre sus brazos mientras yo me deshago en lágrimas, respirando con dificultad.

—Cariño... No llores, por favor... Todo va a salir bien...

—Eric, mi vida ha sido una mentira... —sollozo y él me acaricia la mejilla limpiando mis lágrimas lentamente.

—Nos encargaremos de que de ahora en adelante se convierta en una verdad —dice besándome con ternura en los labios.

No puedo luchar contra eso, sigo enamorada de él y le necesito tanto ahora mismo que no puedo razonar. Respondo a ese beso con pasión, nuestras lenguas bailan una danza perfectamente acompañada en nuestras bocas, como si su reencuentro estuviera escrito. Las manos de Eric se deslizan por debajo de mi camiseta, acariciando mi vientre. Solo con ese contacto, siento que voy a estallar. Él está igual, puedo notar su cuerpo en tensión.

Acaricio sus pectorales, su cuerpo tiembla, él sube su mano y toca mis pechos por encima de mi sujetador. Nuestras lenguas siguen su excitante y pasional juego.

—Aria, vayamos a la habitación —me ruega.

Sé que es la forma de pedirme permiso, no quiere dar ningún paso sin saber si estoy dispuesta a hacerlo, pero yo ahora mismo es en lo único en lo que pienso, en perderme para siempre con él y olvidarme de todo lo demás.

—Vale —le respondo.

Me coge en brazos, mientras seguimos besándonos y sube conmigo las escaleras, ni siquiera me percato a dónde me lleva, no me importa, solo quiero estar con él.

Me tumba en la cama y durante unos segundos me observa.

—¡Dios, Aria! He soñado tantas veces con este momento, que ahora que es real, ni siquiera sé qué hacer.

—Hazme el amor, Eric. Solo tienes que hacer eso —le digo rendida.

—Pero ayer dijiste que tú y yo solo follaríamos, Aria.

—Sé lo que dije, Eric, pero estaba enfadada.

—Te quiero, Aria —me dice y esas palabras me encogen el corazón.

Se tumba en la cama y comienza a desnudarme, despacio, deleitándose con cada caricia, haciendo que mi cuerpo tiemble cada vez que sus dedos lo tocan. Sus labios rozan mi piel, que comienza a arder de deseo.

—Eric...

—Lo sé preciosa, sé qué hace mucho que no estamos juntos, pero no voy a darme prisa, lo siento, no voy a satisfacer tus deseos.

Tiro de su camiseta y la saco por su cabeza con rabia, sabe cómo hacerme enloquecer y aunque los dos estemos al borde del abismo no va a ceder. Bajo también su pantalón deportivo y el bóxer. Su erección queda liberada y acaricio su pene. Jadea cuando nota mis manos en su glande.

—Aria, no sigas...

—¿Por qué, Eric? Antes eras tú el que no estabas dispuesto a ser bueno conmigo, ahora soy yo la que no va a obedecerte.

—Por favor, si sigues me voy a correr...

Pero no le hago caso, sigo acariciando su pene y unas gotas de su semen aparecen de inmediato.

—Aria...

—Hazme el amor... —le digo entonces.

Va a coger un preservativo, pero se lo impido.

—No, Eric. Quiero sentirte...

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura, aún tomo la píldora y no... —hago una pausa, consciente de todo lo que voy a revelar con esta confesión—. No he estado con nadie desde que te fuiste.

—¿Ni siquiera has vuelto al club? —pregunta y me parece captar cierta tirantez en su tono. Su rostro se ensombrece de pronto—. Lo siento, no tengo derecho... Sé que estuviste allí, pero no te culpo. La culpa es solo mía, no debí abandonarte.

Pega su frente a la mía y me penetra despacio. Sentirle sin ningún impedimento, sin protección, es la mejor sensación que jamás podré tener.

—Nunca me acosté con ningún hombre, Eric —afirmo—. Fui al club y lo intenté, pero no pude...

Me mira con ternura y después me acaricia la mejilla.

—Ni siquiera podía permitir que me tocaran —continúo—, no sé qué me has hecho, pero me has marcado para siempre.

—Tú también has dejado una huella en mí que no quiero borrar jamás, no me he permitido borrarla con ninguna otra mujer —declara y siento una sensación de paz al escuchar esas palabras.

Necesitaba saber que él tampoco se había acostado con nadie, que ni siquiera lo había intentado. Eso me demuestra que de verdad me quiere.

Quizás es un poco egoísta por mi parte, pero me ha llegado muy hondo.

Eric sigue moviéndose lentamente dentro de mí, la sensación de plenitud es tan grande que jadeo con cada embestida.

—Eric, necesito más... —le insto.

No sé si es porque él también lo necesita, pero esta vez me hace caso. Acelera sus movimientos, mientras me besa y acaricia todo mi cuerpo con sus ágiles y sensibles manos.

Estoy rendida a él, perdida de nuevo en lo que me hace sentir. Es una auténtica locura.

Nuestros cuerpos convulsionan y se tensan para recibir un orgasmo descomunal, mejor incluso que los anteriores que habíamos tenido juntos. Quizás ha sido el deseo, la pasión o el reencuentro, pero el clímax nos hace alcanzar el nirvana.

Eric se tumba encima de mí sin dejar que todo su peso recaiga sobre mi cuerpo. Noto aún sus latidos acelerados, tanto como los míos.

—Te quiero, Aria, tanto que creo que mi corazón va a estallar —afirma.

—Eric... —le digo sin saber qué responder. Siento que aún hay mucho rencor en mí. Me ha herido y no puedo corresponderle.

—Lo sé, cariño. Tranquila —dice acariciando mi mejilla.

Sale de mí y se tumba a mi lado. Me observa y sonrío.

—Eres preciosa, Aria.

—Gracias...

—Tenemos que cenar algo y después descansar...

—Eric, sigo teniendo preguntas...

—Imagino que estás cansada. Cenemos algo, durmamos un poco y te prometo que mañana, responderé a todas tus preguntas.

—No, tengo que irme a casa, debo ocuparme de... —me callo por un momento, no quiero darle detalles de mi vida personal aún.

—De Ron, lo sé.

—Sí, de Ron. Lleva solo todo el día, le dije a Lisa que pasara, pero también le dije que volvería por la noche.

—Tranquila, Ron está bien, créeme...

Le miro extrañado. Sin entenderlo.

—He estado en tu casa antes.

—¿Has entrado en mi casa? ¿Cómo es posible? Espera... ¿Cómo sabes tú lo de Ron?

—Con la llave que tienes escondida —pero no me contesta a lo del gato.

—Eric...

—Lo siento, pero estaba preocupado por nuestro chiquitín.

—¿Cómo que *nuestro* chiquitín? Es *mi* chiquitín —le digo un poco enfadada porque ahora se ha atribuido el mérito de Ron.

—Es nuestro chiquitín. ¿Sabes quién hizo llegar a Ron a tu patio? —Le miro incrédula y marca una sonrisa de triunfador, asintiendo con la cabeza—. Yo decidí que necesitabas a alguien que te hiciera compañía. Ron apareció un día en la calle cuando estaba vigilándote, estaba solo y asustado. Pensé que os vendría bien a los dos estar juntos. Lo tuve unos días en casa y después lo dejé en tu patio.

No me lo puedo creer, cada cosa nueva que descubro, me hace odiarle y quererle al mismo tiempo.

—No te enfades...

—¿Cómo no voy a enfadarme? Me has manipulado otra vez. Volviste a decidir por mí.

—Tienes razón —dice con pesar—. Lo siento...

—Da igual, ya está hecho. Pero es *mi* chiquitín.

—De acuerdo, es tuyo, pero me dejarás que forme parte de su vida, ¿verdad? Me encanta.

—Lo pensaré... —le contesto.

—Voy a preparar algo de cena, ¿te apetece algo especial?

—No, cualquier cosa... ¿Quieres que te ayude?

—Por supuesto que no, eres mi invitada. Quédate en la cama, te la traeré hasta aquí.

—Gracias.

Me quedo tumbada, tapada con una manta como de peluche que me encanta. Suspiro, sé que de nuevo podría acostumbrarme a esto. Pero sé que aún no estoy preparada. A los quince minutos, Eric sube con unos sándwiches.

—Siento no haber hecho nada más elaborado, pero no me apetecía estar alejado de ti mucho tiempo...

Se sienta a mi lado y los dos cenamos rápido. Coge la bandeja y la deja en la mesita.

—Mañana lo recogeré. Ahora quiero que descanses. Me encantaría volver a hacer el amor contigo, pero necesitas dormir —dice besándome en la frente.

—Gracias, Eric.

Nos tumbamos, me abraza y me siento en paz, tranquila. Nuestras respiraciones están agitadas, pero poco a poco se van tranquilizando hasta que nos relajamos. Él no deja de acariciarme la espalda, eso me sosiega, su sonrisa y sus preciosos ojos verdes que no dejan de mirarme hacen que dibuje yo también una pequeña y tímida mueca a modo de sonrisa.

—Descansa, mi amor. Te quiero —me dice dándome un beso en los labios.

—Buenas noches, Eric —le respondo y cierro los ojos.

Me despierto a media noche, está dormido, le observo y siento que tengo que irme. Sé que no es justo, pero no estoy completamente cómoda a su lado. La única noche que dormimos juntos me sentí feliz. Hoy en cambio, no lo estoy. Ha sido maravilloso volverme a encontrar con Eric, hacer el amor, pero no estoy segura de que podamos volver a estar juntos de la manera que nos merecemos. Han pasado tantas cosas que ya no puede ser como antes. Las dudas me asaltan, estoy nerviosa y poco a poco me deshago de su agarre, cojo mi ropa y me marchó.

Las lágrimas se agolpan por salir. Estoy haciendo lo mismo que él cuando se fue, me estoy marchando, huyendo. No sé si estoy preparada para estar a su lado después de todo lo que ha pasado en mi vida.

Necesito tiempo para pensar. Cojo un taxi y me dirijo a casa, le indico al taxista que me espere, será una media hora, pero prefiero que sea así y pagar la carrera a tener que llamar a otro. Preparo una maleta, me despido de Ron con mucho pesar y regreso al taxi.

Llego a casa de Steven y Debra a las cinco de la madrugada, cuando llamo a la puerta, Steven me ve y me abraza. Solo hace eso y yo me pongo a llorar.

—Aria, ¿estás bien?

—No, Steven. Necesito irme, por un tiempo.

—Claro, tómate todo el que necesites. ¿Sabes ya dónde vas a irte?

—Había pensado en ir a vuestro refugio de Bear Mountain.

—Por supuesto.

Debra aparece y Steven entra, imagino que a por las llaves de la casa, ella me abraza.

—Cielo, pasa. ¿Cómo estás?

—Muy confundida, Debra. Me voy...

—Bueno, si es lo que debes hacer, te apoyaremos, querida. El tiempo lo

cura todo. ¿A dónde te vas?

—A Bear Mountain.

—Gran elección. Es un lugar maravilloso para desconectar y encontrar la paz. Descansa, cariño.

—Gracias, Debra. Estamos en contacto.

—Claro.

Me abraza de nuevo y Steven aparece en ese momento con las llaves.

—Ahora mismo tienes aquí un coche, te llevará hasta allí.

—No hacía falta, Steven, de verdad...

—Claro que sí, tú solo tienes que desconectar y descansar. Llámanos cuando quieras. No te molestaremos.

—No llevo el móvil, solo llevo la agenda con vuestros teléfonos anotados.

—Me parece la mejor decisión, cariño.

Me abrazo a los dos y me despido de ellos cuando llega el coche que Steven me ha indicado. El chófer me abre la puerta y yo me meto dentro. Cojo el iPod y pongo música, necesito evadirme, dejarlo todo atrás. La primera canción que suena parece elegida para el momento, se trata de *Let it all go* de la cantante inglesa Birdy acompañada de Rhodes. La letra se va clavando a fuego en mí, y me quedo con una frase en especial: «Si somos lo suficientemente fuertes para dejar que entre, somos lo suficientemente fuertes para dejarlo ir».

Qué palabras tan fáciles de decir, pero tan difíciles de aplicar... Durante seis meses he intentado borrar a Eric de mi cabeza, dejar todo ir, como dice la canción, pero no he podido. Lo que ha sucedido entre nosotros ha sido tan intenso, tan especial que me ha marcado para siempre y ahora le he dejado yo. Lloro desconsolada, con la frente apoyada en la ventanilla del coche y reproduzco la canción una y otra vez hasta que me quedo dormida.

Capítulo 21

Eric

Me despierto y cuando no veo a Aria en la cama, una sensación de asfixia me oprime el pecho. Me levanto como un resorte. Quizás solo haya bajado a la cocina a beber un vaso de agua y esté sacando las cosas de quicio. Desnudo, bajo las escaleras de dos en dos y compruebo que no hay ni rastro de ella.

Ahora mismo mi corazón late acelerado y puedo llegar a sentir como si alguien lo estuviera estrujando por dentro. Es una sensación horrible. Estoy alterado, me duele el pecho y siento que me va a dar algo si no me tranquilizo. Cojo el teléfono y la llamo, pero lo tiene apagado. Subo a la habitación y me visto. Reviso por si me ha dejado una nota, pero no hay nada, ni una señal de ella.

«¡Joder! Ahora sé cómo se sintió ella cuando me fui», pienso, apretando los dientes. Es una sensación de impotencia demoledora, una frustración absoluta acompañada de un fuerte dolor, como si me hubieran atravesado con un acero al rojo.

La necesito, no puedo vivir sin ella, ¿por qué se ha ido? No lo entiendo, ayer parecía que habíamos arreglado algo las cosas... Quería respuestas...

—¡Joder! No puede dejarme —digo en voz alta. La frustración se convierte en rabia, que me trepa, ardiente, por las venas, y la descargo dando un golpe a la puerta de mi dormitorio.

Los nudillos me sangran de lo fuerte que he dado, pero me da lo mismo, ahora no me duele la mano, me duele el corazón, lo tengo destrozado, porque ni siquiera entiendo por qué se ha ido.

Cojo el casco de la moto y me marchó a toda velocidad hasta su casa. Quizás necesitaba irse a descansar, o ver como estaba Ron.

«Sí, quizás haya sido eso y estoy magnificándolo», me digo para convencerme de ello.

Surco las calles a toda velocidad, ni siquiera me importan los semáforos o los escasos coches que hay un domingo a las ocho de la mañana. Cuando llego, llamo insistentemente a la puerta, pero no hay respuesta así que cojo la llave de repuesto y entro. Ron me recibe con alegría. Le acaricio un poco, reviso la casa y me doy cuenta de que hay cajones abiertos, como si hubiera

cogido algunas cosas con prisa. Veo su teléfono móvil encima de la mesita.

«¡Joder! ¡Se ha ido! Pero ¿a dónde?».

Procuro que Ron tenga comida y agua, mientras pienso dónde ha podido ir. No conozco ningún lugar, porque estoy seguro de que después de lo sucedido no va a ir a Washington. Al final, exasperado, decido acudir a la única persona que puede saberlo: Steven.

Conduzco hasta su casa, gracias al detective que contraté conozco bien las ubicaciones de las viviendas de la gente con la que se ha relacionado Aria estos seis meses. Cuando llego, respiro hondo. Sé que Steven no me lo va a poner demasiado fácil, porque quiere a Aria como una hija, por eso yo voy a abrirle mi corazón.

Inspiro hondo un par de veces más y llamo al timbre.

Al cabo de unos minutos abre él mismo y su rostro impasible me vaticina que no se alegra de verme.

—Eric, ¿se te ha perdido algo?

—Estoy buscando a Aria.

—No está aquí —dice fríamente—. ¿Algo más?

Suspiro desesperado y me meto las manos en los bolsillos.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla? No está en su casa.

—Lo siento, no lo sé —responde en el mismo tono.

—Steven, se ha ido y me gustaría encontrarla.

—No sé dónde puede estar.

Sus ojos son como dos carbones, oscuros y ardientes. Por supuesto que me está ocultando algo. Su actitud indica precisamente eso.

—Creo que eso no es cierto. Escucha, sé que eres como un padre para ella...

—Lo siento Eric, pero no puedo ayudarte —insiste y va a cerrar la puerta en mis narices pero pongo la mano en la hoja para impedirlo.

—¡Steven, espera! Yo la quiero... la necesito... por favor, ¡dime dónde está!

—No puedo, Eric. Necesita tiempo y eso es lo que tenemos que darle, tiempo para pensar, para aclarar sus ideas.

—Pero voy a volverme loco sin ella... —digo sintiendo que me asfixio.

—Así sabrás lo que sufrió ella cuando tú te fuiste —replica Steven con una mirada afilada.

—¡Eso no es justo, Steven! Lo hice para ayudar a mi padre y porque no quería sacrificar su dinero. Quizás no lo entiendas, pero también fue una

decisión difícil para mí.

La expresión de su rostro se suaviza un tanto y deja de empujar la puerta para cerrarla.

—No lo dudo Eric, pero a ella la destrozaste el corazón y el otro día cuando le confesaste lo de su padre, terminaste de rompérselo. Ahora necesita tiempo para volver a recomponer los pedazos. Está confundida, perdida...

—No puedo darle tiempo, Steven. Porque cada día que pasa nos perdemos el uno al otro. Porque ya hemos estado mucho tiempo separados, nos merecemos estar juntos. Nos queremos, sé que ella también me quiere, creo que anoche se asustó.

Steven frunce el ceño.

—¿Anoche? ¿Estuvo contigo?

—Sí, estuvimos juntos. Ella vino a mi casa buscando respuestas...

Steven se queda un poco pensativo, como si no entendiera muy bien lo que le acabo de decir. Finalmente niega con la cabeza.

—Eric, lo siento, no puedo ayudarte...

Debra aparece justo cuando Steven va a cerrar la puerta otra vez.

—Bear Mountain, una pequeña cabaña alejada de todos los hoteles, al final de la carretera, metida en la montaña.

—¡Debra! ¡Cállate! —le grita su marido.

—¡No! ¡Steven! —le recrimina ella—. Se merecen ser felices. Aria le quiere y él la quiere a ella. Están predestinados... ¡Eso sí, Eric! —replica volviéndose hacia mí—. Como se te ocurra hacerla daño otra vez, no me temblará el pulso. Yo misma te lo haré pagar, ¿me has entendido?

—Sí señora. Muchas gracias —respondo aliviado.

Me marcho mientras les oigo discutir. Aunque espero que no llegue la sangre al río, por lo poco que les conozco, sé que la mujer de Steven es una mujer que los tiene muy bien puestos, me recuerda mucho a Aria en algunos aspectos.

Cojo la moto y me dirijo a casa. Tengo claro lo que voy a hacer. Al llegar, mando un mensaje a Margaret. Sí, con ella he mantenido contacto casi desde el principio y sé que si Aria se entera quizás se enfade con ella, pero necesitaba saber de primera mano cómo estaba. Le fui sincero desde el primer momento, le conté todo lo que me pasaba y lo que descubrí de su padre. Margaret me instó a decirle la verdad a Aria, pero yo no me sentía con fuerzas. Enseguida, la secretaria me llama.

—Eric, buenos días, ¿cómo estás?

—Buenos días, Margaret. Siento molestarte. Necesito que le digas a Lisa que pase a cuidar a Ron. Aria estará unos días ausente. Ella se ha dejado el teléfono en casa y no sé si la habrá avisado.

El tono de Margaret se vuelve preocupado.

—Cielo, ¿ha pasado algo?

—Aria, se ha ido.

—¿No lo habéis arreglado? Me dijo anoche que iba a ir a tu casa para hablar —exclama sorprendida.

—Y vino a casa, pensé que lo habíamos arreglado, pero se fue.

—¡Dios! Mi chica cada día está peor. Eric, la culpa es tuya, que lo sepas —añade, para ayudarme a hundirme un poco más.

—Lo sé, Margaret, lo sé y voy a arreglarlo. Gracias, Margaret. Por confiar en mí y apoyarme tanto pese a todo lo que te une con Aria.

—Siempre me pareciste un chico ejemplar, te cogí mucho cariño desde el primer momento.

—Pero eres una gran amiga de Aria. Podías haberme dado la espalda...

—Lo sé, pero tengo un gran corazón —dice con retintín.

—Lo tienes, no lo dudes...

—No lo dudo...

Ambos nos reímos y me despido de ella prometiéndole mil veces que voy a regresar con Aria a mi lado.

Preparo una maleta, porque si Aria no viene conmigo, yo tampoco voy a marcharme, eso lo tengo claro. Salgo de casa y esta vez me voy en coche. Conduzco las casi dos horas que hay hasta el lugar que me ha dicho Debra con la ayuda del GPS y la música de la radio. Sonrío cuando una canción de Charlie Puth, uno de los cantantes favoritos de mi sobrina, comienza a sonar. La canción se titula *Dangerously*, y es bastante pegadiza. Al final acabo tarareando el estribillo. La verdad es que me identifico un poco, porque la relación con Aria fue así, muy rápida, y al final nos estrellamos, la amé *peligrosamente*, como dice la canción.

Al llegar al lugar donde empieza la zona del parque me quedo sorprendido, es espectacular y se ve que es una zona un poco explotada por el turismo, las vistas son maravillosas. Al final de la carretera veo la cabaña. No es muy grande, pero imagino que para dos personas es perfecta para una escapada. Según me voy acercando al lugar indicado, más nervioso me pongo. Sé lo que quiero hacer, lo que he venido a hacer, pero espero que ella esté dispuesta a escucharme. Diviso a Aria sentada al lado del lago que está

junto a la casa. Estaciono antes de llegar y me bajo despacio, no quiero asustarla.

Me acerco lentamente y me siento a su lado, tiene los cascos puestos y no se ha percatado de mi presencia. Sonrío, no sé qué música estará oyendo para estar tan absorta pero me da un poco de pena molestarla.

Le quito un casco y susurro a su oído.

—¿Qué escuchas?

Ella se sobresalta y me mira con cara de sorpresa al comprobar quién es la persona que osa perturbar su tranquilidad.

—Eric, ¿qué haces aquí?

—He venido a desconectar un poco. Este lugar es espectacular, ¿no crees?

—Lo es sin duda... ¿Cómo me has encontrado, Eric? —inquire nerviosa.

—Debra... Ella piensa que estamos predestinados...

—Siempre ha sido una romántica... —expone melancólica—. Eric, yo...

—Te marchaste, Aria y ahora sé lo que sentiste cuando yo me fui. Esta mañana cuando me he despertado y no te he visto a mi lado, pensé que me moría. Mi corazón se iba a partir en dos, latía a mil por hora, parecía que se me iba a salir del pecho... —confieso con angustia.

—Lo siento, Eric...

—No, Aria, no lo sientas... todo lo de tus padres, mi regreso, entiendo que ha sido todo tan precipitado... Imagino que estás agobiada, asustada... —hago una pausa para pensar bien lo que voy a decirle—. Pero te quiero, Aria y no puedo vivir sin ti.

Me mira nerviosa y me coge de la mano, ese simple gesto hace que al menos tenga una esperanza.

—Eric, yo... yo también te quiero —dice nerviosa y yo me quedo en shock. Me ha dejado sin palabras. No me esperaba esa declaración.

«¡Joder! Ha dicho que me quiere. Ahora mismo la abrazaría tan fuerte que la metería dentro de mí». Mi corazón parece ensancharse, me arden los ojos y se me hace un nudo tan fuerte en la garganta que creo que no voy a poder hablar. Pero lo hago. Lo hago y digo lo único que es digno de ser pronunciado en este momento.

—Aria... —susurro, acariciando sus dedos con los míos, enlazados.

—Eric, tengo mucho miedo... —susurra nerviosa.

—¿De qué?

—De no estar a la altura de tu cariño... Yo no soy una persona cariñosa, no me han enseñado a amar —admite con dolor—. Además, debido al odio y resentimiento que mis padres han engendrado en mí hacia tu padre durante todos estos años, no sé si seré capaz de poder quererte como te mereces...

—No digas tonterías, Aria —replico con seguridad—. Sé que lo harás muy bien, yo te enseñaré a hacerlo si hace falta, me ocuparé de recordártelo cada día...

La estrecho entre mis brazos, sé que me necesita, que está esperando que yo la acune y la bese con ternura.

—Te quiero, Aria, con todo mi ser, eso no ha cambiado ni cambiará nunca, no lo olvides. Y haré todo lo posible para que seas feliz a partir de ahora, pero tienes que prometerme una cosa.

—¿Cuál? —dice mirándome. De pronto parece muy vulnerable.

—Que pase lo que pase, no volverás a huir... Sean cuales sean tus miedos y tus dudas, los compartirás conmigo, pero no volverás a marcharte. ¿De acuerdo?

—Sí.

La beso en los labios, un beso cálido para sellar nuestro pacto, y ella sonrío.

—En serio decía que este lugar es precioso... —comento tiernamente.

—Lo es, me quedaría aquí durante el resto de mi vida.

—¡Hagámoslo! —le digo en un arranque de impulsividad.

—¡Estás loco, Eric!

—Sí, por ti.

Vuelvo a besarla, aunque el beso está cargado de deseo, sé que hoy tenemos muchas cosas de las que hablar antes de volver a hacer el amor, porque si algo tengo claro es que voy a recuperar con creces el tiempo que he perdido con ella.

Nos separamos después de unos minutos besándonos y la acaricio la mejilla, es un gesto que me encanta, porque ella se estremece con ese simple contacto.

—Deberíamos hablar... —le digo—. Ayer tenías muchas preguntas y yo quiero responder a todas.

Ella se tensa entre mis brazos al escucharme.

—Eric, no sé si quiero saber más cosas, porque cuanto más descubro, más dolor me produce.

—Está bien, pero sabes que todo lo que quieras preguntarme, todo lo que

necesites saber, Aria, voy a serte sincero. Te lo prometo.

—¿Vas a quedarte aquí mucho tiempo? —La pregunta me desconcierta, creo que le he dejado claro que la quiero y que quiero estar con ella, lo demás no me importa.

—Todo el que haga falta hasta que tú decidas volver, Aria. No me iré sin ti, he venido a buscarte.

—¿Y dónde vas a hospedarte? —La miro con los ojos expectantes, como respondiendo a su pregunta. Al ver que no parece darse cuenta de mis intenciones, le digo:

—Esperaba poder hacerlo contigo.

—Das por hecho muchas cosas, Eric —replica cambiando el tono de voz, parece juguetona—. ¿Cómo sabes que estoy sola?

«Porque si no lo estuvieras mataría a tu acompañante con mis propias manos», pienso un poco molesto por su pregunta.

—No veo a ningún acompañante por aquí, Aria. No obstante, quizás podamos probar un trio... Tengo entendido que no sería la primera vez.

Me mira, ceñuda, la jugada no le ha salido como esperaba y noto un tono de enfado que no entiendo. Ella ha comenzado, después de todo.

—¿Nos dejamos de juegos? ¿Cómo sabes lo del trío?

—Yo sé muchas cosas, Aria. Te he dicho que si quieres preguntar, pregúntes.

—Lo estoy haciendo ahora, ¿cómo lo sabes?

—Digamos que tengo contactos dentro del club —confieso—. Aunque no he querido indagar en tus conquistas cuando rompimos sí lo hice la primera vez que te vi. Fue la noche en que te pedí salir a tomar una copa y me rechazaste. Te seguí y pude comprobar que ibas a ese club. Después la dueña, Amanda, me dijo que te lo montaste con dos tipos.

—Vaya, Eric, eres una verdadera caja de sorpresas... —responde un poco malhumorada.

—Aria, no te enfades...

—No me enfado, solo me sorprende. ¿Hasta dónde has indagado de mí?

—Sé numerosas cosas de ti, no me siento orgulloso de cómo he obtenido esa información y debo admitir que he rozado la locura en muchas ocasiones. Obsesión sería la palabra exacta en lo que se refiere a ti. Pero te quiero, Aria, te he querido casi desde el primer momento en que te vi. Necesitaba saberlo todo sobre ti, saber en cada momento dónde y con quién estabas. ¡Llámame loco si quieres! Mi hermana ya lo ha hecho miles de veces.

—Tu hermana es una gran mujer...

Esa afirmación me sorprende.

—¿Cómo lo sabes?

—La conocí ayer por casualidad, lo que no entiendo es cómo está en Washington, tenía entendido que estaba en España.

—¿La conociste? ¿Cómo es posible?

—Creo que el destino... supongo. Nos chocamos y ella me reconoció. Fue la que me dijo que tú me habías vigilado. Ella me reconoció por las fotos que tú le habías enseñado. Hablamos un poco, tomando un café. Es una mujer estupenda.

—La verdad que es una gran madre y una mujer maravillosa, sí. Hace un mes que regresó, cuando mi padre empeoró...

—¿Tu padre está mal? —pregunta súbitamente preocupada—. Me enteré que estaba enfermo el otro día cuando lo dijiste en la presentación oficial de la sede, pero hasta ahora no me habías dicho que estuviera grave...

—No ha salido el tema... Además, no quiero agobiarte con mis problemas e imagino que hablar de mi padre...

—Eric, cuéntamelo, por favor —dice decidida.

—¿Estás segura?

—Claro... —asevera agarrándome de nuevo la mano.

Tomo aire antes de hablar. Esto no es fácil para mí.

—Tiene cáncer en estado terminal... Le quedan un par de meses de vida, a lo sumo. Por eso quiso que me hiciera cargo de la empresa y por eso no pude decir que no, Aria. Fue también uno de los motivos... Al principio no quiso contármelo y creo que cuando le dije lo del dinero, fue una solución muy oportuna para él sin tener que pedirme que yo regresara. Pero después, cuando quise irme para estar contigo, porque no aguantaba no estar a tu lado, separado de ti, uno de los días en los que estaba tan asqueado que incluso le mandé a la mierda, dejó encima de mi mesa un informe médico. Eran los últimos resultados de unas pruebas a las que se había sometido recientemente, en ellas se le diagnosticaba cáncer sin curación por su avanzado estado. —Hago una pausa, intentando que los recuerdos no me afecten tanto—. No pude irme...

—Eric... lo siento, yo...

Sé que no sabe qué decirme. Imagino que, en otro momento de su vida, ella se hubiera alegrado de la noticia, pero sé que no es tan cruel y ahora mismo seguramente sienta lástima por mí y por mi padre, al menos sus ojos

así lo demuestran. Me agarra fuerte la mano inculcándome un poco de apoyo.

—Tranquila, cariño, sé que es lo que tiene que pasar y en parte lo tengo asumido, pero bueno, no por ello deja de ser menos doloroso. No es que mi padre y yo hayamos tenido una buena relación. Pero en el fondo es mi padre... No quiero que se muera.

—Eso dice mucho de ti, Eric. Eres un gran hombre, porque yo ahora mismo no puedo decir lo mismo de mi padre.

—Porque estás dolida, Aria. Pero algún día lo verás de otra forma. Yo también he tenido momentos en los que he odiado a mi padre por cómo ha llevado las cosas, pero en el fondo de mi corazón, siento un gran cariño por él.

—No creo que las cosas cambien —dice ella con rabia contenida—. Yo no puedo perdonarles lo que me han hecho.

—A mí me has perdonado.

Su gesto cambia al oírme decir eso y la gravedad se diluye poco a poco en su expresión.

—¿Quién te ha dicho que te he perdonado? —inquire con una sonrisa pícaro levantándose del lugar en el que hemos permanecido durante casi una hora charlando y mirándonos con deseo. Me levanto yo también y me quedo de pie enfrente de ella, esperando su siguiente movimiento.

—Vaya, pensé que después de hacer el amor ayer conmigo, regalarte un precioso gatito y venir hoy a buscarte, me habías perdonado, pero se ve que voy a tener que trabajármelo un poco más... —le digo con arrogancia.

—Eso creo yo... —contesta con la misma prepotencia.

—Pues entonces tendré que empezarlo ahora mismo.

La cojo en brazos y me dirijo con ella a la cabaña. Ella sonrío, no sé si porque le gusta lo que he hecho o porque simplemente sabe algo que yo desconozco.

Al llegar, la puerta está cerrada. Vale, de eso se trataba.

—¿Las llaves? —pregunto chulesco.

—¡Mmm! ¿No ibas a currártelo? —contesta juguetona acariciando mi polla.

—Aria, no juegues conmigo o te vas a quemar... —le digo comenzando a excitarme.

—Vaya, vaya... mi becario favorito desde que se ha convertido en jefe cree que puede amenazarme.

—Te recuerdo que tu becario favorito te hizo muchas cosas en tu

despacho, te folló como ningún otro y te hizo perder la razón —le respondo provocativamente.

Indagando en su pasado he descubierto el juego que Aria tenía con los becarios. No es algo que me haya gustado descubrir, pero tengo que asumirlo, todos tenemos un pasado y al menos sé que no ha habido ni habrá nadie después que yo, de eso estoy seguro. Me voy a encargar personalmente de que así sea.

—Bueno, no te las des de gallito, no fue para tanto.

—¿Que no fue para tanto? —Eso ha herido mi orgullo. La suelto y la acorralo contra la puerta. Me importa bien poco si alguien puede vernos, ahora mismo voy a demostrarle que solo yo puedo llevarla a la gloria en cualquier sitio.

Meto mi mano en su pantalón deportivo y me cuelo en su ropa interior, en cuanto mi mano acaricia su clítoris ella jadea.

—Eric, aquí no... —me ruega.

—Tú te lo has buscado, listilla...

Introduzco un dedo mientras mi lengua se hunde en su boca luchando contra la suya. Ella quiere llevar el control, pero no se lo permito. Mi dedo juega dentro de su vagina, y de inmediato introduzco un segundo. Acelero los movimientos, sus jadeos se intensifican contra mis labios, sé que está a punto de alcanzar la gloria, está rígida, expectante y su lengua quiere llevar el control. Su cuerpo se tensa y cuando casi puedo notar su orgasmo, saco mis dedos de su interior y mi lengua de su boca.

—¡Joder! Eric, ¿qué haces? —me grita enfadada.

—¿Las llaves? —inquiero con una sonrisa de triunfador.

Sus ojos me fulminan, estoy seguro de que si esto fuera una película de ciencia ficción, ahora mismo habrían salido de sus ojos al menos una docena de rayos láser.

Se agacha y saca las llaves de debajo de una de las piedras de la entrada. Me las entrega y yo sonrío.

—Gracias. ¿Puedo quedarme contigo, o tengo que buscarme un hotel? —pregunto con retintín.

—¡Eric! No me enciendas aún más...

Vaya, no recordaba a la Aria enfadada. Será mejor que deje que su humor se disipe o creo que me lo va a hacer pagar con creces.

—Voy a por mi maleta, vuelvo en unos minutos.

Abro la puerta y me quedo con las llaves, porque si no estoy seguro de

que me dejará fuera solo para castigarme.

Sonrío, al menos he conseguido que volvamos al juego de seducción que teníamos cuando estuvimos juntos. Me gusta, porque hacer el amor con Aria es maravilloso, pero este tira y afloja me pone a mil, para qué negarlo.

Capítulo 22

No me lo puedo creer, me ha dejado rozando el orgasmo. ¡Yo lo mato! Me ha asaltado en la puerta de la cabaña, donde todo el mundo puede vernos... porque quizás él no sepa que esto es una zona turística con muchísima gente, pero yo sí, y aunque soy una persona a quien le importan bien poco las habladurías, no me gusta que la gente me vea practicando sexo. En fin, que eso es lo de menos... Me pone a mil, qué digo, a cien mil por hora, y después me deja y... se va. ¡Claro que está loco! ¡Y más que lo va estar! Porque yo le voy a hacer perder la razón, le voy a volver loco de remate y va a desear no haber jugado conmigo. ¡Esto es la guerra!

Me dirijo a la habitación y rebusco en la maleta mi mejor lencería, me quito la ropa que llevo puesta y me la pongo con una camiseta de tirantes larga y bastante transparente. Me tumbo en la cama a esperarle con una pose sensual. Oigo la puerta y sonrío.

«¡Esta es mi venganza, Eric!».

En cuanto me ve, su cara dibuja una sonrisa lasciva.

«¡Ja! Sonríe, que no vas a poder tocarme, como que me llamo Aria Young».

Se acerca despacio, deja la maleta a un lado de la cama y me observa.

—Bueno, Eric, ahora yo pongo las normas... —le digo. Veo que su cara borra su sonrisa—. ¿Lo tomas o lo dejas?

—Aria...

—¿Lo tomas o lo dejas, Eric?

—No me gustan tus juegos —dice severamente.

—Ya. Pero da la casualidad que estás en mi terreno, en mi cabaña. Si quieres jugar, tendrás que aceptar mis normas.

Aprieta los dientes y sus ojos centellean. Esa actitud no hace sino excitarme más.

—¿Y cuáles son esas normas?

—No puedes tocarme.

—¿¡Qué!? —exclama furioso—. ¿Por qué?

—Porque yo lo digo...

—¿Por qué no quieres que te toque, Aria? —me pregunta exasperado.

—Porque no.

No voy a darle más explicaciones, simplemente es mi venganza por lo que me ha hecho.

—La segunda norma, yo marco el ritmo, yo elijo cómo quiero que me folles.

—¿Ahora volvemos a follar? —inquire malhumorado.

—Sí, desde que has elegido desafiarme. Para que vuelva a hacer el amor contigo, tendrás que ganártelo.

Veo que está enfadado. ¡Bien, me gusta! ¡Ya somos dos!

—¿Hay una tercera? —pregunta.

—No, no hay más.

—¡Perfecto! Me voy a comer, tengo bastante hambre. ¿Quieres venir, o te traigo algo?

—¿¡Qué!?! —Ahora soy yo la que levanta la voz, crispada.

—Que tengo hambre, que me voy a comer —suelta dándose la vuelta.

—¡Espera! ¿Vas a dejarme así?

—Claro, ya lo he hecho antes... Además, no me gusta tu juego. Yo no voy a follar contigo, Aria. Contigo quiero hacer el amor. Quiero tocarte, acariciar tu cuerpo, besarte y sentir cada poro de tu piel. Si no estás dispuesta a dármelo porque estás enfadada conmigo por lo de antes, lo entiendo... He sido un capullo, lo admito, pero te he avisado y has seguido jugando. El que juega con fuego, termina quemándose. ¿Vienes a comer? —Niego y sale de la cabaña.

«Te ha salido rana, guapita», ¡Vaya, hacía mucho que no aparecía por aquí mi gran amiga! Pero como siempre, llega en los momentos más inoportunos.

Me quedo enfadada recostada en la cama, esperando a que vuelva Eric y sin querer me sumo en un profundo sueño. Hasta que unos labios se posan en mi cuello, besándome con ternura.

—Aria, despierta —me susurra—, tienes que comer.

—No me apetece... —le digo enfadada.

—Sé que estás molesta, pero tienes que comer algo...

¡Molesta! Molesta no es la palabra, estoy muy cabreada, me la ha jugado dos veces hoy. En menos de una hora. Quiero vengarme, pero ahora mismo no se me ocurre nada. Así que no comer y hacer que se preocupe me parece la mejor manera de hacerlo. La verdad es que ninguno de los dos sabemos poner límites a nuestras guerras personales, pero no me importa, no dejaré que mi orgullo se pierda.

Sigue besándome con delicadeza, acariciándome la mejilla como solo él sabe hacer, consiguiendo que mis barreras se derrumben y mi cuerpo se estremezca con ese contacto.

—Aria, cariño, come algo, por favor... Después jugaremos a tu juego, cambiando una sola norma, ¿de acuerdo?

Sonrío y me incorporo a la cama.

—¿Qué norma? —le pregunto, aunque creo saber la respuesta.

—La de tocarte. Dejaré que tú lleves el ritmo, que elijas cómo quieres que hagamos el amor —remarca—, porque como ya te he dicho, tú y yo no follamos, Aria. Nosotros hacemos el amor. Pero yo necesito tocarte.

—Está bien —le respondo, porque en el fondo sé que también necesito que me toque.

Él sonrío satisfecho.

—De acuerdo. Y ahora, a comer. He traído unos bocadillos para los dos.

—¿Tú no has comido? —le pregunto un poco extrañada.

—No, quería hacerlo contigo.

La verdad es que eso le honra. Al menos no lo ha hecho solo. Me coge en brazos, una costumbre muy suya que no me disgusta, todo lo contrario. De esa guisa, me lleva a la cocina y me sienta en un taburete.

—Tienes para elegir, bocadillo de lomo o de pechuga.

—De lomo, gracias.

Me entrega el bocadillo y él se come el otro. Nos miramos y en cuanto terminamos, sé que le deseo y él me desea a mí. Me acerco despacio y en cuanto llego a su altura me agarra por la cintura. Sigo llevando la camiseta transparente y la ropa interior.

—¿Sabes que estás de lo más provocativa con esta ropa?

—¡Ajá! —contesto acorralándole frente a la encimera y rodeando con mis piernas su cintura.

Acaricia mis nalgas desnudas y siento que me enciendo en décimas de segundo. No entiendo el poder que tiene este hombre en mí.

—Cariño, siento lo de antes, pero no me gusta que jueguen conmigo... —dice seductor.

—A mí tampoco, y me las vas a pagar... —le contesto con una sonrisa cínica. Sabe que voy a jugar sucio y creo que se está preparando para la batalla.

Mi sexo se frota con el suyo. Siento un calor intenso, noto su erección latente en su pantalón. Jadea cuando mi mano se adentra en sus pantalones y

juega con su pene. Él gime y deja caer su cabeza hacia atrás, perdido en el deseo. Sabe que no voy a acabar lo que he empezado, creo que lo intuye, pero aun así deja que le lleve al borde del precipicio y cuando las primeras gotas de semen comienzan a salir, saco mi mano y sonrío.

—Lo sabía —me dice con la voz ahogada de placer—, sé que me lo merezco...

—Aún no te he castigado lo suficiente... —contesto ladina.

Le agarro del brazo y tiro de él hacia la habitación, bajo sus pantalones y su bóxer, quiero lamer su erección y volver a dejarle con las ganas, pero me mira y creo que al final me apiado de él. Le necesito. Aunque no voy a dejar que lleve las riendas.

Me siento encima de él, me quito el tanga y guío su pene hacia mi vagina hasta que noto de nuevo esa sensación maravillosa que es tenerlo dentro de mí sin ningún impedimento. Eric me quita la camiseta y desabrocha el sujetador, mientras que yo hago lo mismo con la suya. Los dos estamos completamente desnudos, sentados encima de la cama. Nuestras manos acarician nuestros cuerpos, deleitándose, encendiéndonos.

Comienzo a moverme despacio, jadeo cuando siento su boca apoderarse de uno de mis pechos y lamerlo a su antojo. Después le presta las mismas atenciones al otro. Voy acelerando mis movimientos poco a poco, haciendo que nuestros cuerpos se exciten más. Eric sabe que soy yo quien maneja la situación, por lo que no hace nada para intentar incitarme a que aumente mis movimientos, aunque a veces parece que lo desee.

Mis manos acarician su espalda, sus pectorales, ambos estamos al borde de la locura y cuando creo que voy a alcanzar el clímax, acelero aún más mis movimientos y noto cómo Eric se derrama en mí haciendo que mi orgasmo estalle.

Ha cumplido con su trato y yo también. Le beso con ternura y él me mira con la misma dulce expresión.

—Te quiero —le digo por segunda vez, en esta ocasión sin miedo.

—Yo también te quiero, cariño —dice con una sonrisa preciosa que me ensancha el corazón.

Suspiro y le abrazo, disfrutando del momento. Cuando empiezo a notar que se apodera de mi cuerpo el hormigueo agradable de después del sexo, le hablo al oído.

—Me gustaría dar un paseo...

—Claro, Aria, estoy aquí para complacerte.

—¡Mmm! Eso no es lo que has hecho antes —le reprocho, recordándole todavía molesta su desafortunado encuentro.

—Mi chica es un poco rencorosa —comenta, levantándose conmigo encima—. Duchémonos y vayamos a pasear. A ver si se te olvida ya de una vez.

—Aún no se me ha olvidado y te lo haré pagar, créeme...

Me lleva a la ducha, nos duchamos y nos vestimos con ropa cómoda. Después salimos a dar un paseo de la mano. Me encanta el lugar, aunque esté plagado de turistas se respira tanta paz, tanta tranquilidad que como le he dicho a Eric, me quedaría aquí para siempre.

—¿En qué piensas? —me pregunta mientras caminamos por una vereda junto al lago.

—Que me encanta este sitio. Como te dije antes, sería un gran lugar para vivir, alejado de todos los problemas, de todo...

—Podemos hacerlo... Quizás tendría que regresar de vez en cuando a Nueva York, pero podría dirigir la empresa desde aquí...

—Eric, tu hermana tiene razón. ¡Estás loco!

—Yo solo quiero que seas feliz y estar a tu lado, Aria. Lo demás no me importa —dice con sencillez.

—¡Eres maravilloso, Eric! A veces no creo que te merezca...

—No digas bobadas, yo soy el hombre más afortunado del mundo. Me salvaste de mí, Aria. Antes de conocerte no tenía ningún aliciente en la vida, pero desde que te conocí, quise vivir...

Trago el nudo que se ha formado en mi garganta, son las palabras más bonitas que nadie me ha dicho en toda mi vida. Me freno y le beso en los labios.

—Gracias, Eric —le digo con una lágrima que no he podido evitar contener en mis ojos—. Te quiero y ahora no me cuesta decirlo. Todo es gracias a ti. Quizás hace seis meses yo te salvé, pero ahora tú me has salvado a mí. Creo que ambos nos hemos rescatado el uno al otro.

—Yo también te quiero, cariño.

Después de dos horas paseando y hablando, regresamos a la cabaña. Hemos decidido quedarnos unos días aquí. Eric lo ha dispuesto todo en su empresa para que no pase nada y Steven me dijo que me tomara el tiempo que necesitara, así que vamos a considerarlo como unas merecidas vacaciones y quizás una forma de conocernos mejor.

Por la noche nos dirigimos a cenar a uno de los hoteles cercanos. Era la

idea que tenía yo, puesto que me marché rápido y no había traído provisiones.

Nos decantamos por algo ligero y nada ostentoso, puesto que nuestros atuendos tampoco lo permiten.

Después, dejamos de nuevo que nuestros cuerpos se rindan a la pasión del momento hasta que, exhaustos, nos quedamos rendidos, abrazados.

Me despierto satisfecha, es la cuarta noche que duermo con Eric, nos han pasado muchas cosas juntos, pero solo hemos dormido juntos en esas contadas ocasiones. Él está aún sumergido en un profundo sueño y aprovecho para contemplarle. En su rostro se marcan unos hoyuelos de los que no me había percatado antes, quizás porque no le había visto en esta situación. Me da pena despertarlo, pero quiero besarlo y que se despierte igual de feliz que yo. Rozo su nariz con la mía y cuando abre esos preciosos ojos verdes, entorna una bonita sonrisa.

—Buenos días, preciosa —murmura con voz somnolienta—. ¿Has dormido bien?

—Buenos días, guapo. De maravilla.

Ronronea como un gato y se estira, abrazándome después.

—¿Qué te apetece hacer hoy?

—Me apetecería visitar el Bear Mountain State Park, tenía pensado hacerlo uno de estos días. Seguro que a tu lado será estupendo. Pero hay que ir preparado para una gran caminata, quiero visitar el Memorial Tower Perkins, que está en lo alto de la Montaña del Oso.

—Me parece una buena idea. He traído calzado deportivo, tranquila. Soy un chico previsor.

Me río por su comentario y tras desayunar, nos montamos en su coche y ponemos rumbo al parque. Estacionamos y comenzamos la marcha a la cima de la Montaña del Oso. Nos hemos provisto de agua y algún tentempié para el camino, además de unos bocadillos para poder comer que hemos comprado donde hemos desayunado.

Comenzamos el ascenso a las diez de la mañana, la verdad es que el camino está lleno de vegetación, aunque está muy bien señalizado. Cuando llevamos unos cuarenta y cinco minutos, nos encontramos con una pequeña cascada, un lugar para refrescarse un poco pues, aunque las temperaturas no son muy elevadas, el ascenso es duro. Paramos un poco, comemos un poco de fruta que hemos cogido del buffet del desayuno, nos hacemos unas fotos con los móviles y después de diez minutos continuamos el ascenso.

—Esto es más duro de lo que creía —le digo cuando llevamos casi dos horas.

—Según pone en las indicaciones de la guía que he encontrado en internet, no debería quedar mucho para divisar un mirador —me dice Eric.

Y no le falta razón, después de quince minutos nos encontramos con el mirador que ha comentado. Desde el mismo podemos ver varias vistas del lago Harrison y al oriente podemos divisar las montañas de Lillooet mientras que al occidente esta la cadena de montañas Douglas.

Tras hacernos varias fotos continuamos el camino hasta la cima de la montaña, hay una bifurcación que lleva hasta el lago del oso, pero nuestro objetivo es llegar a la cima.

El sendero se hace más tortuoso y va ganando altura hasta que por fin, después de casi una hora más, coronamos la cima.

Estamos exhaustos, pero ha valido la pena. Desde la cumbre se ve el valle de Fraser de frente nuestra. La cordillera Cheam a la derecha. Hope a la izquierda, Monte Baker en la distancia y hasta se puede apreciar a lo lejos Vancouver.

—¡Es impresionante! —le digo abrazándome a él.

—Sí que lo es... —repite admirado—, además se respira un aire tan puro...

Nos hacemos muchas fotos y aprovechamos para comer el bocadillo antes de visitar el Memorial Tower Perkins, pues tras la caminata estamos hambrientos.

El regreso se hace un poco más costoso, estamos cansados y cuando llego a la cabaña lo único que me apetece es una ducha y tumbarme en la cama a descansar. Creo que hacía años que no andaba tanto. Bueno, en realidad creo que nunca había andado tanto.

—¡Estoy agotada!

—La verdad es que yo también. Pero ha merecido la pena. Ha sido una excursión estupenda, me quedo con eso.

—Tienes razón.

Nos duchamos y nos tumbamos en la cama. Nos quedamos dormidos, imagino que por el cansancio acumulado, y nos despertamos casi a las seis de la tarde por el sonido del teléfono de Eric.

—Eric, te llaman... —le digo somnolienta.

—Déjalo, ya les llamaré después... —indica.

Me levanto y cojo el teléfono, es su hermana.

—Es Em, quizás sea importante.

—No lo creo, seguramente sea para saber si te he recuperado. Le prometí que le diría algo, pero no la he llamado.

—¡Eric! Eres un caso...

El teléfono deja de sonar, pero de inmediato suena de nuevo.

—Eric, seguro que es importante —le indico entregándoselo.

—Está bien.

Coge el teléfono y contesta:

—Dime, Em.

Se levanta de la cama y enseguida su cara cambia. Asiente a lo que está escuchando y contesta.

—Claro, Em. Ahora mismo me pongo en camino. Mantenme informado.

En ese momento me doy cuenta de que algo malo ha pasado. Eric cuelga el teléfono y su cara está seria. Nos miramos. Él resopla y se pasa las manos por la cara como si fuera presa de una gran preocupación.

—¿Qué ocurre? —pregunto sin poder contenerme.

—Aria... sé que te dije que me quedaría contigo todo el tiempo que quisieras, pero ha pasado algo. Mi padre ha empeorado. Creo que no va a salir de esta... Lo siento, pero tengo que irme... Si quieres quedarte, lo entenderé...

—No, Eric. Me voy contigo —le respondo decidida. No voy a abandonarlo, ahora mismo sé que me necesita y quiero estar a su lado, conocer a su padre y despedirme de él porque es lo que me dicta el corazón y porque Eric ha estado a mi lado cuando más le necesitaba. Es lo justo.

—Gracias, cariño, te lo agradezco muchísimo. Te quiero —expresa emocionado, abrazándome.

—Yo también te quiero.

Permanecemos unos segundos abrazados, sé que lo necesita. No se esperaba que su padre fuera a empeorar tan rápido. Creo que nadie está preparado para algo así, para la pérdida de un ser querido.

—Tenemos que recoger e irnos, pero te prometo que volveremos muy pronto para terminar nuestras mini vacaciones —musita con pesar.

—Tranquilo, he disfrutado mucho a tu lado, aunque hayan sido solo dos días.

Así pues, recogemos y ponemos rumbo a Washington para visitar a su convaleciente y moribundo padre, el hombre al que durante tiempo odié sin ni siquiera conocerle.

Capítulo 23

Me recuesto en el coche, debo admitir que estoy un poco nerviosa. Sé que debo hacerlo, enfrentarme a mis miedos, conocer a su padre y quizás incluso, pedirle perdón. Todo eso me causa un malestar tan grande que hace que mi cuerpo se revuelva.

—Eric, me encuentro mal —le digo cuando apenas llevamos media hora de viaje en el coche—. Creo que voy a vomitar.

Él estaciona rápidamente el coche a un lado de la carretera, puesto que no hay ningún sitio dónde parar. Sale del vehículo, abre la puerta y tira de mí. Me coge y me sujeta con fuerza para que vierta el contenido de mi estómago en un lugar retirado. Después de unos minutos, cuando parece que ya no tengo nada más, me incorporo, avergonzada. No quiero que Eric me vea así, pero él me mira con ternura.

—Cariño, ¿estás mejor?

—Sí, gracias...

—Será mejor que te recuestes e intentes descansar. Ha sido un día agotador, has podido coger un poco de frío en el camino. Cuando lleguemos al hospital, que te vea un médico.

—Estoy bien, Eric —digo con mal humor—. Seguramente sean los nervios.

—Me quedo más tranquilo si te ve un médico.

—No será nada, de verdad —insisto.

—Bueno, eso ya se verá.

La verdad es que a tozudos no nos gana nadie.

Me subo en el coche y Eric recuesta el asiento en su totalidad. Me echa una manta que ha sacado del maletero y me mira, un poco preocupado.

—¿Estás cómoda?

—Sí, gracias.

—Pues intenta descansar, cariño.

—Lo intentaré.

Cierro los ojos, él comienza la marcha y yo intento relajarme. Eric pone la radio. A medida que pasa el tiempo me voy sintiendo mejor. De pronto, suena la canción de David Guetta con Usher *Without you* y en ese momento Eric me mira, sonrío y comienza a cantar. Cuando llega al estribillo no puede

evitar separar un momento la vista de la carretera y dedicármela a mí. Le devuelvo una sonrisa, sintiéndome flotar.

Mi corazón se ensancha, es precioso, sé que esa canción es especial e imagino que la habrá escuchado muchas veces, porque parece sabérsela de memoria de principio a fin, la ha entonado con mucho sentimiento.

Cuando finaliza le lanzo un beso, él me mira de nuevo y sonrío. Yo me recuesto y ahora sí, me centro en quedarme dormida. Al final lo consigo.

Me despierto cuando estamos llegando al hospital, son las doce de la noche y el momento de la verdad se acerca. Respiro hondo, armándome de valor. Mi estómago sigue estando un poco revuelto y no sé si realmente es por los nervios o porque quizás Eric tenga razón y he cogido algo de frío, o me ha sentado mal algo de la comida.

—Hola... —musito al sentir su mirada fija en mí a través del retrovisor.

—Hola, cariño. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, estoy mucho mejor —le miento. No quiero preocuparlo. Ahora tiene que estar pendiente de su padre.

—Me alegro. Aria —añade—, si no estás preparada para esto, lo entenderé. Imagino que no tiene que ser fácil para ti.

—Eric, deseo hacerlo, siento que es mi deber —replico con firmeza—. Además, quiero estar a tu lado.

—Gracias, cariño. —Estaciona el vehículo y me agarra la mano. Está nervioso. Imagino que para él también es un duro momento. Quizás en unos días su padre muera, y nunca se está preparado para eso.

—Todo saldrá bien... —le digo inculcándole un poquito de serenidad.

Él me aprieta la mano con gratitud.

—Sé que lo superaré, pero no sé qué puedo decirle a alguien que se va a morir. ¿Cómo puedo animarle? —me pregunta angustiado.

—Solo permanece a su lado, Eric. Dile que le quieres. Creo que con eso le bastará.

—Eso espero...

Bajamos del vehículo. Mi estómago comienza de nuevo a revolverse, pero intento que él no se dé cuenta. Después me excusaré para ir al baño si es necesario.

Subimos a la planta que Em le ha indicado y allí está ella con un hombre y sus dos hijos. Nunca le he preguntado a Eric por su madre, pero no veo a nadie más, por lo que supongo que falleció hace tiempo, o por alguna razón no ha venido.

Eric se abraza a su hermana y yo espero a que se separen de ese emotivo abrazo para que procedan a las presentaciones oportunas. Cuando lo hace, Em me abraza a mí.

—Hola, preciosa —me dice—, me alegro mucho que estés aquí.

—Hola, Em. Gracias.

—Te presentaré a mi marido. Él es Thomas. Thomas ella es Aria. La novia de Eric —expone dando por supuesto que su hermano y yo estamos juntos—. Y ellos dos son mis hijos: Sadie y Chase, que ya se marchan con su padre, solo querían esperaros para saludaros.

Los niños se acercan. Sadie es una adolescente de unos catorce años y me mira con un poco de recelo; me saluda por compromiso, pero Chase me besa con efusividad, tendrá unos diez años y tiene un cierto parecido a su tío. Tiene el pelo totalmente rubio como su padre, pero los ojos son igual de verdes que los de Eric.

—Un placer conoceros a toda la familia —digo con sinceridad, y me esfuerzo en sonreír a pesar del momento.

—El placer es nuestro —dice Thomas.

—Me gustaría entrar a ver a padre —dice Eric.

—Le estaban cambiando la vía, por eso estamos aquí fuera. Ahora nos avisarán para que entremos.

Charlamos un rato más y comienzo a sentirme indispuesta de nuevo, por lo que me disculpo.

—Tengo que ir al aseo.

—Claro, es por allí —me indica Em.

Llego de milagro y sin saber cómo, pues pensé que había expulsado todo lo que tenía en mi estómago durante el camino de vuelta, vuelvo a vomitar.

Em aparece al cabo de un rato.

—Aria, ¿estás bien? —pregunta buscándome entre los servicios.

—Sí, solo un poco indispuesta —contesto.

—Eric me dijo que no te encontrabas bien y me mandó para comprobarlo.

—Creo que son los nervios de conocer a tu padre... —le respondo.

—Lo entiendo... ¿Quieres que te cuente algo? —inquire.

Salgo del cubículo, ya más repuesta. Ella está apostada en la encimera del lavabo y asiento.

—Mi padre y yo hace mucho tiempo que no nos llevamos bien, pero si estoy aquí es porque he decidido perdonarle —comienza, con la mirada

perdida y cruzada de brazos—. Es mi padre y creo que no se merece morir solo... —Hace una pausa y continúa—. Cuando conocí a Thomas, a mi padre no le pareció bien que saliera con un compositor. Él quería algo más para mí, pero pensó que la cosa no iría demasiado lejos. Había salido con muchos chicos y solamente eran rollos de varios días, pero Thomas fue diferente. En cuanto le conocí supe que era el hombre de mi vida, creo que lo mismo que le pasó a Eric contigo —aclara y yo sonrío—. El caso es que mi padre le ofreció dinero para que me abandonara. Evidentemente, Thomas no lo aceptó y no me lo contó hasta el día antes de nuestra boda.

La miro, alucinada.

—Imagino que ahora mismo te estarás preguntando que por qué esperó a ese día. Esa misma pregunta le hice yo.

—¿Y qué te respondió? —inquiero curiosa.

—Ese día los dos estábamos muy nerviosos, era un paso muy importante en nuestras vidas. No solo porque fuéramos a casarnos, sino porque después nos iríamos a Barcelona —dice dirigiendo su mirada hacia mí—. A Thomas le habían ofrecido ser el director del Liceu de Barcelona y quería saber si estaba segura de lo que iba a hacer. Por eso me lo contó. Se sinceró conmigo. En ese momento odié a mi padre con todas mis fuerzas. No hemos hablado en todo este tiempo. Las veces que he regresado a Washington, no nos hemos visto. Eric se ha encargado de que conociera a mis hijos, no quería privarle de eso, pero yo no le he visto, ni he mantenido contacto alguno con él en todo este tiempo. No hasta que mi hermano me dijo que estaba enfermo, que se estaba muriendo. Entonces me di cuenta que no podía guardar tanto rencor, que debía perdonarlo. Como ves, mi padre tampoco es un santo...

—Vaya... —consigo decir.

No me esperaba una historia tan tremenda.

—Lo que intento decir es que todo saldrá bien, Aria —agrega sonriéndome—. No estés nerviosa. Tampoco es una persona tan mala, al menos no en estos momentos de su vida...

—Gracias.

Salimos del cuarto de baño y veo a Eric con cara de preocupación, se acerca a mí y me rodea con el brazo.

—Aria, ¿estás bien? —me susurra.

—Sí, sigo un poco indispuesta.

—Debería verte un médico —insiste.

—Si luego estoy peor, te prometo que iré.

—De acuerdo. Ya nos dejan pasar, ¿estás segura de que quieres entrar conmigo?

Sus ojos brillan angustiados, y eso solo hace reafirmar mi determinación.

—Claro, Eric.

Me agarra de la mano y entramos los dos. Em se queda fuera, despidiéndose de su marido y los niños, que ya se marchan.

En cuanto traspasamos la puerta, el corazón comienza a latirme acelerado y mis manos comienzan a temblar, Eric me aprieta con fuerza al notar mi nerviosismo.

El señor Barnes está tumbado en la cama con la cabeza en dirección a la ventana, al notar nuestra presencia se gira y entorna un amago de sonrisa.

—Hola hijo... Señorita... Imagino que esta preciosidad es la mujer por la que has estado sufriendo durante estos últimos meses. No me extraña nada tu sufrimiento, es una mujer muy hermosa.

—Aria, padre. Se llama Aria —dice Eric débilmente.

—Un placer conocerla, señorita Aria.

La voz del señor Barnes es serena, aunque suena algo cansada, como si estuviera soportando mucho peso.

—El placer es mío, señor Barnes —le contesto un poco acobardada.

—Christopher, muchacha. Llámame Christopher, si no te importa.

—¿Cómo estás, padre? —interviene Eric.

—Mal. Pero creo que es lo que me toca, pagar por mis pecados... —expone con pesar.

—No digas eso. Aún te queda mucho tiempo... —contesta Eric intentando darle ánimos.

—No, hijo, tú y yo sabemos que esto es el final.

Se hace el silencio en la sala, los tres sabemos que tiene razón, pero el único que parece reconocerlo es su padre. Al final soy yo quien decide romper el incómodo silencio. Tengo que hacer lo que me he propuesto hacer, y más vale ahora que nunca.

—Christopher... quería pedirle perdón, señor.

—¿Por qué, muchacha? —pregunta sin saber muy bien a que vienen mis disculpas.

—Soy la hija de Charlie Young...

El señor Barnes me mira con interés y luego asiente, como si algo hubiera encajado en sus pensamientos. Esboza una sonrisa débil.

—No tienes que pedirme disculpas, mujer. No es un mal hombre, solo

que a veces tomamos decisiones equivocadas en momentos desafortunados, nada más... —comenta.

Esas palabras me dejan descolocada.

—Pero se jugó la empresa y después fue calumniándole, y soltando una cantidad de mentiras sobre usted...

—No, Aria. Tu padre solo dijo lo que ambos pactamos.

¿Pacto? ¿De qué está hablando? Sospecho que me aguardan más secretos.

—No entiendo... —digo con gesto contenido.

—Cuando tu padre perdió la compañía, llegamos a un acuerdo. Él me entregaría su empresa con la condición de que yo quedara como el malo de la película. A cambio, yo me encargaría de la manutención de vuestra familia pasándole una paga y correría con los gastos de tus estudios.

—Pero... —Sigo sin entender nada. Eric no me había dicho nada al respecto. Le miro y él se queda tan sorprendido como yo—. No entiendo, ¿por qué?

—No me enorgullece admitirlo, pero en aquel entonces, me aproveché de la situación de tu padre. Yo sabía que tenía un problema... y sí, se jugó la empresa, y se la gané. Entonces pensé que era lo mejor para todos, dada su situación. La habría perdido de todos modos. Sin embargo, no quise que su familia sufriera las consecuencias de la irresponsabilidad de su padre y quería que tuvieras una buena educación en los mejores colegios. Eras una chica muy lista, siempre lo supe.

—Pero padre, no hay constancia de que la empresa haya sufragado los gastos de Aria, ni el pago de la manutención de la familia Young... —replica Eric un poco confundido.

—Porque he sido yo personalmente quien lo ha hecho.

—Le doy las gracias, pero yo no he visto ni un solo céntimo de ese dinero —aclaró—. Fui a un colegio público y la carrera tuve que costeármela con una beca y créditos que después tuve que pagar con mi trabajo... — respondo aturdida por toda la información que estoy recibiendo.

El señor Barnes frunce el ceño.

—¿Cómo es posible? Yo le ingresaba el dinero a tu padre en una cuenta.

—Pues se ve que mi padre me siguió engañando. Nos engañó a los dos —comprendo, no tan sorprendida como debería. Ya no me espero nada bueno de él—. Lo lamento por usted, Christopher... no obstante, se lo agradezco de corazón y le pido perdón por todos los años que le he odiado.

Mis ojos se llenan de lágrimas, no puedo estar más decepcionada al descubrir que mi padre sigue siendo un canalla, que ha utilizado el dinero de Christopher, mi dinero, para su propio beneficio.

Eric me estrecha entre sus brazos y me acuna para calmarme mientras su padre nos observa en silencio, sin decir nada.

Cuando parece que me calmo, nos separamos y su padre nos sonrío.

—Dejemos el pasado atrás. Ahora el futuro parece muy prometedor... Hacéis una pareja estupenda —comenta—, aunque creo que mi hijo sale beneficiado.

Sonrío por la afirmación.

—¿Por qué dice eso, padre? —inquire Eric un poco enfadado.

—Ella es más guapa y más lista que tú. Es una pena que trabaje para la competencia... —se lamenta Christopher.

—Bueno eso puedo arreglarlo —contesta Eric—. Aún tengo que negociar con ella...

—No tienes nada que hacer, Eric. Steven nunca la dejará marchar. Es su mejor apuesta. Estaría loco si lo hiciera.

—Eso habrá que verlo —responde Eric más molesto si cabe.

Sonrío, hablan de mí como si yo no estuviera presente. Me gusta que Eric piense que puede conseguirme, pero lo cierto es que no tiene nada que hacer. No voy a trabajar con él por varios motivos. El primero, que no voy a dejar mi trabajo con Steven y el segundo porque no podría hacerlo, no saldría bien. Ya he trabajado dos semanas a su lado y fue un verdadero castigo. Me niego a tener que pasar de nuevo por ello.

Permanecemos un rato más con Christopher y después, Eric decide salir un rato de la habitación. He comenzado a encontrarme peor y creo que él lo ha notado.

—Padre, vamos a salir un rato... —le indica.

—Claro, si Em quisiera entrar y hacerme compañía, imagino que Thomas y los niños se habrán ido a casa.

—Sí, se han marchado ya. Em está fuera, ahora mismo le digo que entre.

Me alejo un poco para dejar que se despidan en susurros, Eric inclinado sobre la cama de su padre y este mirándole con gravedad y apretando su brazo, como si quisiera darle fuerzas. Es un momento íntimo entre los dos, pero yo no puedo dejar de sentir envidia por la relación que tienen. Al menos ellos han podido arreglar sus diferencias.

Cuando se separa de él, Eric me agarra de la mano y ya en el pasillo,

habla con su hermana, que de inmediato entra. Luego me mira un poco enfadado.

—Aria, ahora mismo vamos a acudir a que te vea un médico y no voy a aceptar un no por respuesta —me exige.

—De acuerdo...

Bajamos a la planta de urgencias y Eric se encarga de hablar con el personal para que me atiendan de inmediato.

—Todo saldrá bien —me dice mientras la enfermera me hace pasar al box.

—Gracias.

Me tumban en una camilla y me dicen que espere a que venga un médico para comenzar a hacerme varias pruebas.

A los cinco minutos, aparece el médico. Es un hombre joven que al verme me sonrío, creo que incluso está coqueteando conmigo, pero desecho la idea.

—Señorita Young, explíqueme qué es lo que le ocurre.

—Llevo unas horas vomitando y con malestar en el estómago.

—Entiendo. ¿Cree que podría estar embarazada?

En ese momento, todo mi mundo se paraliza. Creo que no es posible, pero ¿y si la píldora ha fallado? Sería muy mala suerte que me haya quedado embarazada, ¿no? Pero todo es posible, he tenido relaciones sexuales sin protección, aunque sería muy precipitado afirmarlo, pero con la mala suerte que últimamente tengo, estoy segura de que me tiene que tocar a mí.

—Tomo la píldora, pero he mantenido relaciones sexuales sin más protección recientemente.

—Entonces empezaremos por hacer la prueba de embarazo.

Capítulo 24

Mi mente se queda en blanco, es imposible que esté embarazada. Sé que nos hemos acostado en varias ocasiones sin más protección que la píldora, pero ya tenía que ser muy mala suerte que me hubiera quedado embarazada... y además han pasado solo unos días.

«¡Chica, lo tuyo sería todo un tino!».

Una enfermera viene a tomarme una muestra de orina para realizarme la prueba de embarazo y me pongo tensa, esto no me puede estar pasando a mí.

De inmediato voy al baño, hago lo que me indican y regreso con el bote de orina. Después me sacan sangre y me tumban en la camilla. Estoy muy nerviosa y tengo que llamarles porque mi estómago vuelve a revolverse y me han entrado náuseas otra vez. Enseguida me traen un recipiente y vuelvo a vomitar, aunque ya no me queda nada.

La enfermera me acaricia la cabeza, en señal de ánimo. Yo asiento y se lo agradezco.

—El médico no tardará... —me dice después de unos minutos.

—Gracias —consigo decirle.

Después de una espera que a mí me ha parecido eterna, aparece el mismo doctor que antes.

—Señorita Young, la prueba de embarazo ha sido negativa. —Esas palabras me suponen un alivio inmediato—. Lo más probable es que tenga algún virus estomacal, me han dicho que ha vuelto a vomitar. —Asiento y él continúa su explicación—: Vamos a ponerle un suero para hidratarla y la mantendremos durante unas horas en observación a ver cómo evoluciona. Estamos analizando también su sangre para saber si está baja de defensas, en cuanto me lleguen los resultados se lo comunicaré. Ahora vendrá una enfermera a ponerle la vía con el suero. En un rato haré pasar a su acompañante.

—Gracias —respondo de nuevo un poco menos descompuesta al saber la noticia.

La enfermera enseguida aparece, coge mi mano, busca la vena y me coloca la vía.

Eric entra minutos después, cuando estoy en un estado duermevela.

—Aria, cariño, ¿cómo te encuentras?

Sus ojos brillan de preocupación y yo sonrío para animarle.

—Un poco cansada, el doctor cree que es un virus estomacal...

—Bueno, lo importante es que te recuperes —dice acariciando mi mejilla—. Estaba empezando a ponerme nervioso, nadie me decía nada...

—Me lo imagino, ¿cuánto tiempo llevo aquí? — le pregunto, porque la verdad es que he perdido la noción del tiempo.

—Un par de horas...

—Vaya. Seguro que tu hermana y tu padre están preocupados.

—Ya he avisado a Em. Mi padre también lo sabe. Ella se ha ocupado de contárselo. Ahora mi prioridad eres tú.

—Eric, pero tu padre...

—No, Aria. Tú eres lo más importante para mí.

Sus palabras me dejan sin aliento, su padre está en fase terminal, le quedan días según los médicos y aun así él lo antepone todo para estar a mi lado.

—Te quiero, Eric.

—Y yo a ti, cariño.

Me agarra de la otra mano, en la que no tengo la vía, y me sonrío. Se sienta a mi lado y me habla de cómo cuando era pequeño, estuvo ingresado y su madre le cuidó. Es en ese momento cuando me asalta de nuevo la duda.

—Eric, ¿puedo preguntarte una cosa? —inquiero un poco nerviosa.

—Claro cariño, dime.

—No sé cómo hacerlo —empiezo insegura—, la verdad es que me incomoda un poco, pero me gustaría saber qué ha pasado con tu madre...

Su semblante cambia, quizás porque no es algo fácil para él y creo que he metido la pata, por eso decido intervenir de nuevo.

—Si no quieres, no hace falta que me lo cuentes... —añado de forma apresurada.

—No Aria, nos prometimos que no más mentiras. Mi madre decidió que no quería estar a nuestro lado, no quería a mi padre y por lo tanto no quería a sus hijos. Así de simple. —Lo dice de una forma tan fría y aséptica que me da a entender lo mucho que aún le afecta. Se está distanciando a propósito, para no sufrir. Su mirada se aparta de la mía con incomodidad—. No sé por qué un buen día cambió de opinión, porque la madre que yo recuerdo, cuando tenía cuatro años y estuvo a mi lado en el hospital cuidándome, no es la madre que abandonó a mi padre después.

—¿Qué es lo que pasó? —pregunto con suavidad.

Él se encoge de hombros amargamente.

—No lo sé. No nos dio ninguna explicación y si te digo la verdad ahora mismo no quiero saberla. Después de años intentando ponerme en contacto con ella sin obtener ninguna respuesta, he llegado a la conclusión de que nunca nos quiso y de que ella se lo pierde. Porque sé que mi padre no ha sido un hombre fácil, pero gestos como el que te ha confesado hoy, queriendo cuidar de ti para que no te faltara una educación y algunos otros detalles que he descubierto sobre su vida, son los que le hacen humano. Y puedo llegar a entender que no quisiera vivir con él, pero desentenderte por completo de tus hijos y no querer volver a saber nada de ellos...

—Lo siento, Eric, por hacerte recordar el dolor... —le digo estrechando fuerte su mano.

—No, Aria. No lo sientas, solo tenías curiosidad. Ella es la que nos hizo daño y ahora ya no duele...

—Creo que eso siempre duele, aunque sea un poco —le digo de forma sutil—, la herida nunca termina de cerrar, Eric...

—Tienes razón... —contesta resignado.

El médico aparece interrumpiéndonos y dando por concluida esta dura conversación, cosa que ambos agradecemos.

—Señorita Young, los resultados de la analítica están perfectos. Seguimos con el suero para rehidratarla durante un par de horas y si todo sigue como hasta ahora le daré el alta con una dieta blanda.

—Gracias, doctor.

Tras un par de horas en observación, tolerar bien el suero y no volver a tener nauseas, el médico decide darme el alta.

—Si vuelve a tener molestias, le ruego que venga a vernos de inmediato.

—Así lo haré —contesto.

—Siga la dieta que le indicado durante unos días e hidrátese.

—Gracias, así lo haré.

Salimos del box y Eric me estrecha entre sus brazos.

—Me alegro de que estés mejor. Me gustaría subir a ver unos minutos a mi padre y después iremos a casa a descansar. Mañana vendré por la mañana un rato a verle y tú te quedarás en casa descansando.

—Eric...

—No, Aria. Tienes que reponer fuerzas. Además, en algún momento de tu vida tendrás que volver a trabajar, ¿no? Y tendremos que negociar tu incorporación a mi empresa...

—Eso no es negociable —le respondo tajante, porque no voy a aceptarlo.
—¡Eso ya lo veremos! —contesta ladino.

No entro en su juego, tengo claro lo que voy a hacer. Así que es mejor no mantener una batalla y discutir por algo en lo que sé a ciencia cierta que nunca voy a ceder. Le sonrío y subo con él a la planta donde su padre está ingresado. Eric entra y yo decido quedarme fuera. Em sale de la habitación.

—Cariño, ¿cómo estás? —me pregunta al verme.

—Mejor, aunque un poco cansada, pero al menos parece que ya no tengo náuseas.

—¿No estarás...? —deja la pregunta en el aire, bajando la voz.

Otra vez me entra vértigo solo con oír su insinuación.

—No —respondo tajante.

—Bueno, para mí sería una noticia estupenda, pero también es cierto que lleváis poco tiempo. No creo que fuera lo más oportuno en estos momentos.

—No, sería un error. Además, no sé si quiero tener hijos —digo directamente.

—Lo entiendo, y respeto tu decisión. Como madre que soy, es obvio que no la comparto. Pero como te he dicho, la respeto y no voy a intentar convencerte de lo contrario diciéndote que la maternidad es lo más bonito que puede sucederle a una mujer, porque la verdad, tiene sus cosas buenas y también sus cosas malas.

Sus palabras me alivian más de lo que esperaba y sonrío con ternura.

—Gracias, Em. Por tu sinceridad y tu integridad. Desde que te conocí, me has parecido una mujer estupenda, pero hoy me lo has confirmado aún más.

—¡No digas tonterías! —dice devolviéndome la sonrisa y moviendo la mano, como restando importancia al asunto—. Soy normal, tengo mis fallos y alguna virtud, pero las menos...

—Y además, modesta. Estoy segura de que tu marido estará encantadísimo de tenerte —insisto.

—No creas... —expone, y se ríe—. A veces dice que soy un poco tiquismiquis, aunque otras, dice que le tocó la lotería conmigo.

—Siempre les toca la lotería —apunto con guasa.

—Desde luego. A Eric contigo le ha tocado el premio gordo.

—No lo creo, pero gracias, Em.

Ambas nos reímos. Eric aparece y sonrío al vernos tan felices.

—Bueno, bueno, las dos mujeres de mi vida confabulándose, seguro que

contra mí. Estoy seguro de que en estos momentos estabais hablando de hombres.

—Sí cariño, de ti —dice Em—. Que tienes mucha suerte de tenernos en tu vida. Sobre todo a Aria, así que más te vale que te pongas la pilas y la cuides como se merece, empezando por hoy, que está pachucha. Míjala, y nada de sexo...

—¡Em! —le regaña Eric.

—Ni «Em» ni nada. Mírala, está muy pálida y cansada. Déjala descansar.

—A sus órdenes, mamá —dice él llevándose la mano a la frente con guasa, imitando un saludo militar.

—Bien sabes que soy como tu madre, así que no me rechistes... Buenas noches chicos. Descansad.

—Buenas noches, Em. Mañana me quedaré yo con padre, ¿vale?

—Tranquilo, no es problema. Además, tú tienes una empresa que dirigir.

—Y tú una familia que cuidar... —le responde Eric, disconforme.

—Thomas está de excedencia, puede cuidar de los niños hasta que... —
No termina la frase.

Ambos vuelven a abrazarse y después Em me abraza a mí. Salimos del hospital y Eric me lleva hasta su casa de Washington; yo no digo nada, ahora lo único que quiero es dormir. Estoy agotada, psicológica y físicamente.

Al llegar, coge nuestras maletas y las sube a la habitación.

—Mañana ya tendremos tiempo de deshacerlas. Ahora cogemos solamente el pijama, si te parece.

—Claro... pero, Eric, yo debería volver a Nueva York, aunque me quedaré unos días, pero tengo que comprobar cómo está Ron, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, Aria —dice con tranquilidad—. La vida continúa. Cuando volvamos, viviremos juntos en mi casa.

—Yo ya tengo una casa —le replico.

Él me mira con súplica y me sujeta las manos tiernamente.

—Cariño, quiero que vivamos juntos...

—¿Y por qué en tu casa? —inquiero un poco molesta.

—La compré para los dos y no la amueblé para que pudiéramos hacerlo juntos —explica.

Yo suspiro. Como siempre, los hombres haciendo sus planes sin contar con nadie.

—No digo que no podemos vivir juntos, pero llevo mucho tiempo en mi casa, es mi hogar, la adoro, y no quiero tener que mudarme.

Él asiente y lo deja estar.

—Está bien, ya lo debatiremos. Ahora vamos a dormir... —cede, imagino que demasiado cansado para comenzar una batalla sobre el lugar dónde vivir.

—Mañana, Eric.

—Claro, Aria. Mañana. Pero ahora durmamos un poco, estoy agotado.

Son casi las cuatro de la mañana y ambos estamos exhaustos después del día que hemos pasado y la larga noche.

Nos tumbamos en la cama después de ponernos el pijama y abrazados nos quedamos dormidos casi al instante.

Por la mañana, Eric me despierta rozando su nariz con la mía.

—Buenos días, Aria, cariño. Voy a darme una ducha y me voy al hospital, quédate descansando, ¿de acuerdo?

—Buenos días, Eric —digo con la voz aún algo tomada a causa del sueño—. Espera, desayunaré contigo...

—No. Debes descansar.

—Estoy bien, el médico solo dijo dieta blanda y eso es lo que haré.

Él resopla, dándose por vencido.

—Vale, como quieras...

Me levanto y me doy una ducha con él. No podemos evitar acariciarnos y jugar un poco, pero nada más. Ambos sabemos que ahora lo más importante no somos nosotros.

Eric se viste rápidamente y yo vuelvo a ponerme el pijama despacio, cuando bajo a la cocina ya tiene el desayuno preparado: para mí una infusión, y él un café.

—¡Lo que daría por tomarme uno! —exclamo.

—Lo sé, pero de momento... —dice ofreciéndome la taza.

Me tomo la manzanilla muy a mi pesar y después con un beso nos despedimos en la puerta. Decido dar una vuelta por el apartamento. Es bonito, simple y con una decoración típica de un hombre soltero. No tiene apenas fotos, alguna de sus sobrinos y con su hermana y nada más.

Me tumbo de nuevo en la cama y comienzo a pensar. Sé que Eric quiere comenzar una nueva vida, pero yo me niego a abandonar mi casa, no voy a dejar todo lo que he construido, todo por lo que he luchado, para vivir con él. Sé que le quiero, que a partir de ahora tenemos que construir una vida juntos, pero es mi hogar y quiero que sea allí, en esa casa donde vivamos. Así que

cuando hablemos de ello, se lo diré. Quizás él ha comprado recientemente su casa y quiera decidir por los dos, pero lo siento mucho, por mí no decide.

Poco a poco me sumo en un profundo sueño en su lado de la cama hasta que el teléfono me despierta de mi estado duermevela. Miro el reloj, son las doce de la mañana.

«¡Pues sí que me he echado yo buena siesta!».

Alcanzo el móvil que he dejado en la mesilla y cuando voy a contestar, la llamada se corta. Miro a ver quién llamaba y veo que es Eric, imagino que será para saber algo de mí, pues le dije que iría al hospital. Cuando voy a llamarle, de nuevo suena. Contesto de inmediato.

—Hola, Eric... lo siento, me quedé dormida.

—Aria... —Su voz suena casi sin fuerza y al instante me doy cuenta de que ha sucedido algo malo. Muy malo.

—Eric, ¿estás bien?

—Mi padre... mi padre ha fallecido.

Me quedo bloqueada. Maldita sea, debería haber estado a su lado y estaba aquí, plácidamente dormida mientras Eric se enfrentaba a la peor situación de su vida.

«¡Joder soy la peor novia del mundo!», me recrimino.

—Eric, ahora mismo voy al hospital —le digo muy agitada, me siento tan culpable que hasta me duele—. Lo siento, debería haber estado a tu lado. Lo lamento, lo lamento muchísimo.

—Em se está encargando de todo el papeleo, yo... ni siquiera sé que hacer, Aria. Estábamos hablando, y de repente...

—Eric, dame unos minutos que tome un taxi, ¿vale? Pero no cuelgues, ya mismo voy...

No quiero que esté solo, quiero hablar con él, ahora mismo es muy vulnerable, puedo sentirlo.

—Vale...

Me levanto de la cama como un resorte, me visto con ropa cómoda, me calzo y salgo a la calle en busca de un taxi. Tengo suerte, llego a la parada más cercana y hay varios. Me monto en el primero y le doy la dirección del hospital mientras sigo hablando con Eric. Él divaga, explicándome que estaban hablando sobre unas plantas cuando de repente empezó a tartamudear y a hacer gestos extraños.

—Las máquinas pitaban, le llamé y le llamé pero no me oía, solo intentaba respirar...

—Dios mío, cariño... lo siento tanto... Tranquilo, todo va a salir bien... —le calmo.

—No sé cómo voy a dirigir yo solo la empresa, Aria... No sé si sabré llevarlo como él quería.

—Sabrás, ya lo verás, tienes un gran potencial, no dudes de ello.

—¿Tú crees? —inquieta nervioso.

—Claro que sí, eres muy inteligente.

—¿Me ayudarás?

—Claro... —respondo sin vacilar. Le ayudaré en todo lo posible, pero eso no implica que vaya a cambiar de empresa.

—Gracias, Aria. Te quiero con todo mi ser —me dice, afectado y sentido.

—Yo también, Eric.

Seguimos hablando de cosas banales, lo importante es mantenerle entretenido para que no piense en nada más, sé que ahora lo necesita para no venirse abajo.

Quince minutos más tarde llego al hospital y subo a la planta donde se encuentra Eric, sentado en una silla en el pasillo con el teléfono pegado a la oreja, en cuanto me ve, dibuja una pequeña sonrisa. Aún seguimos hablando, ninguno ha colgado.

—Aria, estás aquí... —dice apartando el aparato por fin. Sus ojos están brillantes de lágrimas y angustia y está muy pálido.

Verle en ese estado me hace sentir más culpable aún.

—Sí... Lo siento mucho... —digo abrazándole.

—No es culpa tuya...

—Pero debería haber estado a tu lado.

—Nadie sabía cuándo iba a llegar el día, Aria. Lo único que siento es que no le dije que le quería...

—Él lo sabía, Eric. No te preocupes —replico con firmeza.

—¿Tú crees?

—Claro, estabas aquí, a su lado. ¿Qué mejor demostración?

Asiente despacio, inseguro.

—Tienes razón. Em se está encargando de todo —vuelve a decirme, está repitiendo algunas cosas de forma un tanto compulsiva, pero yo no se lo tengo en cuenta porque sé que está nervioso—. Dios, yo no sé por dónde empezar... —Se abraza de nuevo a mí. Sé que ahora necesita todo el apoyo porque en el fondo es vulnerable y aunque no quiera admitirlo, quería mucho

a su padre—. Ella es como una madre para mí, cuando la nuestra nos abandonó tuvo que crecer muy deprisa y ejercer como tal. La quiero mucho, Aria, no sé qué haría si no la tuviera ahora a mi lado...

—Me lo imagino, es una mujer estupenda.

—La mejor que conozco, después de ti.

—No digas eso... —contesto emocionada—. Creo que ella es mejor que yo.

—Para mí no lo es. Tú eres la mejor.

—Te quiero, Eric. Tú sí que eres un hombre maravilloso —digo frotando su espalda en el abrazo para infundirle energía—. Sin duda el mejor que conozco. Un gran luchador que estoy segura que llegará muy lejos.

—Yo también te quiero. Eso espero. ¿Sigue en pie tu ayuda? —me pregunta apartándose un poco para mirarme a los ojos.

—Claro, no lo dudes.

—¿Entonces trabajarás para Industrias Barnes?

—No, pero te ayudaré en todo, de eso no tengas dudas...

—Bueno, tenía que intentarlo... —comenta resignado.

Sonrío a medias.

—Te invito a un café, creo que lo necesitarás.

Bajamos a la cafetería y durante un rato esperamos la llegada de Em y Thomas. Nos avisan de que todo está listo para el traslado del cadáver de su padre. Eric suspira y todos nos preparamos para lo que eso implica: Un largo día en el que tendremos que recibir a personas que ni siquiera conozco. Pero sé que debo estar al lado de Eric y Em, porque ahora mismo me necesitan.

Capítulo 25

El funeral es muy emotivo, y a él acuden cientos de personas. Al parecer, Christopher Barnes era un hombre muy querido. Em me ha dejado ropa para la ocasión, gracias a que las dos tenemos la misma talla, porque si no hubiera tenido que viajar a Nueva York y no estaba dispuesta a dejar solo a Eric. No en este momento en el que está tan frágil. Parece sereno, pero ha habido ciertos lapsos de tiempo en los que le he visto perdido, quizás también por el ajetreo y el estrés que le está provocando todo lo que ha pasado. Su padre era un hombre bastante famoso en Washington, con muchísimos contactos.

Cuando parece que la sala se va despejando, veo entrar a Steven, Debra y a mis padres. Un calor virulento se extiende por mis dedos y hormiguea en mi pecho. La furia hace que me cueste respirar. Es increíble que se hayan dignado a aparecer por aquí, si tuvieran un poco de vergüenza no se habrían acercado. Me tenso en cuanto mi padre se acerca con su silla de ruedas a Eric para darle sus condolencias.

—Hijo, te acompaño en el sentimiento —le dice estrechándole la mano.

—Gracias, señor —responde Eric con educación. Ni siquiera sé si sabe que es mi padre.

Mi madre también le da el pésame y se acerca a mí.

—Aria, hija, ¿cómo estás? —me pregunta en voz baja.

—¿Cómo quieres que esté? —respondo con un susurro acerado—. No entiendo a qué habéis venido. A mí se me caería la cara de vergüenza. Así que, si no os importa podéis marcharos ya...

—Aria... —expone temblorosa—. Solo queríamos presentar nuestras condolencias a la familia. Nada más.

—Pues ya habéis cumplido.

Me doy la vuelta y me voy, pero Steven me coge del brazo y me lleva a un lugar un poco retirado para hablar conmigo.

—Aria, sé que tus padres no fueron justos contigo y entiendo que estés dolida, pero es el momento de pasar página...

—No Steven, por favor, no te metas en esto —replico con firmeza—. Te tengo mucho cariño porque me has ayudado siempre, pero te pido por favor que no te entrometas.

—¿Por qué? Están sufriendo, te necesitan... —me discute él con su

habitual tono imperativo.

—¿Y yo? ¿Sabías que el padre de Eric destinó una pensión para mis gastos académicos? Yo nunca vi ni un centavo. Sabes perfectamente que tuve que pedir varios créditos para pagar la universidad porque la beca no me llegaba. ¿Dónde está ese dinero? ¿Quién se lo quedó?

El rostro de Steven palidece un instante y sus labios se entreabren en una mueca de sorpresa, pero se repone de inmediato.

—No lo sabía, Aria. Pero imagino que, si eso que cuentas es cierto, quizás deberías hablar con tu padre y pedirle una explicación.

—¿Para qué? ¿Para que me siga mintiendo como lo ha hecho durante todos estos años? Lo siento, Steven, pero ya no puedo más. He cerrado ese capítulo, mis padres son historia, no quiero saber nada más de ellos. Necesito rehacer mi vida y ser feliz. De verdad que lo necesito, y de momento, ellos no entran en mis planes. Quizás esté siendo injusta, pero hasta que no se cure esa herida, no voy a hablar con ellos. Espero que lo entiendas.

—La verdad es que no, no lo entiendo, Aria —dice él exasperado—, pero voy a respetar tu decisión por el cariño que te tengo. Aunque va a ser difícil. Estoy en medio de esta batalla y me llevo las tortas por los dos lados —se queja.

—Gracias, Steven, y de verdad que lo siento.

Hace un gesto con la mano, restándole importancia.

—Tranquila, soy un hombre fuerte.

—Lo sé.

Le doy un beso y regreso al lado de Eric, que sigue hablando con algún asistente al funeral.

Steven y Debra se despiden después de Eric y se marchan junto con mis padres. Yo suspiro, aliviada. Cuando Eric se me acerca, intento olvidar mis problemas y fortalecerme. Tengo que estar al máximo para poder apoyarle a él.

—¿Qué tal lo vas llevando? —le pregunto, acariciando su brazo.

Sonríe a medias con inseguridad.

—Bueno, todo es bastante raro. Aún no lo asimilo. ¿Y tú? —añade mirándome—. ¿Estás bien? Pareces cansada.

—Estoy bien.

—¿Quiénes eran el matrimonio con el que hablabas? El hombre de la silla de ruedas y su esposa. Los que estaban con Steven y Debra.

Tomo aire antes de responder.

—Eran mis padres...

—¡Oh, vaya! Lo siento. No esperaba que vinieran.

—Ni yo tampoco, no entiendo que hacían aquí —admito con tirantez.

—Quizás es una forma de enmendar sus pecados...

—A mí no me vale eso, Eric.

—Lo sé, cariño, pero al final la gente se arrepiente de las cosas, aunque sea tarde.

Me abraza porque sabe que estoy un poco agobiada y me besa en la frente. Después de estar toda la tarde recibiendo a la gente, al llegar la noche, decidimos irnos a la casa familiar. Es una gran mansión situada en el distrito de Columbia. La casa consta de seis dormitorios, tres baños y dos aseos; un enorme salón en la planta principal con un gran porche, dos terrazas en la primera planta y una cocina enorme con una isla central, garaje para tres coches y una inmensa bodega. Era la casa de su padre, en la que están alojados Em, Thomas y los niños.

—Nos quedaremos aquí hasta mañana, si no te parece mal —me dice Eric.

—Claro que no... —le contesto. Yo solo quiero que él esté bien y me imagino que quiere estar con su familia.

Al llegar, Em, Thomas y sus hijos vienen a saludarnos. Todos nos abrazamos y pasamos a la cocina a tomar algo ligero. Em sirve vino en unas copas, yo lo rechazo, pero Eric da un par de tragos a la suya.

—Em, ¿qué vas a hacer después de que todo esto pase? —le pregunta Eric a su hermana.

—Thomas tiene tiempo indefinido de excedencia y como hemos matriculado a los niños en el colegio la ciudad, esperaremos a que el curso termine y después decidiremos.

—Me gustaría que os quedarais más tiempo en Washington o en Nueva York... —expone Eric apenado.

Le entiendo, ahora es la única familia que tiene y quiere que estén cerca. Si regresan a Barcelona, no podrán verse con asiduidad.

—Cariño, tranquilo, lo sopesaremos, ¿vale? Ahora descansemos, ha sido un día muy largo y mañana será aún peor —le dice su hermana abrazándole.

—Te quiero, Em.

—Yo también a ti, hermanito.

Nos despedimos de toda la familia. Eric me agarra de la mano y me lleva a una habitación, la del ático. Es muy bonita, además me gusta porque es

abuhardillada y tiene su propio baño.

—Espera... —me dice—. Voy a pedirle un pijama a Em para ti.

—Tranquilo, puedo dormir en ropa interior.

—Prefiero que no... —contesta con una leve sonrisa.

Le entiendo, creo que no quiere sucumbir al deseo justo hoy. Regresa a los cinco minutos y me entrega el pijama.

—No me malinterpretes, Aria, es solo que...

—Lo entiendo, Eric. No es el momento —digo con un asentimiento y una sonrisa de ánimo.

—Gracias —murmura él.

—No me las des, cariño.

Me sonrío, porque yo no suelo hablarle así, con esos apelativos afectuosos. Me lo pongo y me tumbo en la cama; él se queda en calzoncillos y la verdad, si para él hubiera sido una tortura que yo durmiera en ropa interior para mí verlo así lo está siendo, y mucho, pero tengo que ser una mujer fuerte.

Me abrazo a él y sintiendo los latidos de su corazón acelerado y le acaricio el pecho desnudo.

—Aria... —me susurra.

—Lo siento —le digo—. No voy a negar que estoy excitada.

—Yo también, pero en honor a mi padre, creo que no es el momento ni el lugar.

—Lo sé. Perdóname.

—No tengo que perdonarte nada, yo también soy un pecador —me dice y sin querer me entra la risa—. ¿De qué te ríes? —me pregunta un poco molesto.

—De lo que acabas de decir: que eres pecador...

—Lo soy, no debería estar pensando en sexo, mi padre acaba de morir —replica con seriedad.

—Somos humanos, cielo, y estamos llenos de contradicciones. Las emociones no entienden de momentos, ni de lugares. Que estés triste no implica que no puedas excitarte —digo para consolarle—. Ahora durmamos un poco. Te quiero, Eric. Buenas noches —concluyo.

—Buenas noches, Aria. Yo también te quiero.

Pongo mi cabeza sobre su pecho y poso la mano en su vientre. Poco a poco, los dos nos relajamos y después de unos largos minutos, conseguimos conciliar el sueño.

Eric

Me despierto de noche, sobresaltado. Doy gracias a que tengo a Aria entre mis brazos y eso me reconforta. La verdad es que no esperaba perder a mi padre tan pronto. Ha sido un duro golpe, y al igual que nunca le olvidaré a él, tampoco olvidaré la forma en que se ha ido. Eso es lo que me ha despertado, el recuerdo de cómo se apagó su vida. Mi corazón se agita y tengo que abrazar a Aria con todas mis fuerzas porque creo que estoy empezando a hiperventilar. Ella se despierta al oírme.

—Eric, ¿te encuentras bien? —me pregunta.

—Sí. Ha sido una pesadilla —digo con toda la entereza que puedo reunir.

Acaricia mi pecho desnudo con la yema de sus dedos y todo mi cuerpo se estremece, sé que no debería ceder a sus encantos, pero necesito perderme en su cuerpo, solo eso me calmaría, aunque mi mente me dice que no es lo correcto, que mi padre acaba de morir, que estoy en su casa, que debo respetarlo.

—Tienes que tranquilizarte, cariño. ¿Quieres que te prepare un vaso de leche?

—No, estoy bien. Quiero que te quedes a mi lado y simplemente me beses con ternura.

—Por supuesto.

Sus labios me besan en la mejilla, despacio, si apenas humedad. Es un beso sensual y sé lo que se propone. Ella está excitada, al igual que yo. Aunque no sé si quiero seguir con este juego, pero lo único que deseo ahora mismo es olvidarme de esa pesadilla, por lo que me dejo llevar. Sigue besándome con esos labios que están volviéndome loco, y ahora rozan los míos.

—Aria... —susurro— no puedo...

—Lo sé, Eric... solo intento que te tranquilices, no voy a hacer nada que tú no desees.

—Lo que pasa es que sí lo deseo, pero no me parece lo correcto —confieso angustiosamente—. Es la casa de mi padre y acaba de fallecer, no creo que sea oportuno, tengo que guardarle un respeto.

—Claro, Eric, tranquilo. Solo quiero hacerte sentir mejor.

—Sabes... —le digo para evitar caer en la tentación—. El día que me fui

de tu casa, vine aquí, me tumbé en esta cama y lloré. Lloré porque supe desde el fondo de mi corazón que te había perdido y que sería muy difícil volver a recuperarte. —Sin querer, varias lágrimas se derraman de mis ojos. Estoy emocionándome al contarle esto y también creo que es el momento de soltar el estrés del día.

Ella se tensa y de pronto me abraza con fuerza, como si no supiera qué más hacer para consolarme.

—Eric... Estoy a tu lado... No llores... —me dice con preocupación.

—Lo sé, Aria. Ese día supe que te había perdido y pensé que nunca más te tendría. Mi padre me dijo que te recuperaría, que luchando duro se consigue todo en la vida. Ahora sé que es verdad. Te tengo de nuevo, pero a él le he perdido para siempre. Él no volverá a estar conmigo nunca.

Rompo en sollozos y al fin siento que parte de este peso aplastante empieza a diluirse. Ella me estrecha, sus labios rozan mi oído cuando me habla.

—Se ha ido, pero siempre estará contigo, en tu corazón... —susurra, y siento que esas palabras, su abrazo y el beso tierno que me da, no pueden llegar más adentro. Doy gracias al cielo por haber encontrado a la mujer más maravillosa del mundo y por hacer que hoy esté a mi lado.

—Te amo, Aria...

Ella me mira con sus ojos vidriosos y me sonrío. Me acaricia con sus pulgares las mejillas llevándose los rastros de las lágrimas que bajan por ellas.

—Yo también te amo, Eric.

—Gracias por estar aquí a mi lado, por salvarme de mí y hacerme creer que la vida puede ser maravillosa al lado de la persona indicada.

—Gracias a ti por abrirme los ojos, por mostrarme la realidad y por quererme como solo tú lo haces —me responde—. Porque sin ti nunca podría haber pronunciado esas dos palabras que te acabo de decir: te amo. Nunca antes las había dicho a nadie y jamás se las diré a otra persona que no seas tú.

Suspiro profundamente, esa declaración, es tan penetrante, tan maravillosa que no puedo estar más satisfecho de la mujer que tengo a mi lado. La beso con tanta pasión que de nuevo me olvido que mi padre acaba de fallecer. Nuestras manos acarician nuestros cuerpos, el mío casi desnudo, el suyo con un pijama que yo intento quitar de en medio.

—Eric... Dijiste que no es lo correcto —me dice jadeante frenándome cuando tiro de su camiseta.

—Tienes razón... —contesto entrando en razón.

—Te deseo con todo mi ser, no lo dudes ni por un momento y siento haber empezado este juego de seducción. Pero sé que en realidad no quieres hacer esto, solo es desesperación. Tu padre ha fallecido, debemos guardarle un respeto. Ya tendremos tiempo otro día.

—No sé qué he hecho para merecerte, pero no voy a cuestionarlo más. Te quiero, Aria. —Le doy un beso en la boca y rozo mi nariz con la suya. Ella dibuja una bonita sonrisa y yo, haciendo un gran esfuerzo, le respondo de la misma manera.

—Yo también te quiero.

Posa su cabeza en mi pecho desnudo. Mi corazón late acelerado, por todo lo acontecido hace unos segundos, porque sin querer, la conversación y saber que de nuevo voy a soñar con la pérdida de mi padre me hace entristecer. Pero debo ser fuerte, pensar que la vida siempre nos pone obstáculos y hay que saberlos vencer.

Respiro profundamente. Inhalando el suave aroma del pelo de Aria, consigo tranquilizarme y sumirme en un profundo sueño, esta vez menos perturbador que me hace dormir hasta el amanecer.

Unos toques en la puerta nos despiertan. Imagino que será mi hermana. Cuando abro los ojos, Aria me sonrío. Esa preciosa boca que desearía besar hasta quedarme exhausto dibuja una bonita sonrisa.

—Chicos, hora de despertarse —nos grita Em desde el otro lado de la puerta.

—Ahora mismo vamos —digo yo alzando la voz.

—Buenos días, guapo —me saluda mi chica.

—Buenos días, preciosa. ¿Pudiste quedarte dormida?

—Sí, ¿y tú? —Mientras hablamos, ella acaricia mi pelo y mantiene sus hermosos ojos fijos en mí. Me hace sentir como si fuera el único ser en el mundo.

—También —respondo saliendo de mi ensoñación—. Al final pude descansar.

—Me alegro. De eso se trataba. —Me acaricia el brazo y dibuja algo inconcreto.

—Creo que tenemos que levantarnos...

—Me temo que sí...

Nos incorporamos de la cama y ambos bajamos a la cocina, Em está preparando todo para el desayuno. Saludamos a Sadie y Chase.

—Dad un beso a Aria.

—¿Por qué? —pregunta Chase un poco confundido.

—Porque es mi novia, entonces es como si fuera vuestra tía. ¿Lo entiendes? —le dice Eric.

—Sí, más o menos. Pero no estáis casados ni nada de eso, ¿verdad?

—Bueno no, pero no hace falta estar casados. Puedes quererla igual sin un papel de por medio.

—¡Ah, vale! ¿Entonces puedo llamarte tía Aria?

—Claro, cielo —le dice ella.

—Eres muy guapa... —responde un poco acobardado.

—Y tú también...

—Eres un pelota, Chase —le recrimina su hermana.

—No le hagas caso a tu hermana, Aria es muy guapa, pero yo la vi primero, amigo. ¡Es mía! —le digo yo.

—Lo sé, tío Eric. No te la voy a quitar, además es muy mayor para mí.

Aria sonrío y veo que a Sadie no le hace ninguna gracia el juego entre Chase y mío así que la agarro y le doy un beso. Sadie siempre ha sido mi ojito derecho y creo que está un poco celosa.

—¿Qué le pasa a mi chica favorita? —le pregunto.

—¿Ahora soy tu chica favorita? Pensé que ese término ya no era para mí —replica Sadie en ese tono profundamente estúpido y a la vez encantador que solo puede emplear un adolescente.

—Vamos, Sadie... —digo haciéndome el bueno con ella—, tú siempre serás mi sobrina favorita.

—Porque no tienes otra, en todo caso tienes un sobrino, y este no me llega a la altura del betún —replica ella con altivez.

—¡No hables así de tu hermano! —le recrimina Em.

—Es verdad, es un lerdo.

—Sadie, por favor, tengamos la fiesta en paz —interviene Thomas—. Ni siquiera el día que vamos a despedir a vuestro abuelo puedes dejar de meterte con tu hermano. Un respeto, te lo ruego...

Sadie mira a su padre indignada y sale de la cocina. Yo les hago un gesto y salgo detrás de ella. Está en una edad muy difícil, en plena adolescencia y con las hormonas alteradas. Sé, por algo que Em comentó ayer de pasada, que se ha vuelto muy rebelde y que están teniendo bastantes discusiones, ya casi a diario, por eso prefiero ser yo quien hable con ella directamente a solas para ver si intentamos solucionar el problema.

La encuentro sentada en la escalera, con el ceño fruncido y mirando su móvil como si fuera lo único importante.

—Sadie, ¿podemos hablar?

—¿Para qué, tío Eric? —dice sin apartar la vista de la pantalla—. ¿No tienes a una novia que adorar?

—Eso no es justo, Sadie.

—¿Por qué no es justo?

—Porque sabes perfectamente que no soy de esos hombres que están todo el día hablando de sus parejas. Quizás Chase haya dicho que Aria es guapa y le haya seguido la corriente, pero yo no voy halagando todo el rato la belleza de mi novia ni voy presumiendo de ella. Aria no es un trofeo, es mi pareja y la quiero, pero a ti también te quiero, eres mi sobrina y parte de mi familia. Eres muy importante para mí y el lugar que tú ocupas no podrá ocuparlo nadie, ¿entiendes? —digo, esperando que mis palabras le calen—. Si tienes un problema me afecta, y mucho... Me consta que lo tienes, por favor, habla conmigo...

—No, tío Eric, no tengo ningún problema. Vete con tu novia —dice con los ojos anegados en lágrimas.

Me acerco de inmediato y trato de cogerle las manos pero ella las aparta y gira el rostro.

—Sadie, por favor... Cuéntamelo, confía en mí. Siempre me has contado todo lo que te pasaba, ¿por qué ahora no? —le suplico.

Ella duda por un momento, creo que no sabe qué hacer.

—Si es por algo que has hecho o quieres hacer... —digo, pensando en el sexo, en fumar y en esa clase de cosas. Aunque aún es muy joven sé que hay adolescentes que ya han tenido relaciones a tan corta edad—. Bueno, si es eso no voy a decirle nada a tu madre, te lo prometo. Pero dime qué es lo que te perturba... Por favor...

Lo piensa por un momento y al final me mira y se resigna.

—Es por un chico de mi clase... Me gusta mucho, pero yo a él, nada.

Su respuesta me alivia. Al menos no es nada tremendamente grave.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque le ha pedido salir a mi mejor amiga.

Vaya, eso sí que es una gran putada. Para qué negarlo. ¿Y ahora qué narices le dices a una adolescente para intentar animarla?

—¿Sabes?, a veces los hombres le piden salir a tu mejor amiga, porque en realidad quieren salir contigo, pero no se atreven a hacerlo y se acercan a

tu amiga para conocerte a ti mejor —interviene Aria salvándome de la incómoda situación. Ni siquiera sé de dónde ha salido, pero le agradezco el gesto.

—¿Tú crees? —le pregunta un poco más animada.

—Bueno, no es siempre el caso, pero muchas veces sí. Además, déjame que te diga una cosa: si ese chico no se ha fijado en ti, entonces es que es idiota de remate y no te merece para nada en absoluto, porque eres una jovencita preciosa. —La forma en que Aria se dirige a ella es fascinante. Le habla con cercanía y seguridad y es tan convincente que acabo creyéndola hasta yo—. Si me dejaras que te llevara un día a la peluquería y arreglaran un poquito, solo un poquito tu pelo, cortándole un poco las puntas y dándole un toque de color... bueno, si tu madre quiere, claro; una bonita manicura y una sesión de belleza, serías aún más preciosa...

—Tío Eric, ¿crees que podrías convencer a mamá para que me dejara ir con la tía Aria a esa sesión de belleza? —Sonrío al ver que ella también ha llamado a Aria con el apelativo de tía.

—Claro, la convenceré. Todo porque mis chicas favoritas estén preciosas.

—Gracias...

Se abraza a mí y después le da a ella un abrazo. Em aparece y sonrío, vocalizando un «gracias» en silencio.

—Chicos, tenemos que terminar de desayunar y prepararnos para salir.

—Ahora mismo vamos —digo, y los tres nos dirigimos a la cocina para concluir el desayuno.

Capítulo 26

Tras el entierro de Christopher, al que solo han acudido los familiares y amigos más cercanos, nos dirigimos de nuevo a la casa familiar. Em se ha encargado de hablar con el abogado de la familia para que esta misma tarde sea la lectura del testamento. Eric quiere regresar a Nueva York cuanto antes, ya son varios días sin estar al frente de la nueva sede y acaba de empezar, no puede delegar tanto tiempo. Yo también debería volver al trabajo, creo que ya estoy preparada para retomar de nuevo las riendas de mi vida.

Em se encarga de cocinar algo para toda la familia y yo la ayudo en lo que puedo, aunque no es mucho, pues la cocina no es lo mío. Luego preparamos la mesa. Sadie está más comunicativa conmigo desde que esta mañana estuvimos hablando y su madre le ha dicho que puede venir a Nueva York con su tío y conmigo algún día. Ella está encantada. Le he prometido que cuando venga, nos haremos esa sesión de belleza.

Cuando llega la tarde, acudimos al despacho del abogado a la hora indicada, una mujer de unos cincuenta años está allí, esperando. Cuando Em y Eric la ven, su semblante cambia por completo.

—¿Qué hace usted aquí, madre? —pregunta Eric de muy malos modales.

—Venir a por lo que es mío.

—¿Después de más de veinte años cree que tiene derecho a exigir algo? —exclama él, furioso—. ¿Después de abandonar a nuestro padre y a nosotros? Es usted una sinvergüenza.

Em agarra a su hermano para calmarle. Nunca le había visto así, tan irritado, con los ojos inyectados en sangre. Ni siquiera el día que discutimos tras nuestro reencuentro. Doy gracias a que Thomas se ha quedado con los niños, no me hubiera gustado que los hijos de Em hubieran presenciado esta escena, Eric no es tan agresivo y pueden llevarse una imagen errónea de su tío.

—Madre —dice Em también enfadada, con voz fría y cortante—. Me parece una falta de respeto que ni siquiera haya acudido al funeral de padre y venga a la lectura del testamento.

Ella hace un gesto de desdén hacia Em que la deja boquiabierta.

—Mira hija, lo que a ti te parezca o te deje de parecer me importa bien

poco... Yo he venido aquí a por dinero y no me iré sin él.

—¿Sabe lo que pienso? —intervengo sin poder aguantarme—. Que he visto gente con muy pocos escrúpulos en la vida, pero usted se gana la palma.

—¿Quién es usted, si se puede saber? —me pregunta con la cabeza muy alta.

—La novia de su hijo. Alguien que al menos estuvo unas horas con el que un día fue su marido. En su día le juzgué mal, pero al menos tuve el coraje de pedirle perdón. Y no he venido aquí a por dinero, solamente a acompañar a mi novio a pasar este duro momento.

—Sí, seguro —ríe ella. Es una mujer realmente odiosa—. Mi marido era multimillonario, estoy seguro que mi hijo saldrá muy bien parado, no querrá usted dejarlo escapar.

—Se equivoca en todo. Conocí a su hijo cuando era un simple becario y no tenía nada, me enamoré de él por quien era entonces, no por lo que es ahora.

La mujer se queda sin palabras, se da media vuelta y se sienta en la sala de espera. Eric me agarra de la mano y me sonrío agradecido.

El abogado nos hace pasar, la madre de Eric y Em también entra. Se sienta en la silla de detrás y comienza la lectura del testamento.

A medida que esta avanza me doy cuenta de que tenemos para rato. Es increíble la cantidad de posesiones que tenía Christopher, su esposa estaba en lo cierto, es multimillonario. Lo que no llego a entender es que, si ella decidió abandonarlos, por qué nunca llegaron a divorciarse.

Tras la lectura del testamento, al final hay una coletilla que nos deja a todos sin palabras: hay una suma de cien mil dólares que se la deja a su esposa. ¿Por qué? Nadie lo sabe, solo Christopher y seguramente ella, porque si no, estoy segura de que no hubiera acudido a lectura del testamento. Ava, que así es como se llama, dibuja una sonrisa maliciosa y tras firmar los papeles sale de despacho con un cheque que en su día emitió Christopher a su nombre. Todo es muy raro. Algo huele a negocio sucio, está claro, pero evidentemente, no voy a decir nada. Em y Eric ya tiene suficiente con haber perdido a su padre. Ellos firman todos los documentos que el abogado les indica y los tres salimos del despacho. Su madre ya no está.

—¿Por qué crees que padre le habrá dejado esa cantidad de dinero a madre? —le dice Eric a su hermana.

—No lo sé, Eric. Pero no le des más vueltas, tendría sus motivos — responde Em, que parece agotada.

—No entiendo nada, Em. Necesito saberlo...

—Eric, déjalo estar.

Él no dice nada, pero estoy seguro de que sabiendo cómo es, no va a hacerlo. Aunque yo tampoco lo haría. Se me ha pasado por la cabeza hablar con Steven, él tiene muchos amigos detectives, quizás puedan investigar a Ava.

Regresamos a la casa familiar y tras un rato, nos despedimos de Thomas y los niños para poner rumbo a Nueva York. Es un largo camino, pero nos da igual, Eric tiene que regresar a su trabajo y yo estoy deseando volver a ver a Ron.

Durante el trayecto, Eric está menos comunicativo de lo normal. Imagino que lo sucedido esta tarde con su madre, además de la muerte de su padre, son cosas que le están agobiando, por lo que decido no darle mucha importancia, pero quiero que sepa que estoy para lo que necesite.

—Eric, ¿estás bien?

—Sí, Aria, solo un poco cansado, nada más... —me dice cuando llevamos algo más de medio camino.

—Quizás deberíamos para a tomar algo.

—No, prefiero llegar a casa cuanto antes y descansar —responde serio.

—Como quieras.

Apoyo mi mano en su pierna y él posa la suya encima de la mía dibujando una leve sonrisa.

—Te quiero, Aria. Gracias por estar estos días a mi lado. Por lo que le dijiste a mi madre y por todo. No sabes cuánto significa para mí.

—Yo también te quiero, Eric. Fue lo que sentí. Y es la verdad, me enamoré de ti por cómo eres.

—Lo sé. Yo también me enamoré de ti, aunque en la oficina fueras un poco Elsa... —añade con media sonrisa.

—Vaya... —digo haciendo una mueca al recordar el mote que me pusieron.

—Pero para mí nunca lo fuiste del todo.

—Gracias, cariño, tú conseguiste derretirme —le digo con sorna.

Vuelve a sonreír y eso me hace ser un poco más feliz, porque he conseguido que al menos pueda alejarse un poco de lo malo que le ha pasado estos días.

—¿Vendrás a mi casa hoy? —le pregunto.

—Aria... Lo que de verdad me apetecería es ir a nuestra casa. La compré

para los dos —dice apesadumbrado.

—Sé que no es momento para discutir, Eric, pero adoro mi casa —replico, inflexible—. En ella me siento viva, me ha costado mucho tiempo tenerla a mi gusto y no quiero deshacerme de ella.

Quiero que lo comprenda, por muy mal que me sepa llevarle la contraria en momentos como estos.

—No tienes por qué hacerlo. Pero la casa que compré está a nombre de los dos. —Le miro sin saber muy bien por qué, no entiendo ni siquiera cómo sabía que yo iba a volver con él—. Como pudiste comprobar el día que fuiste, apenas tiene nada. Quiero que tú y yo loelijamos todo juntos, que sea nuestro hogar. Es todo lo que deseo, esa es la verdad.

—¿Y Ron?

—Ron por supuesto que vendrá, es nuestro chiquitín.

—¡«Mi» chiquitín! —insisto con una sonrisa pícara.

—Pensé que ya habíamos hablado de ello, creo que contribuir a que entrara en tu vida me da permiso para tener algo de participación en su propiedad —replica con humor.

—¿Y si no me lo hubiera quedado? —le pregunto.

—Entonces ahora sería mi chiquitín.

—¿Y lo compartirías conmigo? —inquiero malévola.

—Visto que tú no quieres compartirlo conmigo, tendría que pensarlo... —comenta malicioso.

—Vaya, vaya... Ya me has dado la respuesta. Ron es solo mío —le digo para picarle aún más.

—¡Bicho malo! Me las vas a pagar.

—¡Mmmm! Eso habrá que verlo —le digo pasando mi mano por su miembro.

Enseguida veo tensarse sus hombros, sus ojos se empañan de deseo.

—Aria, por favor... —implora—. Estoy conduciendo.

—Debería torturarte, como tú hiciste conmigo en la puerta de la cabaña.

—Pero que rencorosa eres, ¿aún no lo has olvidado? —me dice mirándome de reojo sin apartar la vista de la carretera por mucho tiempo.

—Perdono, pero no olvido, guapo —le digo volviendo a acariciar su erección.

—Aria... Te juro que como sigas, paro el coche y te hago mía ahora mismo.

—No estaría mal —le tiento.

—Apenas queda media hora para llegar a casa, no nos hagas esto a los dos, prefiero hacer el amor contigo en una cama.

Visto así, tiene toda la razón, por lo que dejo de torturarlo. Aunque bien se merece que lo haga, sé que cumplirá su amenaza y solo de pensarlo mi mente calenturienta se lo imagina y me excito.

Pongo la radio para evitar pensar en ello y suena una canción que parece mandarme señales: *Sexual* de Neiked & Dyo. Cuando llega el estribillo, no puedo evitar sonreír y mirar a Eric.

—Creo que nos quieren decir algo.

—Aria, no —me dice nervioso—. Es una locura.

—¿Y por qué no?

—Porque nos queda menos de media hora para llegar a casa, ya te lo he dicho.

—Eric, déjate llevar... —Vuelvo a poner la mano en su erección, acariciándole, tentándole y mi lengua lame mi labio inferior con maestría.

Me mira y al final, estaciona el coche en un lugar un poco apartado de la carretera. Sonrío, satisfecha, estamos haciendo una locura, pero me gusta que se deje llevar y deje de pensar por un momento. Echa su asiento para atrás y me subo encima de él. Enseguida nuestros cuerpos comienzan a subir de temperatura, creo que los dos nos hemos excitado solo con pensar en lo que vamos a hacer. Mi sexo se frota con el suyo. Mordisqueo sus labios, mientras sus manos masajean mis pechos.

—Aria, tiene que ser algo rápido, no quiero que alguien nos vea —jadea excitado.

—Vale, algo rápido —digo resignada.

Pero sigo jugando sin hacer nada más, mi sexo frotándose contra el suyo, mis labios besándolo con pasión. Su mano se cuela por debajo de mi camiseta y suelta el sujetador. Acaricia mis pezones enhiestos y puedo sentir un escalofrío recorriendo todo mi cuerpo mientras su lengua posee mi boca con voracidad.

Cuando voy a desabrochar el cinturón de su pantalón, oímos unos golpes en el cristal. Está totalmente empañado por el calor que nuestros cuerpos han desprendido. Nos apresuramos a arreglar nuestra ropa y Eric acerca la mano al interruptor para bajar la ventanilla. De un salto, me coloco en el asiento del copiloto.

—Policía de Nueva York —dice un agente y tengo que torcer la cara para no reírme, esto es surrealista—. Denme su documentación y la del

vehículo. ¿Saben que aquí está prohibido estacionar? Están en una vía pública.

Creo que Eric está muerto de vergüenza.

—Ahora mismo, disculpe... hemos tenido que parar, mi novia se ha... mareado.

Después de unos segundos que intento serenarme para no reírme, decido darme la vuelta para afrontar yo también un poco de esa vergüenza con él.

El policía esta inspeccionando la documentación. Y cuando se la devuelve me fijo en él. No puede ser posible.

—Tengo que multarle, caballero...

—¿Charlie? —le pregunto sorprendida.

—¿Aria? ¿Eres tú? —dice asomando su cabeza un poco para asegurarse.

—Sí, Charlie. Soy yo —le digo con una gran sonrisa, más amable de lo que es natural en mí, intentando que cambie así de parecer con la multa.

—¡Dios mío cuanto tiempo! —exclama con alegría.

—Mucho, Charlie. ¡Qué casualidad!

—Sí, sí. ¿Qué tal te va?

Me pregunta amablemente pero sigue rellenando el parte de la multa.

—Bien, muy bien... pero, verás... Si hicieras un poco la vista gorda...

—Aria, estabais en una vía pública, lo siento —dice seriamente.

—Lo sé, lo siento, ha sido culpa mía... Soy una loca, ya sabes.

Me mira de reojo y vuelvo a sonreír.

—Bueno, por los viejos tiempos —acepta—, pero la próxima vez...

—Tranquilo, prometo que no habrá próxima vez, ya hemos aprendido la lección —dice Eric apabullado.

—Me alegra volver verte, Charlie.

—A mí también, Aria. ¡Hasta otra!

Charlie nos da paso y yo le sonrío. Eric está bastante irritado, no sé si porque mi amigo me ha guiñado un ojo, porque nos han pillado infraganti o por todo en general. Cuando nos alejamos un poco, le agarro de la mano, pero él se suelta.

—Eric, no te enfades...

—¿Que no me enfade, Aria? ¿Has visto la locura que hemos hecho? ¿Podían haberme multado? Gracias a que era amiguito tuyo, que por cierto, ha coqueteado contigo descaradamente. No sé si tú te has dado cuenta, porque yo sí. No se ha cortado ni un pelo, aun estando yo delante y sabiendo

lo que estábamos haciendo.

—¿Estás celoso?

—¿Me preguntas si estoy celoso, Aria? ¿Después de todo lo que ha pasado? —expone malhumorado—. No, no estoy celoso. Estoy cabreado. Te dije que quedaba menos de media hora, pero teníamos que parar y hacer el amor en la carretera en lugar de esperar a hacerlo en casa, como todo el mundo.

—De acuerdo, mea culpa —digo levantando las manos—. Lo siento, Eric, de verdad. Soy una estúpida. A veces no pienso las cosas, me gusta la aventura... Pero no te enfades, por favor...

—Aria, de verdad, hoy no ha sido un buen día, dejémoslo.

El resto del trayecto, un poco más de quince minutos, lo hacemos en silencio, ni siquiera ponemos música. Eric me lleva a casa y me sorprende, porque habíamos quedado en ir a la suya.

—Será mejor que vayas a ver a Ron.

—Eric..., ¿te vas?

—Necesito estar solo.

Sé que está enfadado y muy cansado, pero no quiero que me eche así de su lado.

—No me hagas esto, no me apartes de tu vida por una bobada, Eric —le suplico—. Quédate conmigo, por favor.

Le agarro de la mano, me mira, duda por un momento y al final suspira nervioso, pero entra conmigo en casa.

Ron aparece en cuanto entramos por la puerta, se roza con mis piernas y a continuación con las de Eric. Él sonríe al verle.

—Hola Ron, mi chiquitín, te he echado mucho de menos —le digo cogiéndole en brazos y rozando mi cara con la suya.

El gato ronronea y Eric nos observa sonriente.

—Mira, chiquitín, he traído visita, ¿te acuerdas de él? —le digo enseñándole a Eric. Ron maúlla y yo sonrío.

—Hola, Ron —comenta Eric acariciando su cabecita y el gato la retuerce, creo que le gustan las caricias que le está dando.

—Vaya, veo que te gusta mucho que haya venido, jovenzuelo. ¿A que también quieres ser mi chiquitín? —Ron vuelve a maullar, imagino que porque quiere que siga acariciándole—. ¿Ves como quiere ser mi chiquitín? —me dice.

—Está bien, podremos compartirlo —acepto, deseando que hagamos las

paces y que toda la amargura quede atrás.

—Que conste que no te he perdonado, aunque compartamos a Ron — replica con una mueca intentando estar enfadado.

—Vaya... ¿Y qué tengo que hacer para que me perdones? —pregunto poniendo cara de niña buena.

—Darme mucho placer.

Suelto una risa suave.

—Sabes que eso se me da de maravilla —contesto con chulería.

—¡Qué presuntuosa! —exclama, pero sus ojos vuelven a brillar y ríe entre dientes.

—Tendrás alguna queja de cuando hemos hecho el amor...

—Ninguna, pero no pienso hacer nada hoy. No voy a esforzarme lo más mínimo ni voy a complacerte, tú solita tendrás que hacerlo todo —declara con altivez.

—Bueno, yo puedo hacerlo todo, tranquilo, incluso darme a mí misma placer, ¿acaso lo dudabas?

Mi respuesta vuelve a sacarle una sonrisa.

—No cariño, no lo dudaba.

Le agarro de la mano y tiro de él hacia mi dormitorio. Eric deja al gato en el suelo por el camino y en cuanto llegamos, cierro la puerta y le empujo a la cama.

Cojo mi reproductor de música y elijo una canción apropiada para el momento, *Strip That Down* de Liam Payne & Quavo y le desnudo despacio, sin ninguna prisa. Luego comienzo a desnudarme yo, al ritmo de la música, moviendo mis caderas y apoyando mi pierna en la cama, como una verdadera *stripper*.

La cara de Eric es de auténtica admiración, mi sonrisa, mis movimientos, sé que le están volviendo loco.

—¿Te gusta el numerito? —le pregunto cuando estoy en ropa interior.

—Aria, como sigas así, creo que voy a tener que saltarme lo que he dicho y poseerte... —dice con los ojos brillantes de deseo.

—¡Mmm! No me importaría...

—¡Tienes que pagar por tus actos!

—Como quieras... Entonces déjame seguir con mi trabajo.

Sigo contoneándome y quitándome la ropa interior mientras termina la canción y cuando lo hace, me acerco a él a cuatro patas como una gata en celo. Su erección me dice que no puede más y la acaricio despacio mientras

me la llevo a la boca. Él gime de placer. La saboreo y mis manos tocan sus testículos. Su cuerpo se tensa, mi boca asciende y desciende rápidamente, notando cómo las primeras gotas de su semen me anuncian que está muy cerca del orgasmo. Acelero aún más mis embestidas hasta que se derrama dentro de mí, jadeando de placer, agarrando mi pelo para que siga bombeando con más fuerza. Trago hasta la última gota y saco su pene de mi boca para introducirlo en mi vagina; aún está enhiesto y le necesito más que nunca, por ello, me muevo rápidamente en busca de mi placer. Él acaricia mis pechos y me besa. Sonrío porque, aunque dijo que no iba a hacer nada para llevarme al orgasmo, me está demostrando que no es así. Sigo moviendo mi cuerpo, él me ayuda con sus manos y poco a poco alcanzo el éxtasis hasta que ambos sucumbimos al clímax.

Al terminar, caigo sobre él, rendida y colmada.

—Te quiero, Eric —susurro.

—Yo también te quiero, Aria... Será mejor que cenemos algo y durmamos un poco... —me dice agotado.

—¿Me has perdonado? —le pregunto con una sonrisa pícara.

—No del todo, pero estoy cansado y es tarde... —expone, aunque sé que no lo siente así. Su mirada es demasiado dulce.

—Está bien, te daré una tregua. Quédate en la cama, preparé unos sándwiches.

Bajo a la cocina, donde espero tener algo comestible. Doy gracias a que hay mantequilla de cacahuete y pan. Los preparo y cuando subo, Eric está dormido. Ron se ha hecho un ovillo y está a su lado. Vaya traidor está hecho el gatito. Dudo por un momento si despertar a Eric o no y al final opto por dejarlo dormir. Me como mi sándwich y dejo el otro encima de la mesita por si se despierta a media noche.

Me tumbo a su lado, le beso la mejilla y cierro los ojos esperando que el día de mañana nos depare solo cosas buenas.

Capítulo 27

La alarma del reloj de Eric nos despierta a los dos, son las cinco de la mañana. Abro un ojo y no doy crédito, hacía unas semanas que no me despertaba tan temprano y he perdido el ritmo.

«¡Santo cielo, si a estas horas no estarán puestas ni las calles!».

—Buenos días, preciosa. Lo siento, me quedé dormido... —murmura Eric, frotándose los ojos.

—Buenos días, guapo. Tranquilo. No pasa nada, no quise despertarte. ¿Has dormido bien?

—Sí, como un niño pequeño... y creo que el chiquitín también —dice señalando a Ron, que no se ha movido de su lado.

—¡Es un traidor! —exclamo haciéndome la ofendida.

—Reconoce que, en el fondo, es mi gato.

La sonrisa de Eric casi me conquista, pero no me dejo vencer.

—No, es mío, perdiste todo el derecho cuando le dejaste en mi casa.

—Tienes razón, pero ¿no habíamos quedado ayer en que era de los dos?

—No, si no me perdonas.

—Vaya, eres una tramposa y no sabes lo que le hago yo a las tramposas... —ronronea inmovilizándome y abriéndome las piernas.

—¡Mmm! Me encantará saberlo —digo notando su erección en mi sexo.

—Vaya, mi chica se ha despertado juguetona —bromea seductor.

—Siempre estoy dispuesta para ti, caballero...

—Tiene que ser algo rápido, quiero llegar temprano a la oficina.

Su comentario me ofende y le doy un golpecito en el pecho.

—¿Algo rápido? Quiero sexo en condiciones, Eric... Nada de rápido —me quejo un poco molesta—. Si no, no me tientes.

—Te recuerdo, señorita, que aún sigo enfadado.

—Te recuerdo, caballero, que yo ayer cumplí mi trato, si sigues enfadado es porque quieres.

Él me mira con rencor.

—No del todo, yo te toqué, te acaricié mientras hacíamos el amor.

—Yo no te lo pedí... —le respondo un poco molesta.

—Pero no lo impediste...

«No me lo puedo creer. ¿De verdad vamos a discutir por esto?», pienso,

ya perdiendo la paciencia.

—¿Sabes qué? —le digo liberándome de su agarre—. ¡Que nada de sexo mañanero!

Me levanto de la cama y me voy al baño dejándole con un palmo de narices.

«¿No quería algo rápido? ¡Pues toma rápido!».

Me meto en la ducha y cuando el agua cae por todo mi cuerpo noto unas manos acariciándome los pechos. Sus labios besándome el cuello. Quiero detenerlo, pero no puedo, lo que estoy sintiendo es superior a mí.

—Eric, detente... —le digo no muy convincente.

—¿Es lo que realmente deseas? —pregunta ladino.

Claro que no es lo que deseo, pero quiero darle un escarmiento.

—Sí —contesto al fin armándome de valor.

—De acuerdo.

Deja de acariciarme y sale de la ducha, enfadado. Termino de enjabonarme y me aclaro el cuerpo y el pelo. Salgo también y me envuelvo en el albornoz. Está esperando a que salga para entrar él. Sin mediar ni una palabra, se mete en la ducha y enjabona enérgicamente su cuerpo mientras yo le observo. Realmente me estoy torturando y me encantaría entrar y continuar lo que ha empezado, pero no le daré el gusto de salirse con la suya, hoy no. Quiero demostrarle que no siempre va a ser lo que él diga, en esta relación no va a ser lo que él quiera.

Cuando sale de la ducha, su cara lo dice todo, está enfadado, ¡perfecto!, ya somos dos. Nos vestimos, yo con ropa de trabajo, él algo más normal, imagino que tiene que ir a su casa a cambiarse.

—¿Vas a desayunar? —le pregunto con cierta brusquedad.

—No, voy a casa a cambiarme y desayunaré algo por el camino — responde de igual manera.

—¿Quedamos para comer? —inquiero, aunque estoy enfadada no quiero que esto influya en nuestra relación.

—No sé, Aria. Te llamaré.

—De acuerdo.

—Que tengas un buen día. — Me da un beso suave en los labios y se marcha.

—Igualmente.

Suelto el aire contenido en mis pulmones y bajo a la cocina, preparo un café rápido. Ron me saluda y le acaricio.

—Hola, mi rey, buenos días.

Me tomo el café y tras hacerle unas carantoñas más a Ron, salgo de casa, tomo un taxi y me voy a la oficina. Estoy un poco nerviosa por volver, sé que todo está en orden y que Steven estará ocupando mi lugar como me indicó, pero aún así noto un hormigueo por dentro. No le he dicho nada de mi vuelta, ni yo misma sabía que iba a incorporarme ya.

Tras veinte minutos en taxi, llego a nuestro edificio, el portero me saluda con una sonrisa sincera.

—Buenos días, señorita Young. Qué alegría volver a verla por aquí. Me dijeron que estaba pasando unos días de vacaciones.

—¡Buenos días! Sí, un poco de desconexión nunca viene mal. Gracias. Que tenga un buen día, Jackson.

—Gracias, igualmente.

Me meto en el ascensor y subo hasta nuestra planta. Cuando llego no puedo evitar mirar el cubículo que ocupó Eric; sigue vacío. Suspiro y me dirijo a mi despacho. La luz está encendida, imagino que Steven estará allí. Llamo a la puerta y me encuentro a Lisa sentada en mi silla, con la mirada perdida en la ventana.

—Lisa, ¿qué haces en mi despacho? —le pregunto un poco molesta.

Esto es inaudito. Ella se levanta como un resorte, nerviosa y algo acobardada.

—Lo siento, no sabía que vendrías hoy, solo... fantaseaba un poco. Llegué pronto y... lo siento, Aria.

—Tranquila. Pero por favor, no vuelvas a entrar en mi despacho, es como un santuario —le digo seriamente.

Ella se precipita hacia la salida, avergonzada, mirando al suelo.

—De verdad que lo lamento, soy una estúpida, es la primera vez que lo hago, te lo prometo. No sé por qué lo he hecho... no pienses mal, por favor.

—Está bien, no pasa nada. —Decido dejarlo correr, no quiero ponerme paranoica, y menos con una amiga—. No te vayas, mujer. Necesito que me pongas al día de todo lo acontecido estos días.

—Claro. Steven y yo hemos trabajado en varios proyectos, es un hombre muy exigente, creo que está contento con mi trabajo...

—Seguro, Lisa. Eres muy buena, que no se te olvide.

—Gracias, Aria.

Se sienta al otro lado de la mesa y me dejo caer en mi sillón. La verdad es que hasta ahora no me he dado cuenta de lo que he echado de menos

volver a estar aquí, en mi despacho. Suspiro satisfecha y comienzo a ver con Lisa varios temas de mi correo, así como los proyectos en los que ha trabajado con Steven. A las ocho de la mañana aparecen Margaret y Steven, ambos sorprendidos de verme.

—Aria, buenos días. No esperaba verte aquí —me dice Steven con cierta reticencia. Sospecho que está enfadado porque no le he avisado.

—Eric y yo regresamos ayer un poco tarde de Washington. Tomé la decisión de venir esta misma mañana.

—Me alegro que estés de vuelta, cielo —dice Margaret mucho más contenta—. Te echábamos de menos.

—Gracias, yo también a vosotros.

—Si nos dejáis unos minutos, chicas... —pide Steven, haciendo un gesto a ambas.

Margaret y Lisa salen del despacho cerrando la puerta. Steven me mira con severidad.

—¿Por qué no me has avisado, Aria? —pregunta bastante irritado.

—Ya te lo he dicho: regresamos ayer bastante tarde. No me pareció oportuno llamarte.

—Deberías haberlo hecho.

—Lo siento, Steven, pero tampoco tengo que darte explicaciones de todo en mi vida —digo un poco cortante.

—Cuando se trata de la empresa, sí. Te he dado todo el tiempo que necesitabas para pensar, después para estar con Eric con lo de su padre, creo que al menos me merecía saber cuándo regresabas.

Bajo la mirada, lo cierto es que tiene razón.

—Es verdad, lo siento, Steven —admito a regañadientes.

—¿Ahora que estás con Eric, vas a aceptar trabajar para él? —me suelta de pronto.

—¡Ni loca! —digo casi saltando de la silla—. Yo no voy a dejar esta empresa. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, imagino que él te habrá propuesto trabajar a su lado. Yo lo hubiera hecho.

—Sí, me lo ha pedido, varias veces, pero yo no he aceptado. No quiero mezclar el trabajo con la vida personal. Tú mismo dijiste que no saldría bien.

—Sí, creo que no saldría bien —dice asintiendo, como si así reforzara su opinión—. Me alegro que no nos abandones, eres muy importante para esta empresa y ahora que les tenemos como competencia directa, te necesitamos

aún más.

—Gracias, haré todo lo que esté en mi mano para no fallarte y que sepas que, aunque él sea mi pareja, eso no implica que no luche con uñas y dientes por esta empresa —declaro con convicción.

—No esperaba menos de ti, Aria. Te dejo que sigas trabajando. Lisa es una gran trabajadora, te pondrá al día del proyecto que estábamos realizando juntos. En tu ausencia me he permitido el lujo de hacerla fija en la plantilla, su contrato vencía pronto y...

—Claro, se lo merecía —digo con sinceridad.

Me alegro mucho por Lisa. Ahora que va a quedarse, podré enseñarle todavía más y guiarla en el mundo de los negocios.

—Me alegro que aceptes mi decisión.

—Por supuesto, Steven. Que tengas un buen día.

—Igualmente, Aria.

Sale del despacho y Lisa entra. La felicito por la noticia de su contrato y juntas seguimos trabajando hasta que a las doce suena mi teléfono móvil.

—Si me disculpas, Lisa. Tengo que atender esta llamada. ¿Te importa traer unos cafés?

—Por supuesto.

Sale del despacho y cojo el teléfono, es Eric.

—Hola, ¿qué tal? —le pregunto un poco cortante, no me olvido de que estoy enfadada con él.

—Bien, pero necesito que vengas a mi oficina —dice agobiado—. Es algo urgente. ¿Crees que puedes venir en una hora?

—Eric, tengo trabajo...

—No te llamaría si no fuera urgente, luego podríamos ir a comer...

Suspiro con resignación. No voy a dejarle tirado, puede que sea algo de su madre, tendré que ir.

—Dame una hora y media.

—Está bien, a la una y media.

—Perfecto. Hasta luego, Eric —me despido igual de seria.

—Hasta luego, Aria —dice él en el mismo tono.

Lisa viene con los cafés, nos los tomamos y cuando terminamos le explico que tengo que ausentarme en un rato, por lo que nos centramos en ponernos a trabajar en el proyecto hasta que llega la una, hora en la que abandono la oficina. Tomo un taxi en dirección al edificio donde está situada la empresa de Eric, Industrias Barnes, en la otra punta de Manhattan. Tardo

casi media hora en llegar, pues es hora punta y hay mucho tráfico. Cuando entro al edificio, me presento a la recepcionista.

—Buenos días, soy la señorita Young. Estaba citada.

—Buenos días, señorita Young —responde con una sonrisa profesional—, el señor Barnes le está esperando en su despacho, puede pasar.

—Gracias.

Llamo a la puerta y me siento extraña, es la primera vez que voy a entrar en el despacho de Eric. Parece como si estuviera viviendo un *déjà vu* del día en que nos conocimos, aunque en este caso soy yo la que está en el lugar de Eric.

—Adelante —dice él.

—Buenos días, Eric. Bonito despacho... y bonitas vistas—. Comento al ver los grandiosos ventanales acercándome a ellos y las vistas desde su oficina situada en la planta setenta de la torre One World Trade Center.

—La verdad es que las vistas son espectaculares, aunque debo admitir que ahora han mejorado considerablemente —me dice agarrándome de la cintura y besándome en el cuello.

—Eric, ¿qué era eso tan importante que requería mi presencia? —inquiero un poco nerviosa al sentirlo tan cerca de mí.

—Te necesito... —susurra mordisqueando mi oreja—. No he podido concentrarme desde esta mañana.

—Tú solito te has encargado de que sea así... —contesto dándome la vuelta y quedándome enfrente de él retándolo con la mirada—. Si solo me has llamado para eso, entonces vayamos a comer, tengo mucho trabajo atrasado.

—Aria... —dice acariciando mi mejilla haciendo que todas mis fuerzas por luchar contra él desaparezcan.

Me besa con pasión y me atrae hacia sí, puedo notar su erección, mi cuerpo se excita al sentirla, traicionándome, haciendo que me rinda a él. Acaricia mis hombros desnudos y los besa, lame mi cuello y lo mordisquea. Echo hacia atrás la cabeza, dejándome llevar, siempre consigue derribar mis barreras, no sé cómo lo consigue pero eso me enerva.

—Eric...

No sé si quiero decirle que pare o que siga, pero tampoco puedo hablar más. Sus dedos rozan mi espalda y me estremezco.

Me baja la cremallera del vestido y este se desliza a lo largo de mis caderas cayendo al suelo. Eric me observa. Y se da cuenta que la puerta está

un poco abierta, me deja unos instantes y la cierra con llave a la vez que activa las cortinas del despacho que se cierran automáticamente y ya nadie puede vernos desde fuera.

—Creo que nadie podría vernos, pero tengo que asegurarme de que esto quede entre nosotros dos... —dice y me acerca hacia la mesa, sentándome en ella y abriéndome un poco las piernas—. ¡Dios, Aria! Eres preciosa y llevo toda la mañana deseando tenerte aquí, así justo como te tengo...

Sus palabras me embriagan, pero de pronto me doy cuenta. Me he rendido. Y no quiero rendirme.

Cierro las piernas de golpe cuando va a acariciar mi sexo con su mano.

—Cariño, ¿qué es lo que te pasa? —pregunta extrañado.

—Que no te he perdonado —declaro con frialdad.

—Aria, déjame compensarte lo de esta mañana... —insiste meloso.

Vuelve a abrirme las piernas y baja mis braguitas despacio, quitándome después las medias que tengo hasta el muslo, de una manera lenta y sensual. Sus dedos van acariciando mi piel muy despacio, aumentando la temperatura de todo mi cuerpo, excitándome cada vez más. Cuando finaliza, besa los dedos de mis pies y asciende poco a poco por mis piernas hasta el centro de mi deseo, vuelve a abrirme las piernas e introduce su lengua en mi sexo, lamiendo y succionando. Primero lo hace despacio, pero enseguida comienza las embestidas deprisa introduciendo a continuación uno de sus dedos, haciendo movimientos circulares que aumentan mi ardor, llevándome poco a poco al súmmum de la locura hasta que el orgasmo se apodera de todo mi cuerpo.

En cuanto su boca lame todos mis fluidos, sale de mi sexo, se baja los pantalones y sin apenas darme tiempo a recomponerme me penetra deprisa; mi cuerpo, aún extasiado por las sensaciones, recibe su pene y comienza de nuevo un torbellino de placer que me hacen perder la razón en apenas segundos. Él aumenta las embestidas, hasta que me lleva de nuevo al clímax derramándose dentro de mí, mordiendo mi cuello.

—Joder, Aria. Eres increíble... —me dice besándome en los labios ahora con ternura.

—Gracias, pero sigo enfadada contigo...

—¡Mmm! Creo recordar que yo también lo estaba contigo —replica.

—Yo más... —respondo separándome de él y recogiendo mis braguitas en busca del aseo privado de su despacho para recomponerme un poco.

Él me sigue, imagino que para asearse también.

—Te quiero, cariño —me dice agarrándome de la cintura en el baño.

Yo suspiro hondo, desde ayer por la noche ninguno de los dos lo habíamos dicho.

—Yo también te quiero, guapo. Pero ni con estas carantoñas te voy a perdonar lo de esta mañana, y que me hayas hecho venir a follar en tu despacho.

—Yo no follo contigo, Aria —contesta enfadado.

—Lo siento, tienes razón, perdona la expresión —rectifico—; que me hayas hecho venir para hacerme el amor a tu despacho.

—Eso está mejor, pero creo recordar que esta mañana no estabas dispuesta...

—No, perdona... —le digo empujándole con el dedo, sacándole del baño para terminar de vestirme—. Yo sí estaba dispuesta. Eras tú el que quería «algo rápido» y mira, guapito, yo en el sexo no quiero nada rápido. Quiero algo estupendo, maravilloso, colosal. Y eso requiere su tiempo...

—Tiene usted toda la razón, señorita Young —me dice cogiéndome por la cintura girándome y subiéndome la cremallera del vestido—. Toda la razón. ¿Cómo podría calificar lo de ahora? ¿Colosal, tal vez? ¿Maravilloso, quizás?

—Dejémoslo en estupendo —digo con aire de perdonavidas.

—¿Solo estupendo? —pregunta poniendo cara de decepción.

—No ha estado mal, pero necesitas mejorar en lo que se refiere a despachos, has perdido tu técnica de seducción.

—Es la falta de costumbre —bromea él.

—O quizás sea el despacho... —digo con sorna.

—También es posible. Tendré que hacerte una visita más pronto que tarde... —comenta sacándome la lengua—. ¿Nos vamos a comer?

—Sí, ya estoy lista.

Le agarro del brazo, descorre las cortinas y observo de nuevo las vistas. Debo admitir que son increíbles.

—Un lugar así podría ser tuyo cuando quisieras. El despacho aquí al lado está libre... —dice al verme observarlas con tanta admiración.

—Gracias, Eric, pero yo ya tengo un trabajo.

Le doy un beso en la mejilla y sonrío. Imagino que se esperaba esa respuesta.

Capítulo 28

Desde que me encontré con Eric en su despacho, los dos quedamos todos los días que nuestra agenda nos lo permite para comer. Algunas veces tenemos algún encuentro sexual en su despacho, pero son fugaces, puesto que ambos tenemos las agendas muy apretadas. Él sigue insistiendo en que trabaje para su compañía y yo sigo negándome. Parece un tira y afloja que nunca se va acabar.

Esta noche, Eric me ha dicho que no le espere despierto, tiene una reunión de negocios que es posible que se alargue. Aún así, no estoy dispuesta a sacrificar nuestra noche de placer, así es que estoy viendo un poco la tele, haciendo tiempo para esperarle. Además, me he puesto un picardías con el que espero poder seducirle y que caiga rendido a mis pies.

A la una de la madrugada, exhausta y agotada, me doy por vencida: no sé nada de él y no quiero molestarle mandándole ningún mensaje, me lo advertió y sé que debería haberle hecho caso, pero no pensaba que dicha reunión se alargaría tanto. Cuando estoy subiendo a mi habitación, oigo la puerta de casa y me detengo. Eric está hablando por teléfono, casi a gritos.

—¡Me importa una puta mierda la hora que es! Te dije que quería resultados. Te he dado dos semanas y no tienes nada, ¡joder! Te doy una semana. Si no descubres nada, no te pagaré ni un centavo. ¿Me has oído?

Cuelga el teléfono y lo lanza al sofá, malhumorado. Se quita la chaqueta del traje y la lanza también. No sé cuál es el motivo de su enfado, pero sé que debo actuar cuanto antes para calmarlo.

Bajo despacio, con andares seductores y cuando se percató de mi presencia veo cómo su expresión tensa cambia por completo. Incluso dibuja una sonrisa ladina.

—¡Madre mía! Creo que he muerto y he subido al cielo directamente...
—susurra con sensualidad.

—¿Tú crees? Quizás sea una diablesa...

—También es posible, aunque con esa preciosa cara, más bien eres un ángel... —me dice cuando llego a su altura, agarrándome por la cintura y atrayéndome hasta pegar nuestros cuerpos para besarme con fervor a continuación. Nuestras lenguas chocan y comienzan una batalla seductora haciendo que ambos comencemos a excitarnos. Me separo de su boca, él

gruñe, pero enseguida me atrapa de nuevo.

—Eric —jadeo volviéndome a separar— vayamos a la habitación...

Parece que mi oferta le satisface, me coge en brazos como si pesara menos que una pluma y sube conmigo hasta mi habitación. Me deja encima de la cama y comienza a desnudarse. Me encanta cuando lo hace sin que yo se lo pida, de esa manera tan sensual que me vuelve loca.

Sigue deshaciéndose despacio de toda su ropa hasta que llega a su bóxer y juega con la goma, dejándoselo puesto. Puedo notar que está excitado, su erección despunta. Me acerco a él y acaricio su pene por encima de la prenda, un jadeo sale de su boca y sonrío satisfecha por conseguir lo que deseaba.

Sigo acariciando despacio su miembro, haciendo que poco a poco me desee más y más. Sus manos se pierden por debajo de mi pequeño camisón, ascendiendo por mi espalda. Las yemas de sus dedos al contacto con mi piel parece que quemasen encendiéndome aún más. Nuestras bocas vuelven a unirse y nos fundimos en un beso sediento, haciendo que el deseo que ambos sentimos aumente, excitando mucho más nuestros ya avivados cuerpos. Eric baja los tirantes del picardías y hace que la prenda se deslice hasta mi cintura, dejando libre el acceso a mis pechos. Lame y succiona mis pezones a su antojo. Echo la cabeza hacia atrás, dejando que todo mi cuerpo se rinda a él. Sin ningún tipo de miramientos, tira de la goma de mi tanga y rasga la prenda. Le miro ceñuda y él sonrío.

—Lo siento, te juro que te lo compensaré... —susurra en mi oído. Sé que lo hará, pero no me gusta que lo haga, me gusta mantener intacta mi ropa interior, por lo que le muerdo el cuello sin ningún tipo de miramientos.

—¡Bruta! —exclama un poco molesto.

—Es mi forma de decirte que no vuelvas a hacerlo.

—¡Está bien! No volverá a repetirse.

—Más te vale...

Devora mi boca para acallarme, sé que lo ha hecho por eso y le muerdo un poco la lengua para seguir con mi vendetta personal. Él me mira con ojos maliciosos y comienza a introducir sus dedos en mi vagina, haciendo que mi cuerpo se active y comience a vibrar al sentir una oleada de pasión naciendo en mi sexo.

Sus movimientos son estudiados, como si supiera en cada momento cuándo y cómo voy a reaccionar. No deja de sorprenderme, a veces es como si me conociera de toda la vida y supiera todas las reacciones de mi cuerpo. Creo que me conoce mucho mejor que yo misma.

—Eric... —jadeo porque comienzo a necesitar más intensidad.

—¿Ahora quién es el que tiene el poder?

—Tú... —gruño enfadada porque sé cómo va a acabar esto. Va a vengarse de mí por haberle mordido.

—Eric, no me hagas sufrir o me las vas a pagar —le digo amenazante.

—¿Sí? ¿Estás segura de que vas a poder vengarte? Creo que voy a arriesgarme —expone con chulería y saca sus dedos de mi vagina dejándome al borde de la locura.

De nuevo lo ha vuelto a hacer, creo que ahora mismo podría estrangularlo con mis propias manos. Me acerco a él, le acorralo en la puerta antes de que se adentre en el baño y bajo su bóxer con maestría. Me acerco y rozo mi sexo con su pene haciendo que me desee con todo su ser. Después, cuando parece que mi plan comienza a hacer efecto, agarro su pene y comienzo a masajearlo, su cara se torna derrotado, ahora soy yo la que va a vengarse y él lo sabe.

—¿Quién tiene el poder ahora? —pregunto con sorna, repitiendo sus palabras.

—Tú... —me responde dándose por vencido.

—¿Sabes que has sido un chico muy malo?

—Sí, lo sé... —dice con la voz tomada y los ojos brillantes de deseo, mientras mi mano no deja de masajear su pene haciendo que su cuerpo se tense. Sé que está al borde del orgasmo, pero no voy a dejar que se corra, no ahora, después de lo que me ha hecho.

—¿Qué es lo que te mereces, Eric?

—Que me dejes a medias...

—Vaya, chico listo.

Parece que este juego está sacando un lado de él que ninguno esperábamos. Diría que le gusta. Quito mi mano de su miembro y es entonces cuando me separo. El juego nos ha excitado y además nos ha dejado a los dos sin tener un orgasmo. Creo que al final ninguno ha salido satisfecho de todo esto. Por lo que, decidida a que la noche no termine así, me tumbo en la cama, a la espera de que decida acercarse y hacerme el amor. Duda por un momento y cuando parece no venir, comienzo a tocarlo.

—Vaya, parece que al final tendré que darme placer yo solita... —le digo tentándole.

—De eso ni hablar... —responde y se acerca a mí, se tumba encima y sin ningún miramiento se adentra bruscamente. Me gusta su rudeza, aunque

también cuando es delicado. Realmente me gustan todas y cada una de las formas en las que me hace el amor. Al principio ni siquiera me besa, creo que está un poco ofuscado, pero en el momento en el que mis manos acarician su torso desnudo, hasta bajar a su abdomen, parece que vuelve en sí y sus manos se posan en mis pechos, masajeándolos, acariciando los pezones con las yemas de los dedos. Eso me hace estremecer. Sus movimientos cada vez más rápidos, su boca, posada en la mía mientras nuestras lenguas danzan en consonancia, todo ello me lleva rápidamente a un clímax devastador, mientras él sigue hasta alcanzarme poco después.

Cuando todo termina, se deja caer encima de mí sin llegar a depositar todo su peso en mi cuerpo y me besa despacio en los labios, un beso tierno que nada tiene que ver con los besos con los que hemos compartido en esta salvaje y maravillosa sesión de sexo.

—Te quiero tanto, Aria...

—Yo también te quiero, Eric —le digo sentidamente—. Y mucho. Ahora, ¿me vas a contar por qué venías tan enfadado?

—No tiene importancia... —me dice.

Sé que no quiere preocuparme, pero le miro, algo molesta.

—Eric, dijimos que nada de secretos ni mentiras...

—Lo sé, yo... —Se pasa la mano por la cara y suspira—. Es solo que he mandado que investiguen a mi madre.

Me incorporo sobre un codo, curiosa.

—Ah, ¿sí? ¿A quién has contratado? —pregunto.

—Al mismo detective que te estuvo vigilando cuando yo me marché a Washington.

—Y por lo que puedo deducir, no te ha dado buenas noticias...

Niega con la cabeza, frustrado.

—No me ha dado nada. ¡Joder! Parece ser una mujer ejemplar...

—Vaya, ¿qué esperabas? ¿qué fuera una espía, una delincuente, o algo por el estilo?

Él chasquea la lengua y niega a continuación.

—La verdad es que no lo sé, pero esperaba que descubriera por qué mi padre le dejó esa cantidad de dinero sin ningún por qué.

—Estoy segura de que tendrá una razón. A lo mejor podrías preguntarle tú mismo.

—No, Aria —dice rotundamente—. No voy a volver a tener ningún tipo de contacto con esa mujer, lo siento, pero no es trigo limpio y además me

parece que nos está mintiendo a todos. Tengo que averiguar algo.

—Quizás pueda mover algunos hilos —comento pensativa—. Steven tiene un amigo policía.

Él se gira hacia mí, parece que se lo está pensando.

—¿Crees que podría averiguar algo?

—No lo sé, pero no perdemos nada por intentarlo. ¿Quieres que mañana le llame?

—La verdad es que me gustaría, Aria. Necesito saber de una vez por todas el porqué del testamento. No es por el dinero en sí, es por entender a mi padre...

Le cojo de la mano y le beso en los labios.

—De acuerdo, así lo haré. Estoy segura de que daremos con la respuesta.

—Gracias, mi amor. Ahora creo que será mejor que descansemos. Por cierto, Aria. Aún tenemos que tomar una decisión sobre la casa, sé que no quieres hablar del tema, pero...

—Lo sé, Eric. Te prometo que voy a pensarlo en unos días. ¿De acuerdo?

—Está bien —contesta dándome un tierno beso en los labios—. Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches, guapo.

Me agarra de la cintura y dejo mi cabeza sobre su pecho; los dos estamos desnudos, pero normalmente dormimos así y no nos importa.

Poco a poco el cansancio hace estragos en nuestros exhaustos cuerpos y nos quedamos dormidos.

Por la mañana y una vez que nos despedimos, cojo el teléfono y llamo a Clark, de inmediato me contesta.

—Aria, buenos días, ¿qué tal te va la vida con tu chico multimillonario? —me dice risueño.

—Buenos días, Clark, bien gracias. Necesitaba un favor...

—Bueno, bueno... siempre me llamas para lo mismo. Nunca para decirme «Clark, tengo un regalo para ti», o «Clark, te invito a comer».

—Lo siento, lo sé, soy una desconsiderada, prometo compensarte.

—Siempre dices lo mismo —expone un poco molesto.

—Tienes razón, prometo que es el último favor que te pido... al menos en un largo tiempo.

—Está bien... —contesta resignado—. Dime de que se trata.

—Necesito información sobre Ava Scott. Es la madre de Eric, la esposa de Christopher Barnes, para ser más exactos. No sé si en algún momento adoptó el apellido Barnes. Te juro que te deberé una muy gorda y podrás pedirme cualquier cosa, menos favores sexuales. —Me adelanto antes de que me lo diga. Sé que Clark es un hombre casado, pero nunca se sabe.

—Vaya, que mala suerte... Eres muy guapa Aria, no te imaginas las veces que...

—¡Basta! —le corto un poco enfadada.

—Vamos, chica, que era una broma...

—Clark, por favor.

—Lo siento... —dice riéndose. El sentido del humor de este hombre me exaspera—. Te llamaré cuando tenga algo, ¿de acuerdo?

—Está bien. Estoy seguro de que lo conseguirás...

—No te quepa duda, soy un buen policía y en mi trabajo en la comisaría no se me escapa una. Por eso ya soy detective, preciosa, no un simple agente.

—Claro, Clark, pero también cuentan los años de servicio —digo tirándole una pullita.

—¿Me estás llamando viejo?

—Por supuesto que no, pero todo cuenta —le digo aguantándome la risa.

—Bueno, preciosa. Te dejo, tengo que seguir, espero tener noticias pronto y ya sabes mi precio: unas buenas entradas para los Yankees, como las de tu jefe, al menos para dos partidos si la información es buena.

—¡Eso está hecho!

Sé que me van a costar un riñón y tendré que rogarle a Steven para que me las consiga, pero si consigo que Eric deje de estar preocupado y obtenemos la información que quiere sobre su madre, habrá valido la pena.

Ya en mi despacho, me centro en el trabajo, hasta que, a la una, Eric me sorprende entrando sin llamar.

—¡Mmm! ¡Qué buenos recuerdos! —me dice cuando me ve concentrada en mi trabajo.

—Buenos días a ti también, señor maleducado —le contesto.

—Margaret me ha dejado pasar.

Su sonrisa canalla me hace estremecer.

—Vaya, Margaret te tiene en un pedestal, te dejaría pasar, aunque yo se lo hubiera impedido. No sé cómo te la ganaste en su día, pero juro que me enteraré...

—Encanto profesional —responde con chulería.

—Ya. —Sonríó y aparto la mirada, recogiendo unos papeles que tengo sobre la mesa distraídamente—. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—Tengo una reunión a las tres —comenta acercándose—. Quería saber si podemos adelantar la comida.

—Vale...

—Les he dicho a tu chica y a Margaret que se vayan también, así las tendrás disponibles a las tres.

—Estás hecho un mandón, señor Barnes. Te recuerdo que esta es mi oficina, no la tuya.

—Es que me apetece recordar viejos tiempos primero... —insinúa lascivo acercándose a mí, moviendo la silla para meterse entre la mesa y yo.

—¡Mmm! ¿Sabes que aún queda gente trabajando? —le pregunto, aunque ya estoy excitada con solo pensar su propuesta.

—Entonces tendrás que ser muy discreta y poco ruidosa. Además, dudo mucho que nadie se atreva en entrar en el despacho de Elsa —comenta divertido.

—¿Qué? ¿Siguen llamándome así? —digo algo molesta.

—Estoy seguro —asevera con sorna.

Hago una mueca de disgusto, pero cuando me besa me olvido del apodo al instante. Comenzamos un juego sensual que rápidamente termina con mis bragas en el suelo, su pantalón bajado y la falda en mi cintura. Eric me eleva, se sienta en la mesa y me agarra de las nalgas para adentrarse en mi sexo. Jadeo cuando siento su pene dentro de mí. Es excitante a la vez que maravilloso sentir el peligro que es hacer el amor en el despacho mientras otros trabajan. Le muerdo el labio inferior y él gruñe. Sus embestidas son certeras, haciendo que poco a poco me vuelva loca de pasión. Los dos estamos muy excitados, creo que este juego, el saber que estamos haciendo algo prohibido, nos ha puesto a mil por hora, por eso, cuando él me embiste yo me agarro a él con fuerza y siento cómo su cuerpo se tensa. Los dos estamos cerca de alcanzar el clímax. Le muerdo la oreja, lamo su cuello y con dos empelladas, más ambos conseguimos llegar al orgasmo.

—¡Joder, Aria! —resuella—, cada día, me haces perder antes el control... —me dice besándome tiernamente.

—Creo que es el morbo de lo prohibido —digo, aún respirando agitadamente.

—Puede ser...

Se aparta de mí y bajo de la mesa, colocándose la ropa.

—¿Sabes? llevo un tiempo pensado que quizás, podíamos ir al club, tu y yo...

Él pone mala cara.

—Aria, no sé...

—¿Por qué no?

—No me van esas cosas.

—Venga, solo por probar algo nuevo —insisto con encanto.

—Está bien... —contesta resignado.

—¡Perfecto! Entonces esta noche te espero a las nueve.

—¿Hoy?

Parece sorprendido. Supongo que le parece precipitado pero no quiero que se eche atrás.

—¡Sí! —le digo emocionada. Voy a prepararle algo.

No dice nada. Nos terminamos de vestir y nos vamos al restaurante, donde compartimos la comida tranquilamente. Ninguno de los dos solemos hablar de nuestros trabajos porque en el fondo somos competencia, pero sí solemos intercambiar anécdotas o conversar acerca de cómo nos ha ido el día.

Eric me acompaña hasta la puerta y después se va, pero antes de que lo haga, con una sonrisa ladina, le recuerdo lo de esta noche.

—¡A las nueve en el club!

—Lo sé, Aria. No me olvido.

—Si hay algún cambio, avísame —digo, aunque espero que no se arrepienta.

—Tranquila, allí estaré.

—Te quiero —le digo besándole en los labios.

—Yo también, preciosa. Ten buena tarde.

—Igualmente.

Paso la tarde emocionada. La verdad es que me excita volver al club con Eric, no sé, es como una fantasía. Quizás sea una tontería, pero me hace ilusión hacerme pasar por una desconocida y hacer el amor con él allí. Es poner algo diferente a nuestra vida sexual. No es que me queje, ni mucho menos, tengo una vida sexual muy activa y me encanta todo lo que hacemos, pero me apetece probar algo diferente para variar. Aunque no dejaré que nadie me mire. Nunca lo he hecho, y con Eric no voy a hacer una excepción, eso lo tengo claro.

Cuando llega la hora de apertura del club, llamo a Amanda. Se sorprende al oír mi voz, y al decirle lo que he planeado, ríe y me dice que no hay

problema, que tendrá todo listo para mí. Es una mujer increíble, sabe llevar el club de una manera infalible, no me extraña que tenga una clientela tan distinguida.

Me voy a casa y me cambio de ropa, quiero estar lista para Eric. Esta noche quiero ser otra persona distinta a la Aria que conoce. Quiero ser Aria la devorahombres y aunque sé a ciencia cierta que está enamorado de mí, quiero que descubra que también puede enamorarse de mi otro yo, la sensual, la desinhibida, la erótica Aria.

Capítulo 29

Eric

Cuando llego al club, Amanda me intercepta con una sonrisa llena de satisfacción. Nunca he estado antes aquí, solamente he hablado con ella en la puerta. El lugar no es que me guste, ni tampoco sé cómo voy a reaccionar en esta situación, pero Aria quiere probar. Supongo que tendré que relajarme un poco.

—Vaya, el hijo pródigo... bienvenido a mi humilde morada —me saluda con sorna.

—Hola, Amanda, yo también me alegro mucho de verte —le digo con retintín.

—En serio, es un placer tenerte aquí.

—Gracias, ¿dónde está Aria?

—Se está preparando. Tómame algo conmigo, no tengas prisa... —me dice acariciando mi pecho con un dedo.

—Amanda...

—Lo sé, tranquilo..., Aria no dejaría que te tocase, ni yo ni ninguna mujer —dice resignada—. Sé que eres solamente suyo, pero debo admitir que eres un hombre muy atractivo. Si alguna vez decidís cambiar de juego, pensad en mí, ¿de acuerdo?

Asiento por compromiso, pero ni loco voy a jugar con ella ni con ninguna otra mujer, teniendo a Aria. Pide dos whiskies. Yo ni siquiera lo saboreo, lo tomo de un trago. El líquido ambarino entra en mi garganta, quemándola, pero solo quiero acabar con esto.

La espera se me está haciendo interminable, Amanda se ha ido y yo, sin nada mejor que hacer, observo a la gente. Es muy variopinta, los hombres van desde ejecutivos hasta hombres vestidos con ropas informales, las mujeres van casi todas muy provocativas, exhibiendo sus cuerpos.

—Eric, ya está todo preparado. Por el segundo pasillo, la tercera puerta a la derecha —me indica Amanda y me sonrío con malicia.

—Gracias.

Sigo las indicaciones y sin llamar me adentro en la habitación que me ha dicho, pero lo que veo me deja sin palabras. Es una mujer haciendo una

felación a un hombre. Al principio me quedo de piedra. No me esperaba que Aria fuera a querer eso, que fuéramos a introducir a alguien más en nuestra noche de pasión... y encima que ella esté dándole placer. La furia me ciega rápidamente y me dirijo a ellos, dispuesto a acabarlo. Doy largas zancadas y cuando me acerco a la altura de la mujer, compruebo que no se trata de Aria. Suelto el aire contenido y con un «lo siento», salgo deprisa de la habitación. Regreso al bar en busca de Amanda, bastante enfadado. La localizo enseguida y me acerco a ella.

—La sala que me has indicado no era la correcta —suelto con frialdad.

—Ah, ¿no? Perdona, me habré equivocado. Segundo pasillo, segunda puerta a la derecha.

¿Que se ha equivocado? Sí, ya, seguro.

—Dijiste «tercera puerta a la derecha».

—¿Estás seguro? Creo que dije segunda puerta —insiste con fingido desinterés.

—No. Dijiste tercera puerta.

—Vaya. Lo siento, cielo... Es la segunda.

No voy a discutir con ella, sé perfectamente lo que dijo y no sé si es un juego suyo o de las dos, pero ya estoy suficientemente tenso como para además tener que pasar por esto. La dejo con la palabra en la boca y me dirijo a la puerta, exasperado. Si en esa puerta no está Aria juro que me voy de aquí. Al entrar, esta vez veo a mi chica esperándome y suspiro con alivio. Lleva un traje de cuero ceñido a su cuerpo. La verdad, está muy sexy y de un plumazo se me olvida el cabreo que tengo.

—Hola, guapo...

—Hola... —le digo.

Se acerca despacio y me agarra de la corbata, voy a besarla y evita el beso.

—Nada de besos a desconocidos —me dice y sonrío. Vale ya sé de qué va el juego—. Me gustan mucho los hombres con traje.

—Y a mí las gatitas enfundadas en cuero —le digo mordiendo su cuello.

—¡Mmm! Vaya, ¿crees que soy una gatita? Cómo se nota que no me conoces. Esta noche te voy a demostrar que puedo ser una verdadera loba. Es más, mi nombre es Deborah... —dice y suelta una sonora carcajada.

—¿De devorahombres? —le pregunto con sorna.

—Exactamente. Y tú tienes nombre de llamarte... Pan, Peter Pan. Porque tienes cara de bueno.

—¡Vaya, vaya! —respondo, divertido y excitado a partes iguales—. Preciosa, tú puedes llamarme como quieras... —le digo acercándole a mí y acariciando sus nalgas que realmente me parecen excitantes con ese tacto a cuero.

—¿También puedo hacerte lo que quiera? —pregunta lasciva.

—Claro. Con una mujer como tú, me dejo hacer... casi de todo.

—¿Solo casi? —inquiere con una sonrisa maligna.

—Hay ciertas cosas por las que un hombre no pasa —le digo seductor.

—Vaya... ¿cómo cuáles?

—¿Quieres que me ponga a detallártelas o prefieres follar como locos? —le digo impaciente.

—Tienes razón. Follaremos como locos, me has convencido.

Tira de la corbata y rápidamente se deshace de ella, después sin muchos miramientos, abre mi camisa. Los botones saltan por la sala, y yo me quedo sin palabras, jamás había hecho eso. La miro y ella sonrío maliciosamente mordiéndose el labio inferior. Le pellizco las nalgas y la atraigo hacia mí. Quiero besarla, pero ella me lo impide.

—Guapo, te he dicho que nada de besos...

—¿Y eso por qué? —le pregunto.

—Porque los besos son algo muy íntimo...

Aún recuerdo la primera vez que follamos, dijo lo mismo, pero también recuerdo cómo conseguí robarle un beso y lo que pasó la segunda vez. Sonrío al sentirme victorioso; esta noche no voy a irme del club sin besarla, eso lo tengo clarísimo.

Cojo la cremallera del mono de cuero y comienzo a bajarla. Cuando llego al final, descubro que no lleva más que un minúsculo tanga debajo. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no empotrarla contra la pared y hacerla mía en ese mismo instante. Pero aún seguimos con el juego de seducción, ella desabrocha el cinturón y a continuación mis pantalones, los baja y juega con el bulto que mi erección provoca, acariciando mi polla por encima del bóxer.

«¡Joder! Como siga así va a conseguir que me corra antes de que me quite el calzoncillo, esto es una puta tortura... y ella lo sabe».

Veo cómo dibuja una sonrisa perversa al notar que me tenso, jadeo y me muerdo el labio para contener todos mis impulsos de dejarme ir.

—Preciosa... —le digo—. Creo que deberías parar...

—¿Por qué? ¿Ya te vas a correr? No, no, no... Solo podrás hacerlo

cuando yo lo diga...

—¿Qué?! —exclamo abriendo los ojos de golpe.

—Lo que te he dicho, guapo. Solo podrás correrme cuando yo lo diga, de lo contrario no podrás follarme.

—Aria... —le imploro al sentir que su mano se mete dentro de mi bóxer y acaricia mi polla con más energía, haciendo que mi cuerpo se tense aún más.

—¿Quién es Aria? —pregunta divertida.

—¿Joder! —mascullo entre dientes al sentir que aumenta sus embestidas. Está consiguiendo que pierda la razón, está siendo cruel y lo peor de todo es que juega con ventaja...

—¿Qué te pasa, Pan? Te noto tenso.

Pero yo no contesto, no voy a entrar en su juego, no cuando sé que lo que intenta es ponerme más nervioso.

Su lengua lame mi pecho desnudo, su mano libre araña mi espalda y siento que cada segundo que pasa estoy más abocado al fracaso. Tengo que pensar en algo para distraerme y no correrme, ¿pero en qué?

«¡Vamos Eric!, piensa en números, en el proyecto que tienes entre manos, en lo que sea, menos en lo maravillosamente perfecta que es tu chica y en lo condenadamente perfecto que te sientes cuando ella acaricia tu polla... ¡Joder! ¡Esto no funciona! ¡Céntrate, Eric! Números... Mi madre... Sí eso: mi madre, ¿por qué narices nos abandonó?».

Parece que surte el efecto deseado y consigo relajarme un poco, pero Aria nota que la tensión de todo mi cuerpo se está desvaneciendo y baja el bóxer. Se arrodilla y comienza a lamerme la punta.

«¡Joder! No puede ser, justo cuando empezaba a relajarme».

De nuevo mi cuerpo se tensa y noto que los músculos podrían romperse con cualquier movimiento brusco. Estoy al límite, y si ella no deja de chupármela voy a correrme de un momento a otro, nadie va a poder impedírmelo. Ni siquiera yo mismo.

Sus dientes rozan la piel de mi polla y siento que es el momento, pero no voy a dejar que gane. Así que bruscamente la aparto y la cojo para llevármela a la cama. Sin mediar palabra, la tumbo y la penetro. No dice nada, solo sonrío y me muerde el cuello.

La embisto deprisa, estoy al límite, su juego me ha llevado al borde de la locura y sé que no voy a poder aguantar demasiado, pero haré todo lo posible por complacerla.

Devoro sus pechos y mientras la penetro, acaricio su clítoris haciendo que arda de deseo. Puedo notar la excitación en sus ojos. Ella está igual que yo.

Acelero aún más mis movimientos y con sus gemidos, los dos nos dejamos llevar hasta el clímax, que es tan intenso que casi me hace gritar. Cuando nuestros cuerpos se recuperan, aprovecho que ella está despistada y devoro su boca. Esta vez no ha retirado la cara y responde a mi beso.

Al separarnos, sonrío satisfecho. Creo que al final, ella se ha dejado llevar.

—¡Mmm! ¿Qué ha pasado con eso de nada de besos? —pregunto para picarla.

—Quería probar a qué sabían los tuyos, Pan, nada más...

—¿Y a qué saben?

—Simplemente deliciosos... —responde con deseo.

—Me alegro.

Le acaricio la mejilla. Me encanta hacerlo, es algo que siempre he hecho y por mucho que finjamos que somos dos desconocidos, no voy a privarme de ello. Ella sonrío. Tengo ganas de decirle que la quiero, pero no sé si será apropiado en este lugar.

—Me gustaría irme a casa... —le digo, porque estoy cansado y porque quiero disfrutar de mi chica sin máscaras ni disfraces. El juego ha estado bien, pero a mí esto no me gusta.

—Está bien, vistámonos... Peter —dice con retintín.

—Claro, Deborah... —Sonríe y me da un cachete en el culo—. ¡Oye!

—Siempre he querido hacerlo y como hoy soy una devorahombres... —contesta con sorna.

—Lo que eres es un bicho —digo riéndome.

Me alegro de que ya estemos comportándonos como los que somos realmente.

—Eso también... —dice ella pasándose los dedos por el pelo.

—Por cierto, tengo una pregunta: ¿el numerito del cambio de habitación?

Sonríe maliciosamente y sé que ha sido orquestado por ella. No sé si enfadarme o dejarlo pasar. La miro un poco molesto y ella se acerca a mí, melosa.

—Lo siento, pero no veas la cara que has puesto cuando has entrado por la puerta... ¡Creí que ibas a matar a ese tipo!

—¿Lo estabas viendo? —pregunto confundido.

—Sí, desde los cristales... Pero solo para ver tu reacción.

—Pues no tiene ni pizca de gracia, Aria. Le hubiera matado.

—Tienes razón, no tiene gracia. No debería... —reconoce algo abochornada, sabiendo que no ha pensado en las consecuencias. Yo hago un gesto con la mano, restándole importancia.

—Está bien, no pasa nada, pero la próxima vez, piensa un poco antes de hacer esas cosas.

—¿Eso significa que vendremos otra vez al club? —me pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Si te soy sincero, no me gusta mucho, pero si a ti te hace feliz... —respondo resignado.

—¡Sí! ¡Te quiero, mi Peter Pan! —dice abrazándome como un oso.

No puedo evitar que una risa se escape de mis labios. Verla contenta es lo mejor que le puedo pedir a la vida, me da igual si tengo que venir a este sitio extraño. Tampoco me voy a morir por eso. La agarro de la cintura y la beso con pasión. Al final va a conseguir que vuelva a desnudarla y le haga el amor otra vez, aunque no lleve puesto ese mono de cuero tan provocativo.

—Aria... —le digo al notar que mi excitación vuelve de nuevo.

—Tienes razón... —me dice sonriente.

—Oye, ¿de dónde has sacado ese mono de cuero? ¿Es tuyo? —le pregunto curioso.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—¡Mmm! Porque, aunque no vengamos al club con asiduidad, quizás podrías ponértelo para mí, ¿no crees?

—Vaya, vaya... ¿Eres de esos hombres que tiene fijación por el cuero? —dice risueña.

—Ni mucho menos, pero te queda genial. Me has puesto muy cachondo. Quizás podías hacerme un numerito de esos en casa.

—Tendré que pensarlo —declara lasciva acercándose a mí y mordéndome el labio inferior, jugando de nuevo conmigo.

—Aria... —imploro porque sé que, si comienza de nuevo, tendré que acorralarla y hacerle el amor.

—¡Mmm! La cosa se pone dura de nuevo —dice acariciando mi polla.

—Cariño, quiero irme a casa, por favor —insisto, pese a los escalofríos que me recorren cada vez que me toca.

—¿Por qué no quieres jugar aquí?

—Porque estoy cansado y después de hacerte el amor quiero quedarme

abrazado a ti, acariciarte despacio y dormirme tranquilamente.

Me mira con esos preciosos ojos y su mirada se dulcifica.

—De acuerdo, me has convencido, pero ¿pretendes salir así de excitado?

—Arquea una de sus perfectas cejas y mira mi erección.

—Tú me has provocado, así que ponte delante de mí y tápame —le digo.
Ella se ríe y me deja la mochila.

—Ten...

Es una arpía, pero estoy locamente enamorada de ella. Me agarra del brazo y coloco su mochila delante de mi erección para que no pueda apreciarse. No obstante, el local está oscuro, por lo que no creo que nadie se vaya a percatar mucho de ello.

Amanda nos mira y nos saluda desde la otra punta de la barra. Yo, con un gesto de mi cabeza, le digo adiós. Aria se despide de ella agitando la mano.

Salimos del club y respiro tranquilo. No me gusta el ambiente de ese local y para colmo, cuando hemos llegado a la zona del bar he podido observar cómo todos los hombres devoraban con la mirada a Aria. Soy un hombre muy posesivo y jamás compartiría a mi chica con nadie.

—¿Estás bien? —me pregunta Aria cuando llegamos al coche.

—Ahora sí.

—¿Por qué «ahora sí»?

—Porque eres mía y todos los hombres del club te miraban con deseo.

Aria ríe suavemente, acariciándome el brazo.

—Podría decir lo mismo de las mujeres, incluso Amanda te miraba lasciva.

—Ya. Cuando llegué me propuso algo...

—¿El qué? —inquire a la defensiva.

—Me dijo que si nos apetecía un trío, contáramos con ella —digo agobiado.

—¡¡Qué!! ¡Será lagarta la tía! Espero que le dijeras que no... —me dice con un gesto indescifrable.

—Aria, ¿por quién me tomas? —replico muy dignamente—. Ni yo te compartiría con otro hombre ni dejaría que otra mujer entrara en nuestras relaciones. No se me ocurriría. Solamente tú y yo.

Ella se queda mirándome, como si le sorprendiera mi sinceridad. Supongo que le cuesta enfrentarse a estas cosas cuando son de verdad. «Debieron hacerte mucho daño... pero yo no te lo haré», pienso, decidido.

—Te quiero —dice abrazándome con fuerza.

—Y yo a ti, cariño.

Llegamos a su casa y en cuanto entramos por la puerta ella se encarga de acorralarme y besarme con pasión.

La cojo en brazos y la subo al dormitorio, donde damos rienda suelta a nuestros deseos más carnales.

Tras un parón para cenar y darle unos mimos a Ron, pues el pobre no nos ha visto en todo el día y nos demanda algo de cariño, de nuevo retomamos nuestra actividad sexual hasta altas horas de la noche.

Capítulo 30

Al llegar el sábado, me hago la remolona en la cama, pero a las ocho de la mañana una llamada me despierta. Miro el teléfono y es Clark. Decido cogerlo y alejarme de la habitación.

—Buenos días, Clark —le saludo aún con voz de sueño—, que madrugador.

—Buenos días, Aria. Estoy de servicio. Tengo noticias.

Su respuesta algo fría me sorprende.

—Tú me dirás...

—¿Estás sentada? —me pregunta y me deja un poco atónita.

—¿Por qué, Clark? ¿Tan malas son?

—La verdad es que es un poco sorprendente, a lo mejor debería estar tu chico para que las escuche. Tal vez sería un poco más fácil que lo oyera de mi boca y así no tendrías que explicárselo tú después...

—Está bien, voy a despertarlo. Dame unos segundos.

Dejo el teléfono en la otra habitación y un poco nerviosa me dirijo a la nuestra y me acerco a la cama. Me aproximo a él, acariciando su brazo y dándole un beso, le despierto.

—Buenos días, Eric. Me llama Clark, tiene noticias, quiere que ponga el manos libres y las escuches tú también...

Eric se remueve, gruñendo un poco y colocándose el brazo sobre los ojos.

—Buenos días, preciosa. ¿Son malas noticias?

—No lo sé, pero me ha dicho que es mejor que las escuches para que luego no tenga yo que contártelas. Me ha dejado un poco sorprendida...

—Tranquila... —dice acariciando mi brazo.

Se levanta y me acompaña a la habitación contigua, nos sentamos en el sofá y activo el manos libres.

—Clark, ya estamos los dos... —le digo.

—Buenos días, Eric —saluda él.

—Buenos días, Clark.

—Veréis, la verdad es que no me gusta mucho lo que tengo que contaros, pero es lo que he averiguado. Ava Scott no es tu verdadera madre, sino la hermana de tu madre.

Hace una pausa y miro a Eric que se ha quedado pálido al igual que yo al escuchar la noticia.

—Tu verdadera madre falleció poco después de nacer tú. Parece ser que tenía un problema cardíaco. Se lo detectaron cuando se quedó embarazada por segunda vez, es decir, cuando te estaba gestando. Los médicos le aconsejaron abortar, pero ella decidió seguir adelante con el embarazo. Estuvo los nueve meses en reposo, pero aun así, se ve que durante el parto hubo un problema y semanas más tarde, falleció. No sé muy bien el motivo por el que Ava Scott pasó a formar parte de tu familia, pero tu padre se casó con ella meses después. Imagino que llegaría a algún tipo de acuerdo, eso lo desconozco, quizás deberías hablar con ella. Yo lo único que he averiguado es que tu verdadera madre se llamaba Hannah Scott.

El semblante de Eric es de sorpresa y a la vez tristeza, imagino que descubrir que su padre le ha mentado durante todo este tiempo no es gratificante.

—Gracias, Clark. Te enviaré las entradas —le digo para romper el silencio—. Un saludo.

—De nada. Lo siento chicos, imagino que es un duro golpe, enterarse así. Hasta otra.

Cuelgo el teléfono y me abrazo a Eric. Sé que realmente lo necesita. Está como en trance, inerte e inexpresivo. No desprecia mi abrazo, pero tampoco él me lo devuelve, se limita a quedarse quieto.

—Eric, ¿estás bien? —le pregunto con suavidad.

—No, Aria. No estoy bien —responde con la voz tomada—. ¿Por qué mi padre nos engañó? No entiendo nada...

—Me lo imagino, pero creo que todo esto tendrá una explicación, y ahora mismo la única persona que puede dártela es Ava.

—Me prometí a mí mismo que no volvería a verla... —replica girando el rostro. No me cuesta ponerme en su lugar y sentir su angustia.

—Puedo hablar yo con ella, si no quieres hacerlo directamente tú, Eric —le digo. Siento que se aleja de mí, que se encierra en sí mismo, e intento consolarle para que comparta conmigo su pesar—. Pero sé que esta información que Clark nos ha dado hoy no es suficiente para ti, necesitas saber toda la verdad para dejar de atormentarte y seguir adelante.

Me mira y suspira profundamente, sabe que tengo razón, que tarde o temprano, seguirá investigando porque necesita saber la verdad.

—No es necesario, Aria. Yo hablaré con ella —decide.

—Quiero acompañarte... —le digo apoyando una mano en su hombro para intentar tranquilizarle. Está muy nervioso.

—Gracias Aria, claro. Lo que no sé es como decírselo a Em.

—Quizás sea mejor que no le digas nada hasta que no tengas toda la información.

—Puede que sea lo mejor —expone confuso.

Me mira apesadumbrado y le cojo de la mano. Nuestra conexión sigue siendo increíble, aunque él ahora esté un poco tenso y distante, cuando nuestras manos se juntan he sentido ese cosquilleo que noto cuando me toca. Nuestras miradas se encuentran y aunque sé que ahora mismo le deseo con todo mi ser, no es el momento para dejarse llevar.

—¿Tienes el teléfono de Ava? —le pregunto intentando borrar de mi mente esa imagen tan erótica de los dos en la cama, haciendo el amor por la mañana.

—Sí, pero creo que debería llamarla yo.

—Puede que si conoce tu número no te coja el teléfono. Déjame probar a mí Eric —intento disuadirlo, porque sé que está nervioso, es posible que meta la pata y ella se cierre en banda.

—Tienes razón.

Busca el número en su agenda y me lo dicta, lo marco, espero pacientemente y cuando parece que no va a contestar, descuelga.

—¿Dígame?

—Buenos días, soy Aria Young —digo rápidamente—. No sé si me recuerda, nos conocimos en la lectura del testamento de Christopher Barnes.

—Buenos días, sí, sé quién es usted, la novia de Eric. ¿Qué es lo que quiere? —pregunta de muy malos modales.

—A Eric y a mí nos gustaría verla, si es posible hoy mismo.

—No va a poder ser.

—Señora Scott —le digo con tono amable—, es importante para nosotros...

—Lo siento, yo no tengo nada que hablar con ustedes.

—Ava... por favor, Eric quiere saber la verdad sobre su madre —le digo en un intento desesperado—. Creo que tanto él como su hermana Emma merecen saber la verdad y es usted la única persona que puede proporcionársela.

Se mantiene el silencio en la línea, pero no cuelga, parece que está librando una batalla moral sobre qué debe hacer. Yo decido intentar

convencerla.

—Creo que en el fondo es usted una buena persona, incluso diría que les profesa cariño... Hágalo por ellos, y también por Hannah.

Su respiración se agita y parece nerviosa.

—Está bien, dentro de dos horas, en el hotel Hilton DoubleTree.

—Gracias, Ava —digo con alivio.

—Nada de gracias. Dile a Eric que, si quiere saber toda la verdad, traiga diez mil dólares. Si no, que no se moleste en venir.

—¿¡Qué!?

Pero ella ha colgado. Y yo me quedo inmóvil y aún perpleja por cómo se ha tornado la conversación. Pensaba que en el fondo tenía corazón y solo ha visto la oportunidad de sacar más dinero, ¡es increíble!

Eric me mira ceñudo y yo no sé ni qué decirle.

—¿Y bien? —me pregunta.

—He quedado con ella dentro de dos horas en el hotel DoubleTree.

—¡No me lo puedo creer, ha accedido! —exclama un poco perplejo.

—Eric, espera... —intervengo un poco nerviosa—. Quiere diez mil dólares a cambio de la información.

Su rostro se transforma. Frunce el ceño y veo que palidece de ira.

—¡Maldita malnacida! No me lo puedo creer. ¿No le ha bastado con el dinero que le ha dado mi padre? ¡Joder! —exclama, a punto de golpear algo con el puño.

—¡Eric! —digo cogiéndole la mano—. Sé que es una suma de dinero muy significativa... Pero piensa en que esto es importante para ti, descubrir la verdad...

—Lo sé, Aria. Pero odio a esa mujer con todas mis fuerzas, y sabes que no es por el dinero. Gracias a Dios, mi padre nos dejó una gran fortuna y aunque tuviera que buscarlo debajo de las piedras también lo haría si fuera para otra cosa, pero para dárselo a ella... A cambio de que me cuente la verdad...

—Lo siento, cariño...

Resopla, enervado. Imagino que es una decisión muy difícil, porque en el fondo, quiere saber la verdad, aunque no desea entregarle más dinero a esa mujer que un día hizo de madre y que realmente es su tía.

Al final, resignado, coge el teléfono y sale de la habitación. Todo esto es bastante surrealista y pienso que, si yo tenía problemas con mis padres, lo que le está pasando a Eric es bastante peor. Al cabo de un rato, regresa.

—Vendrás conmigo, ¿verdad?

—Claro, Eric. ¿Has solucionado lo del dinero? —pregunto con suavidad.

—Sí, ya está todo arreglado. ¿Nos duchamos juntos?

—Por supuesto.

Sé que en estos momentos necesita mi compañía. Me acerco a él y le beso con ternura intentando que toda la tensión acumulada se disipe. Le agarro de la mano y tiro de él para llevarlo hasta la ducha de mi habitación. Nos desvestimos, entre besos y caricias entramos dentro y activamos el agua, que cae por encima de nuestros cuerpos excitados y necesitados. Nos dejamos llevar por lo que ahora mismo sé que él desea. Se pierde en mi cuerpo y yo en el suyo, sin pensar en nada más.

Durante unos minutos solo existimos él y yo y nuestra pasión desatada, nuestras manos acariciando nuestros cuerpos para después introducir su pene en mi hendidura con fuertes embestidas. Los dos nos dejamos llevar por el placer de estar juntos hasta que el clímax nos alcanza, con las gotas de agua cayendo por todo nuestro cuerpo.

Tras ducharnos, nos vestimos y desayunamos algo ligero. Eric ha quedado con su financiero en una hora, media hora antes de nuestra cita con Ava. Está tenso y estoy segura de que tendré que llevar yo el mando de la situación para que no haga ni diga nada que pueda irritar a Ava. No obstante, no voy a permitir que le dé ni un centavo hasta que no nos cuente todo lo que queremos saber, de eso me voy a encargar yo personalmente.

Tras la cita con el financiero en las oficinas de Industrias Barnes, nos dirigimos al hotel donde hemos quedado con Ava. Eric parece otra persona, está distante y muy nervioso. Solo le había visto así en una ocasión, cuando nos encontramos en su piso con aquella gente que quería cobrar su deuda y después se marchó. Borro de mi mente aquellos recuerdos, porque no fueron gratos y porque ahora mismo tengo que centrarme en resolver la situación y tener la mente despejada.

Cuando llegamos, con cinco minutos de antelación, Ava ya está en el bar del hotel. Nos dirigimos a su mesa y nos sentamos frente a ella.

—Buenos días, Ava —le digo. Eric no dice nada.

—Buenos días, Aria. Eric.

Él ni siquiera la mira, imagino que el desprecio hacia lo que hoy ha hecho puede más que todo el cariño que un día sintió por ella.

—Lo siento, quizás no entendáis por qué lo hago, pero tengo mis motivos... Y no lo hago por gusto creedme, pero necesito el dinero.

—¿Para qué, para esos modelitos caros? ¿Para presumir ante tus maravillosas amigas? Ava, eres una...

—¡Eric! —le corto— Hemos venido aquí a hablar, nada de reproches, queremos una explicación. Por favor, Ava...

—¡El dinero! —exclama un poco contrariada.

—Lo siento, pero primero la información —le recrimino enseñándole la bolsa, abriendo un poco para que lo vea. Me mira, resignada, y asiente.

—De acuerdo. Veamos... por donde empiezo...

Parece nerviosa y se masajea la frente. Está claro que esto tampoco es agradable para ella, a pesar de que se esfuerza en que no se le note tras ese muro de arrogancia.

—Como con cada historia, por el principio —contesta irónico Eric y yo le miro negando con la cabeza para que deje de hacer esos comentarios sarcásticos. No adelantamos nada con ellos.

Ava le mira y gira la cabeza de nuevo, mirándome a mí.

—Verás... Todo comenzó cuando mi hermana Hannah se quedó embarazada. Le diagnosticaron un problema congénito, pues mi padre sufría del corazón y murió de un infarto a los cincuenta y cinco años... pero ese no es el caso. —Hace una pausa y parece perderse en sus pensamientos—. Los médicos le aconsejaron la interrupción inmediata del embarazo para poderle tratar el problema del corazón, pero ella se negó, por lo que tuvo que evitar cualquier tipo de esfuerzos y permanecer encamada durante los siete meses restantes. Por aquel entonces, yo no tenía trabajo y ella me llamó para que estuviera a su lado, así al menos le haría compañía. Me mudé a su casa y estuve ayudándola en todo lo que pude.

»Cuando llegó la hora del parto, todo se complicó. Parece ser que no estabas bien colocado, el doctor no lo supo y el parto duró más de lo esperado con el consiguiente esfuerzo físico para mi hermana. Por lo que, tras darte a luz, intentaron por todos los medios un trasplante de corazón, pero no hubo suerte y falleció dos días más tarde.

Eric suspira nervioso, imagino que asimilando la noticia, que es básicamente lo que nos había dicho Clark solo que un poco más detallada.

—¿Y cómo llegaste a ser la esposa de Christopher? —le pregunto para que continúe.

Ava suspira y pierde la mirada amargamente. Da un trago a su copa antes de continuar.

—La verdad es que, tras la muerte de Hannah, Christopher se quedó

hundido. Yo estaba en la casa, cuidaba de Emma y del pequeño Eric. Al final él me propuso la idea, me dijo que quizás podría hacerme cargo de ellos, para que sus hijos tuvieran una madre. Después dijo que podríamos casarnos y convertirme en su madre, así ellos nunca podrían descubrir que su madre había fallecido y crecerían como una familia.

—No lo entiendo, ¿por qué mi padre no quería decirnos que nuestra verdadera madre falleció? Además, cuando yo nací, Em tenía cuatro años.

—Pensó que sufriríais más sabiendo que nunca podríais tener a vuestra madre de nuevo. Emma era pequeña y seguramente no se acordaría de ella con el paso del tiempo. Era mejor tener a una madre de carne y hueso que a una madre en el cielo, o eso creía él.

Ambos se quedan en silencio unos instantes. Después, Eric pone palabras a mis propios pensamientos.

—Eso es muy egoísta.

—Yo también lo creo, Eric. Pero al principio lo acepté. Pensé que era mejor para vosotros y me sacrificué. En el fondo era joven, estaba viviendo en esa casa, cuidaba ya de vosotros desde que Hannah había fallecido... nada cambiaría y egoístamente, casarme con Christopher no estaba mal. Era un buen partido, no tendría que buscar trabajo, por lo que acepté sin pensarlo. Pero con el tiempo me vi desbordada, esa no era la vida que yo quería para mí. Dos niños y un esposo que realmente no lo era, porque nunca llegamos a consumir... solo éramos una pareja a efectos sociales y de cara a vosotros. Estábamos viviendo una mentira. Y no lo soportaba, Eric. Yo quería vivir, disfrutar y conocer mundo. Por eso cuando habían pasado varios años, decidí que lo mejor era marcharme. Sé que no fue justo para dos niños pequeños y en parte no voy a negar que me apenara irme, porque erais como mis hijos, pero necesitaba salir de aquella cárcel y vivir mi vida, no la vida de Hannah.

La verdad es que en parte me compadezco un poco cuando Ava termina la historia, porque entiendo un poco su decisión. Ella había aceptado algo sin pensar muy bien qué era lo que conllevaba y después había tomado la decisión más fácil sin pensar en las consecuencias: dejar a dos niños solos y perdidos tras la muerte de su madre. Más le hubiera valido a su padre haberles dicho la verdad desde el principio, pero no lo hizo y realmente el culpable de esa situación sin duda había sido él. Aunque ahora ya no había solución, todos tendrían que vivir con ello toda su vida, menos Christopher que se había llevado el secreto a la tumba.

—Dime una cosa, ¿por qué mi padre te dejó ese dinero en herencia? —le

pregunta Eric.

—No quería que supierais la verdad. Le gustaba hacer las cosas a su manera hasta el final.

—Entonces estás faltando a su palabra, ¿por qué? ¿por más dinero? En el fondo creo que eso es lo único que siempre has visto, un filón en nuestra familia. Nunca nos has querido ni te hemos importado. Imagino que tu vida de color de rosa se fue al traste cuando mi padre te cortó el grifo o dejaste de disponer del dinero, si es que alguna vez lo hiciste, y por eso nos abandonaste.

Las amargas palabras de Eric hacen que el semblante de Ava cambie. Frunce el ceño y le lanza una mirada turbia.

—No sabes nada de mí, Eric. No puedes juzgarme si no me conoces.

—Claro que no sé nada de ti, y no quiero saberlo. Ya tengo todo lo que quería saber, gracias por la información. Ten tu dinero y desaparece de mi vida. Porque no eres nada, ¿sabes? Aunque seas la hermana de mi difunta madre para mí no eres parte de mi familia, ni lo serás nunca.

Eric se levanta de la silla y sale del bar, malhumorado. Yo miro a Ava que tiene la cara desencajada. La verdad es que me gustaría comprender un poco mejor la situación, pero ya no hay tiempo. Sin más, salgo detrás de él.

—Adiós, Ava.

—Adiós, Aria.

Me cuesta un poco alcanzar a Eric, que ha salido en dirección norte, andando deprisa. Llego hasta él y tiene el pelo alborotado, como si se hubiera estado pasando las manos varias veces, imagino que por frustración.

—Eric..., dime algo.

Le agarro de la mano para que se detenga, pero él ni me mira. Está furioso.

—Es una sinvergüenza, Aria.

—Quiero pensar que hay algo más, algo importante que no nos ha contado y que necesita el dinero para eso.

—¿Por qué te fías de ella y sin embargo no puedes perdonar a tus padres por lo que te hicieron? —me espeta de pronto.

La pregunta me cae como un jarro de agua helada. Le miro, enervada, pero sé que no lo ha hecho para hacerme daño sino porque está enfadado.

—Lo siento, cariño —me estrecha entre sus brazos—. No pretendía decir lo que he dicho.

—Lo sé. No te lo he tenido en cuenta... —le digo acariciándole la

mejilla.

—Gracias...

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —niega con la cabeza y continúa—: nos vamos a ir a Washington a ver a Em y a la familia. Así podréis hablar del tema. Creo que será mejor que se lo cuenten y pasemos el fin de semana con ellos. ¿Qué te parece?

Él suspira y se relaja un poco.

—Me parece que es una opción estupenda y que tengo a la mejor novia que se puede tener en el mundo. Te quiero, Aria, gracias por estar a mi lado.

—Yo también te quiero, Eric. No he hecho nada. Tú también estás siempre a mi lado, cuando te necesito. Además, creo que ya va siendo hora de que haga una visita a mis padres... y quiero que estés conmigo.

—¿Estás segura?

—Creo que sí.

En realidad estoy aterrada, pero sus palabras me han hecho despertar. Debo enfrentar esto, ya.

—Estaré a tu lado, cariño —me dice con decisión.

—Gracias.

Nos vamos a casa y preparamos la maleta, nos dirigimos al aeropuerto, cogemos los billetes y hasta la hora de embarcar comemos algo. La verdad es que Eric tiene razón, tengo que perdonar a mis padres, no es algo que me apetezca hacer, pero tengo que pasar página y aunque mi relación no va a ser parecida a la que teníamos antes, al menos que sepan que les he perdonado.

Capítulo 31

Eric

Llegamos a Washington después de comer. Em y Thomas, al vernos, enseguida nos saludan, asombrados de que estemos aquí. Los niños también se lanzan a abrazarnos.

—Hola, ¿cómo es que no nos habéis avisado de que veníais? —pregunta Em, feliz.

—Visita sorpresa —comento yo. En realidad, esta visita trae más emociones de las que ellos esperan, me temo.

—Me alegro mucho de veros, ya os echábamos de menos —contesta Em abrazándose de nuevo a mí.

—Últimamente tenemos mucho trabajo —dice Aria.

—Tía Aria, aún tenemos pendiente esa cita de chicas —le recuerda Sadie.

—Por supuesto, preciosa, quizás podías venir el fin de semana a casa, ¿no te parece, Eric?

Me tenso un poco y asiento solo con la cabeza.

—Cariño, pareces nervioso —me dice Em que me conoce bien—. ¿Pasa algo?

Aria la mira se sostienen la mirada como queriéndose decir algo.

—Creo que vamos a salir al jardín a tomar un refresco, ¿verdad, Eric?

Cuando Em me lleva a la cocina agarrado del brazo, siento calidez y a la vez nerviosismo. Tengo que contarle a mi hermana la verdad y ni siquiera sé por dónde empezar. Ella nunca ha querido a nuestro padre lo suficiente y sé que esto hará que tenga otra visión aun peor de él.

Yo también estoy muy enfadado con él ahora mismo y si pudiera decirle todo lo que siento, no sería nada bueno precisamente. Me gustaría gritarle, decirle que nos merecíamos la verdad, no un engaño que al final nos llevó a quedarnos sin familia igualmente. Una persona egoísta que solo pensó en ella y nunca en nosotros...

—Relájate, Eric, sea lo que sea no puede ser tan malo —susurra Em acariciando mi brazo para intentar calmarme.

Tras servir un par de refrescos, salimos al jardín y no sentamos en un banco los dos juntos. Exhalo un par de veces, intentado coger las fuerzas

necesarias para comenzar a relatar la historia.

—Cariño, ¿tan malo es que no te atreves a contármelo?

Tengo que hacerlo, y no puedo dudar más.

—Verás... He investigado a Ava —suelto al fin.

—Sabía que lo harías —me interrumpe—. No sabes estarte quieto.

—El caso es que fue Clark, un policía amigo de Aria, quien esta mañana nos ha llamado para contarnos que... —Hago una pausa para soltarle el bombazo, pero ella me detiene.

—Que ella no es nuestra verdadera madre. —Por un momento la miro sin saber qué decirle y al final reacciono.

—¿¡Qué!? ¿Tú lo sabías? —pregunto incrédulo.

—No hasta hace un par de días... —Sus ojos me contemplan con tristeza—. Colocando cosas en el trastero he encontrado fotos de una mujer. Se parecía a Ava en los rasgos de la cara, pero el pelo era castaño, parecido al mío. Al verla han venido flashes a mi memoria de cuando era pequeña... ha sido en ese momento cuando he recordado que en algún momento de mi vida, la llamaba mamá.

—Em... Nos engañaron... —digo con el corazón en un puño.

—Lo imagino, cariño. Sigue con la historia.

Su sonrisa me anima a continuar. A veces se me olvida que Em es más fuerte de lo que puedo imaginar.

—No hay mucho más que contar, por la información que Clark nos ha dado y Ava nos ha ratificado después, nuestra madre, Hannah, padecía un problema cardíaco cuando me estaba gestando. Los médicos le aconsejaron que interrumpiera el embarazo para poder tratar dicho problema, pero ella se negó, estuvo todo el embarazo en reposo, pero aun así el parto se complicó y falleció pasados unos días.

Me tomo mi tiempo para explicarle a mi hermana todo lo que hemos sabido, intentando ser fiel a la verdad. Ella parece ligeramente sorprendida, pero no tanto como yo auguraba.

—Increíble, nuestro padre siempre queriendo tener todo bajo control.

—Eso parece... el problema es que Ava se dio cuenta de que esa vida no era la que ella quería y por eso nos abandonó.

—No me extraña. A nadie le gusta vivir una mentira. Además, llegar hasta ese punto... cargar con dos niños, tener que acostarse con un hombre al que no amaba... —expone con cara de desagrado.

—Pues precisamente ese debió de ser el problema, nunca tuvieron

relaciones sexuales y quizás ella quisiera llegar más allá.

—No me lo puedo creer... ¿Papá nunca se acostó con ella? —pregunta Em asombrada.

—Eso parece.

—Por lo poco que recuerdo, parecían una pareja muy bien avenida.

—Ella dijo que eran apariencia. Se les daba muy bien fingir a los dos.

—Por lo que parece, sí. Bueno, cariño, ahora que sabemos la verdad, podemos estar tranquilos. Nuestra verdadera madre nunca nos abandonó, solo murió por nosotros...

Sin responderle, me quedo pensativo, Em tiene razón, llevo toda la vida pensando qué era lo que habíamos hecho mal para que Ava nos abandonara y ahora me doy cuenta de que nuestra madre luchó por nosotros, por mí en este caso y que sacrificó su propia vida por tenerme. Eso es amor verdadero.

Entorno una sonrisa melancólica, me hubiera gustado conocerla. Em tira de mi brazo y yo la sigo aún sin saber muy bien a dónde vamos. Cuando quiero darme cuenta, estamos subiendo hasta el desván, y ella me enseña la vieja foto que encontró: una mujer preciosa, con un gran parecido a Ava y como bien dice Em, con el cabello igual que el suyo, luce una sonrisa que ilumina la foto. Tiene a un bebé en los brazos. Imagino que es mi hermana, de pequeña. Sonrío, por fin conozco a mi madre. Es preciosa y mis dedos pasan despacio por su cara, queriendo acariciarla, como si así pudiera de alguna forma conectar con ella, conocerla.

—Era hermosa... —expongo con melancolía.

—Sí que lo era... —dice Em estrechándome entre sus brazos.

Los dos permanecemos un rato admirando la fotografía, como si de alguna manera nos uniera un poquito a ella.

—¿Sabes qué? Puedes quedártela —dice al fin Em.

—No, creo que te pertenece a ti. Además, tú estás con ella.

—Tranquilo, estoy segura de que ahora mismo tú le darás más uso que yo.

Miro a mi hermana, admirado.

—Te quiero, Em.

—Y yo a ti, hermanito —responde sonriendo—. Bajemos y disfrutemos de la velada con toda la familia. Pero hazme un favor: ahora que sabes toda la verdad, intenta disfrutar de la vida. No podemos hacer nada por lo que pasó y tienes una preciosa mujer esperándote. Hazla feliz y dadme un sobrino o sobrina pronto...

Sonrío y la beso en la mejilla, nada me haría más feliz que tener un bebé, aunque es algo que Aria y yo no hemos hablado. Ni siquiera hemos establecido donde viviremos. Cada vez que sacamos el tema, me enreda de tal forma que nunca llegamos a ninguna conclusión y seguimos viviendo en su casa. Quizás sea blando con ella, pero no puedo evitar ceder a todo lo que me pide, es mi perdición, cuando estoy con ella pierdo el sentido.

Nos reunimos con todos, Aria está con Sadie, pintándole las uñas. Ambas se han hecho muy amigas y no puedo más que admirarlas. Mi sobrina está en una edad muy mala y sé por Em, que sigue colada por el chico del que me habló, que encima no parece que el susodicho le haga mucho caso. Aria le ha recogido el pelo y pintado los labios con un poco de brillo.

—Tío Eric, ¿qué te parece?

—Madre mía, ¿dónde está Sadie? ¿quién eres tú? Aria, no sabías que ibas a traer a una amiga. ¿Quién es este bombón? —pregunta y ella sonríe.

—Tío Eric, soy yo, Sadie.

—¿De verdad eres tú? Estás preciosa...

Aria me sonríe guiñándome un ojo y ella se abraza a mí.

—Te quiero, tío, pero sé lo que intentas hacer. Gracias por subirme el ego. No soy una niña, ¿sabes?

—Vaya, me has pillado... —confieso riendo—, pero de verdad estás preciosa.

—Gracias, pero todo es obra de la tía Aria.

—En eso te equivocas —digo con seguridad—. Ella te ha ayudado un poco a estar más guapa, pero la belleza es toda tuya, recuérdalo.

Sadie desvía la mirada, algo apagada.

—Solo lo dices para que me sienta mejor.

—No, Sadie, tu tío tienes razón —interviene Aria—. Si hay alguien que no lo vea, pues entonces es que está ciego. Eres una adolescente preciosa, divertida y sobre todo estupenda. No lo olvides nunca.

A mi sobrina le brillan los ojos. Mis palabras no le han afectado tanto como las de Aria.

—Te quiero, tía —dice y se abraza a ella.

Veo a Aria que tiene los ojos vidriosos. Creo que no se esperaba que Sadie le dijera eso, sus principios no fueron buenos y que se hayan cogido tanto cariño, para mí es especial. Mi familia es lo más importante para mí junto con Aria, y que todos se quieran tanto me hace el hombre más feliz en la faz de la tierra.

Cuando las dos se separan, Aria se fija en la fotografía que tengo en las manos y me mira, inquisitiva.

—¿Te apetece dar un paseo? —le digo.

—Claro, guapo.

Salimos agarrados de la mano y cuando estamos fuera, le enseño la foto de mi madre. Aria me mira con curiosidad.

—Es Hannah, mi madre. Em la encontró hace unos días en el desván.

—Era muy hermosa...

—Sí que lo era. Em dice que cuando la vio empezó a recordarla.

—Entonces no ha sido tan difícil contárselo...

—No. Sabes cómo es Em, quizás se tome las cosas de otra forma. Yo me tomo las más a pecho. Ella tiene una forma de ver la vida muy distinta a la mía, quizás deba empezar a verla así, a disfrutar de los momentos...

Aria sonrío.

—Quizás deba ser así, Eric. El pasado nunca vuelve.

—Eso es cierto.

Nos frenamos, la agarro por la cintura, la miro a los ojos y tras sonreírnos, nos besamos, dulcemente al principio, deleitándonos con ese bonito beso para después besarnos con pasión.

—Te quiero, Aria —digo cuando nos separamos—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Yo también te quiero y también eres lo mejor que me ha ocurrido nunca.

Su confesión me hace temblar de emoción por dentro.

—¿Sabes lo que me ha dicho mi hermana? —le pregunto porque quiero saber qué opina.

—No.

—Que vivamos la vida y que le demos pronto un sobrino o una sobrina.

Aria sonrío, pero no dice nada. Solo vuelve a besarme y seguimos paseando un rato más, en silencio, con nuestras manos enlazadas.

Antes de regresar, la acorralo y la pregunto:

—¿No vas a decir nada?

—Eric, yo no sería una buena madre —dice apartando la vista.

—¿Por qué? —inquiero nervioso.

—Porque sabes lo que me cuesta expresar mis sentimientos. Además, ahora estamos aún en nuestra etapa de conocernos y disfrutar, por favor, Eric.

—Serás una buena madre... ¿Pero algún día tendremos hijos?

—Algún día, Eric.

—De acuerdo —contesto resignado. Sé que algún día volveré a sacar el tema, pero por el momento, lo dejaré estar.

La beso en los labios y entramos con toda la familia a disfrutar de la tarde. Por la noche, Em decide que salgamos a cenar fuera todos juntos. Aria parece un poco distraída, imagino que se debe a que mañana por la mañana vamos a visitar a sus padres, por lo que mientras nos estamos cambiando en nuestra habitación, la acorralo en el cuarto de baño.

—Cariño, ¿estás bien? —le pregunto consideradamente.

—Claro, solo un poco cansada...

—¿De verdad?

No termino de creérmelo, percibo que le sucede algo más, pero no quiero presionarla.

—Sí, no te preocupes por mí —responde ella—, ¿tú estás bien?

—Claro. Ahora que Em sabe la verdad y que me doy cuenta de que no fui un hijo abandonado, me he quitado un gran peso de encima. Y tú, ¿estás nerviosa por lo de mañana?

—No, claro que no —dice resuelta—. Tengo claro que voy a pasar página, no voy a olvidar lo que hicieron mis padres, pero aunque me cueste volver a confiar en ellos, tengo que dejar ese capítulo de mi vida en el pasado.

—¡Esa es la actitud! Todos cometemos errores, pero al final hay que perdonar a la gente que queremos. A mí me perdonaste y cometí el mayor error de mi vida...

Ella me mira y me abraza tiernamente.

—Porque eres el amor de mi vida y te quiero con todo mi ser. No podía dejarte escapar, aunque me costó un tiempo darme cuenta de ello.

—Tú también eres el amor de mi vida —digo sentidamente—, sabes que tienes mi corazón desde el mismo momento en el que nuestros caminos se cruzaron. Siempre ha sido tuyo, ni siquiera a mí me pertenece.

—¡Mmm! Vaya, esa es una gran revelación, Eric. Ahora que lo sé, estás perdido... —me dice ladina agarrándose a mí y mordisqueando mi cuello.

Sus gestos hacen que me excite de inmediato. La abrazo y respondo con besos, pero pronto tengo que soltarla o si no, no saldremos nunca de esta habitación.

—Aria, tenemos que bajar, pero te prometo que esta noche, en esta cama...

—La verdad es que sí, tengo ganas de probar esta cama, siempre que hemos dormido en ella, nunca hemos consumado... —me dice con picardía.

—Tienes razón, esta noche no te libras.

Los dos terminamos de vestirnos y bajamos con toda la familia para ir al restaurante favorito de Em. Se trata del Washington Sail Loft, situado en el puerto, un lugar con más de treinta años de servicio donde disfrutar del buen marisco.

El camarero ya conoce a Em, por lo que nos dirige a la mesa que ella ha reservado y sonríe.

—Solemos venir todos los sábados a cenar —nos comenta ella.

—Sí, se ha vuelto como una tradición —expone Thomas—. La verdad es que es un sitio espectacular, los niños están encantados y nosotros igual. En Barcelona también solíamos cenar los sábados por ahí, alternábamos en varios sitios. Pero desde que hemos descubierto este sitio, no cambiamos. Tiene mucha variedad y además todo está exquisito.

—Sí, reconozco que se come bien —comento—. Seguro que te gustará, Aria.

—No lo conozco, pero hablando tan bien de él, estoy segura que no tendré queja.

Cada uno pedimos lo que nos apetece y enseguida nos traen unos aperitivos para que los degustemos junto con nuestra consumición.

Charlamos sobre cosas banales, hasta que Em se mete en un terreno pantanoso.

—Bueno, pareja, ¿y cuando pensáis casaros y darnos la alegría de que vais a ser padres?

A Aria le cambia el semblante y no dice nada. Soy yo el que responde, intentando reconducir la situación.

—Em, cariño. No tenemos prisa, aún nos estamos conociendo. Ni siquiera hemos decidido nuestro hogar definitivo. Nuestros trabajos absorben mucho tiempo, la verdad es que no tenemos tiempo para un bebé ahora mismo.

—Vosotros seguid así y seréis unos padres abuelos —dice muy seria.

—Lo siento, Em, pero no todas las mujeres tenemos instinto maternal ni hemos nacido para ser madres —le corta Aria enfadada.

Percibo cierta frialdad en el ambiente, la mirada de Em es directa, aunque no agresiva.

—No estoy de acuerdo. Aunque voy a respetar tu decisión, Aria.

Entiendo a las mujeres que no quieran tener hijos, pero créeme cuanto te digo que traer una vida al mundo es una experiencia maravillosa.

—No te lo discuto, pero no todas las mujeres valen para ser madres. Quizás alguna es mejor que no lo hubiera sido. Así se evitarían muchos malos tratos y demás problemas que hay en la sociedad.

—En eso te doy la razón.

El silencio se apodera de la mesa por unos minutos, parece que las dos mujeres no tienen la misma opinión, pero el resto de asistentes no hemos querido inmiscuirnos en esa batalla verbal por miedo a salir escaldados.

El camarero hace su aparición con los platos y damos las gracias por ello, la tensión se podía palpar con un cuchillo.

Todos comenzamos a comer y a degustar los platos, alabando lo buenos que están y parece que, de nuevo la calma vuelve a la mesa, pasando así una buena velada hasta que regresamos a casa.

Capítulo 32

En cuanto llegamos a la habitación, Eric me acorrala y damos rienda suelta a nuestra pasión, ambos nos lo merecemos y la verdad es que esta noche ha sido un poco peculiar. Ha sido la primera vez que Emma y yo hemos tenido un contratiempo, parece que se ha abierto una brecha entre nosotras. Está claro que tenemos opiniones distintas sobre tener hijos, pero espero que eso no nos distancie.

—Aria, regresa a la tierra —me dice besándome al ver que no estoy muy centrada en nuestra noche de pasión.

—Lo siento. No dejo de pensar en lo que me ha dicho Em.

—Las dos tenéis diferentes formas de verlo, ella es madre, a ti en cambio te asusta la maternidad.

—¿Por qué crees eso? —espeto apartándole un poco para mirarle—. No tengo miedo de ser madre, simplemente no entra en mis planes, Eric. Nunca me lo he planteado.

—¿Y ahora que estamos juntos? Esta tarde me dijiste que más adelante.

—No lo sé, Eric, no sé si quiero tener hijos... ¿Es tan difícil para todos entenderlo? No sé si estoy preparada o algún día lo estaré, pero si no dejáis de agobiarme, desde luego que esto no mejora —comento un poco irritada.

—Lo siento, cariño —dice estrechándome entre sus brazos acariciando mi espalda desnuda—. Tienes razón. Yo solo quiero lo mejor para los dos. Quiero tener hijos, pero tampoco quiero forzarte a ello si tú no estás preparada. Te quiero, Aria, pero sé que es una decisión muy importante y tiene que ser algo consensuado entre los dos.

—Así es, y me gustaría de corazón más adelante brindarnos la oportunidad de ser padres, pero no sé si estoy preparada. Además, sabes que soy muy poco expresiva, eres la única persona que ha conseguido que me abra a ti y exprese mis sentimientos. Tengo miedo de que llegue el día y no ser una buena madre.

—Estoy completamente seguro de que, si llega el momento serás una madre maravillosa —me dice con cariño.

—Gracias, te quiero.

Nos besamos y continuamos donde lo hemos dejado, perdiéndonos en el deseo carnal de nuestros cuerpos, que se reclaman y se funden en un solo ser

durante unas horas.

Por la mañana, Sadie y Chase nos despiertan. Son las nueve, estamos cansados por la agitada noche, pero ellos están muy activos, quieren desayunar con nosotros y no podemos reprocharles nada, si no hemos dormido mucho es solo culpa nuestra.

—Buenos días a todos —dice Eric cuando bajamos a desayunar.

—Buenos días —saludo yo un poco más seca.

—Buenos días, chicos. Aria, quería pedirte disculpas —expone Em, viniendo hacia mí—, creo que ayer me extralimité. No debería haberme inmiscuido en vuestra vida, es solo que yo...

—Em, yo también lo siento —la corto—, yo no sé si sería una buena madre, es solo eso.

—Estoy segura de que lo serías, pero como te he dicho, si no queréis tener hijos, lo respetaré.

—Gracias, de verdad.

Ambas nos sonreímos y comenzamos a desayunar más tranquilamente. Eric parece feliz, imagino que no quería que su hermana y yo estuviéramos enemistadas. Lo entiendo: ahora somos su única familia.

Tras el desayuno, decidimos ir a casa de mis padres. Durante todo el camino en taxi estoy nerviosa. Él me agarra de la mano y me sonrío.

—Todo va a salir bien —me dice para tranquilizarme.

Agradezco su apoyo y aprieto sus dedos entre los míos.

—Lo sé, es solo que, aunque sé que es lo que quiero hacer, no sé muy bien que voy a decirles. No voy a abrazarlos ni nada de eso —explico, poniendo voz a mis pensamientos—. Ya sabes que no soy una persona afectuosa... Y tampoco sé que hacer después, si marcharme o quedarme a comer con ellos.

—Yo le he dicho a Em que no nos espere para comer, pero si decides que no quieres quedarte, podemos comer los dos juntos por ahí. No te preocupes. Ya iremos improvisando, verás como todo sale bien.

Él me sonrío y yo le devuelvo el gesto con sincera gratitud.

Cuando llegamos a la puerta, Eric se encarga de pagar el taxi y yo respiro profundamente varias veces antes de llamar. Él me coge de la mano y la aprieta un poco para inculcarme el valor necesario. Cuando por fin pulso el timbre, noto como una punzada de dolor se fija en mi estómago. Sé que se trata solo de nervios, pero aun así tengo que hacer un esfuerzo por avanzar.

—Aria, ¿estás bien?

—Sí, tranquilo, solo estoy un poco nerviosa —respondo a Eric para no asustarlo.

Mi madre, al abrir la puerta pone cara de sorpresa y a la vez muestra una sonrisa contenida. No sabe qué esperar.

—Aria, hija, ¡qué alegría verte! Eric, un placer volver a verte a ti también.

—El placer es mío, señora Young.

—Hola, mamá —contesto secamente.

—Pero pasad, hijos, no os quedéis en la puerta.

Eric me empuja porque por un momento me he quedado inmóvil y, como puedo, vuelvo a entrar en la casa que ahora mismo peores recuerdos me trae. No debería ser así, tengo muy buenos recuerdos de mi infancia, pero los únicos que me vienen a la memoria ahora son los últimos minutos que pasé allí, momentos desgarradores cuando salía corriendo con los ojos anegados en lágrimas por los duros instantes que compartí con mis padres.

—Hija, estás más delgada... —comenta mi madre de forma casual, intentando entablar conversación.

—Madre, no he venido aquí para que me recrimine cómo estoy.

—Aria... —susurra Eric en tono conciliador.

—¿A qué has venido, a discutir? —pregunta ella a la defensiva.

—La verdad es que pensaba que podría perdonarlos, pero ahora mismo no estoy segura de querer.

—Cariño, puedes hacerlo —susurra Eric, agarrándome de la mano.

Suspiro profundamente un par de veces, suelto el aire de nuevo y cuando voy a comenzar a hablar, mi padre aparece.

—Aria, ¡me alegro de verte hija mía!

Le miro a los ojos, veo arrepentimiento y al final creo que tengo que hacer lo que he venido a hacer aunque me cueste la misma vida.

—La verdad es que no os merecéis mi perdón, pero de nada sirve el rencor y vivir con el resentimiento —comienzo—. Me engañasteis durante toda mi vida, dejasteis que un hombre inocente cargara con la culpa. No os lo merecéis, pero aún así creo que voy a pasar página y seguir adelante. Con ello no vais a conseguir que venga todos los fines de semana a veros ni que me convierta en una hija modelo, no lo he sido nunca y ahora no voy a serlo tampoco, pero creo que es el momento de cerrar este capítulo de nuestra vida. Os perdono, pero también os juro que, si volvéis a engañarme, a mentirme en

algo tan importante, no volveréis a verme jamás. ¿Habéis entendido?

Ambos asienten, tiene los ojos llenos de lágrimas, sé que he sido tajante con mis palabras, pero tienen que entender que lo que me hicieron fue algo muy egoísta y a la vez mezquino.

—Aria... —Mi padre se acerca despacio con su silla de ruedas y duda si agarrarme o no la mano, porque sabe que no soy amiga de que me toquen y menos después de lo que ha pasado, le miro con desgana y al final no lo hace —. Lo siento de corazón. En aquella época de mi vida estaba totalmente perdido en el alcohol y no actuaba con propiedad. Tu madre tuvo que sufrir mis problemas en silencio, sin el apoyo de nadie, solo se limitaba a ayudarme, incluso a veces no estuvo de acuerdo con mis decisiones, pero las acató porque yo se las impuse.

—Padre, en eso se equivoca, ella era la que tenía que haberse sabido imponer y no lo hizo. Es tan culpable como usted. Pero ya no se trata de buscar culpables. Como he dicho, vamos a cerrar ese capítulo y vamos a empezar de cero. Estoy aquí para limar asperezas.

—Me parece bien. ¿Os quedareis a comer?

Eric me mira, escudriñándome, sabe qué haremos lo que yo decida, en verdad no me apetece mucho comer con ellos, pero es otro paso que debo dar. Si he venido hasta aquí, debo esforzarme para empezar de cero.

—Está bien, comeremos con ustedes, pero vamos a ir a dar un paseo, necesito despejarme un poco. Regresaremos a las dos.

—Claro, hijos —expone mi madre—. Prepararé tu plato favorito, Aria. Eric, ¿te gusta la carne estofada?

—Por supuesto, señora Young —dice él muy amablemente.

—Llámame Joyce, si no te importa —responde mi madre.

—Joyce, me encanta la carne estofada. Estoy seguro que estará deliciosa.

—Gracias, Eric.

Mi madre le sonrío y él le devuelve la sonrisa. Mi padre nos observa en silencio con cara de felicidad.

Salimos de la casa y cuando hemos avanzado un par de calles Eric me frena para besarme.

—Cariño, lo has hecho estupendamente.

Me mira y veo el orgullo en sus ojos. Eso me ayuda a asimilarlo todo y tranquilizarme un poco.

—Pensé que no lo lograría...

—Pero lo has hecho, lo has conseguido, eso es lo más importante.

—Aún me queda mucho rencor... —le digo sincerándome.

—Claro, es normal, no puedes borrar lo que te hicieron de un plumazo, pero poco a poco irás perdonándolos. Al menos has venido, les has dicho lo que pensabas y vamos a comer juntos. Piensa que ellos también necesitaban esto. Al final, la vida nos demuestra que tenemos que perdonar a nuestros seres queridos. Mi padre cometió muchos errores incluso nos mintió con el tema de mi madre, algo que sigo sin entender pero que ya no podré nunca preguntarle. Aun así, es mi padre y pese a todos los errores que cometió en su vida, le sigo queriendo.

—Porque eres un hombre maravilloso, Eric, con un gran corazón...

—Y tú también eres una mujer maravillosa —insiste con ardor—, lo que pasa es que no estás acostumbrada a que te lo digan. Pero de verdad que lo eres, cariño. Créetelo.

Sus palabras me tocan profundamente. Durante mucho tiempo pensé que era un monstruo sin sentimientos ni emociones, pero ahora, gracias a Eric, eso está empezando a cambiar.

—Te quiero, Eric —murmuro afectada.

—Y yo, más que nada en este mundo.

Volvemos a besarnos y después continuamos nuestro paseo, hasta regresar a casa de mis padres por otro camino diferente, casi a la hora de comer.

Al llamar y entrar por la puerta, aspiro el aroma de la carne estofada. Mi madre cocina estupendamente y la carne estofada es su plato estrella.

—¡Mmm! Joyce, huele maravillosamente bien —alaba Eric queriendo ser cortés.

—Bueno, espera a probarlo para darme tu opinión.

—Seguramente mejor sabrá —contesta risueño. La verdad es que es muy agradecido y siempre se comporta de forma muy correcta con todo el mundo. Es algo que admiro de él, su buen talante y carácter conciliador.

—La mesa ya está lista, si queréis ya podemos comer —contesta mi madre aún un poco acobardada.

Nos dirigimos al salón, si no hubiera venido Eric sé que habríamos comido en la cocina los tres, pero mi madre cuando tiene visitas lo dispone todo de una manera más formal.

—Eric, ponte al lado de Aria, por favor y siéntete como en casa —le dice mi padre.

—Gracias, señor.

—Hijo, llámame Charlie, que somos familia.

—Claro, Charlie, discúlpeme. No estoy acostumbrado...

—Lo sé. Nosotros tampoco lo estamos. Aria nunca ha traído a nadie a casa, ni mucho menos a un novio.

Le miro un poco molesta, es verdad que nunca he llevado a nadie, ni siquiera a una amiga, pero porque tampoco he tenido amigas con las que compartir mis problemas. Y todo ha sido por su culpa. Intento borrar mis pensamientos y no soltar nada malo por mi boca. Eric me agarra la mano por debajo de la mesa al notar que me he tensado con el comentario de mi padre.

Mi madre comienza sirviendo la carne y pone la ensalada para que cada uno nos sirvamos lo que queramos.

Me gusta mucho el guiso, pero no sé por qué razón tengo el estómago cerrado y apenas pruebo bocado.

—Aria, ¿no está a tu gusto? —pregunta mi madre al ver que casi no estoy comiendo.

—Está muy buena, pero no me encuentro muy bien, tengo el estómago un poco revuelto y prefiero no forzarlo. Lo siento, madre.

—Si quieres te puedo poner un poco para que te la lleves —propone solícita.

—No creo que en el avión me dejen subir la comida. Tranquila, en otra ocasión. Gracias.

Intento forzar una sonrisa, pero no me sale muy bien.

—Eric, veo que a ti sí que te ha gustado —expone al menos feliz al ver que él se ha comido todo lo que le ha servido en el plato.

—Estaba deliciosa, Joyce.

Cuando todos terminan, mi madre se encarga de traer una tarta de manzana de la que yo no pruebo ni siquiera un trozo, Eric en cambio, da buena cuenta de ella y después de tomar el café, nos despedimos.

—Gracias por la visita, hijos, ha sido un verdadero placer. Nos gustaría volver a veros pronto —dice mi padre.

—Volveremos, pero no sé cuándo —les digo un poco cortante.

—Claro, hija, venid cuando queráis —comenta mi madre—. Después de todo, esta es tu casa.

«Sí, ¿y a costa de quién?», pienso, sin poder evitarlo.

—Ha sido un placer conocerles, y gracias por la comida, todo estaba exquisito —se despide Eric.

Salimos de nuevo y el nudo que sentía en el estómago parece aflojarse.

Ya no noto esa opresión que lo mantenía totalmente cerrado. Era angustioso, pero parece que ya ha pasado.

—Aria, cariño, ¿estás bien? —me pregunta Eric con preocupación.

—Ahora sí. Es absurdo, pero ha sido salir de esa casa y me siento libre.

—Son los nervios. Ahora volvamos a casa de Em. En unas horas sale nuestro vuelo, me gustaría despedirme de ellos. Además, creo que Sadie querrá quedar contigo para vuestro fin de semana de chicas.

Hablar de Sadie hace que me olvide de todo y vuelvo a sonreír.

—Sí, lo está deseando...

—Has creado un monstruo —dice de broma.

—No digas tonterías, solo la voy a llevar a un par de tiendas y nos vamos a dar una sesión de belleza, nada más.

—Haced lo que queráis, solo espero que su madre no te mate luego.

Ambos reímos.

—Lo he hablado con Em, y está de acuerdo.

—Vale, vale, entonces yo no digo nada.

Cogemos un taxi y nos dirigimos a la casa familiar. Tras pasar el resto del tiempo con la familia, ponemos rumbo al aeropuerto para regresar a nuestro hogar.

En cuanto abrimos la puerta, Ron ya nos está esperando para recibir su ración de mimos, porque, aunque normalmente Lisa se encarga de venir a ver cómo está en nuestra ausencia, él siempre reclama nuestra atención.

—¿Cómo está el rey de la casa? —le pregunto cogiéndole y dándole un par de besos en la cabeza.

—Vaya tío, si es que eres un mimado —le dice Eric acariciándole a continuación—. Le pones carita de bueno y ya te llevas unos besos. Te las sabes todas, campeón.

Jugamos un rato con él, cenamos algo y nos vamos a acostar para dar rienda suelta a nuestros deseos más íntimos.

Capítulo 33

Tras una larga semana, Eric se encarga de recoger a Sadie el viernes en el aeropuerto. Cuando llego a casa ya está instalada en la habitación de invitados, pues hoy he tenido reunión con Steven hasta última hora. Esta semana ha estado muy contento, es más, me ha felicitado por ir a ver a mis padres. En cuanto aparezco por la puerta, Sadie se lanza a mis brazos.

—¡Tía Aria, qué ganas tenía de verte! El tío Eric dice que estoy paranoica.

—Hola, cariño —me saluda Eric después de que Sadie se haya despegado de mí.

—Hola, Eric. Hola, Sadie. ¿Qué es lo que pasa aquí?

—Tu sobrina, que quiere levantarse mañana a las seis de la mañana. Dice que si no os dará tiempo a hacer todo lo que tenéis preparado y por supuesto que yo os tengo que llevar. Yo no voy a ser vuestro chófer...

La escena familiar me arranca una sonrisa y llena mi corazón de calidez.

—Bueno, vayamos por partes. Punto número uno: Sadie, hasta las nueve no abre el centro de estética, tenemos hora a las nueve y media así que no hace falta levantarse a las seis de la mañana. Punto número dos: cariño, quedaste en que nos llevarías por ahí de tiendas, ¿no lo recuerdas?

Eric resopla.

—¡Joder, Aria! No me hagas esto... Mañana quería descansar, sabes que llevo una semana agotadora. Además, tengo trabajo que hacer.

—¿Qué dijimos de trabajar los fines de semana? —le recrimino con retintín.

—Nada de trabajo los fines de semana —expone como si fuera una lección que tiene bien aprendida—, pero eso es aplicable cuando estamos juntos, mañana vas a pasar el día con tu sobrina, por lo que yo puedo aprovechar y adelantar trabajo. El lunes tengo una reunión importante. —Me pone su mejor cara y yo intento no caer en sus redes.

—Está bien, hagamos un trato: nos llevas hasta el centro de estética y luego te dejamos libre con la condición de que vengas después a comer con nosotras y pasemos la tarde juntos. Nada de tiendas por la tarde. ¿Trato hecho?

—¡Hecho! —dice sin pensar, dándome un beso pasional.

—¡Chicos, cortaos un poco que soy una adolescente! —nos recrimina Sadie.

—Perdónanos.

Eric ya tiene la cena lista, me pongo algo cómodo y bajo rápidamente. Tío y sobrina se llevan de maravilla, están poniendo la mesa. Les observo y sonrío, en verdad Eric sería un padre estupendo, no lo dudo ni por un momento, pero... ¿y yo? ¿Sería buena madre?

«Desde luego que si nunca lo intentas, nunca lo sabrás». Vaya, hacía mucho que no sabía de ti, querida conciencia, pero de momento no voy a dar ese gran paso. Soy joven y no estoy preparada.

Entro en la cocina intentando borrar mis dudas y mis desvaríos, sonriendo al ver que ambos se están haciendo cosquillas.

—Vaya, ¿batalla de cosquillas? —pregunto con humor.

—¡Empezó él! —interviene Sadie.

—¡Serás mentirosa! Tengo una sobrina que encima de tramposa es una mentirosa. En fin, vamos a dejar en tablas la guerra, pero que conste que esto es una tregua, no hemos terminado. Y cuando menos te lo esperes, te atacaré y perderás, me suplicarás clemencia —le dice. Yo no puedo más que reírme, esa amenaza es algo muy real aunque se trate de una guerra de cosquillas.

—¡Bah! Cuando quieras —contesta con chulería.

Nos sentamos y comenzamos a degustar la cena que los dos han preparado. Ambos se dan patadas por debajo de la mesa como dos niños pequeños. Estoy un poco sorprendida porque no conocía esa faceta tan infantil de Eric. Le miro un poco sorprendida y él se ríe.

—¿Quién es más niño de los dos? —pregunto después de un rato.

—Tía Aria, yo no soy una niña, soy una adolescente. El tío es el que parece un niño —comenta riéndose.

—Tienes toda la razón, Sadie, tu tío no tiene remedio.

—Vale, os confabuláis contra mí, perfecto... —contesta haciéndose el ofendido.

Los tres nos reímos y terminamos la cena. Sadie se acuesta en la habitación de invitados, está nerviosa, deseosa de poder compartir conmigo la mañana de chicas.

Eric y yo dedicamos una parte de la noche a hacer lo que mejor se nos da: amarnos como solo nosotros sabemos hacerlo.

Por la mañana, Sadie se mete en nuestra habitación sin llamar. Eric la regaña, pero entiendo que está nerviosa por la jornada que nos espera.

—Tío Eric, lo siento, pero tengo ganas de irme ya.

—Sadie, es aún muy temprano —la regaña—, ¿te has duchado?

—No.

—Pues es lo primero que tienes que hacer, venga, a la ducha inmediatamente.

Sale enfadada de nuestra habitación y yo sonrío.

—¿Qué te pasa? —pregunta él.

—Nada. Que creo que serás un padre muy autoritario.

—No creas, estoy seguro de que, si algún día tenemos hijos, al final me ablandaré como lo hago contigo.

—¡Mmm! ¿Conmigo te ablandas? No lo sabía... —le pregunto con chulería.

—No digas tonterías, sabes perfectamente que te dejo pasar muchas cosas. Como por ejemplo, el seguir viviendo en tu casa en lugar de vivir en la que compré para los dos.

—Eric... —le digo nerviosa. Siempre que saca el tema, me pone la piel de gallina. No quiero irme de mi casa.

—Sé lo que significa esta casa para ti, Aria. Pero deberíamos pensar que la otra casa es más grande. No está decorada, podrías hacerlo a tu gusto, son todo ventajas...

—No sé... Dame tiempo...

—Te lo estoy dando, Aria, todo el que quieras... —dice con ternura—. ¿Ves como soy un blando?

—Te quiero...

—Y yo, pero eres una zalamera.

Me sonrío y le doy un tierno beso en los labios. Me levanto, me contoneo provocándole hasta llegar al baño. Se levanta a continuación y me da un pequeño azote en el culo, le miro con ojos desafiantes...

—¡Oye! —le recrimino.

—Te lo mereces, no puedes excitarme así con nuestra sobrina en la otra habitación.

—Podemos hacer algo en la ducha —propongo por lo bajo.

—Aria, ¿no has visto que no se corta ni un pelo en llamar? No quiero arriesgarme, que entre en la ducha y nos pille...

—Vale está bien, pero esta noche vas a ser mío a mi manera —declaro.

—¿Y eso por qué?

—Porque lo digo yo, y para compensarme por el azote que me has dado.

—Solo ha sido una caricia en tu lindo trasero —se defiende con falsa inocencia.

—¿Una caricia? ¿A eso le llamas caricia? No quiero entonces saber cómo será un azote...

Los dos nos echamos a reír y nos metemos en la ducha, no faltan algunos roces subidos de tono y besos pasionales, pero al final no sobrepasamos el límite por si Sadie aparece.

Salimos y cuando nos estamos vistiendo aparece la niña, efectivamente tiene el don de la inoportunidad y no se corta ni un pelo en entrar sin llamar. Nos pilla en ropa interior y tampoco se molesta en salir, se queda observando cómo nos vestimos. La verdad es que no soy una persona pudorosa, pero me da un poco de vergüenza que una adolescente me vea con la ropa interior tan transparente. A Eric le parece gracioso cómo intento esconderme entre la blusa y los pantalones vaqueros, tanto que hasta me saca la lengua y me sonrío de manera maliciosa; la mirada que le dedico lo dice todo.

Termínanos de vestirnos, yo en tiempo récord y los tres bajamos a desayunar. La verdad es que no voy a maquillarme, pues se encargarán de hacerlo en el centro de estética. Tampoco voy a preocuparme mucho del peinado, me he cogido un moño, pues después en la peluquería también vamos a cambiarlo. Hoy Sadie y yo vamos a mimarnos al máximo, y después, de tiendas. Si es que nos da tiempo, porque creo que vamos a pasar gran parte cuidándonos. Pero lo importante es eso. Por la tarde ya convenceremos a Eric de ir al centro comercial, aunque le hayamos prometido que haremos otra cosa.

Desayunamos los tres juntos y Eric nos acerca al centro de estética, es temprano, por lo que esperamos en un bar cercano, tomando un segundo café que me sabe a gloria. Me encanta el café, y pese a que intento reducirlo lo máximo posible, en días como hoy, en los que apenas he dormido seis horas, no me viene mal una gran dosis extra.

A las nueve y media, Eric se despide de nosotras y pone rumbo a la oficina, al final ha decidido irse a trabajar un poco. No me gusta la idea, pero sé que tiene mucho trabajo atrasado, tiene que adelantar y puesto que va a estar solo, hoy le he dejado que lo haga.

En cuanto atravesamos el centro de estética, a Sadie se le ilumina la cara. Es la primera vez que entra en uno, su madre nunca la ha llevado y solo ver la cantidad de cosas que tiene, creo que es como si tuviera un pequeño orgasmo.

«Bueno eso no lo sé, espero que la muchacha aún sea virgen». No voy a

entrar en esa tesitura, no soy su madre y no me corresponde saberlo, pero su cara de satisfacción lo dice todo, la verdad.

—Buenos días, Aria. Y tú debes de ser Sadie. Un placer conocerte. Yo soy Betty y voy a ser vuestra asistente. —La saludo con una sonrisa, conozco a Betty hace años y me consta que es amable y atenta, pero noto que lo es especialmente con Sadie. Y eso me gusta—. Lo primero que vamos a hacer es pasar a una sala y nos vamos a relajar. Después comenzaremos por un masaje y posteriormente haremos una limpieza de cutis. Aunque, cariño —le dice a Sadie—, tienes una piel estupenda. Pero verás cómo te la dejo después, resplandeciente. Aria, la tuya como siempre, maravillosa. Se nota que sigues mis consejos al pie de la letra.

—Betty, me gusta cuidarme, cielo.

—Así me gusta. Acompañadme.

La acompañamos y nos mete a las dos en la misma sala, con una música relajante que incita precisamente a eso, a desconectar de todo. Nos tumbamos cada una en una camilla y comienza por Sadie, mientras a mí me aplica vapor para abrir los poros.

Betty es muy eficiente y nos va atendiendo a las dos, mientras aplica un tratamiento a una a la otra la va complementando. De vez en cuando nos va preguntando, pero yo estoy en la gloria, la música, el ambiente y la compañía son inmejorables.

Cuando estamos las dos con las mascarillas en la cara, comienza nuestra sesión de manicura y pedicura. Sadie hace muchas preguntas, todo le resulta nuevo y maravilloso.

Una vez hemos terminado, salimos del centro de estética y nos dirigimos a la peluquería que está a la vuelta de la esquina. Sadie está emocionada.

—Tía Aria, ¿estoy guapa?

—Estás preciosa, cariño. Ahora verás cuando te hagan el peinado. Tu madre me ha dicho que si te quieres cortar el pelo solo sea un poco, nada de cortes raros...

—Vale... —dice ella algo decepcionada. A saber qué querría hacerse.

—Seguro que Rob nos hace un peinado estupendo.

—¿Es un chico?

—Sí, pero es buenísimo, tranquila, estarás en buenas manos.

Entramos y nos saludamos como siempre, con dos besos. Rob es mi peluquero de toda la vida, le presento a Sadie y en seguida comienza a tocarle el pelo y a poner cara pensativa.

—Unas mechas le quedarían de maravilla, ¿puedo?

—¡¡Sí!! —contesta ella emocionada.

—Y un corte desigual, largo por delante y más corto por detrás... —
interviene Rob de nuevo.

Sadie me mira, pidiéndome consejo.

—Siempre que no sea excesivamente corto, estamos de acuerdo, Rob. Su madre no quiere un corte muy radical.

—Tranquila, no será muy radical como tú dices, cielo. Pero estará divina. Ya lo verás... —comenta con su voz amanerada.

No entiendo cómo habla así, porque Rob tiene pareja y es una chica encantadora pero cuando entra en la peluquería se transforma, quizás para dar más caché a la peluquería o porque es un personaje que nos vende a las clientas, no lo sé, pero su voz simplemente suena afeminada.

Rob la conduce al lavabo y se dirige al lugar donde tiene los tintes para comenzar a elegir el adecuado para sus mechas. Yo me siento a esperar con una revista que he cogido. Simplemente voy a teñírmelo como siempre y cortarme las puntas, pero solo dejo que lo haga él, ninguno de sus empleados es apto para mí, es una manía.

Rob aplica las mechas de varios tonos rojizos que me parecen preciosos y muy acertados para Sadie, yo sonrío y le hago una mueca a la niña en señal de que me gustan, ella también me sonrío. Cuando termina, le pasa al secador y después es mi turno.

Pasamos dos horas y media más en la peluquería, pero ha valido la pena: a Sadie la han dejado preciosa. Yo estoy como siempre, el mismo peinado y el mismo color de pelo. A veces pienso en cambiar de estilo, pero después me arrepiento, porque quizás no me quede bien.

—¡Madre mía, Sadie, estás espectacular!

—Gracias, tía Aria. A ver qué opina el tío Eric.

—Creo que lo mismo que yo.

Miro el reloj, son casi las dos de la tarde. Salimos de la peluquería y decido llamarlo para que nos venga a buscar para ir a comer. Andamos unos metros para alejarnos de la peluquería, en dirección a la parada de taxi por si quedamos con Eric en otro lugar. Pero de pronto, cuando voy a sacar el teléfono del bolso, un hombre tira de él. Todo pasa muy deprisa; yo no le dejo que me quite el bolso y él forcejea conmigo, mientras él sigue tirando para quitármelo yo más tiro de él hasta que el asa se rompe y caigo al suelo hacia atrás; me golpeo y todo se vuelve negro, solo veo oscuridad y después:

nada...

Eric

Mi teléfono no deja de vibrar insistentemente. He ido un momento al baño y lo oigo desde aquí; me imagino que será Aria, por la hora que es. Cuando llego al despacho y lo cojo me sorprende, es Sadie.

—Tío Eric —dice con la voz entrecortada por el llanto—. Ha ocurrido... algo. Es... Aria...

—Sadie, tranquilízate. ¿Qué ha pasado? —digo sintiendo cómo se me encoge el corazón y el tiempo se detiene.

—Estamos... en el hospital... —sisea aún llorosa.

—¿En el hospital? ¿En cuál?

—No..., no lo sé..., tío Eric... —solloza.

—Sadie, por favor, pregunta a alguien... ¿Aria está bien?

—No..., no lo sé..., se cayó..., se golpeó..., la cabeza..., había mucha sangre...

Mi pulso se acelera, mierda, tengo que averiguar dónde está Aria y lo que ha pasado. Espero un rato nervioso hasta que mi sobrina me contesta:

—Tío Eric..., estamos en el hospital Monte Sinaí... —me indica Sadie de nuevo entre lágrimas.

—Cariño, voy para allá. Tranquilízate, todo saldrá bien.

Abandono la oficina casi volando. Cojo el coche y salgo del garaje a la velocidad del viento. Mi cabeza da vueltas y más vueltas, ni siquiera sé qué es lo que ha pasado y ahora solo puedo pensar en que Aria esté bien, pero hasta que no llegue allí no podré salir de dudas. No puedo perderla, no ahora...

Sin querer, una lágrima se derrama por mi mejilla. No puedo permitirme el lujo de llorar, tengo que ser fuerte, pero es inevitable. Si algo malo la pasara, estaría perdido, no sé si me recuperaría algún día.

Dejo de pensar en cosas negativas que no me están ayudando y me centro en el tráfico que, para colmo de todos mis males, es bastante denso.

Cuando llego al hospital, casi cincuenta minutos más tarde, veo a Sadie en la sala de espera con la cara llena de lágrimas y enrojecida. En cuanto se percata de mi presencia se lanza a mis brazos.

—Tío Eric, yo...

—Cariño, ¿qué es lo que ha pasado? —digo abrazándola con fuerza para

intentar tranquilizarla.

—Un hombre intentó quitarle el bolso y Aria se resistió. Ambos lucharon por él, al final el bolso se rompió y Aria se cayó hacia atrás, golpeándose con el bordillo en la cabeza. Yo..., no sabía qué hacer, me quedé mirando sin hacer nada hasta que un hombre llamó a emergencias... —solloza.

—Sadie, tranquila. No pasa nada... Es normal bloquearse... ¿Los médicos han dicho algo? —Intento calmar a mi sobrina, pero por dentro, yo mismo estoy al borde de derrumbarme.

—No. No sé nada.

—Voy a preguntar, ¿de acuerdo?

Ella asiente y se queda a un lado. Me dirijo al mostrador de información más asustado de lo que quiero aparentar.

—Buenas tardes, soy el novio de Aria Young ha ingresado con un traumatismo en la cabeza.

—Buenas tardes, caballero. Ahora mismo pregunto.

La señorita del mostrador hace unas comprobaciones y enseguida me contesta:

—Ha ingresado hace poco más de una hora aproximadamente. Le están haciendo pruebas, tiene que esperar. Le avisarán en cuanto les sea posible. Lo lamento, pero de momento no podemos darle más información.

—Gracias —contesto desilusionado. Esperaba que al menos pudieran decirme algo más.

Me acerco a Sadie y los dos nos sentamos en la sala de espera. Los minutos se me antojan eternos y no hago más que mirar el reloj una y otra vez.

—Sadie, ¿tienes hambre? —le pregunto, porque son más de las tres de la tarde y ninguno de los dos ha comido nada. Yo no tengo ni pizca de hambre, pero algo tendremos que comer.

—No.

Sadie parece totalmente desolada. Su rostro está pálido, tiene los ojos hinchados de llorar y se le ha estropeado el maquillaje que debieron ponerle en el salón de belleza. Veo que le han cambiado el pelo, pero apenas me fijo en los detalles.

—Cariño, tienes que comer algo —digo afectuosamente.

—No tengo ganas...

—Voy a la máquina a por unos sándwiches, digas lo que digas, vas a comerte uno. Por cierto, estás muy guapa —añado para animarla.

—Gracias, tío Eric, pero yo ahora solo quiero que Aria se ponga bien.

—Seguro que se va a poner bien, ya lo verás.

Me acerco a la máquina expendedora del pasillo, saco un par de sándwiches y unos refrescos. Los dos nos lo comemos en silencio, sin hambre.

Tras dos horas más esperando, vuelvo a acercarme al mostrador para informarme sobre el estado de Aria. Esta vez, me indican que un médico saldrá en unos minutos a hablar con nosotros.

Pero tras media hora de espera, nadie sale y comienzo a impacientarme.

—Señorita, siento ser insistente, pero me comentó que el médico saldría a avisarnos en unos minutos, ha pasado media hora y nadie nos dice nada.

—Tenga paciencia, quien dice unos minutos dice un poco más — comenta con tono formal—. Quizás le haya surgido una urgencia, esto es un hospital. Sé que están preocupados por su familiar y entiendo que necesiten noticias tuyas, pero hay que esperar.

Tras una larga hora más, aparece el doctor que está tratando a Aria y yo, la verdad, no sé si besarle o darle un puñetazo por hacerme esperar. Estoy tan desesperado que estoy dispuesto a cualquier cosa con tal de que me den información.

—Buenas tardes, siento la tardanza, pero hoy es un día complicado. Seré breve... La señorita Young ha ingresado con un traumatismo severo en la cabeza. Tiene un hematoma subdural que ya hemos drenado. Ahora mismo estamos esperando a ver si despierta para ver comprobar si existe algún tipo de lesión ocasionada por el mismo, pero hasta entonces, no podemos hacer nada más que esperar a que despierte.

—¿Cuándo podremos verla?

—Ahora mismo está en la UCI, tendrán que esperar a la hora de visitas.

—Gracias, doctor.

—De nada.

Desilusionado y un poco aturdido por la información que me ha dado regreso con Sadie y decido llamar a Em para contarle lo que ha pasado.

Capítulo 34

Eric

Em no tarda en cogerme el teléfono y cuando me contesta con su tono amable casi me derrumbo.

—Hola, cielo. ¿Qué tal va todo, ya os habéis cansado de tener a mi hija con vosotros?

—Em..., ha pasado algo... —consigo decir muy nervioso.

—¿Sadie está bien? —pregunta asustada.

—Sí, Sadie está bien, es Aria.

—¿Qué le ha pasado? —inquieta agitada al notarme contrariado.

—Le intentaron robar el bolso, forcejeó con el atracador y cayó al suelo. Se golpeó. Está en el hospital. Tiene un fuerte traumatismo en la cabeza. Aún no saben los daños que le ha podido ocasionar el hematoma.

—Cariño, ahora mismo vamos para allá —dice rápidamente.

—Em... no hace falta, de verdad —le digo, aunque realmente es lo que más deseo.

—Claro que sí. Tranquilo, consultaré los vuelos y si no hay disponibles iremos en coche, pero nos tendrás contigo de cualquier forma. Te informaremos en cuanto tengamos lista nuestra llegada. Y no te preocupes, estoy segura de que todo va a salir bien.

—Eso espero...

—Eric. Relájate, cariño, ya verás como sí.

Las palabras de mi hermana me dan fuerza, como siempre.

—Gracias, Em —respondo más repuesto—. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelgo el teléfono y agradezco que mi hermana no haya dudado ni un solo segundo en dejar todo para venirse a acompañarme en esta larga y dura espera.

—Sadie, tus padres vendrán a acompañarnos.

—¡Oh! Eso es fantástico, tío Eric. Estoy un poco cansada y muy nerviosa.

La sinceridad de mi sobrina me desarma. La abrazo con fuerza.

—Lo sé, cariño. Cuando venga tu madre, si quieres puedes ir a casa a descansar.

—No descansaré hasta que Aria despierte.

—Quizás tarde días en hacerlo, Sadie. Es algo que no sabemos...

—¿Por qué?

La miro a los ojos. Ya no es una niña, ya es consciente de muchas cosas: de la gravedad de ciertas situaciones, de la posibilidad de la muerte. Por eso tiene miedo.

—Porque a veces el cerebro tarda en recuperarse.

—¿Pero se va a poner bien? —me pregunta a punto de echarse de nuevo a llorar.

—Quiero pensar que sí, lo deseo con todas mis fuerzas, Sadie.

La estrecho de nuevo entre mis brazos para inculcarle el valor que necesita y al mismo tiempo para reconfortarme a mí mismo.

Permanecemos sentados durante un par de horas más, ni siquiera he ido a la máquina de café, no tengo ganas, solo quiero que llegue el momento de poder ir a verla. Em me ha avisado por mensaje de que vendrán en coche, pues los vuelos estaban completos hasta mañana. Tiene más de cuatro horas de viaje, pero es lo único que podían hacer.

A la hora de la visita, Sadie me anima para que vaya. No puede hacer nada, ya que solo dejan entrar a una persona. Me acerco hacia la zona restringida, provisto de la bata y el resto de material esterilizado, y entro a la sala que me indican. Aria está entubada, con una vía en el brazo y tiene la cabeza vendada. Me temo que parte de su preciosa melena ha desaparecido y eso no es lo que más me preocupa en estos momentos pues, al fin y al cabo, el pelo vuelve a crecer; sino que su tez está blanquecina, más de lo habitual. Me acerco despacio, le agarro de la mano y se la acaricio.

—Hola, preciosa... estoy aquí. Tienes que despertarte, Aria. Te necesito a mi lado...

Me siento y sigo susurrándole, acariciándole la mano. Quiero que sienta que estoy cerca. El tiempo que me dejen estar junto a ella, no voy a moverme.

Terminada la visita, le doy un beso tierno en los labios y me marchó, apenado. Sé que era difícil que se pudiera obrar el milagro de que con mi presencia se despertara, pero tenía la esperanza, no sé, que como en todo libro romántico o en las películas, se diera el caso y se despertara. No ha sido así y tengo que regresar a la sala de espera y hacer precisamente eso: esperar.

Decido ir a la cafetería y comprar unos bocadillos para cenar algo, también unos refrescos y un café. Sadie esta vez no opone resistencia, no

hemos tomado absolutamente nada desde que nos comimos el sándwich y aunque es verdad que los nervios, al menos en mi caso, me han cerrado el estómago, necesitamos comer algo.

Tras tomar la cena, veo a Sadie inquieta, la pobre no sabe qué hacer. Me encantaría que se marchara a casa, pero no la voy a dejar sola, si le pasara algo entonces ya no me lo perdonaría.

—Sadie, en cuanto vengan tus padres, le diré a tu padre que te lleve a casa para descansar, ¿de acuerdo?

—No pensaba irme, pero es que estoy agotada.

—Claro cariño, tienes que descansar —le digo comprensivo.

—Lo entiendes, tío Eric, ¿verdad?

Me mira y me doy cuenta de que se siente culpable.

—Claro que sí. Aria estará bien ya lo verás. Y tú necesitas estar descansada para que, cuando puedas visitarla, ella te vea preciosa y resplandeciente. Así se animará.

Sadie asiente, más tranquila.

Permanecemos en la sala de espera sumidos en nuestros pensamientos, de vez en cuando acudo a la máquina expendedora a coger algo para picar y así paliar la espera.

Cuando por fin llega Em, enseguida me lanzo a sus brazos, estoy derrotado. No tener noticias de Aria y sentir su gran apoyo hacen que sienta la necesidad de descargarle con alguien. Ella lo nota y me abraza fuertemente.

—Cariño, todo va a salir bien —susurra a mi oído.

—Em... —consigo decir emocionado. Estoy tan nervioso que estoy a punto de llorar.

—Lo sé, Eric. Pero estoy seguro de que se va a recuperar, solo tenemos que tener un poquito de fe —dice mi hermana con determinación.

Después de unos minutos más, nos separamos y Sadie también se abraza a su madre.

—Cariño, ¿estás bien?

—No —concluye sollozando.

—Imagino que te llevaste un gran susto. Pero la tía Aria se recuperará, es una mujer muy fuerte. Ahora creo que lo mejor será que papá, Chase y tú vayáis a casa del tío Eric. Yo me quedaré con él.

Sadie asiente y yo le entrego unas llaves.

—Thomas, estas son las llaves de la casa de Aria, en el recibidor están

las llaves de mi casa. Te paso la ubicación por wasap, así te será más fácil llegar a los dos sitios.

—Gracias, Eric —me dice mi cuñado con gesto grave—. Espero que todo salga bien.

—Eso espero... —digo dándole un fuerte apretón de manos.

Me despido de mis sobrinos con unos abrazos, sobre todo de Sadie, que retrasa el suyo y me mira con ternura, queriéndome inculcar un poco de fe.

—Em, dime que todo va a salir bien... —le ruego para que me diga lo que ahora más que nunca necesito oír.

—Cariño, estoy segura de que todo se va a arreglar, ya lo verás... Solo tenemos que esperar. Aria es una mujer fuerte.

—Tengo tanto miedo de perderla, Em —digo derrotado, con los ojos anegados en lágrimas—. Si le pasara algo, si no despertara..., no puedo vivir sin ella. Durante el tiempo que me alejé..., tú mejor que nadie sabes lo mal que estuve. Ahora que he vuelto con ella, no puedo volverla a perder, me volvería loco.

Em me coge las manos y me mira fijamente. Sus ojos brillan de seguridad.

—Eso no va a pasar, Eric. Pero tienes que ser fuerte.

—Lo sé, Em, pero es que la espera me está matando.

No me importa sentirme débil con ella. Si con alguien puedo mostrar mi vulnerabilidad con total confianza, es con mi hermana.

—Cariño, me lo imagino, pero sabes que estas cosas llevan su tiempo. ¿Has podido entrar a verla?

—Sí, estuve un rato con ella, le hablé y tuve la estúpida idea de que iba a despertar...

—Bueno, a lo mejor sucede. No pierdas la esperanza, hermanito. Ahora tomemos un café y me cuentas algo. Sadie estaba preciosa, pero no he querido decirle nada. Estaba muy asustada y tampoco creo que fuera oportuno sacar el tema.

—Gracias...

Nos vamos a la cafetería y compartimos un café, no hablamos de nada en especial hasta que sin darme cuenta me toco el bolsillo. Tengo guardado desde hace unos días una caja.

—Eric, ¿qué pasa? Te has quedado absorto...

Saco la caja y se la enseño. Ella al ver lo que le muestro, lo coge con cuidado y la abre despacio.

—¡Madre mía, cariño! —dice sobresaltada—. ¿Pero desde cuando lo tienes?

—Llevo unos días intentando armarme de valor... Quería hacerlo el domingo cuando Sadie se fuera... Pero parece que el destino se ha puesto en mi contra.

—Todo ha sido una casualidad, no pienses en eso —replica haciendo un gesto para restar importancia.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Cuando despierte, se lo pides y ya está. Si dice que no, me la cargo —comenta con sorna.

—¡No digas tonterías! —le reprocho. No es una broma graciosa en un momento como este.

—No hablaba en serio, cariño, pero con este precioso anillo, estaría loca.

—No es solo por el anillo, sabes que la amo con todo mi ser —confieso desviando la mirada—. Lo he pensado y después de descubrir lo de nuestra madre, no sé... He pensado que quiero formalizar nuestra relación. No hace falta una gran ceremonia, pero quiero que sea mi esposa.

—Hermanito, me parece una gran decisión —replica mi hermana apoyándose—, estoy segura de que aceptará. Ella te quiere, os merecéis ser muy felices y quién sabe, a lo mejor cambia de opinión con respecto a los niños.

—No sé... es que tiene miedo, sus padres son una familia extraña y ella no es muy expresiva con sus sentimientos. Teme no ser una buena madre.

—Lo será, no me cabe duda.

Me abrazo a mi hermana y volvemos a la sala de espera en busca de unas noticias que no llegan.

Han pasado varios días y la evolución de Aria no es todo lo buena que se puede esperar. Los médicos nos han dicho que no debemos preocuparnos en exceso, el golpe fue muy fuerte y hay pacientes que despiertan de inmediato y otros que tardan más tiempo en hacerlo, pero yo estoy desesperado. Apenas he dormido unas horas en estos cinco días que llevo esperando a que ella regrese con nosotros, no me he afeitado y mi aspecto es bastante lamentable. Em no deja de recriminarme que tengo que irme a casa a descansar, pero yo no quiero hacerlo: necesito estar aquí cuando ella despierte, si es que lo hace, porque cada día que pasa, noto que voy perdiendo la esperanza y la paciencia. Me encuentro malhumorado, depresivo y sin ganas de hablar con nadie, solo

mi hermana consigue calmarme un poco.

Steven y Debra, junto con Margaret y Lisa suelen venir un rato a última hora de la tarde para ver si hay noticias. Los padres de Aria también han venido tras conocer la noticia, todos quieren que esto tenga un bonito final, pero yo ya no lo tengo tan claro.

—Hola, Eric, ¿cómo estás? —me pregunta Margaret.

—Hola, Margaret. No muy bien —contesto desganado.

—Lo sé, cielo. Pero estoy segura de que nuestra chica volverá muy pronto, ya lo verás.

No le digo nada, es la misma cantinela de todos los días, estoy cansado de oírsele decir a todo el mundo. Son bonitas palabras, pero la realidad es que Aria sigue sin despertar.

Tras pasar la tarde con amigos y familiares, Em se queda conmigo a pasar la noche. Nunca se separa de mí, cosa que le agradezco.

—Em, deberías irte a dormir algún día con tu familia —le digo con algo de culpabilidad.

—Eric, tranquilo, estoy donde debo estar. Thomas sabe que ahora me necesitas.

—Gracias, hermanita. Te quiero.

—Y yo.

Estamos sentados en la sala de espera, son casi las cuatro de la mañana cuando vemos movimiento corriendo hacia la sala donde Aria está ingresada. Me levanto como un resorte, nervioso, y pregunto a una enfermera:

—¿Qué es lo que pasa?

—Señor, la paciente ha despertado.

—¿¡Qué!?! ¿Está bien?

—Aún no lo sabemos, ahora le informará el médico.

La enfermera se marcha y yo me abrazo a Em con los ojos llenos de lágrimas. No puedo creerlo, ¡Aria está despierta!

«¡Gracias a Dios!, mis plegarias se han oído», pienso.

Nos acercamos a la puerta de la sala, a la espera de que el médico nos dé noticias. Tras media hora, el doctor sale y se dirige a nosotros.

—Buenas noches, la paciente ha despertado. Hemos estado valorando su estado, parece que no hay lesiones y atiende a los estímulos. De momento vamos a mantenerla en observación toda la noche. Si sigue así, por la mañana la pasaremos a una planta.

—¿Cuándo podremos verla? —digo con la voz algo aguda a causa de la

excitación.

—Será mejor no alterarla, está un poco desorientada.

—Por favor... —le imploro.

El médico me mira largamente antes de responder.

—Está bien. Solo cinco minutos.

—Gracias.

Me preparo para entrar, suspirando nervioso.

Aria

Al abrir los ojos me he encontrado en un lugar extraño, con un tubo en la garganta y rodeada de máquinas. Me he puesto muy nerviosa. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo aquí, tengo que hacer memoria, porque ahora mismo no recuerdo muy bien qué es lo que ha pasado. El pánico me invade, ¿por qué estoy en el hospital?

«Céntrate, guapita, haz memoria...». Bueno, al menos mi conciencia no ha perdido el humor.

Los médicos vienen enseguida, comienzan a sacarme el tubo, cosa que agradezco, aunque es una situación incómoda y duele mucho. Cuando por fin lo sacan de mi garganta intento hablar, pero no me salen las palabras.

—Tranquila, Aria. Ahora no tienes que hacer ningún esfuerzo. Llevas cinco días en coma.

«¡Santo cielo! Llevas cinco días y ni siquiera recuerdas por qué estás aquí, esto sí que es grave». Sí que lo es, no me acuerdo de nada desde hace, no sé...

Tras hacerme varias pruebas intento forzar mi mente para recordar, pero nada, es como un vacío. No me acuerdo de nada, es como si alguien lo hubiera borrado. De momento no quiero pensar y no le digo nada al médico, quizás sea causa de alguna anestesia o fármaco que me haya suministrado, de pasar tantos días en coma, yo qué sé. Es seguro que en cuanto me despierte del todo, me acordaré.

Los médicos se marchan y por fin puedo respirar tranquila, estoy un poco agobiada y necesito descansar, pensar un poco. Pero cuando le he preguntado al médico qué día era casi me da un síncope, es como si hubiera viajado en el tiempo. Tengo un lapsus de memoria de casi un año. ¿Qué es lo último que recuerdo? No lo tengo claro, pero sí recuerdo alguna fecha.

De repente, la puerta se abre y un chico muy guapo entra, tiene cara de

cansado, diría que está un poco demacrado. Se acerca a mí y me agarra la mano. Le miro, sorprendida.

—Aria, cariño, ¿cómo estás?

«¿Me ha llamado cariño? ¿Quién es este?».

Mi cara refleja sorpresa y él me mira, un poco sorprendido también.

—Aria, soy yo, Eric.

—Yo..., no sé quién eres... —le respondo aturdida.

—Aria, ¿no me recuerdas? Soy tu novio.

Comienzo a ponerme nerviosa, a hiperventilar. ¿Desde cuándo tengo novio? La verdad es que es un hombre muy atractivo, no puedo negarlo, pero no sé en qué momento de mi vida he cambiado mi modo de pensar y me he comprometido con este hombre. Y lo más raro, ¿por qué no me acuerdo? ¿El golpe en la cabeza me ha hecho olvidar mi pasado?

Retiro mi mano de su agarre, estoy bastante asustada por todo esto. Él lo nota y se pone nervioso.

—Aria, soy yo, Eric, tienes que recordarme... —dice desesperado. Vuelve a agarrarme, pero yo de nuevo me suelto de su mano de inmediato, como si quemara—. ¿De verdad que no te acuerdas de mí? ¿De nosotros? —reitera un poco desesperado.

—Lo siento, no lo recuerdo —digo, cada vez más asustada.

—Será mejor que me vaya —concluye y sale por la puerta con cara de derrotado.

Sé que he sido un poco brusca, pero ahora mismo la situación me supera. Porque yo no soy así. Yo no confío en los hombres. ¿Desde cuándo he comenzado a hacerlo?

Mi corazón se acelera tras la marcha de...

Tengo que hacer memoria para recordar su nombre pero al fin llega a mí: Eric.

Es un nombre bonito. Él era muy atractivo. Si realmente es mi novio, debo reconocer que tengo buen gusto, pero ahora tengo miedo, miedo de no volver a recordar, de haber perdido parte de mi vida, de no saber qué tengo que hacer ahora cuando salga del hospital. Mis pensamientos hacen que me altere aún más y se me acelere el pulso. Un aparato comienza a pitar y rápidamente acude a la habitación el médico. Al verme en ese estado, intenta apaciguarme:

—Aria, tienes que tranquilizarte.

—¡No recuerdo al hombre que acaba de marcharse, me ha dicho que es

mi novio! —exclamo a punto de llorar.

—Tranquila, puede ser normal después de un fuerte traumatismo. No te preocupes. Intenta no forzarte. Ahora voy a ponerte un sedante, estás muy alterada. Dormirás el resto de la noche, mañana por la mañana te haremos un escáner y valoraremos si hay algún daño neuronal.

—¿Algún daño neuronal?

Me pongo todavía más nerviosa pero enseguida viene la enfermera, pincha algo en la bolsa del suero y me sumo en un profundo sueño.

Capítulo 35

Eric

He salido de la sala rápidamente, no podía soportar ni un segundo sin que ella me reconociera, sintiendo su rechazo. Eso casi me ha afectado más que la noticia de su accidente. Em me intercepta en cuanto me ve.

—Eric, cariño, ¿qué te pasa? —pregunta alarmada—. ¿Aria no está bien?

—No me recuerda... —le digo totalmente destrozado.

—Tranquilízate, hermanito, seguramente esté desorientada. Tenemos que esperar...

«¿Esperar a qué?», me pregunto mentalmente, pero no le digo nada a Em. Ahora mismo estoy furioso y totalmente hundido. No quiero pagar mi frustración con la única persona que no se lo merece.

Estamos en el pasillo, mi hermana me ha agarrado la mano y yo estoy inmóvil. El médico sale de la sala donde está ingresada Aria y yo le intercepto.

—Doctor, Aria no me recuerda —le digo a bocajarro.

—Lo sé, ella me lo ha dicho. Mañana le haremos un escáner. Es posible que después de un grave traumatismo como el que ha sufrido pase por una amnesia temporal —responde con calma—. ¿Llevan mucho tiempo juntos?

—Nos conocemos desde hace ocho meses. Pero llevamos juntos dos.

—Ya veo... Mañana le haré las pruebas y veré también qué es lo último que recuerda. No obstante, a veces estos episodios son muy cortos. En unos días suelen recuperar la memoria. Ahora creo que es hora de descansar —dice por último, colocándome la mano sobre el hombro.

—Gracias, doctor.

Em y yo nos vamos al bar a tomar algo. Le incito a que se marche a casa, pero sé que hasta que Thomas no venga a hacerle el relevo no lo hará.

Durante el resto de la noche, Em intenta ayudarme a asimilar y a hacerme a la idea de que, en el hipotético caso de que Aria no recobrarla la memoria, mi deber sería volver a reconquistarla, pero yo no quiero ni pensarlo. No sé si podré hacerlo.

Por la mañana, Joyce, la madre de Aria, aparece junto con Thomas. Em se marcha. Cuando le damos la noticia, su madre se emociona. Yo en cambio no puedo dejar de pensar que ella no me recuerda.

—Hijo, seguro que será algo pasajero —me dice su madre—. Lo importante es que ya la tenemos entre nosotros.

—Claro... —respondo secamente.

Thomas me agarra el brazo en señal de ánimo y yo intento, con una leve mueca, darle las gracias.

El doctor nos indica que van a subirle a una sala y que posteriormente le van a hacer las pruebas indicadas, que después podemos ir a verla.

Esperamos media mañana en la planta donde van a ingresarla y cuando la vemos aparecer, ella sonrío al ver a su madre. En cambio, cuando me ve a mí creo que cambia su rostro.

—¿Me dejáis pasar primero? —pregunta Joyce.

—Sí, por supuesto.

Ella entra y está un rato con Aria. Yo estoy nervioso, ni siquiera sé si querrá verme.

—Eric, no te desesperes —me indica Thomas—. Estoy seguro de que volverá a recordarte.

—Tengo miedo de que no lo haga —confieso.

—Seguro que sí, no pierdas la fe.

Em y los niños aparecen antes de que Joyce salga de la sala. Su marido no está en buen estado de salud, por eso no viene al hospital. Cuando su madre al fin vuelve a salir al pasillo, parece un poco compungida.

—Aria está un poco cansada, no quiere recibir más visitas.

—Joyce, necesito verla y voy a entrar —digo con decisión avanzando hacia la puerta.

—¡Eric espera! —me frena mi hermana agarrándome del brazo—. Las cosas no se hacen así. Si ella no quiere verte...

—Pero...

—Dale tiempo, por favor.

«¡Esto es increíble! Ahora no quiere verme».

Me voy de allí irritado, maldiciendo y dando patadas a todo lo que se me pone en mi camino. No aguanto más esta situación. No me puede estar pasando esto a mí. ¿Por qué?

Cuando llego a la calle, respiro hondo y me siento en el primer banco que encuentro. Solo allí me permito el lujo de llorar. Porque la amo, y siento que de nuevo la he perdido, pero esta vez no puedo hacer nada por recuperarla. Ella no me recuerda. La otra vez podía llegar a su corazón, podía intentar enmendar mi error, pero ahora, ¿qué puedo hacer si ella no se

acuerda de lo que hemos compartido? ¿De lo que sentía cuando hacíamos el amor?

—Tío, tranquilo. —Me sobresalto con las palabras de mi cuñado. No sé en qué momento ha llegado aquí pero su presencia me consuela—. Estoy seguro de que está asustada.

—No quiere saber nada de mí —sollozo y me agarro a él. No me importa que sea un hombre y menos aún estar llorando abrazado a él. Él me corresponde y me da suaves palmadas en la espalda.

—Eric, verás como todo se arregla. Em ha entrado a hablar con ella.

—¿Em?

—Sí, le ha dicho a Joyce que si podía hablar con ella y ha accedido.

—¿Por qué ella y no yo? —digo sin poder evitarlo. Todo lo que está ocurriendo es demasiado injusto.

—No lo sé, pero al menos es un paso...

—Me voy a casa, tengo que descansar.

—Será lo mejor. Pero hazme un favor, coge un taxi.

—Lo haré.

Paro el primer taxi que veo y regreso a casa. Me tumbo en nuestra cama y lloro hasta que el cansancio se apodera de mí y me quedo dormido.

Aria

Ver a mi madre en el pasillo ha sido reconfortante, pero al ver a Eric y a otro hombre, me he puesto un poco nerviosa. Cuando mi madre ha entrado y me ha dicho que mi novio quería verme, algo me ha irritado y le he dicho que no quería verlo. No sabría de qué hablar y no quiero sentirme incómoda. Aún no estoy preparada para aceptar mi nueva vida. Sé que es absurdo, me gustaría acordarme de él, porque parece ser un buen hombre, pero no puedo... y tengo miedo.

Al final he aceptado hablar con su hermana, todavía no sé por qué, pero bueno. Aquí está ella. De momento solo me sonrío y me observa, hasta que pasados unos segundos, comienza a hablar:

—Aria, soy Em. Sé que esto es muy difícil para ti. No me imagino por lo que estás pasando. Si yo perdiera la memoria y de repente alguien se presentara diciendo que es mi pareja, me resultaría de locos. Y encima vengo yo, su hermana, a intentar convencerte de ello. Pero no he venido a eso, no te equivoques... Quiero ayudarte, pero no de esa forma.

—Ah, ¿no? —pregunto un poco confundida.

—Claro que no. Me encantaría que nos recordaras a todos. Ojalá lo hagas pronto, porque tú y yo, además de ser casi cuñadas, somos buenas amigas. Por eso quiero que sepas que estoy aquí en calidad de amiga. Nada más. Mi hermano lo está pasando mal, muy mal. Te quiere mucho, eso no lo voy a negar. Pero no voy a interceder por él ni puedo hacer que cambies de opinión. No sé por qué no quieres verle, pero voy a respetar tu decisión. Si necesitas hablar, si quieres contarme algo, como amiga, nunca saldrá de aquí.

Esas palabras me provocan una agradable sensación. Es bueno saber que no estoy sola, y que aunque no lo recuerde, tengo una amiga incondicional.

—Gracias, Em. Pero es que todo esto es muy surrealista —confieso.

—Me lo imagino. Ahora solo tienes que ponerte bien y, bueno, quizás pensar qué es lo que vas a hacer.

—No sé qué voy a hacer. ¿Cómo voy a retomar mi vida si ni siquiera recuerdo en qué punto la dejé? El doctor me ha preguntado cuál es el último recuerdo que tengo y es de hace casi un año, Em. ¿Cómo es posible? —le digo tratando de mantener la calma.

—La verdad es que a veces el cerebro es complicado. Pero no te desesperes, estoy segura de que pronto recuperarás la memoria —responde ella, agarrándome la mano.

—¿Y si no es así?

—Entonces... tendrás que volver a empezar.

«Volver a empezar», pienso, intentando imaginarme el modo de abordar semejante situación.

—¿Y cómo se hace eso, Em? —pregunto sintiéndome perdida—. Por lo que me habéis contado, tenía a Eric. ¿Era feliz?

—Lo eras, de verdad.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—No sé, ¿el médico qué te ha dicho?

—Debo estar hospitalizada unos días, van a realizarme alguna prueba más y después mi familia debe ayudarme a intentar recordar...

—¿De qué forma? —inquire inclinándose hacia mí con interés.

—Contándome poco a poco todo lo que ha ido aconteciendo durante este último año.

—Entiendo... —asiente ella.

—No obstante, el doctor me ha dicho que hablará con la familia. No sé si lo ha hecho con mi madre y Eric.

—Creo que no. Eric se ha ido a casa bastante enfadado y tu madre se ha ido con tu padre para no dejarlo mucho tiempo con Debra. No te preocupes, hablaré yo con él.

—¿Eric se ha ido? —le pregunto un poco aturdida.

—Estos días apenas ha dormido, no se ha marchado ni un momento del hospital esperando a tener noticias tuyas. Lo poco que ha descansado ha sido en la sala de espera, pero al saber que no querías verlo... ha salido bastante dolido. Mi marido me ha mandado un mensaje diciéndome que se iba a casa.

—Yo... —me titubea la voz, ni siquiera sé que decir al saber lo mucho que le ha afectado mi decisión—. Lo siento... —digo con los ojos anegados en lágrimas.

—Cariño, tranquila —dice acercándose a mí y acariciándome las mejillas para secarme las lágrimas—. A mí no tienes que pedirme perdón.

—Es que no sé cómo actuar con él... —admito.

—Me imagino que es difícil. Pero no te cierres con él. Dile lo que sientes, que te gustaría recordarle, que vas a intentarlo... si eso es lo que quieres.

—No sé si es lo que quiero, Em. Estoy un poco aturdida.

—Pues entonces pídele tiempo y que él te lo explique todo. Es un hombre muy paciente y sensible, pero si le rechazas...

Lo que dice tiene sentido y mi mente se serena poco a poco. Asiento despacio con la cabeza.

—Tienes razón. Gracias, Em. De verdad que eres una gran amiga.

—De nada. Te quiero mucho, Aria. Todos te queremos mucho — responde sonriendo.

—Yo...

—Lo sé, cariño, te cuesta mucho expresar tus sentimientos.

—Sí.

—No pasa nada. Ahora descansa. Voy a comer con mis hijos y mi marido. A Sadie le encantaría verte. Ibas con ella cuando tuviste el accidente, pero le he dicho que más adelante. ¿Te parece bien?

—Sí. Mejor más adelante —admito. Me siento débil e incapaz de enfrentar todo esto.

—De acuerdo. Te dejamos descansar. ¿Quieres que avise a Eric para que venga esta tarde?

—Sí, esta tarde estará bien. Gracias.

Se despide de mí y yo me recuesto un poco. En breve me traerán la

comida, aunque apenas tengo hambre, solo quiero descansar y dejar de pensar qué será de mí a partir de ahora.

La enfermera hace su aparición minutos más tarde con la bandeja. Apenas pruebo el puré y la carne. Después me recuesto y me quedo dormida hasta que, horas más tarde, la puerta se abre tímidamente. Aparece Eric, su cara denota cansancio, creo que no ha podido dormir pese a que se haya ido a casa.

—Hola, Aria —susurra.

—Hola, Eric. Yo... siento lo de antes... —le digo titubeante.

—Tranquila, cariño —me dice y me pongo a la defensiva. Él lo nota y enseguida rectifica—. Perdona, suelo... solía llamarte así. Estoy un poco nervioso. No sé... no sé qué debo hacer, ni cómo debo actuar ahora.

—Lo sé, no es fácil para ninguno de los dos... A mí también me gustaría recordarte, pero... no puedo —reconozco con angustia.

Eric niega con la cabeza, hace ademán de acercarse pero se contiene. Finalmente se sienta en la silla, a algunos pasos de mi cama.

—Aria, no es culpa de ninguno de los dos, sino de ese malnacido, que...

Al escucharle hablar con tanta rabia, siento curiosidad.

—¿Qué es lo que pasó?

—¿Seguro que quieres saberlo?

—La verdad es que sí.

Eric suspira, se pasa la mano por el pelo y comienza a hablar.

—Ibas con Sadie, nuestra sobrina. Bueno, en realidad es mi sobrina, la hija de Em, aunque ella te llama «tía Aria». —Le miro un poco sorprendida y él entorna una bonita sonrisa—. A ti te gusta.

—¿De verdad?

—Sí, y aunque te parezca extraño, te llevas muy bien con ella. Es una adolescente de catorce años y te admira muchísimo. De hecho te adora.

Suspiro nerviosa, jamás pensé que una niña pudiera sentir admiración por mí.

—Continua, Eric, por favor... —le digo un poco alterada.

—Ese fin de semana, Sadie había venido a pasarlo con nosotros. Vive en Washington. Teníais el fin de semana planeado: Centro de estética y peluquería. Después iríais de tiendas. Cuando salisteis de la peluquería, según me contó ella, pensabas llamarme, pero alguien tiró de tu bolso. Forcejaste con el atracador para que no te lo robara y al final el asa del bolso se rompió, caíste al suelo y te golpeaste fuertemente la cabeza, lo que te provocó un

traumatismo severo. Has estado cinco días en coma. El resto ya lo sabes, te despertaste y no recuerdas nada en...

—Casi un año.

—¡Exacto!

Niego con la cabeza, tratando de asimilar toda la información.

—¿Cómo puedo haberme olvidado de todo eso? ¿De todo lo que me ha pasado en un año? —susurro casi para mí.

—Me encantaría tener las respuestas, Aria. Em ha hablado con el doctor. Creo que tú también lo hiciste esta mañana.

—En efecto...

—¿Y estás dispuesta a querer recordar? —me pregunta, y ahora no entiendo muy bien su cambio de actitud. Parece haberse retraído un poco, está más serio y ha impuesto una distancia ficticia entre los dos.

—¿Por qué me preguntas eso, Eric? —digo con cautela.

—No sé, Aria. Quizás ahora que me has olvidado, quieras seguir con tu vida donde recuerdas...

No entiendo nada, ¿por qué me dice eso? ¿No se supone que soy su novia?

—Eric, yo... no comprendo... ¿qué es lo que insinúas?

—Esta mañana después de que el doctor te dijera que necesitabas la ayuda de tu familia para recordar, no has querido verme —dice amargamente—. Quizás no quieras recordarme —termina, y me deja sin palabras.

—Yo... No, no es eso..., es solo...

Pero antes de que pueda encontrar la forma de explicarme, él se está poniendo en pie.

—Déjalo, Aria. Tranquila. Si no quieres recordarme lo entiendo, quizás al verme te has dado cuenta de que no soy el hombre que quieres en tu vida.

—Eric, por favor... No te recuerdo, pero eso no significa que no te quiera en mi vida. Si estabas en ella, será por que eras importante para mí.

No dice nada, está cansado y creo que no piensa con claridad, quizás también está dolido por mi reacción.

—Creo que deberías descansar —le digo—, vete a casa y duerme un poco, por favor.

—Claro, eso haré. Sé bien donde no me quieren.

—No he dicho eso, Eric, por favor... Em me ha contado que apenas has podido descansar estos días. Yo estoy bien. Duerme esta noche entera. Mañana me gustaría que vinieras y los dos podemos hablar con el doctor. ¿Te

parece?

—Perfecto. Que tengas buena noche, Aria.

—Gracias, igualmente, Eric.

Se marcha de la habitación y no sé por qué me deja un vacío que no había sentido en mucho tiempo. Sus palabras, su forma de actuar después de contarme lo que había pasado... Es como si hubiera cambiado de personalidad, se ha vuelto frío. No sé qué le ha pasado, pero las visitas de la tarde, de Margaret, Steven y Debra no consiguen hacer que me olvide de sus palabras.

Por la noche, Em ha vuelto para quedarse conmigo. Le cuento lo que ha sucedido con Eric, sé que es su hermana, pero ella también es mi amiga. Intenta hacerme ver que solo está cansado, pero yo no sé qué pensar.

Al final consigo quedarme dormida tras suministrarme un calmante, pues he vuelto a ponerme nerviosa.

Capítulo 36

Por la mañana me despierto agitada, Em consigue calmarme, pero no sé por qué sencilla razón pienso que hoy va a ser un día extraño. Mi madre llega temprano y le digo a Em que se vaya a casa. Espero que Eric no tarde en venir, pero me equivoco: no aparece en toda la mañana, y mi humor cambia por momentos.

«A lo mejor ha tenido que trabajar, porque es seguro que él trabaje y yo esté aquí pensando mal, pero es que tengo la sensación de que está enfadado», pienso.

Em entra un rato a la habitación con su marido y los niños, me los presenta. Sadie me sonrío, pero está un poco intimidada, creo que no sabe muy bien cómo reaccionar. Imagino que su madre le habrá dicho que he perdido la memoria y que ya no soy la misma persona que era antes. Casi se lo agradezco, no soy muy dada a muestras de cariño y hoy necesito menos que nunca que alguien se acerque a mí.

—Aria, ¿no ha venido Eric?

—No, pensé que tú sabrías algo —le digo confundida.

—No he hablado con él, esperaba que viniera como cada mañana. Normalmente nos encontramos aquí. Voy a llamarlo al móvil.

Sale de la habitación y cuando entra, susurra algo a su marido.

—¿Todo bien? —inquiero.

—Sí, cielo. Es solo que lo tiene apagado. Le he dicho a Thomas que se pase por casa. Nada más —dice sonriendo con calma.

—¿No le habrá pasado nada?

—Seguramente haya tenido que ir al trabajo o esté en una reunión, pero por si acaso iremos a ver a su casa. Si no, después llamaré a su secretaria.

—¡Perfecto! —exclamo algo aturdida.

No sabía ni siquiera que tuviera secretaria, es más, no sé en qué trabaja. No sé nada de él... Pienso que apenas hemos hablado y las pocas palabras que hemos intercambiado, hemos acabado discutiendo.

Quiero conocerlo, saber más de mi vida, pero la verdad es que no hemos empezado con muy buen pie. La culpa es mía, porque al principio tuve miedo y le hecho desconfiar de mí.

Después de conversar con Em, Sadie y Chase deciden bajar a la cafetería

a comer. Mi madre ya se ha marchado. Me traen la bandeja a mediodía y tras dar buena cuenta de ella, me quedo sola y me sumo en un profundo sueño. Me despierto al cabo de un rato, un poco sobresaltada, y veo a Em discutiendo por teléfono. Al verme despierta, hace un gesto con la mano pidiendo disculpas y sale de la habitación. Cuando entra parece más repuesta.

—Perdóname, no quería despertarte, cielo.

—Tranquila, Em. ¿Pasa algo?

—No...

—¿Ya sabes algo de Eric?

Se hace el silencio, parece que he dado en el clavo y con quien discutía era con su hermano. Respira hondo y traga saliva.

—Vendrá esta tarde.

—¿Ha pasado algo, Em? Puedes contármelo.

—Está enfadado. Pero le he dicho que venga y vendrá. Es solo que ahora no está en condiciones...

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —inquiero poniéndome un poco nerviosa.

—No pasa nada, de verdad. Relájate... ¿Quieres que te cuente cómo nos conocimos?

Sé que está evitando decirme la verdad y me parece que no voy a conseguir sonsacarle nada, por lo que asiento y ella sonrío.

—Es muy curioso, porque por varias circunstancias que mi hermano te contará, yo te conocía por foto —comienza sentándose en uno de los sillones de la sala—. Tú regresaste a Washington y parece que el destino quiso que en un día malo te cruzaras en mi camino. Chocamos y yo te reconocí. Sin darme cuenta te llamé por tu nombre y evidentemente tú te sorprendiste. Cuando te expliqué cómo te conocía y por qué, tu sorpresa fue mayor. Pero de alguna manera, conectamos. Tomamos un café y supe que seríamos amigas siempre.

Sonrío. Em es increíble. No sé si es por su forma de hablar o la naturaleza de su carácter, pero ha conseguido transmitirme paz y quitarme el malestar que hace apenas unos segundos tenía.

—Em, ¿sabes que apenas me has desvelado nada? ¿Qué es lo que me contaste aquel día?

—Antes tienes que saber muchas más cosas. Como por ejemplo, cómo os conocisteis Eric y tú. Y eso, amiga, no me corresponde a mí contártelo, sino a él.

—Ya... en eso tienes razón. Pero él no está aquí.

—Va a venir, le ha surgido algo...

—¿Segura? —le pregunto intentando saber la verdad.

—Aria, ¿sabes que puedes ser un poco bruja? —replica riendo un poco para quitarle hierro al asunto—. No me corresponde decirte lo que ha pasado hoy tampoco a mí, si él quiere contártelo, yo no soy nadie para impedirselo.

—Estoy empezando a preocuparme, Em —confieso.

—Tranquila, no es algo grave, aunque yo ahora mismo estoy muy enfadada con él.

—Em, por favor, dime de qué se trata —suplico desesperada. La situación me está estresando.

—Aria, no puedo, pero no pienses en engaños ni cosas raras, ¿de acuerdo?

—Vale...

Cierro por un momento los ojos y suspiro nerviosa, no sé qué es lo que ha podido pasarle, pero está claro que es algo que a Em le molesta bastante.

Nuestra charla se ve interrumpida por la visita de Steven, Debra, Margaret y una chica joven. Me dicen que es Lisa, mi becaria y yo abro los ojos como platos. Siempre he tenido becarios chicos, mi vida sexual era bastante activa con ellos. La verdad no sé cómo ha cambiado tanto mi forma de actuar en los últimos tiempos. Imagino que Eric tendrá algo que ver en ello.

Charlamos amigablemente, aunque yo solo miro la puerta esperando a que él aparezca y apenas presto atención a las conversaciones que ellos mantienen. En más de una ocasión, tienen que preguntarme dos veces porque no he escuchado la pregunta.

Tras la cena, todos se marchan a excepción de Em. Veo que teclea con rabia el teléfono, imagino que está enviando un mensaje a su hermano.

—No va a venir, ¿verdad? —inquiero un poco decepcionada.

—Aunque tenga que ir yo misma a buscarlo, vendrá —replica con decisión.

—Em..., no te enfades con tu hermano.

—A veces es un poco irracional. No entiende que eres tú la que has perdido la memoria. Que también lo estás pasando mal.

—La verdad es que no fui justa al principio, Em. Lo rechacé, tuve miedo... No sabía cómo actuar frente a él.

—Me lo imagino, cielo. Pero te entiendo. No me puedo hacer a la idea de lo que tiene que ser estar en tu situación, yo me volvería loca. No recordar nada en un año... De buenas a primeras tienes un novio y más familia a la

que no recuerdas... No tiene que ser fácil.

—No lo es, la verdad. Pero también le entiendo a él. Creo que sufrió mucho y ahora yo lo he empeorado, Em. Imagino que ha tocado fondo.

—Y no sabes cómo...

Esa frase me resulta más oscura de lo que esperaba y me tenso.

—Em, no me asustes...

En ese momento, la puerta se abre y aparece Eric con cara de cansado y barba de un par de días. Tiene ojeras y aspecto desaliñado, es como si hubiera tenido que luchar una batalla campal consigo mismo.

—Tú y yo ya hablaremos en otro momento, me voy a casa a descansar —le dice Em y se marcha dándome un beso en la mejilla—. Que pases buena noche, cielo.

—Gracias, Em. Igualmente.

Ella se va y nos quedamos solos. Durante unos segundos nos miramos en silencio, ambos igual de desconcertados.

—Hola... —susurra él al fin, tímidamente.

—Eric, ¿estás bien? Pareces... cansado.

—Todo lo bien que se puede estar con resaca —contesta pesaroso.

—¿Has bebido por mi culpa? —inquiero un poco asombrada.

—No, ha sido solo por la mía.

—Eric..., lo siento.

—No es culpa tuya, Aria. Yo tomé esa decisión. Cada uno es dueño de sus actos y tiene que asumir sus propias consecuencias.

Se acerca para sentarse en una de las sillas que hay dispuestas para las visitas, la misma en la que estuvo el otro día.

—Pero...

—No, Aria. No es culpa tuya. Déjalo estar, por favor... Estoy bien, ¿de acuerdo?

—Por favor, no lo pagues conmigo. Yo sé que no fui justa contigo el primer día, quiero pedirte perdón, me asusté... —digo algo atropelladamente—. Quiero que pienses por un momento lo difícil que fue para mí despertarme y que alguien que no conocía me dijera que es mi novio, cuando el último recuerdo que tengo de los hombres no es satisfactorio...

—De acuerdo, me pongo en tu lugar, Aria —asiente—. Ahora quiero que te pongas tú en el mío. Estuve durante cinco largos días en un hospital, durmiendo apenas dos horas cada noche esperando que los médicos me dijeran que ibas a despertar y cuando por fin lo haces, no me recuerdas.

Cuando me acerco a ti, me rechazas... ¿Cómo crees que me siento? No tienes ni puta idea de cómo me siento, Aria. Destrozado, hundido. Eres todo mi mundo, tú me salvaste de mí una vez y ahora sin ti estoy perdido de nuevo.

Al oírle decir esas palabras no puedo evitar llorar de rabia, de impotencia. Porque sé que está sufriendo, porque yo le he hecho daño y porque no es justo. No quiero que sufra. Sé que no se lo merece.

Al verme así, se acerca arrastrando la silla y me agarra la mano. Creo que quiere aumentar el contacto, pero veo dudas en sus ojos y permanece solo a mi lado acariciándome el dorso con el pulgar.

—Aria, lo siento, yo... no quería ser tan duro contigo, es solo... Esto me supera, no sé qué debo hacer.

—Creo que nos ha superado a los dos, pero tenemos que luchar, conseguir salir adelante —digo entre sollozos.

—Lo intentaré —afirma él.

—Yo también.

Me seca las lágrimas con sus pulgares y su contacto me quema, nunca antes un hombre me había producido esa sensación. Imagino que es por eso y por muchas cosas más por las que ambos estamos juntos. Prolonga un poco ese contacto, creo que sabe a la perfección cuánto me afectan sus caricias, que provocan que todo mi cuerpo se estremezca. Al final decide retirar sus dedos y casi se lo agradezco, todos mis sentidos comenzaban a alterarse desmesuradamente.

—Será mejor que intentemos dormir un poco —dice suavemente.

—Eric, me gustaría que antes me hablaras de cómo nos conocimos. El doctor ha dicho que tengo que empezar a tener contacto con mis recuerdos, solo así podré llegar a conectar con ellos.

—De acuerdo —afirma él. Su semblante parece animarse un poco—. Pues verás, yo empecé a trabajar como becario en tu empresa...

—¿En serio? —le interrumpo porque no me lo puedo creer.

—Sí —me responde y sonrío—. Fue una etapa en la que yo había cerrado un capítulo muy duro de mi vida y comenzaba desde cero. Me diste una oportunidad y cuando te conocí supe que me traerías problemas.

—Ah, ¿sí? —inquiero intrigada—. ¿Por qué?

—Porque eras preciosa, la mujer más bonita que jamás había conocido. Al principio te confundí con una aspirante más, pero cuando entré en tu despacho y vi que eras la jefa, todas mis expectativas se fueron al garete. El caso es que cuando empecé a trabajar contigo, siempre noté cierto *feeling* y...

bueno, me agarré a un clavo ardiendo hasta que conseguí que un día, en tu despacho, sucumbieras a mis encantos.

—¿Estás seguro de que estás contando la historia tal y como es o la estás versionando como tú quieres? —le pregunto, porque no sé por qué, creo que está poniendo algo de imaginación en su relato.

—Bueno, creo que cuando uno narra la historia siempre lo hace desde su punto de vista. Pero es verdad que tú y yo estábamos predestinados... Además, el caso es que nos acostamos, tuvimos el mejor sexo que se puede tener. Sin beso, eso sí, porque aunque lo intenté, tú te negaste. En realidad, un beso sí te di. Pero uno normal.

—No me gustan los besos con desconocidos... —intervengo, es algo que siempre me he inculcado. Los besos solo llevan a complicaciones mayores—. ¿Y cómo llegamos a salir?

—No quieras correr. La historia es mucho más larga y creo que hoy no debería contártela entera. Hay muchas cosas que no sé si estás preparada para escuchar. Tengo que hablar antes con el doctor, Aria. Nuestra historia no es una historia de cuento de hadas.

Cuando dice eso siento un poco de desazón, pero me repongo y niego con la cabeza, intentando mantenerme firme.

—Me lo imagino... No todas las historias son perfectas, pero no por eso dejan de ser bonitas.

—Lo sé. —Se queda pensativo un momento y luego hace un gesto con la mano, resolutivo—. De acuerdo, entonces te contaré hasta cuando te robé el beso y después lo dejaremos para otro día.

—¿Me robaste un beso? —le pregunto deseosa de saber cómo fue.

—Sí. Fue un robo en toda regla...

Una sonrisa pícaro se dibuja en su rostro. Me gusta verle sonreír, me hace sentir mejor.

—Cuenta, cuenta...

—Bueno pues tras acostarnos aquella noche, tú tenías claro que no repetirías. Pero eso no fue así, repetimos y fue mejor que la anterior... y esa noche, te robé un beso. Creo que ahí te enamoraste de mí.

—Modestia aparte, ¿no? —digo reprimiendo una risita relajada.

Me fascina escuchar todo esto. Es como si me estuvieran contando la historia de otra persona.

—Bueno, no lo sé, yo sí me enamoré de ti. No sé si ya lo estaba, pero cuando nos besamos fue como encontrar el paraíso, lo mejor que me ha

pasado en toda mi vida.

—Eric, eso es... precioso.

—Gracias, cariño.

Le miro un poco confundida por el apelativo, pero le sonrío. Sé que lo hace inconscientemente, creo que ni él se da cuenta de que me llama así.

—Lo mejor será que durmamos un poco —me dice con una bonita sonrisa—. Es tarde, seguro que estás cansada.

—Lo estoy porque, aunque me he quedado traspuesta esta tarde, el sueño ha sido agitado.

—Seguro que por mi culpa —expone apenado.

—No, Eric. No es por culpa de nadie.

Nos miramos sin saber muy bien qué decir. Sus ojos son muy transparentes y ahora creo que en ellos hay esperanza. Yo también me siento más reconfortada.

—Me tumbaré allí, si te parece bien —dice señalando uno de los sillones.

—Sí, claro.

—Buenas noches, Aria. Descansa.

—Igualmente, Eric.

Él se recuesta en el sillón y yo me tumbo en la cama, reclinándola con el mando para que quede totalmente horizontal y poder descansar.

Capítulo 37

Al despertarme, es un alivio comprobar que Eric sigue a mi lado. Está despierto, observándome y cuando le sonrío parece que dibuja una tímida sonrisa a modo de respuesta.

—Buenos días, Eric —le digo—. Gracias por quedarte conmigo toda la noche. ¿Has podido descansar?

—Buenos días, Aria. Apenas... Tranquila estoy acostumbrándome a dormir poco. ¿Y tú?

—Sí, gracias. Deberías irte a casa. Imagino que Em no tardará.

—Prefiero esperar al médico, si no te importa.

Su forma de hablar, suave y educada, me resulta muy agradable. Asiento con la cabeza.

—Claro, como quieras. Si te apetece podrías contarme más cosas sobre nosotros, no sé. Algo que hayamos hecho juntos... ¿un viaje, tal vez?

—Es mejor esperar, prefiero contarte la historia poco a poco y hay acontecimientos que están relacionados...

—De acuerdo. Pues háblame de ti. Qué música te gusta, tu comida favorita, dónde trabajas... —digo ilusionada.

—No tengo un grupo favorito, depende mi estado de ánimo escucho un tipo de música u otro. Mi comida favorita... eso es fácil, me encanta la pasta —añade sonriente—. La mejor, la italiana.

—¿Has estado en Italia? —pregunto ansiosa de saber algo más.

—Sí, una vez, cuando era un adolescente, de viaje de fin de curso. Me encantó.

—¡Oh! Yo siempre he querido ir allí, pero nunca he encontrado el momento.

—Quizás deberíamos ir cuando... —Pero no continua.

—Eric, termina: ¿cuándo recupere la memoria querías decir? —inquiero un poco molesta—. Ojalá lo haga, pero también tenemos que pensar que es posible que no sea así.

—Lo siento, Aria. No era mi intención molestarte, por eso no he terminado la frase —admite con pesar.

—No importa, Eric. De verdad. Aunque hay que ser realistas.

En realidad no quiero ser realista, quiero pensar que todo va a salir bien.

Pero tengo que estar preparada para lo peor. Es la mejor manera de enfrentarse a la vida, siempre lo he pensado. Al menos, por lo que recuerdo.

—Tienes toda la razón —reconoce, aunque su semblante pierde parte de su brillo.

—Te queda una pregunta sin contestar.

—¡Mi trabajo! Soy director de una empresa —dice—. Tu competencia, para ser más exacto.

—¿Director de la competencia... y fuiste mi becario? ¡Madre mía! ¿Cómo has llegado a ser el director de la empresa de la competencia siendo primero mi becario? —digo curiosa.

—Aún no puedo contestarte a esa pregunta. Espero que pronto pueda hacerlo.

—Está bien, esperaré.

Las enfermeras aparecen para hacer la ronda de termómetro y tomarme la tensión para salvar así a Eric de mi interrogatorio, que creo que comenzaba a incomodarle. Tras el desayuno, no tardan en llegar Emma y mi madre.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? Esta tarde tu padre quiere venir a verte. Le he dicho que quizás en unos días te den el alta, ya sabes lo delicado que está de salud. Pero insiste en venir.

—Tranquila, mamá, dile que estoy bien... No quiero que coja nada en el hospital.

—Eso mismo le he dicho yo.

Tras charlar un rato, el médico hace su aparición. Em y Eric salen a hablar con él mientras yo me quedo con mi madre. Estoy distraída y apenas le presto atención. No sé qué tendrá que decirles el médico que ha preferido hacerlo en privado. Después de unos minutos, regresan.

—Aria, creo que es mejor que te marches ya a casa —dice el médico—. Todas las pruebas que te hemos realizado están bien. Espero que pronto puedas recuperar la memoria. Pero hasta entonces lo único que pueden hacer tus familiares es contarte lo que ha sucedido durante todo el tiempo que no recuerdas. Intenta no agobiarte mucho, no sobresaltarte y sobre todo comer bien y descansar. Es importante que estés unas semanas más tranquila. Después, puedes volver a tu ritmo normal de vida si te encuentras bien de salud. ¿De acuerdo?

—Lo que usted estime oportuno, doctor —digo un poco inquieta ante la perspectiva.

—Ahora mismo preparo tu informe y el alta. Si sientes cualquier dolor

en la cabeza, no dudes en acudir de nuevo al hospital.

—Gracias, así lo haré.

El médico sale de la sala y yo me quedo en silencio, asombrada por la noticia. No esperaba irme tan pronto. Pero evidentemente estoy bien y ahora tengo que empezar de nuevo. Pero lo que más temo es ir a casa y enfrentarme a la realidad. A vivir con Eric. Es algo que no hemos hablado, pero imagino que vivíamos juntos.

—¡Hija, cuánto me alegro! Me voy a casa de Debra para contarle la noticia y así esta tarde iremos todos a verte a tu casa. ¿Te parece bien?

—Claro, madre.

Se marcha y se despide de Eric y Emma.

—Cielo, iré a por algo de ropa a tu casa, porque no creo que la ropa con la que ingresaste esté en condiciones para que te la pongas —me dice Emma.

—Gracias, Em.

Cuando todos salen, vuelvo a quedarme a solas con Eric y es él quien comienza a hablar.

—Aria, imagino que ahora mismo tendrás muchas dudas...

—Muchas, Eric.

—Empezaré diciéndote que vivíamos en tu casa, aunque yo tengo una, muy cerca de la tuya. Evidentemente dormíamos juntos, somos una pareja. Nos conocemos desde hace ocho meses, solo llevamos saliendo dos, pero vamos en serio. El doctor me ha dicho que te vaya contando cosas, aunque me ha indicado que lo haga poco a poco para que puedas asimilarlo. También me ha dicho que evite malas noticias en la medida de lo posible... Así que, de momento tendrás que conformarte con eso, creo que es lo más urgente que debes saber.

—Vale...

—Me imagino que el que me vaya a vivir contigo te aterra, pero tranquila, yo puedo quedarme en mi casa si quieres vivir sola —dice amablemente.

—No quiero vivir sola, Eric. Pero no sé si estoy preparada para dormir contigo —admito con franqueza.

—De acuerdo, pues entonces podemos dormir en camas separadas si eso es lo que te preocupa.

—¿No te molesta? —le pregunto al ver que mis palabras no le han alterado lo más mínimo.

—No, Aria. No me molesta. Haremos lo que tú quieras. —Su mirada es

dulce y sus palabras muy suaves. Casi no me puedo creer que sea tan bueno —. No quiero que te sientas incómoda.

—Gracias, lo siento..., es solo que esta situación, me sobrepasa un poco.

—No te preocupes...

Suelto todo el aire de mis pulmones. Estoy un poco agobiada, sabía que tendría que enfrentarme a esta situación, pero esperaba que fuera en unos días.

El médico aparece con el informe y el alta. Esperamos pacientemente hasta que llega Em, los dos sumidos en nuestros pensamientos y cuando lo hace, ambos salen de la habitación y yo me visto pensando en que lo que viene ahora va a ser si cabe algo más complicado.

Llegar a casa me da tranquilidad, hasta que de pronto aparece un gato que en cuanto me ve, se roza con mis piernas y ronronea. Después se acerca a Eric que, tras dejarle hacer lo mismo, lo coge y lo pone enfrente de mí.

—Hola, campeón. Mira, ya tenemos aquí a nuestra chica. ¡Saluda! Aria, te presento a Ron. Ron, ella no te recuerda, así que tienes que portarte bien.

—Hola, Ron —le digo acariciándole lentamente la cabeza. El gato se estira, como agradeciendo el gesto y yo sonrío—. Bonito nombre, rey.

Eric sonrío.

—Se lo pusiste tú, porque es naranja y por el color de pelo del amigo de Harry Potter.

—¡Ah! Pues puede ser, le pega, la verdad... —me río.

—Chicos, voy a casa a preparar la comida, ¿luego venís? —pregunta Emma.

Eric me mira y yo asiento.

—¡Perfecto! Os esperamos.

Em se marcha y nos deja de nuevo a solas.

—Voy a coger cosas de tu habitación y pasarlas a la de invitados, ¿vale?

—Claro. Me quedo en el sofá, ¿no te importa?

—Para nada. Ron espera que juegues un rato con él —me dice y observo al gato. Está expectante. Imagino que lo hacía antes, por eso el animal me mira con esa bonita cara.

—¿Y qué hago?

—Hay un juguete suyo en el cajón, juega a lo que se te ocurra con él. Solías hacerlo todos los días.

—Vale...

Eric sube al piso de arriba. Yo busco lo que me ha indicado y comienzo a

jugar con el gato. Es muy divertido, y además Ron es bastante activo, me gusta chincharlo y ver cómo se cabrea al no poder alcanzar el juguete. Después de un rato, me doy cuenta de que Eric nos está observando desde el final de la escalera y le regalo una bonita sonrisa.

—Ya he tomado unas cosas para unos días, según vaya necesitando más lo iré cogiendo, por no cambiar todo el armario, si no te parece mal. También tengo ropa en mi casa. Cuando mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos se vayan iré a por ella. Me imagino que no tardarán en hacerlo.

—¿No viven en Nueva York?

—No, ellos viven en Washington. Bueno, en realidad vivían en Barcelona, pero se mudaron cuando enfermó mi padre y después, cuando falleció, se han quedado de manera indefinida. Mi cuñado pidió una excedencia en el trabajo y mis sobrinos de momento este año irán al instituto en Washington así que en principio no sé si regresarán a Barcelona a corto plazo.

—La verdad es que será gratificante para ti y para tu madre que la familia esté cerca.

—Mi madre falleció poco después de nacer yo.

Lo dice con naturalidad, pero al escucharle me siento la mujer más torpe del mundo.

—¡Lo siento, Eric!

—Tranquila, es normal. No lo sabías. Además, yo me he enterado hace poco. Es una larga historia...

—¿Quieres contármela? ¿O no puedes? —le pregunto a ser consciente de que no sé si es algo comprometedor.

—Sí, eso puedo contártelo... Pero...

Él duda, se pasa la mano por el pelo y desvía la mirada. Yo no necesito más para comprender que no le es agradable.

—Tranquilo, lo entiendo. Es doloroso.

Baja despacio las escaleras y se sienta a mi lado. Veo más tristeza en sus ojos. Como cuando yo le rechacé el primer día. No quiero volver a verlo así, me apena muchísimo.

—Eric, siento haber dicho... —me interrumpe.

—Aria, no es culpa tuya, no lo sabías. Teóricamente mi madre nos abandonó cuando éramos pequeños. Pero cuando mi padre falleció, hace un mes aproximadamente, se presentó a la lectura del testamento. No daba crédito. El caso es que empezamos a investigar y un amigo tuyo, Clark,

averiguó que no era nuestra verdadera madre sino nuestra tía. Mi padre y ella lo arreglaron para que, a la muerte de mi madre, pasara a serlo. Pero se cansó y se marchó. Nuestro padre nunca nos dijo la verdad.

—Vaya, Eric. Lo lamento. Eso os tuvo que doler mucho...

—La verdad es que sí. Aunque ya no hay remedio.

No sé si debería hacer algún gesto, abrazarle o algo así, pero nunca ha sido una persona afectuosa y ahora me siento más rara aún respecto a eso. Al final, decido no forzar nada.

—A veces la vida nos da muchos golpes, pero hay que saber afrontarlos —digo.

—Tienes razón.

El teléfono de Eric suena y me hace un gesto para ausentarse. Vuelvo a jugar con Ron mientras él se enfrasca en una conversación que me parece de negocios. Cuando cuelga suspira, exasperado.

—Aria, ha surgido algo imprevisto en el trabajo. Una reunión importante con un cliente. Tengo tiempo para vestirme e irme. Le mandaré un mensaje a Em para que venga a buscarte, ¿de acuerdo?

—Tranquilo, Eric. No te preocupes —digo con una sonrisa.

—Lo siento...

—No pasa nada.

Sube deprisa las escaleras y en escasos diez minutos baja con un traje anudándose la corbata. La verdad es que me quedo hipnotizada mirándolo. Imagino que ya sé lo que me embelesó la primera vez que le vi. Pese a su cara de cansado y su barba de un par de días, está imponente con ese traje. Sonríe al verme mirarle fijamente.

—Tengo que irme —dice y va a darme un beso en la mejilla, pero se arrepiente cuando estamos casi rozando nuestros cuerpos—. Llamo a Em ahora mismo. Luego nos vemos, Aria.

—Hasta luego, Eric. Que tengas un buen día.

Cuando sale por la puerta una mezcla de sensaciones invade mi cuerpo. Me hubiera gustado que me hubiera besado y que se haya ido ha dejado un vacío bastante grande en mi corazón. Creo que sé por qué lo elegí a él. Aunque lo haya olvidado, mi corazón y mi cuerpo se niegan a ello. Lo que me hace sentir cuando estamos tan cerca es puro magnetismo.

Respiro varias veces seguidas soltando el aire para tranquilizarme hasta que unos toques en la puerta me sobresaltan.

—Aria, soy yo, Em.

Voy corriendo a abrir. No han pasado ni cinco minutos, por lo que deduzco que la casa de Eric está relativamente cerca.

—Hola, cielo. Eric me acaba de avisar. Estoy con la comida. ¿Te importa venir ya a su casa?

—No, por supuesto que no.

La acompaño. Tal y como yo había vaticinado, su casa está muy cerca. Es bastante grande, más que la mía, pero la decoración es escasa.

—Eric me dijo que estaba esperando a que os decidierais para venir a vivir a aquí, por eso no tiene apenas decoración —comenta Emma adivinando mis pensamientos.

—¡Ah! —asiento confundida.

Sadie y Chase están en el salón viendo la tele y me saludan con la mano. Thomas no está, por lo que deduzco que está trabajando o en otros menesteres.

—Mi marido ha salido a comprar unas cosas que me hacían falta. La verdad es que es un amor.

—Me alegro mucho, Em.

—Cuando le dije que regresábamos a Washington, no puso ninguna pega pese a que tenía que dejar su trabajo en la ópera de Barcelona. Ahora está buscando trabajo en Washington. Espero que pronto consiga algo. Se desespera con bastante facilidad cuando está en casa —comenta riendo.

—¿Es músico?

—Sí. Compositor y director de orquesta.

—¡Oh! ¡Qué trabajo más apasionante! Me encanta la música.

—Sí, lo sé —afirma mirándome con esa sonrisa que casi nunca se borra de su rostro—. A Thomas le caes muy bien, tenéis gustos musicales muy afines.

—¿En serio? ¡Vaya! Cuanto me alegro.

Charlamos hasta la hora de comer y después nos sentamos en familia, algo que me incomoda al principio, pero que después intento que no me supere. Tengo que empezar a ver las cosas desde la perspectiva de la Aria que convivía con ellos.

Em me cuenta cosas de su familia, de sus hijos, de su nueva vida. Es agradable estar con ellos. Regreso a casa por la tarde. Al poco rato, mis padres aparecen con Steven y Debra.

Agradezco poder ver a mi padre. Me estrecha entre sus brazos, aunque le noto diferente, no sé por qué. Charlo con ellos, aunque mi mente está en otro

lugar, no dejo de pensar que no sé nada de Eric en casi todo el día.

—Cielo, ¿nos quedamos un rato más? —me pregunta Debra al ver la hora.

—No, tranquila, imagino que Eric no tardará en llegar. Además, he olvidado algunas cosas, pero aún sé hacerme la cena —bromeo.

—¡Tonta! —exclama con cariño.

Me despido de todos y me dispongo a preparar algo para cenar. Hasta ahora no me he dado cuenta de que no tengo móvil. Imagino que, tras el robo, nadie ha hecho las gestiones para comprar uno nuevo ni para poner en orden el resto de mi documentación, estaban más preocupados por mi salud que por esos trámites.

«Tendré que hacerlo cuanto antes», pienso mientras preparo pasta.

«El plato favorito de Eric, ¡te pillé!». Vaya, mi conciencia graciosa ya está ahí de nuevo. Pero esta vez se equivoca, no es porque él me haya dicho que es su plato favorito, es porque casi es lo único que sé hacer.

«¡Ya estoy otra vez hablando con mi conciencia! ¡Estoy mal, muy mal!».

Mientras se cuece la pasta, juego con Ron. La verdad es que nunca me había planteado tener un animal, pero debo admitir que es divertido. Después subo a la habitación y me miro en el espejo. Por primera vez veo el desastre, y la realidad de mi aspecto me golpea duramente. Mi cara aún está un poco inflamada. Tengo una parte de la cabeza rapada y parezco un esperpento. Nadie puede verme preciosa, ni siquiera Eric. Oigo las llaves y bajo corriendo, con lágrimas en los ojos.

—Hola, Aria —su voz denota cansancio.

—Hola, Eric. Pareces agotado. ¿Cómo ha ido el día? —le pregunto para entablar conversación.

—Muy complicado. ¿Estás preparando pasta?

—Sí, la verdad es que no sé cocinar muy bien —admito.

—Lo sé. —Hace una mueca a modo de sonrisa—. Voy a cambiarme y te ayudo.

—Tranquilo. Está todo controlado.

—Entonces me daré una ducha, la necesito. Tengo todo el cuerpo en tensión —responde llevándose una mano al cuello y removiendo la cabeza como si quisiera descongestionar la zona.

—Claro, tómate el tiempo que necesites.

Le regalo una sonrisa y él se marcha. Ni siquiera se ha molestado en devolvérmela. No sé si soy yo o realmente le pasa algo más, seguramente sea

mi aspecto.

Termino de preparar la pasta a la carbonara al estilo italiano, y dispongo la mesa. Me siento a esperar con la mente en blanco. Cuánto daría por recordar ahora mismo algunos de nuestros momentos juntos.

No tarda en bajar, recién duchado, con el pelo aún mojado, unos pantalones deportivos y una camiseta de tirantes.

«¡Madre mía, Aria, contente! ¿Desde cuándo se ha vuelto a despertar en mí el deseo carnal?», me pregunto nerviosa sin dejar de mirarlo.

—Aria, te preguntaba si ya estaba todo listo o necesitas que haga algo —inquire Eric.

—Perdón, no te había oído. Sí, ya está todo listo —digo titubeando avergonzada.

Nos sentamos el uno frente al otro.

—Creo que hoy voy a dormir de un tirón —comenta desplegando la servilleta.

—¿Mañana tienes que ir a trabajar?

—Probablemente unas horas, ¿por?

—Tendría que comprar un móvil nuevo y gestionar la tarjeta de identificación, la licencia de conducir y las tarjetas de crédito.

—Tienes razón, no me había percatado de ello hasta ahora —repone—. La policía había cursado la denuncia oportuna, pero no me he dado cuenta de que tienen que expedirte nueva documentación.

Comenzamos a cenar y cuando ya hemos terminado y estamos recogiendo, nuestros cuerpos se rozan. Siento como una corriente eléctrica recorre mi cuerpo, jamás había deseado a nadie como ahora mismo le deseo a él. Sus penetrantes ojos verdes me miran con lujuria, no sé qué es lo que ve en los míos, pero se aparta de mí.

—¿Qué es lo que pasa, Eric?

—Nada, estoy cansado... —dice saliendo de la cocina con rapidez.

—No lo entiendo...

—¿Qué es lo que no entiendes, Aria?

—Pensé que me deseabas tanto como yo ahora mismo te deseo a ti —le suelto.

—¿Y de qué serviría? Yo no necesito sexo, Aria. Yo te necesito a ti. Ahora mismo no puedes darme lo que yo necesito.

—¡Joder, Eric! Lo estoy intentando, pero no me lo estás poniendo nada fácil —chillo un poco fuera de mis casillas poniéndome frente a él—. Ya no

te parezco atractiva, es eso. ¿Es por mi pelo? ¿Por cómo estoy ahora?

—Estas preciosa Aria, eso no lo dudas... Pero... No puedo...

—¿Entonces por qué me evitas? No quieres contarme todo lo que pasó. No me besas, no me acaricias... ¿Cómo puedo recordar si no sé lo que sentía cuando estaba contigo?

—¿Quieres saber lo que sentías conmigo? —pregunta un poco fuera de sí.

—¡Sí!

Me coge en brazos, me sube a mi habitación y me quita la ropa. No digo nada, estoy enfada y excitada a partes iguales. Se despoja de su ropa y poco a poco se acerca a mí. Me besa los pies lentamente. Suspiro al notar unas cosquillas recorrer mi cuerpo al paso de sus labios. Ascende despacio por las piernas para continuar en mis muslos. Mi cuerpo tiembla, estoy nerviosa. Cuando noto sus labios en mi pubis jadeo, mordéndome el labio inferior para no gritar de deseo. Sus labios siguen subiendo por mi ombligo. Creo que mi cuerpo arde, noto cómo el calor se apodera de todo mi cuerpo. Al llegar a mis pechos, su lengua los acaricia despacio, lamiendo cada pezón. Gimo, porque creo que mi orgasmo se acerca. No sé si podré controlar lo que crece dentro de mí y que va a estallar de un momento a otro. Llega por fin a mi boca, adentra su lengua y juguetea con la mía hasta que ambas comienzan una danza, batallando y acompasándose a un ritmo que hace que mi sexo grite, deseoso de ser invadido por su pene que se acerca lentamente a mi abertura.

Abre el cajón de la mesilla y coge un preservativo. Se lo coloca y cuando noto que se adentra en mi hendidura, mi cuerpo convulsiona. No sé cuánto tiempo voy a poder aguantar. Se mueve despacio, torturándome y yo jadeo cada vez más nerviosa. No quiero que esto termine, pero no sé si voy a poder aguantar mucho más sin dejarme llevar.

—Eric...

—¿Ya sabes lo que sentías conmigo? —espeta con la voz grave, llena de deseo.

—Me estoy haciendo una idea... —jadeo excitada.

—Creo que no... —comenta chulesco—. Esto es solo el principio.

Aumenta sus embestidas, mi cuerpo convulsiona, gimo y en ese momento miles de flashes bombardean mi cabeza. Imágenes de Eric y yo haciendo el amor, como ahora lo estamos haciendo. Y por un segundo me asusto e instintivamente le empujo para que frene.

—Aria, ¿qué es lo que pasa?

—Yo..., he visto..., nos he visto..., a los dos..., juntos... —titubeo.

Sin darme cuenta las lágrimas brotan de mis ojos.

—Aria, tranquilízate. Será mejor que lo dejemos.

—No, quiero seguir...

—Es tarde, todo es muy intenso, no sé si es lo mejor para ti en estos momentos.

—No, quiero que tú... —le digo al señalar su erección.

—Tranquila, no pasa nada.

—Lo siento...

Se quita el preservativo. Se coloca la ropa y espera a que me ponga el pijama.

—Será mejor que descansemos. Buenas noches —comenta girándose para marcharse de la habitación.

—Quédate conmigo, Eric —le imploro.

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy.

No dice nada, se quita la ropa, se queda en bóxer y se tumba a mi lado. No puedo negar que estoy nerviosa. Pero me tumbo junto a él y cuando me estoy quedando dormida, me estrecha entre sus brazos y así, al fin, consigo relajarme.

Capítulo 38

Eric

Volver a dormir a su lado es una bendición. Aunque también un castigo, hemos estado a punto de alcanzar de nuevo el clímax, pero esos flashes en su cabeza han hecho que se asuste. En realidad no me molesta, aunque sí es cierto que cada minuto que pasa la echo más de menos. Esa espontaneidad, su forma de ser, nuestros pequeños piques en la cama por quién domina la situación. Echo tanto de menos esas cosas...

La observo dormir y eso al menos me reconforta, tenerla entre mis brazos, con la respiración tranquila. Tardo horas en poder alcanzar el sueño, y al final cuando lo consigo, se despierta sobresaltada.

—Aria, ¿estás bien?

—He tenido un sueño... —jadea asustada—. Creo que era como un recuerdo, pero estoy confundida... —se aparta de mí, como si no le gustara lo que ha soñado. Me acerco a ella y le acaricio lentamente el brazo.

—Cuéntamelo, Aria. Así saldremos de dudas.

—No estoy segura, es algo extraño...

—Por favor... —le imploro.

—Me he acordado de un vestido gris, lo tengo en el vestidor —dice levantándose como un resorte, lo trae depositándolo encima de la cama—. Creo que lo llevé a una presentación o una gala y creo que tú estabas allí, pero de repente me he despertado.

Lo recuerdo bien, fue el día que nos reencontramos, uno de los peores días de mi vida después de tener que abandonarla. Tenía unas expectativas muy altas creadas en ese reencuentro y todo salió al revés. Cuando Aria me vio, salió huyendo y cuando intenté hablar con ella, evidentemente se puso a la defensiva. Me dijo cosas horribles y yo le hice mucho daño. Fue cuando me sinceré y le conté todo lo de su padre. Ese día creí que nunca me perdonaría. Se me rompió el corazón en mil pedazos.

—Eric, ¿estás bien? —me pregunta, porque por unos instantes me he quedado absorto, recordando ese momento.

—Sí, perdona...

—¿Te recuerda algo este vestido? —inquiere deseosa de que le cuente

algo.

—La verdad es que sí, pero no me trae buenos recuerdos. Fue un momento de nuestra vida muy difícil. Creo que es mejor dejarlo a un lado, ahora solo cosas positivas. ¿Recuerdas? —le pregunto, ya que es lo que nos aconsejó el doctor.

—De acuerdo. Pero necesito saber toda la verdad... —susurra ansiosa.

—A veces la verdad es dolorosa, Aria.

—Me lo imagino y creo que, si he pasado una vez por ella, podré hacerlo de nuevo.

—No lo dudo, pero a lo mejor no es necesario que pases una segunda vez, más cuando hay cosas que en su día hicieron que nuestra relación se resquebrajara.

—¿Nuestra relación estuvo en peligro? —pregunta incrédula—. ¿Por qué, Eric?

—Porque yo hice cosas... —titubeo—. Tomé decisiones que no fueron muy apropiadas, ahora lo sé y no quiero que vuelvas a sentir ese dolor. Aria, vamos a dejarlo, por favor.

—Está bien, pero quiero saberlo —dice resuelta—. Quiero recordar, y si tengo que volver a pasar por ello para recuperar mi memoria y mi vida, lo haré.

Aria coge el vestido y se lo coloca encima de su cuerpo. Suspiro.

—Estabas preciosa ese día... —comento al verla de nuevo cerca de su cuerpo.

—¿De verdad? ¿Quieres que me lo ponga? —dice lasciva—. Podría hacerlo. Podría ponérmelo para ti, Eric.

Mi corazón se acelera. Cuando la vi con ese vestido lo primero que deseé fue poder arrancárselo del cuerpo y un deseo mayor me impulsa a decirle que lo haga, pero por otra parte me trae tan malos recuerdos que no sé si es buena idea.

Se quita el pijama lentamente, su cuerpo desnudo calienta mi sangre, ella lo sabe y sonrío, a continuación coge el vestido y despacio comienza a vestirse, ante mi atenta y lasciva mirada.

—Creo que necesito ayuda —me dice cuando termina, apuntando hacia la cremallera.

Apenas acierto a subírsela. Estoy tan nervioso al verla que tardo varios segundos en hacerlo.

—Estas preciosa, Aria.

—Ahora, quítamelo.

Por un momento, casi parece la de siempre. Su provocación, su sensualidad...

—Aria...

—Eric, quiero que me lo quites y me hagas tuya, tal y como lo harías cualquier noche cuando estábamos juntos. Te juro que esta vez no...

La acallo con un beso, la necesito y no puedo pensar en nada más que en estar dentro de ella. Sé que no estoy siendo racional, que no debería rendirme a su deseo. No creo que sea bueno después de lo que sucedió anoche, pero ¡joder! La necesito tanto que creo que si no la hago mía voy a morirme.

Nuestro beso se hace más pasional, subo el vestido hasta la altura de sus muslos, no lleva nada debajo pero aún no voy a acariciar su pubis, voy a ir despacio, que me desee como nunca ha deseado a nadie. Quiero ser el primero en esta nueva vida, dejar mi esencia, ser el único hombre en la faz de la tierra que pueda recordar...

Acaricio sus muslos con destreza ascendiendo poco a poco, ella tiembla al notar que mis manos se acercan vertiginosamente hasta el centro de su deseo. Mi boca sigue posada en la suya, mi lengua lucha contra la suya, danzando a un son cada vez más rápido haciendo que nuestros cuerpos se calienten a toda velocidad.

—Eric, necesito...

—Aria, las cosas buenas se hacen esperar —replico.

—¿Siempre eres tan arrogante? —inquire un poco exasperada.

—Cuando tú y yo empezamos los dos jugamos con fuego, Aria. Ninguno cedía a lo que sentíamos, queríamos llevar la voz cantante en el sexo. Tú me enseñaste a ser un arrogante, ¿sabes?

—¿Yo? —pregunta desafiándome y mordéndome el labio inferior—. Pues ahora solo quiero que me hagas tuya.

—Lo haré, Aria. Pero a mi manera...

Suspira exasperada, mis manos suben por debajo de su vestido acariciando su cuerpo. Se deja llevar, estremeciéndose con ese contacto. La miro y sonrío. La estoy llevando a mi terreno. Aunque me gusta que luche, también quiero que se rinda a mí, por una vez quiero ser yo quien domine la situación. Me deshago por completo del vestido y la dejo desnuda. Acaricio sus pechos y mi boca se lanza a devorarlos. Ayer volví a tener de nuevo la oportunidad de hacerlo, pero siento que por primera vez desde que tuvo el accidente, hoy es el día, como si los astros se hubieran alineado a mi favor.

Los jadeos de Aria cada vez que mi lengua roza su cuerpo hacen que mi polla se estremezca, siento que estoy a punto de estallar, necesito entrar en su cuerpo, sentirme dentro de ella. Cojo un preservativo de la mesita, rasgo de inmediato el envoltorio y me lo coloco. Desde que ha estado ingresada, ha dejado de tomar la píldora y no quiero ni por asomo tener que imaginar que ahora ella se quedara embarazada. No es algo que a mí me importara, pero sé que ella no lo desea, por eso estoy tomando precauciones. Me adentro en ella y en el momento en el que la penetro su cuerpo se pone en tensión y un jadeo sale de su boca.

—¡Fóllame fuerte, Eric! —susurra.

—Yo no... —Voy a decirle lo que siempre le digo, pero ella me corta.

—Lo sé, tú no follas, tú me haces el amor.

Por un momento me quedo inmóvil, la miro y ella me incita a que siga, estoy tan bloqueado que es ella la que me guía. Poco a poco me recompongo y continúo, aunque estoy un poco sorprendido por sus palabras. Su boca se apodera de la mía, me besa con pasión y me dejo llevar, dejo de pensar en esas palabras, porque necesito sentir, necesito que me salve de esta tortura y necesito a Aria, ahora más que nunca. Nuestros cuerpos se funden en uno solo; cuando ella alcanza el clímax yo dejo mi mente en blanco, permito que todos mis sentidos se aceleren y sea mi cuerpo el que domine la situación haciendo que el orgasmo me sobrevenga, arrasando todo lo demás. En cuanto terminamos, salgo de su cuerpo y me aparto un poco.

—Eric, ¿estás bien? —pregunta acariciando mi mejilla y acercándose a mí.

—Aria, ¿por qué has dicho lo de hacer el amor?

—No lo sé, Eric..., te lo juro. Solamente me ha salido. ¿Es algo malo?

—No, simplemente era algo que siempre me decías, porque yo te lo dije una vez. Que yo contigo no follaba, contigo hacía el amor. Me ha sorprendido que lo recordaras... Me he quedado bloqueado.

—Lo he notado... —me dice volviendo acariciando mi espalda desnuda—. Eric, te juro que no lo he recordado, imagino que es algo de mi subconsciente. Pero lo que sí puedo aseverar es que ya sé por qué me enamoré de ti.

Sus palabras me dejan sin aliento, me gustaría abrazarla, pero ahora mismo estoy tan abrumado que ni siquiera me muevo.

—Aria, no lo hagas...

—¿El qué? —me pregunta un poco confusa.

—No hagas esto justo ahora, por favor...

—No entiendo nada, Eric.

Me levanto y me voy al cuarto de baño, sé que no es la manera más correcta de hacer las cosas, pero ahora mismo la situación me ha sobrepasado. Hacer de nuevo el amor con Aria, que su subconsciente haya recordado esas palabras y que me diga que ya sabe por qué se enamoró de mí.

Me siento en la taza del inodoro y respiro fuertemente varias veces. Soy un estúpido.

«¡Deja ya de comportarte como un puto crío, Eric! ¿De qué cojones tienes miedo?».

La verdad es que no sé qué es lo que me pasa. Estoy acojonado. Desde que me enteré de que ha perdido la memoria tengo miedo de que ya no me quiera, tengo miedo a hacer las cosas mal y que me abandone, sin ella estaría perdido. Y ahora estoy haciendo precisamente eso, cagarla. Me ha dicho que ya sabe por qué se enamoró de mí y yo me he alejado. Soy patético.

Salgo del baño y está sentada en la cama, envuelta en la sábana, con lágrimas en los ojos. Me acerco a ella despacio.

—Aria...

—Eric, yo... siento no ser como era antes, siento defraudarte, dime qué es lo que tengo que hacer, no quiero perderte...

—Tú eres perfecta, Aria, no tienes la culpa de nada —le digo acercándome a ella despacio—. Perdóname. Es que todo esto a veces me supera y me da miedo que no sea lo que ahora quieras. Aria, me salvaste de mí. Aunque no lo creas, estaba perdido cuando tú apareciste. Si me dejaras, me moriría... Durante seis meses he estado muerto en vida, sin ti, no podría vivir así.

Ella me mira con una expresión más sincera y tierna de lo que acostumbraba a ver en su rostro. Es como si de pronto, todas las barreras que se imponía a sí misma hubieran desaparecido.

—Eric, no voy a... Sé que cuando desperté fui muy dura contigo, lo siento, ya te lo dije, pero ahora que te conozco, no quiero alejarme de ti. Lo que siento contigo, nunca antes lo he sentido con nadie. Como te he dicho antes, ahora sé por qué me enamoré de ti.

—Te quiero, Aria —digo abrazándola contra mi cuerpo—. Eres todo lo que yo necesito en mi vida.

Ella me rodea con sus brazos y me aprieta fuerte.

—Eric, te juro que, aunque no recupere la memoria, voy a hacer todo lo

posible por esforzarme en sentir lo mismo por ti.

—Gracias.

Poso mi frente en la suya y suspiro nervioso. Ella me acaricia la mejilla y yo me relajo.

—Creo que será mejor que nos demos una ducha y desayunemos algo. Después deberíamos ir a realizar las gestiones para mi documentación... — propone con una bonita sonrisa.

—Será lo mejor.

Nos duchamos por separado, me hubiera gustado hacerlo a su lado, pero ella no me ha dicho que lo haga y he decidido darle su espacio. Me visto con unos vaqueros y ella también, ambos nos miramos y sonreímos.

—Parece que hemos coincidido —me dice sonriendo.

—Sí, creo que es la ropa más cómoda para esto —replico sin saber muy bien qué otra cosa decir—. Tendré que pasar por el despacho más tarde, solo serán unos minutos para recoger una documentación. Además he pensado que mientras puedes ir a la oficina y saludar a la gente.

—Me vendría bien pasar por allí, tengo muchas ganas de volver a mi vida, pero claro, ni siquiera sé por dónde empezar. Tengo una becaria a la que conozco de un día. ¡Dios, qué caos! ¿Cómo voy a volver a trabajar si no recuerdo el trabajo que he estado realizando?

—Estoy seguro que lo harás, solo es cuestión de tiempo, Aria. Ahora vayamos paso a paso, ¿de acuerdo?

—Sí, paso a paso —dice con una sonrisa sincera—. También quiero un teléfono, ya que he perdido el otro. Y no me conformo con uno cualquiera, soy una chica caprichosa.

Sonrío, eso lo sé, ella tenía un teléfono de última generación y estoy seguro que se comprará uno igual.

Desayunamos algo rápido y nos vamos al centro a tramitar su documentación, no nos lleva mucho tiempo, un par de horas. Por lo que después, nos vamos a elegir su móvil. Como era de esperar, elige uno de alta gama. Sonrío cuando, tras hacerle un duplicado de su tarjeta, recupera todos sus datos. Allí podrá ver nuestros mensajes y las fotos que hemos compartido durante nuestra vida juntos.

—Ahora te dejo en la oficina, tengo que ir a recoger la documentación que te dije.

—Me gustaría ver dónde trabajas, Eric.

Voy a decir que sí cuando de repente me doy cuenta de algo. Mi pulso se

acelera: si ve el nombre de la empresa puede que no quiera saber más de mí y ahora no me encuentro en situación de explicarle toda la verdad.

—Aria..., ¿no quieres ir a ver a tus compañeros?

—Eric, ¿qué pasa?

Trago el nudo de mi garganta y le acaricio la mejilla.

—Nada, cariño. Pero pensé que...

—Te has puesto nervioso, Eric, dime la verdad. ¿No quieres que sepa dónde trabajas? Hay algo más, ¿verdad? —dice seriamente.

—Hay algo, Aria. Algo doloroso.

—Eric, por favor... No soy una niña, sabré afrontarlo.

Tomo aire. Ella tiene razón, tengo que decírselo. Si no es ahora, será después, y quién sabe lo que podría pensar.

—La empresa era de mi padre... Yo dirijo Industrias Barnes —suelto al fin.

—¿¡Qué!? ¿Tú eres el hijo de...?

—Aria... por favor... —Su cuerpo se tensa, sus ojos están anegados en lágrimas y se aparta de mí—. Ya hemos pasado una vez por esto, por favor, Aria.

La sujeto del brazo.

—Eric, déjalo. No creo que pueda entenderlo —dice soltándose una vez más de mi agarre.

—Lo entendiste, Aria, créeme. No te lo he dicho porque no quería lo revivieras de nuevo. Acompáñame, por favor... —le digo, ahora no quiero que esté sola. Y yo tampoco quiero alejarme de ella, no ahora. Estoy seguro de que podría perderla de nuevo.

—Será mejor que me vaya a casa. Estoy confundida.

—Aria, no te vayas, quiero explicártelo. No me dejes...

—No te dejas. Eric, es solo... —se lleva las manos a la frente y las pasa por su rostro contrariada—. No sé... Ahora todo me da vueltas, lo siento. Voy a tomar un taxi, me voy a casa a descansar.

—Aria...

Para al primer taxi que encuentra y se marcha, dejándome con la palabra en la boca. Sabía que no tenía que habérselo dicho, tendría que haberle insistido en que se fuera a su oficina o haber dejado que la documentación la recogiera otra persona. No sé en qué narices estaba pensando. Me dirijo hasta el coche y en lugar de ir a la oficina pongo rumbo a casa, pero cuando llego, Aria no está allí.

La llamo al teléfono, pero lo ha apagado. De nuevo mi cabeza comienza a desesperarse. No puedo perderla, no después de lo de esta mañana.

Llamo a Steven, a Em a sus padres y nadie sabe nada, o al menos nadie me dice nada y entonces cojo la moto y me dirijo al único lugar donde se me ocurre. El lugar dónde una vez la fui a buscar: Bear Mountain.

Capítulo 39

Enterarme de que Eric es el hijo del hombre que hundi6 a mi padre es lo peor que me ha podido pasar. S6 que en el pasado algo ha tenido que suceder para que yo le haya perdonado, pero ahora mismo mi cabeza no me deja ver m6s all6. Le he dicho que regresaba a casa, pero en cuanto he tomado el taxi he llamado a Steven y le he dicho que si pod6a irme unos d6as a su casa de Bear Mountain, que estoy un poco saturada con todo esto. Evidentemente 6l no ha me preguntado nada. Le he pedido que si Eric le llamaba le dijera que no le dijera nada. S6 que Steven me cubrir6, es mi gran confidente, casi un padre para m6. Tambi6n s6 que guarda una llave de repuesto en la casa, tiene un escondite secreto, as6 que aqu6 estoy, rumbo a la monta6a. Necesito desconectar de todo y aclarar mis pensamientos. Me gustar6a poder recobrar la memoria y que todo fuera m6s f6cil, saber por qu6 perdon6 a Eric en su momento cuando descubri que era hijo de mi gran enemigo, volver a mi vida, porque esto es una tortura para m6.

Recostada en el asiento trasero del taxi, me quedo dormida. He desconectado el tel6fono, el taxista ha accedido a llevarme por una gran suma de dinero que le he transferido a su cuenta.

Cuando llegamos, sonr6o. Este lugar siempre me genera una sensaci6n de paz que pocas veces siento. Me encanta venir aqu6, no tengo nada de ropa, pero me da igual, Debra siempre suele tener algo y adem6s he venido a pensar, a desconectar, no me importar estar unos d6as con la misma ropa.

En cuanto me hago con la llave, entro y me tumbo en la cama. He dormido durante todo el trayecto, pero es como si lo necesitara, no quiero pensar en nada m6s, porque ahora mismo todos mis pensamientos son negativos. Odio a Eric.

«En realidad no le odias, desear6as odiarle, pero no puedes porque le quieres...». Ah6 est6s otra vez, ¡fuera de mi cabeza, maldita conciencia, solo haces que fastidiarme! Te odio a ti por hacerme ver las cosas de otra forma.

Pero tiene raz6n. Aunque sea hijo de quien es, no le odio. No puedo odiarle, mi coraz6n dice que tiene que haber una raz6n, pero no he querido escucharla.

Me tumbo en la cama y lloro, ¿por qu6 todo tiene que ser tan dif6cil? No s6 cu6nto tiempo estoy as6, pero escucho unos golpes en la puerta.

—Aria, abre por favor...

No puede ser posible. Es Eric. ¿¿Cómo me ha encontrado tan rápido?!

Mantengo el silencio, espero a ver si se marcha, pero es inútil, golpea más fuerte.

—Sé que estás ahí, Aria. Por favor... Te contaré toda la historia, pero necesito estar a tu lado, te amo.

Cierro los ojos al escucharlo. Me quedo al lado de la puerta, con la respiración agitada. Indecisa, sin saber qué hacer. No sé si puedo escuchar ahora todo lo ocurrido, estoy muy alterada.

—Está bien, Aria. Voy a quedarme en Bear Mountain. Cuando estés preparada, cuando quieras saber la verdad, llámame. Pero por favor, no me apartes de tu vida.

Oigo pasos alejarse y suspiro nerviosa. No quiero que se vaya, pero ahora tampoco quiero que esté a mi lado. Sé que son pensamientos contradictorios, pero es lo que siento. Me tumbo en la cama y dejo que el cansancio y todos los sentimientos se apoderen de mí.

Cuando me despierto está atardeciendo. No he comido nada, pero no tengo hambre, solo siento la necesidad de salir a pasear. Por inercia me dirijo al lago y veo una silueta, diría que es un hombre y entonces, viene a mi cabeza un recuerdo. Me acerco despacio, bastante nerviosa. Cuanto más me aproximo, más me voy dando cuenta de quién es la persona que está sentada allí: es Eric. Mi recuerdo se hace más intenso. Es como tener un *déjà vu*, pero en el pasado, quien estaba sentada en este sitio era yo, eso lo sé con seguridad ahora mismo. Eric está escuchando música, como yo, y repitiendo lo mismo que él hizo en su día, le quito el casco y le pregunto:

—¿Qué escuchas? —Él se sobresalta y me mira, incrédulo.

—Aria, ¿qué has dicho?

—Qué música estás escuchando.

—No puede ser posible... —dice con los ojos anegados en lágrimas.

Nos miramos en silencio durante un instante que me parece eterno.

—Eric, yo... Me he acordado del día que viniste a buscarme... Sé que no es mucho... —digo con suavidad.

—Aria... —Sus lágrimas aumentan, no puede parar de llorar. Le estrecho entre mis brazos.

—Viniste a buscarme porque me fui el día de la gala. Después de averiguar la verdad sobre mi padre y el tuyo... —le digo mientras mi cabeza sigue recordando más cosas. Es como si volver aquí, encontrarle en esa

postura, hubiera activado el botón para que mi memoria volviera a recordar.

—Cariño... —me da un beso en los labios—. Creo que este sitio, este es el nexo de todo.

Nos besamos con pasión. Mi cabeza está ahora mismo a mil por hora, cada segundo que pasa comienzo a recordar más cosas. Eric no deja de besarme, de acariciarme. Por mi mente empiezan a pasar todos los recuerdos de nuestra vida juntos, de todo lo que ha pasado, cosas buenas y malas y me aferro a él con fuerza llorando hasta que al final me coge en brazos y me lleva hasta la casa de Steven y Debra.

—¿Sabes? Acabo de acordarme que la última vez que estuvimos aquí, me dejaste muy caliente en esta misma puerta —le digo.

Me sonrío y me mira con cara de pícaro.

—Eso podrías haberlo olvidado para siempre —replica limpiándome las lágrimas.

—Sí, podría, pero lo he recordado y juré que me las ibas a pagar...

—Vaya, mi chica ha vuelto de nuevo, ¡me encanta! —dice acariciando mis nalgas con descaro.

Le agarro su miembro y le agasajo lentamente.

—Aria, sé a lo que estás jugando, pero si no recuerdo mal, tú empezaste ese juego diciéndome que a lo mejor no habías venido sola aquí. Solo te pagué con la misma moneda.

—Vaya, vaya... Pues ahora yo voy a devolvarte el golpe.

Acaricio de nuevo su erección. Él gime en cuanto mi mano se adentra en sus vaqueros, no voy a ser mala, no, porque le deseo y sé que puede vengarse después, pero voy a jugar un poco más.

—Aria..., me las vas a pagar, ¿lo sabes? —dice con la voz ronca a causa de la excitación.

—Quién ríe el último, ríe mejor.

Sigo acariciando su pene y él se las ingenia para quitarme las llaves, abrir la puerta y empujarme para adentrarse conmigo.

Entre abrazos, besos y caricias llegamos a la habitación. Él me coge en brazos y me tumba en la cama.

—No voy a dejar que me poseas tan fácilmente... Tendrás que ganártelo. Guapito. Esta vez, yo pongo las normas.

—¿Me estás amenazando?

—Puede...

—Bien, porque tenemos un problema. He venido a buscarte tan

desesperado y no he sido previsor, no tengo preservativos, durante tu estancia en el hospital no has tomado la píldora y tú no quieres tener hijos...

—¿Y?

—¿Cómo qué «y»? Pues que no podemos consumir nuestras relaciones...

—¿Por qué no?

—Ya te lo he explicado... —dice perplejo.

—Al carajo con todo, Eric —le digo tirando de él y besándolo con pasión. Es verdad que nunca he querido tener hijos, pero ahora es lo que menos me importa, si me quedara embarazada lo afrontaríamos, ahora solo quiero sentirlo. Ahora quiero tenerlo dentro de mí, no quiero pensar en nada más. He recuperado mi memoria, no sé si recuerdo todo lo que ha pasado durante este último año, pero sí lo suficiente para saber que le amo y quiero pasar el resto de mi vida con él, así que si hacemos el amor y el destino cruel nos la juega y me quedo embarazada, pues que así sea.

—Aria... —me frena por un momento—, ¿estás segura?

—Muy segura, Eric, pero no por eso voy a rendirme a ti, guapito. Yo soy la que manda.

—¡Eso ya lo veremos!

Me agarra las muñecas y las eleva por encima de mi cabeza. Me encanta cuando se pone posesivo. Aunque sin llegar a ser dominante, se muestra rudo y eso me excita muchísimo. No sabe cuánto, nunca lo admitiré, porque si no sé que estoy perdida...

Forcejeo con él, le muerdo el labio y mi rodilla acaricia su pene haciéndole ver que podría, en un momento dado, darle fuerte si no me suelta, por lo que instintivamente lo hace.

Me deshago de sus vaqueros y del bóxer, agarrando su erección. Juego con su pene hasta que noto que las primeras gotas de semen comienzan a salir de él.

—Aria...

—¿Quién tiene el poder? —le pregunto con malicia.

—¿Por qué crees que lo tienes? —contesta—. ¿Solo porque crees que voy a correrme? A lo mejor te estoy dejando ventaja.

Sus palabras me descolocan. Ni siquiera me ha desnudado, él está muy excitado, yo también, pero en ese instante, me gira y comienza a besarme el cuello.

—Yo tengo el control, Aria. Solo porque mi polla me haya traicionado

no significa que tengas el dominio de la situación. Tu cuerpo está más excitado que el mío y apenas te he tocado. No te he desnudado aún y tu sexo está tan mojado que creo que en cuanto lo acaricie con mi lengua estallarás en el primer orgasmo. Y ese será solo el principio.

«¡Tiene toda la razón, guapita! Eres como un volcán en erupción». Tenías que hablar justo ahora, para encima ponerte de su lado. ¡Si no hablas, revientas!

Maldigo, porque tanto Eric como la muy perra de mi conciencia tienen razón, estoy muy húmeda, casi diría que mis bragas van a desintegrarse en cuanto Eric me las quite.

—¡Joder! —mascullo entre dientes.

—¿Decías algo? —pregunta con chulería.

—No, nada.

—¿Mi chica está enfadada?

—Para nada, quizás esté excitada, pero no has conseguido aún llevarme al orgasmo —replico orgullosa.

—Bueno no me costará mucho... —comenta de forma arrogante.

—Eso ya lo veremos... —le reto.

Vuelve a darme la vuelta, me quita los vaqueros y la camiseta. Me deja en ropa interior y muerde mis pechos por encima del sujetador, todo mi cuerpo se activa todavía más. Hace descender sus sensuales mordiscos por mi vientre hasta mi pubis y como él había vaticinado, mis braguitas están totalmente empapadas. Juega con su lengua sin llegar a quitarlas, un juego de lo más perverso que está llevándome al límite de mis fuerzas. Me está empujando al éxtasis sin tocarme, sin penetrarme, creo que está intentando que le suplique, pero no lo va a conseguir.

—Aria, pídemelo... —susurra en mi oído.

—No...

—Puedo pasarme así toda la tarde y conseguiré que te corras, créeme.

—¿Cómo estás tan convencido? —jadeo.

—Porque conozco tu cuerpo y sé que estás al límite.

Está jugando sucio, muy sucio, pero yo también sé jugar. Cojo su pene, le acaricio despacio. No se esperaba mi reacción y se tensa. Su lengua ataca con más fuerza por encima de mis braguitas y yo aumento la presión de mis caricias. Creo que estamos en una batalla en la que ninguno de los dos está dispuesto a perder, así que estamos más concentrados en no dejarnos llevar que en lo que le estamos provocando al otro. Sigo con mis movimientos

arriba y abajo, pero él, cansando de no conseguir su objetivo, se deshace de mi ropa interior y da un paso más: introduce su lengua en mi sexo y entonces mi cuerpo se tensa. Ahora ya estoy perdida.

—¡Joder! —jadeo.

—Aria, déjate llevar.

—¿No... decías... que... no... ibas... a... penetrarme...? —le pregunto con la voz entrecortada porque casi no puedo ni hablar, estoy a punto de llegar al orgasmo.

—Eso era antes de que comenzaras a jugar sucio —dice en un susurro sensual.

—¿Por qué... no nos... dejamos de juegos... y me haces... tuya? —le pregunto gimiendo de deseo.

—¡Mmmm! Eso es una buena idea...

Me quita el sujetador, acaricia mis pechos y después sin ningún tipo de preámbulos me penetra. Sentirle dentro de mí, después de toda la excitación y sin protección, casi me provoca una combustión espontánea. Se mece despacio, como si supiera que estoy a punto de alcanzar el clímax. Le incito a que acelere, pero me regala una sonrisa lasciva y yo le muerdo el labio en señal de venganza. Sigue jugando conmigo y lo peor es que tiene el poder, eso me fastidia enormemente.

Al final me rindo, no voy a poder hacer nada contra él. Poco a poco aumenta las embestidas, hasta que al final el orgasmo me sobreviene y mi cuerpo recibe las descargas, llevándome al máximo placer hasta ahora conocido. Él también se rinde al mismo tiempo y ambos nos abrazamos una vez que nuestros cuerpos recuperan su ritmo normal.

—Te quiero, Aria.

—Te quiero, Eric, más que nada en este mundo. Gracias por esperarme, por no rendirte nunca conmigo.

—Nunca, Aria. Jamás...

Capítulo 40

Hace tres días que hemos vuelto del paraíso, de Bear Mountain. Eric y yo decidimos quedarnos dos días más allí. Sé que no fue justo para nuestros amigos y familiares tenerlos en vilo durante tanto tiempo, pues ninguno de los dos les dijo nada. Estuvimos aislados, solo dedicados a reencontrarnos, a amarnos y a aprovechar el tiempo perdido. Pero realmente lo necesitábamos, Eric y yo necesitábamos pasar ese bache que nuestra relación estaba sufriendo tras mi pérdida de memoria.

Aún hay cosas que siguen borrosas en mi mente, cosas que no sé si me niego a recordar o simplemente se han quedado relegadas a un segundo plano, pero lo principal ha ido fluyendo, los recuerdos dolorosos y los no tan difíciles han vuelto a mí. Quizás ha sido el sitio, quizás el momento, o simplemente era lo que tenía que pasar, solo sé que vuelvo a ser la Aria de antes y que hoy vuelvo al trabajo.

Estoy un poco nerviosa, no es por retomar mi vida de antes donde la dejé, sino porque ahora sé que tengo que vivir, cambiar mi forma de ver las cosas y mi manera de afrontar las situaciones límite.

Además, cuando volvimos encontré algo en el cajón de la mesilla, algo que me hizo ponerme más inquieta. Es un anillo de compromiso, estoy totalmente segura de ello. Y entonces mi pregunta es la siguiente: si Eric ha comprado un anillo, ¿por qué no me lo ha pedido? ¿Acaso lo tiene antes de mi accidente? Es posible... Pero todas esas posibles ideas no me dejan dormir desde que regresamos. Estoy atacada y me gustaría hablarlo con Em, pero ella es su hermana y aunque también es mi amiga, estoy segura que está al corriente de todo y no va a contármelo. Margaret también es mi amiga, pero ha estado de su parte en muchas ocasiones y ya no sé si puedo confiar tanto en ella, así que solo lo he hablado con Lisa, mi becaria. Ella me ha dicho que esté tranquila, que si tiene un anillo de compromiso es porque va a pedírmelo, ¿pero cuándo?

Desde que he vuelto a nacer, pues así es como me planteo la vida desde mi accidente y mi pérdida de memoria, veo la vida con otros ojos. Quizás antes tuviera mis dudas, pero ahora estoy segura de que quiero a Eric con todo mi corazón y que si me pide que me case con él, lo haré.

Absorta en mis propios pensamientos mientras me estoy peinando, él me

agarra de la cintura y me besa en la mejilla.

—¿Preparada para regresar al trabajo, cariño? —inquire Eric meloso.

—¡Ajá! —Intento sonar entusiasmada pero debe ser que no me ha salido muy bien.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Desde que hemos vuelto de Bear Mountain estás un poco distante, ¿de verdad que estás bien?

—Claro, solo que estoy un poco nerviosa. Volver de nuevo al trabajo, tener que explicar a todos lo sucedido... va a ser agotador.

—Me lo imagino, pero eres Elsa, la reina de hielo, tú puedes con eso.

—¡Muy gracioso! —digo mirándole con fingida molestia. Él ríe.

—No te enfades... Estoy seguro de que se alegrarán de verte. —Hace una pausa mirándome a través del espejo—. ¿De verdad que no te pasa nada conmigo?

—No, Eric...

Vaya, parece que no soy tan buena fingiendo como pensaba. Quiero decirle que a qué narices espera para pedírmelo... Pero sería un poco atrevido por mi parte... ¿Y si se ha arrepentido?

Nos despedimos y cada uno sale hacia su oficina. Durante todo la mañana me centro en ponerme al día en el trabajo, Lisa me ayuda y a la hora de comer Eric aparece para comer conmigo.

—¿Dónde vamos a comer? —le pregunto cuando veo que me lleva a uno de los lugares más famosos de la ciudad.

—A tu restaurante favorito —me responde.

Sonrío, quizás sea el lugar donde tiene pensado entregarme el anillo.

Comenzamos la comida y yo apenas pruebo bocado, nerviosa y esperando el postre. En todas las películas es en ese momento cuando le entregan el anillo a la protagonista, pero cuando finalizamos y veo que no llega la pedida, cojo el bolso para irme, un poco mosqueada. Me monto en el coche y él sigue hablando de trabajo, yo apenas le escucho, estoy sumida en mis propios pensamientos y esforzándome en no mandarle a la mierda.

Aparca en la puerta de mi oficina y me acompaña a mi despacho. Al llegar, entra conmigo y cierra la puerta.

—Sabes, aún me acuerdo de la primera vez que tú y yo... —susurra besándome en el cuello, pero no estoy de humor y le aparto de un empujón.

—Eric, no es el momento.

Él me mira, sorprendido.

—Te quiero, Aria. Pero no sé qué te pasa conmigo, por favor, ¿qué he hecho mal? Dímelo para que pueda enmendarlo...

—¿De verdad me quieres? —le pregunto, y veo que le pillo por sorpresa.

—¿Por qué me preguntas eso? Lo sabes, eres toda mi vida —replica a la defensiva.

—¿Y por qué tienes un anillo de compromiso en la mesilla? ¿A qué esperas, Eric?

Se queda sin palabras.

—Yo... Lo compré antes de tu accidente, iba a pedírtelo cuando Sadie se marchara ese fin de semana, y luego todo lo que ocurrió se nos echó encima. Ahora, no sé si tiene sentido, tengo miedo de que salga mal, como la primera vez... Creo que nuestra relación tal y como está marcha bien. Tú me quieres, yo te quiero... —Desvía la mirada, percibo que está incómodo—. Somos felices juntos...

—¿Y ya está? —le espeto con los brazos en jarras.

—¿Es que tú quieres ser mi esposa, Aria? —pregunta desconcertado y un poco dolido—. Siempre que salía el tema te mostrabas esquiva. Nunca has querido formar una familia, ¿por qué ahora?

—No lo sé, Eric. La vida me ha dado otra oportunidad, nunca antes lo había pensado, sabes que odio el compromiso, pero cuando descubrí el anillo...

Margaret entra y nos deja a los dos en silencio.

—Buenas tardes, pareja. ¿Todo bien?

—Claro —digo suspirando nerviosa.

—Aria, tengo que irme, seguiremos hablando en casa del tema. Tengo una reunión en menos de media hora —dice Eric dándome un beso en los labios.

—Que vaya bien —le respondo alicaída.

Eric sale y cierra la puerta tras de sí.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Margaret curiosa.

—Nada... —respondo rápidamente.

—La tensión se podía palpar en el ambiente. Aria, soy tu amiga.

—También de Eric... —le insinúa.

—Cielo, puedes confiar en mí...

—Tiene un anillo de compromiso en la mesita. Llevo tres días aguantándome las ganas de preguntarle que cuándo me lo va a pedir y al final

se lo he dicho ahora. Dice que ahora no sabe si tiene sentido. Pensaba pedírmelo antes del accidente. ¿Qué es lo que ha cambiado?

Al fin se lo he soltado todo, pero es que necesito desahogarme con alguien. Margaret me coge la mano y me frota el hombro con suavidad.

—Nada mi niña, te quiere con todo su ser, pero tiene miedo. Simplemente eso, cielo. Piensa que si vuelve a hacerlo algo saldrá mal, como la primera vez que lo intentó.

—Eso es lo que me ha dicho él también. ¿Lo ha hablado contigo? —inquiero confundida.

—No pienses nada raro. Aria, te quiere más que a su ser. ¿Acaso lo dudas? Sabes todo lo que ha hecho por ti.

—Tienes razón...

—¿Pero tú quieres casarte? —me pregunta, ahora es su turno de mostrarse confundida—. ¿Desde cuándo?

—No sé, no lo he pensado, pero cuando he visto el anillo...

Margaret ríe.

—Eres la del «quiero y no puedo», Aria. Si de verdad quieres casarte, adelante. Pero tampoco le hagas que te lo pida y le digas que no, por favor...

—No voy a decirle que no —protesto.

—Más te vale, cariño. Porque te quiero, pero te mataría. Eric es mi niño mimado. Lo siento, pero a él también le quiero mucho.

—Lo sé...

—Vale... Ahora, a trabajar.

Después de toda la tarde dándole vueltas, llego a casa. Cuando enciendo la luz, veo una mesa preparada en el salón, con la cena lista y unas velas. Eric me toma de la mano y me lleva hacia ella.

—Hola, preciosa —me saluda con una sonrisa dulce.

—Eric...

Quiero disculparme pero él se adelanta.

—Lo siento, Aria.

—No, la que lo siento soy yo... Soy una estúpida.

—Aria, no estaba seguro de que quisieras casarte y tenía miedo de que dijeras que no. Te quiero, pero no necesito ninguna boda ni un papel para estar contigo, lo he descubierto cuando te he recuperado. Solo me haces falta tú.

—Ni a mí tampoco. Eric.

—¿Entonces no quieres casarte?

—A tu hermana le haría mucha ilusión, y a mis padres también —digo evasivamente. Estoy nerviosa y aunque no soy una mujer tímida, de pronto me cuesta admitir mis sentimientos al respecto.

—¿Y a ti?

—Me gusta el anillo... —le digo con una sonrisa sincera.

—¿Pero quieres casarte?

—La verdad es que nunca ha sido mi estilo, Eric. Aunque si tú quieres hacerlo, lo haré por ti —digo al fin—. Siempre te has sacrificado por mí, siempre has hecho todo lo que yo he querido, como vivir en mi casa... es hora de que yo haga algo por ti.

—No, Aria, te equivocas, nunca me he sacrificado por ti —me dice él mirándome con calidez—, todo lo he hecho porque te amo. En eso consiste el amor. A veces hay que sacrificar algunas cosas, pero siempre compensa. Además, te recuerdo que cuando te conocí estaba perdido y tú me salvaste de mí.

—Te quiero, Eric... tú también me salvaste de mí, yo no tenía alma, me enseñaste a amar.

—Sí tenías alma, solo que estaba enterrada en el fondo de tu corazón, yo solo tuve que encontrar el camino hacia ella.

Nos fundimos en un tierno abrazo y Eric coge el anillo y me lo pone en el dedo.

—Aria, quieras o no casarte conmigo, este anillo significa que soy tuyo, como tú eres mía, por el resto de nuestros días. Te amo con todo mi ser.

—Eric, soy y seré siempre tuya por el resto de nuestros días.

Sellamos nuestra alianza con un beso que nos lleva a la cama de nuestra casa y a hacer el amor como nunca antes lo hemos hecho, despacio, acariciándonos y deleitándonos en cada uno de los besos y caricias que nos prodigamos, hasta que nuestros cuerpos quedaron exhaustos y el amanecer nos alcanza.

Pasados unos días, ninguno de los dos hemos decidido si habrá boda, pero lo que sí tenemos claro es que la vida nos ha dado otra oportunidad de estar juntos y que tenemos que aprovecharla, esta vez para siempre.

Epílogo

Eric

Jamás pensé que volvería a Italia, me encantó visitarla cuando era adolescente y hoy estoy aquí, en la Fontana de Trevi, con mi chica. Al final Aria y yo no nos hemos casado, pero sí nos hemos dado el lujo de darnos un viaje a modo de luna de miel. Creo que después de todo lo que hemos vivido durante el tiempo que nos conocemos, nos lo merecíamos. Hemos cuadrado nuestras agendas y estamos disfrutando de nuestro viaje por la bella Italia. Hemos estado en el Vaticano, Florencia, Venecia y ahora, por último, Roma. Aria está encantada y yo no puedo ser más feliz al verla a ella tan cargada de energía. Está eufórica con cada foto, con cada visita a los museos y plazas de todas las ciudades, disfrutando como nunca de nuestras cenas románticas y cómo no, nuestras noches de pasión en los lujosos hoteles.

No tengo queja de nada, Aria es sin duda la mujer de mi vida, pero además es una gran compañera de viaje.

—Eric, ¿nos hacemos una foto? —me pregunta entusiasmada.

—Claro, cariño. Esta será la más maravillosa de todas. Es la Fontana de Trevi.

—Bueno, no sé si la más maravillosa, pero Margaret va a flipar... —me dice porque sabe lo mucho que le gustaría a su secretaria venir a verla—. El viaje ha sido estupendo, me da pena que se acabe —expone melosa.

—Volveremos, Aria.

Ella sonríe con ilusión y me besa en la mejilla.

—Te quiero, Eric. Gracias por esto. Por todo.

—Gracias a ti, por aparecer en mi vida —respondo sin dudar.

—Yo podría decir lo mismo, ¿no crees?

—¿Recuerdas quién chocó con quién? —le pregunto.

—Creo que fuiste tú, y seguro que para mirarme el culo —me dice juguetona—. Viste una mujer guapa y dijiste: «veamos cómo está de retaguardia».

—Claro, soy un hombre que va mirando el culo a todas las mujeres —replico entre risas—. ¿Acaso no te has dado cuenta de que no me he perdido ni uno desde que estamos aquí?

—¿Sí? —pregunta molesta.

—Claro, las italianas tienen un culo espectacular.

—Bueno, pues los italianos están todos buenísimos —comenta un poco enfadada.

—¡Mmm! —la agarro y la beso con pasión delante de todo el mundo—. No seas tonta, yo solo te miro el culo a ti y ese día estaba tan nervioso por conseguir el trabajo que ni siquiera te miré el tuyo. Así que no me tientes. Pero reconozco que cuando te vi supe que me traerías problemas, ya te lo dije. Y cuando descubrí que serías mi jefa... se me puso dura.

—¿Sí? —Sus ojos brillan y sonrío juguetona—. Eso no me lo habías dicho.

—Bueno, los hombres también guardamos nuestros secretos...

—¿Cómo de dura? —me pregunta acercándose a mí y acariciándome con descaro la entrepierna.

—Mucho, Aria. Sabes que me pones mucho, como ahora... —ronroneo en su oído.

—Para ser te sincera, tú también hacías que mis bragas se humedecieran bastante. En una ocasión tuve que cambiármelas —me dice sin ningún pudor. Con eso me desarma por completo.

—Creo que nuestra visita a Roma se termina aquí y ahora. Estoy más caliente que un perrito de los puestos de Nueva York. Nos vamos al hotel. Mañana ya seguiremos con nuestra excursión.

Tiro de ella y me la llevo de prisa a nuestro hotel, que no está lejos. Ella se ríe y me sigue. Al llegar, entramos en nuestra habitación, la acorralo contra la puerta y me deshago de su vestido con premura. Ella me desabrocha el pantalón y lo baja junto con mi bóxer, dejando libre mi erección. Nuestros cuerpos se reclaman y cuando ambos estamos desnudos, se juntan en uno solo. La poseo con pericia, contra la puerta de la habitación, recordándole así que aún puedo manejar la situación y que soy un hombre con recursos. Después de ese primer envite, la cojo en brazos y la llevo hasta el jacuzzi, lo lleno y los dos con una copa de champán, brindamos y nos besamos, bebiendo el uno del otro; una vez más, nos perdemos en la pasión de nuestros cuerpos hasta altas horas de la madrugada.

Aria

Al despertarme en los brazos de Eric, en la habitación del hotel de Roma en nuestro penúltimo día de estancia, le miro, admirada por su belleza. Nunca

pensé que me enamoraría de un hombre tan maravilloso como él, y lo mejor de todo, que fuera correspondida con tanto amor y cariño como me aporta. Le acaricio la barbilla, me encanta su incipiente barba. Debo decir que me excita, me vuelve loca cuando acaricia mi pubis con ella. Se despierta y cuando me mira con esos preciosos ojos verdes todo mi mundo se detiene. Es como si me dijera tantas cosas con solo mirarme que hasta me cuesta respirar. Le sonrío.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, guapo.

—¿Qué tal está hoy mi jefa húmeda? —me pregunta con guasa.

—¿Ya no soy la princesa de hielo? —le replico, siguiéndole el juego.

—No desde que ayer me confesaste que provocaba cierta humedad cuando me veías. Creo que ahora podrías ser más bien La Sirenita...

—Eres un capullo —digo dándole un codazo suave.

—¡Mmm! Pero te encanta que lo sea. —Ríe y me besa intensamente.

—Bueno, yo a ti te la pongo dura, ¿no es así? —murmuro al separarnos un poco.

—Muy dura, cariño. No sabes cuánto... —dice agarrando mi mano y posándola en su pene—. ¿Ves? Ya estoy listo para ti. Creo que podrías tenerme así a todas horas.

—Eric... —le regaño.

—Es la verdad. A veces, en mi despacho, cuando pienso en ti, me pongo muy duro.

—Eric, por favor... —digo escandalizada—. ¿Y si entra tu secretaria?

—Bueno, estoy sentado y debajo de una mesa.

Sonríe con cara de pillo y a mí me da risa.

—¡Eres un guarro! Ahora cuando esté trabajando te imaginaré empalmado todo el tiempo.

—Tendrías que trabajar para mí, eso me ayudaría a calmarme.

—Sabes que no lo haré. No puedo —replico poniéndome un poco más seria.

—¡Podrías! Serías de gran ayuda para mí, no sabes cuánto... —me dice meloso con mi mano aún encima de su pene.

—Me estás mintiendo, ¿verdad? Es una de tus artimañas para que trabaje contigo.

—No lo sabrás si no lo haces.

Su sonrisa se vuelve carcajada y mi mano se cuela por debajo de su

bóxer haciendo que su erección aumente con una leve caricia. Cuando consigo lo que quiero, veo que su expresión cambia por completo: su sonrisa burlona se transforma en lujuria. Sigo con mi juego de seducción y cuando sus jadeos se hacen más intensos y siento que va a alcanzar la gloria, saco mi mano y ahora soy yo la que suelta una carcajada.

—No trabajaré nunca contigo —declaro sintiéndome victoriosa al dejarle a medias. Me levanto de la cama en dirección a la ducha, pero él me agarra del brazo.

—Creo que sí. Cuando volvamos de nuestro viaje, cariño —me responde con una sonrisa ladina.

—¿De qué estás hablando? —le pregunto incrédula.

—Steven me ha vendido su empresa.

—¿¡Qué!? ¡No es posible! Estás mintiendo, si Steven fuera a vender su empresa, me lo habría dicho.

—No es oficial. De hecho, el trato se cerrará cuando regresemos.

Comienzo a temblar, aún no me puedo creer que Steven no me haya dicho nada sobre el tema.

—¿Por qué?

—Dice que está cansado, quiere jubilarse, solo me ha puesto una condición para venderla...

Mi cabeza funciona a mil por hora. No me puedo creer que no haya confiado en mí para este negocio. Me quedo sin palabras, Eric me mira y acaricia mi brazo.

—¿No quieres saberla?

—¡Pues no! —exploto—. Estoy muy cabreada, Eric, contigo y con él.

—Lo entiendo, pero Steven piensa que, si hubiera confiado en ti sobre este tema, nunca le habrías dejado hacerlo.

—¡Por supuesto que no! —contesto enervada al sentirme excluida de algo tan importante. Confiaba en Steven, y también en Eric. Nunca pensé que Steven me dejara al margen de algo tan importante como es vender la empresa. Pensé que era como un padre para mí. Pero encima, vendérsela a mi pareja... ¡Ha sido algo rastrero!

—La única condición para venderla es que tú la dirijas a partir de ahora.

Trago el nudo que acaba de formarse en mi garganta al escucharle. ¿Yo? ¿Dirigir la empresa? No creo que tenga los conocimientos necesarios para hacerlo.

—Eric, yo..., no...

Intento explicárselo, pero Eric sonrío y me abraza.

—Lo harás muy bien, Aria.

—No creo que pueda... No tengo los conocimientos, ni creo que la gente vaya a respetarme lo suficiente como para...

—No me cabe duda de que podrás hacerlo, Aria. Siempre te haces respetar, lo harás muy bien. Aunque mi condición es que te traslades a mi oficina, en el despacho al lado del mío. El que permanece aún vacío. Así podrás comprobar si de verdad me la pones tan dura cuando pienso en ti... — comenta y su mirada se hace más lasciva. Sin querer sonrío porque, como siempre, lo tenía todo muy estudiado—. Ahora haz el favor de terminar lo que has empezado si no quieres que te tumbe en la cama y te posea sin ningún tipo de clemencia.

Hago lo que me indica, aunque mi mente solo piensa en lo que me ha dicho: voy a dirigir la empresa de Steven y estaré a su lado.

Nuestro viaje termina y a mi regreso, Steven y Eric realizan todos los trámites oportunos para la compra de la empresa y mi nombramiento como directora general.

Han pasado cuatro meses y aquí estoy, en el despacho anexo al de Eric, en mi primer día como directora general. Estoy de los nervios por todo lo que implica esta nueva etapa en mi vida.

Mirando las vistas que mi despacho me ofrece en la planta sesenta del edificio One World Trade Center, respiro hondo varias veces para calmarme. Hoy tenemos la primera reunión, mi presentación ante la junta directiva.

Unos brazos me rodean y siento un suave beso en el cuello.

—Estás preciosa, Aria.

—Gracias.

Hoy me he vestido con un traje de falda y americana gris marengo, un semi recogido en el pelo y unos toques de perfume. Apenas me he maquillado. Quiero causar una buena sensación.

—¿Estás preparada para tu primera reunión con la junta directiva? —me dice Eric.

—No mucho —confieso.

—Lo harás muy bien.

—Eso espero.

—¿Sabes que ya estoy duro con solo mirarte? —añade lascivamente.

—Eric, no me ayudas... —respondo dándole un ligero golpe en el hombro.

Empieza a reírse y tira de mí dándome un beso de esos que te nublan la razón. Nos separamos y me sonrío.

—Vamos allá, Aria. Es tu momento.

Con paso firme, salimos en dirección a la sala de juntas y antes de entrar, suspiro. Eric tiene razón, es el momento de demostrar por qué Steven confió en mí desde el principio. Merece la pena intentarlo. Es el momento de salvarme de mí, de mis miedos y comenzar una nueva vida como directora general de la empresa que una vez me vio nacer como becaria.

FIN

Agradecimientos

Terminar una historia siempre es una satisfacción personal para cualquier escritor, pero si además lo haces cambiando un poquito tu registro, lo es mucho más. No es que me haya salido del género al que últimamente estoy acostumbrada, que es la romántica-erótica, pero aquellos que lleváis tiempo leyéndome habréis podido comprobar que con esta historia me he soltado un poquito más la melena y..., bueno, estoy satisfecha con el resultado. La historia es más desinhibida y los personajes son más atrevidos. No sé si es porque en el momento en el que nació la idea mi cabeza se encontraba mejor o simplemente surgió, pero doy gracias porque así fuera.

Después de esta pequeña explicación, quisiera dar las gracias sobre todo a los dos pilares de mi vida, mi marido y mi hija. Ellos lo son todo, sin ellos nunca podría haber llegado a convertirme en lo que soy: una humilde escritora que disfruta mucho de lo que hace y pone todo su empeño en que vosotros, lectores, también lo paséis bien leyendo mis historias.

A mi querida y gran amiga Rakel, que tras un periodo un poquito malo ha resurgido como el Ave Fénix y ahora de nuevo está ahí para darlo todo y para ser feliz, porque se merece todo lo bueno que está por llegar, porque es la mejor amiga que se puede tener y la quiero con todo mi corazón.

A mi niña, Susana, que siempre está ahí. Aunque nos vemos poco por la distancia, nos unen nuestras largas charlas, y eso que la compañía de teléfono en algunas ocasiones decide darnos el tizeretazo (jajaja), pero no hay nada que no se arregle llamando de nuevo, ¿verdad, corazón? Recuerda que te quiero infinito, amiga.

A Sandra, que siempre tiene bonitas palabras para mis historias, nunca parece verlas mal y siempre me apoya, aunque yo me sienta a veces tan negativa con respecto a ellas. Gracias, amiga, por todo.

A Mónica Agüero, porque además de su gran amistad cuento siempre con su ayuda como lectora beta, sabiendo ver todos y cada uno de mis fallos, aconsejándome para intentar que la novela quede siempre lo mejor posible.

A Mar Fernández, compañera de andadura y amiga que no duda en ofrecerme su ayuda y una llamada de teléfono cuando más lo necesito.

A Lina Galán, otra compañera de camino, otra amiga con la que comparto largas charlas, dudas y, a veces, inquietudes.

A Violeta, mi correctora, porque una vez más me ha ayudado y aguantado mis desvaríos para que esta novela quede lo mejor posible.

A la gente que siempre está a mi lado, apoyándome continuamente, gente que he conocido en Facebook y que no duda en tenderme la mano cuando más la necesito.

Y a vosotros, lectores que cada vez que lanzo una novela os decidís a comprarla entre tantas otras, haciendo que me sienta orgullosa del trabajo que he realizado.

Gracias una vez más por hacer mi sueño realidad.

Rose B. Loren